
ARRIESGAR EL
corazón
GRACE PARKES

ARRIESGAR EL CORAZÓN

GRACE PARKES

ÍNDICE

1. Isla
2. Marianne
3. Isla
4. Marianne
5. Isla
6. Isla
7. Marianne
8. Isla
9. Marianne
10. Isla
11. Marianne
12. Marianne
13. Isla
14. Marianne
15. Isla
16. Marianne
17. Isla

¿Comemos? Fuera del campus. Invito yo

18. Marianne

Estimados colegas:

Recursos Humanos

19. Marianne
20. Marianne
21. Isla

Estaré esperando

22. Marianne
23. Isla

Lo hacemos

24. Marianne

Epílogo

Epílogo

1

ISLA

La motocicleta se había estrellado contra el guardarraíl a ciento diez kilómetros por hora.

Isla lo sabía porque la paramédica lo había gritado por encima del caos del muelle de ambulancias; su voz se abría paso entre el lamento de las sirenas y el pandemonio controlado del centro de traumatología del Hospital Oakridge. A ciento diez por hora, sin casco, varón de aproximadamente treinta años. El tipo de caso que distinguía a los cirujanos que vacilaban de los que actuaban.

Isla nunca vacilaba.

Estaba dando un mordisco a un sándwich que hacía las veces de cena cuando llegó la alerta, y lo soltó sin pensárselo dos veces, dirigiéndose ya hacia el box de críticos para lavarse antes de que su cerebro procesara del todo los detalles. Doce años de cirugía de trauma habían entrenado a su cuerpo para responder antes de que su mente se pusiera al día. Algunos lo llamaban instinto. Isla lo llamaba supervivencia. Para sus pacientes, si no siempre para ella misma.

El paciente ya estaba entrando en parada cuando lo cruzaron por las puertas dobles.

—Politraumatismo, sospecha de hemorragia interna, la tensión cae rápido —recitó la paramédica al mando mientras Isla se ponía los guantes de un tirón y se situaba al lado de la camilla—. Perdió el conocimiento en el lugar del accidente, lo recuperó brevemente durante el traslado y luego...

—Ya lo veo. —La mirada de Isla recorrió el cuerpo destrozado del hombre con la precisión clínica de quien ha hecho esto mil veces. Fractura abierta del fémur izquierdo, visible a través del vaquero rasgado. Distensión abdominal que sugería una hemorragia interna. La palidez de alguien cuya sangre se estaba acumulando donde no debía.

—Al trauma dos —ordenó, ya en movimiento—. Que me preparen dos unidades de cero negativo y avisad al Dr. Hartman. Decidle que entro.

El box de críticos era una sinfonía de caos organizado. Los monitores pitaban. Las enfermeras se movían con rapidez, cortando la ropa y colocando electrodos. En algún lugar a sus espaldas, alguien estaba colgando ya la primera bolsa de suero.

Isla se colocó al lado del paciente y presionó con los dedos el abdomen. La rigidez le indicó todo lo que necesitaba saber.

—Se está desangrando internamente. No tenemos tiempo para esperar a las pruebas de imagen. —Levantó la vista hacia su equipo —. Voy a abrirlo.

—Dra. Bennett. —Una de las enfermeras más jóvenes, Rachel —creía recordar Isla—, que llevaba apenas seis meses de prácticas, vaciló; sus ojos se desviaron hacia la puerta como esperando que apareciera alguien con más rango para anular la decisión—. El protocolo dice que debemos esperar a las imágenes. El adjunto de guardia es...

—No está aquí. —La voz de Isla fue plana, pragmática. Hacía mucho que había dejado de pedir disculpas por las decisiones que mantenían a la gente con vida—. Y este hombre no tiene tiempo para esperar a que alguien firme la autorización para salvarle la vida. El protocolo dice que estará muerto en diez minutos si no encuentro el origen del sangrado. Betadine. Bisturí. Ya.

Rachel dudó un instante más y luego se movió. Siempre se movían. Isla tenía ese efecto en la gente. El tipo de seguridad que no admitía réplica, el tipo de confianza que hacía que cuestionarla fuera como cuestionar la propia gravedad.

La incisión fue limpia y rápida. La sangre brotó de inmediato, oscura y arterial, y las manos de Isla se movieron por instinto, succionando y buscando el origen mientras los monitores gritaban sus advertencias.

—La tensión se desploma —gritó alguien.

—Lo sé. —Los dedos de Isla encontraron el vaso desgarrado, resbaladizo por la sangre. El bazo estaba hecho jirones, era irrecuperable, pero eso no era lo que lo estaba matando. El daño real era más profundo—. Separador. Necesito ver la... ahí está.

La arteria subclavia. Parcialmente desgarrada, bombeando sangre hacia la cavidad torácica con cada latido, cada vez más débil.

El protocolo estándar dictaba una esternotomía media para acceder a la subclavia. Abrir el tórax, separar las costillas, abordar desde arriba. Era la respuesta de manual, la respuesta segura, la respuesta que llevaría veinte minutos que no tenían.

Isla tomó una decisión distinta.

—Voy a entrar por abordaje supraclavicular —anunció.

—Dra. Bennett, eso no es...

—Soy consciente de lo que no es. —Su bisturí ya estaba en movimiento, trazando una nueva incisión sobre la clavícula—. Lo que sí es, es rápido. Y la rapidez es lo único que va a salvar la vida de este hombre.

Los siguientes minutos transcurrieron fuera del tiempo. El mundo de Isla se redujo al campo quirúrgico, a la delicada danza de los instrumentos metálicos y el tejido humano, al ritmo de su propia respiración mientras pinzaba y suturaba y luchaba contra la determinación del cuerpo por rendirse.

Sentía que su equipo la observaba. Sentía el peso de su incertidumbre, de su confianza, de su miedo. Nada de eso importaba. Lo único que importaba era el vaso bajo sus dedos y los frágiles segundos del paciente que se agotaban.

—Pinza.

—Sutura.

—Otra unidad de sangre, sigue bajando.

—Casi lo tengo. —La voz de Isla era firme incluso con el pulso acelerado. El desgarro era extenso, peor de lo que esperaba, y estaba trabajando en un espacio no más ancho que su pulgar. Un desliz y seccionaría la arteria por completo. Un movimiento en falso y este hombre moriría en su mesa.

Ella no cometía movimientos en falso.

La última sutura entró con una precisión que habría resultado natural para cualquiera que no entendiera lo que estaba presenciando. Isla la remató, soltó la pinza y contuvo el aliento.

Los monitores se estabilizaron.

—La tensión está subiendo —informó la jefa de enfermería, con un deje de asombro en la voz—. Noventa sobre sesenta y en ascenso.

Nadie se movió. Los únicos sonidos eran el pitido constante de los monitores y el zumbido silencioso del respirador, ritmos que significaban vida en lugar de muerte. Isla pudo sentir cómo la tensión abandonaba a su equipo, el suspiro colectivo de personas que acababan de presenciar algo que rozaba lo milagroso.

No se permitió sentir alivio. Todavía no. El alivio era para después, para los momentos de calma cuando la adrenalina se desvanece y el peso de lo que podría haber salido mal se asienta en los huesos. Ahora mismo, solo existía el trabajo.

Isla soltó un lento suspiro y se apartó de la mesa. Tenía el pijama quirúrgico empapado de sangre y los brazos le dolían por la tensión sostenida durante el procedimiento. El cansancio le presionaba los ojos, pero bajo él vibraba la satisfacción silenciosa de una batalla ganada.

—Subidlo a la UCI —ordenó—. Quiero constantes cada hora y a alguien vigilándolo las veinticuatro horas. Si algo cambia, me avisáis directamente a mí.

—Sí, Dra. Bennett.

Se quitó los guantes y los lanzó al contenedor de riesgo biológico, repasando ya mentalmente la lista de todo lo que tendría que documentar, explicar y justificar. El abordaje supraclavicular no

era el estándar. No estaba aprobado para esta indicación. Era, según todos los protocolos que Oakridge tenía registrados, exactamente el tipo de desviación que hacía que a los cirujanos los llevara ante los comités de revisión.

Pero el paciente estaba vivo.

Eso era lo que importaba. Eso era lo que siempre importaba.

Isla cruzó las puertas del box hacia la relativa calma del pasillo, dejando que la adrenalina se retirara de su sistema en lentas oleadas. Sus manos estaban firmes. Siempre estaban firmes. Pero su cuerpo conocía la verdad de lo que acababa de hacer. El riesgo que había corrido. La cuerda floja por la que había caminado.

—Dra. Bennett.

Se dio la vuelta y se encontró con que se acercaba el Dr. Leon Hartman, con su cabello entrecano ligeramente revuelto, como si hubiera estado corriendo. A sus cincuenta y ocho años, el Jefe de Cirugía aún se movía con la eficacia rápida de un hombre de la mitad de su edad, aunque las arrugas alrededor de sus ojos se habían acentuado en los tres años transcurridos desde que Isla se unió a su departamento. Tenía el tipo de rostro que inspiraba confianza en los pacientes e intimidaba a los residentes, una combinación de rasgos aristocráticos y autoridad serena que le había servido bien durante tres décadas de política hospitalaria.

Isla lo conocía desde hacía suficiente tiempo como para leer la preocupación bajo su exterior compuesto. El ligero apretamiento de su boca. La forma en que su mirada se desvió un instante hacia la sangre de su pijama antes de encontrarse con sus ojos. Sabía lo que ella había hecho allí dentro. Y sabía lo que podría costarle.

—Leon. —Ella asintió—. Está estable. Debería recuperarse por completo, salvo complicaciones.

—Me he enterado. —Hartman se puso a caminar a su lado mientras se dirigían a la sala de personal—. También me he enterado de que te has saltado el protocolo. Otra vez.

—El protocolo lo habría matado.

—El protocolo existe por una razón, Isla.

—Yo también existo por una razón. —Se detuvo ante la fuente de agua y bebió un largo trago, ganando un momento para componer

una respuesta que no hiciera que la expedientaran—. He tomado una decisión clínica. El abordaje estándar habría llevado demasiado tiempo. Él no tenía ese tiempo.

Hartman guardó silencio. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, más cautelosa.

—La nueva oficial de riesgos y cumplimiento quiere verte.

Isla se incorporó despacio. —¿La nueva qué?

—Marianne Cole. Ha empezado esta semana. La junta la ha traído después del acuerdo de Alan Hendricks. —La expresión de Hartman era indescifrable—. Ha estado revisando expedientes y, al parecer, el tuyo ha salido a relucir.

—Mis expedientes son ejemplares.

—Tus resultados son ejemplares. Tu cumplimiento de los protocolos institucionales es... —Hizo una pausa, buscando la palabra diplomática—. Menos ejemplar.

—Salvo vidas, Leon. Para eso me contrataron.

—Y nadie lo discute. —Su mano se posó brevemente en el hombro de ella, un gesto de apoyo que resultaba insuficiente ante la advertencia que le estaba dando—. Pero quiere verte. Ahora. Ni mañana, ni después de tu turno. Ahora.

La adrenalina que se había estado desvaneciendo regresó de golpe, transformándose en algo más frío. Algo que se parecía al pavor. —¿Dónde?

—Sala de juntas B. Administración, tercera planta.

Isla asintió una vez con firmeza. —Está bien.

No se permitió pensar demasiado en lo que la esperaba mientras recorría los laberínticos pasillos del hospital. No se permitió imaginar la pesadilla burocrática de justificar cada decisión de fracciones de segundo ante alguien que nunca había sostenido el corazón de un paciente moribundo en sus manos. Simplemente caminó, con el pijama salpicado de sangre y todo, y se dijo a sí misma que, fuera lo que fuera lo que viniera a continuación, podría manejarlo.

La tercera planta era un mundo aparte del caos controlado de Urgencias. Silenciosa. Con moqueta. El aire olía a café y papel en lugar de a antiséptico y miedo. Las zapatillas de Isla chirriaban contra el suelo pulido mientras se acercaba a la sala de juntas B,

atrayendo miradas de desaprobación de un grupo de administrativos que se dispersaron a su paso.

Llamó una vez, por puro compromiso, y empujó la puerta.

La sala de juntas era todo cristal y cromo, diseñada para impresionar a los donantes visitantes e intimidar a cualquiera que se viera convocado allí. Isla había estado en esa sala exactamente dos veces antes: una para su entrevista de contratación inicial, y otra para recibir un premio a la excelencia quirúrgica. Ninguna de las dos experiencias la había preparado para lo que la esperaba dentro.

La mujer sentada a la cabecera de la larga mesa de juntas levantó la vista de un montón de documentos con una expresión de cuidadosa neutralidad. Tendría aproximadamente la edad de Isla, quizá un poco mayor, con un cabello rubio oscuro y liso recogido en un estilo tan preciso que parecía arquitectónico. Su traje era inmaculado, su postura impecable, y sus ojos azules evaluaron a Isla con el interés desapegado de un científico que examina un espécimen particularmente inusual.

—Dra. Bennett. —Su voz era fría, modulada—. Por favor, tome asiento.

—Me quedaré de pie. —Isla permaneció en el umbral, muy consciente de la sangre en su ropa, del cansancio arrastrando sus huesos—. Tengo pacientes que revisar.

Algo cruzó el rostro de la otra mujer: molestia, tal vez, o diversión. Desapareció demasiado rápido para identificarlo. —Esto no llevará mucho tiempo.

—Mejor. —Isla se cruzó de brazos sobre el pecho—. Porque acabo de pasar la última hora salvando la vida de un hombre, y prefiero no perder el tiempo explicándoselo a alguien que no estaba allí.

—Soy Marianne Cole. —La mujer se levantó, alisando su chaqueta ya impecable—. Riesgos y Cumplimiento. La junta me ha pedido que lleve a cabo una revisión exhaustiva de nuestros facultativos de alto riesgo, y su nombre ha surgido de forma bastante... destacada.

—Seguro que sí.

Sus labios se curvaron, sin llegar a formar una sonrisa. —Tiene usted un historial impresionante, Dra. Bennett. Resultados extraordinarios. Tasas de supervivencia que están muy por encima de la media del departamento. —Cogió uno de los documentos de la mesa, su expediente personal por lo que parecía—. También tiene un patrón de desviaciones de protocolo que haría que a la mayoría de los administradores de hospitales les saliera urticaria.

—Los protocolos son directrices. No mandamientos.

—Los protocolos existen para proteger a los pacientes.

—Yo protejo a los pacientes. —La voz de Isla fue más dura de lo que pretendía—. Cada día. Con mis manos, mis habilidades y mi criterio. ¿Qué protege usted, Sra. Cole? ¿Hojas de cálculo? ¿Primas de seguros?

La temperatura en la sala bajó varios grados. Marianne dejó el expediente con suavidad y sostuvo la mirada de Isla directamente.

—Protejo a las instituciones de los facultativos que creen que su criterio prevalece sobre los estándares médicos establecidos. Protejo a los pacientes de médicos que están tan convencidos de su propia infalibilidad que no pueden reconocer cuándo están poniendo vidas en riesgo. —Su voz se mantuvo perfectamente nivelada, perfectamente controlada—. Y protejo a los hospitales de demandas interpuestas por las familias de pacientes que murieron porque alguien decidió que las reglas no se les aplicaban.

Las palabras aterrizaron como golpes, precisos y deliberados. Isla sintió que se le tensaba la mandíbula, sintió el familiar arranque de ira defensiva que la había metido en problemas más veces de las que podía contar. Aquella mujer no sabía nada. Se sentaba en su oficina prístina con su traje prístino y sus expedientes prístinos, y se permitía juzgar las decisiones que Isla tomaba en momentos de vida o muerte.

—El hombre al que acabo de operar está vivo porque tomé una decisión que sus protocolos no habrían permitido.

—El hombre al que acaba de operar está vivo a pesar de que usted ha violado múltiples directrices institucionales en el proceso. Hoy, eso ha salido bien. Mañana, puede que no. —Marianne cogió

otro documento—. He marcado sus casos recientes para revisión. Hay un patrón aquí, Dra. Bennett, y me preocupa.

—¿Un patrón de salvar vidas?

—Un patrón de temeridad disfrazada de instinto. —La mirada de Marianne era firme y directa—. No estoy aquí para castigar la excelencia. Estoy aquí para asegurar que la excelencia no se consiga a costa de la integridad institucional.

Isla la miraba fijamente, a esa mujer pulcra y compuesta que probablemente nunca había sostenido un bisturí en su vida, que nunca había visto caer la tensión de un paciente sabiendo que tenía segundos para tomar una decisión que significaría la vida o la muerte. La rabia que había estado hirviendo bajo la superficie amenazaba con desbordarse.

—¿Ha salvado usted alguna vida alguna vez, Sra. Cole? —Las palabras salieron más afiladas de lo que pretendía—. ¿Ha estado alguna vez frente a alguien que se moría sabiendo que usted era lo único que se interponía entre esa persona y el final? ¿O simplemente se dedica a juzgar a quienes lo hacen?

La expresión de Marianne flaqueó. Por un solo instante, su compostura se agrietó, revelando dolor y furia. Luego desapareció, sustituida por una neutralidad tan absoluta que se sentía como un muro.

—Sus privilegios quirúrgicos dependen de su cooperación con este proceso de auditoría, Dra. Bennett. Le sugiero que lo considere cuidadosamente. —Reunió los expedientes en una pila ordenada—. Revisaré sus casos en detalle durante las próximas semanas. Si hay desviaciones que usted cree que fueron médicamente necesarias, espero que esté preparada para justificarlas. Con pruebas. No con actitud.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

Isla se dio la vuelta y salió sin decir otra palabra, con el corazón latiendo con una furia que no lograba contener. La puerta se cerró a sus espaldas con un clic decisivo, pero sentía la mirada de Marianne Cole siguiéndola por el pasillo, sentía el peso del escrutinio asentándose sobre sus hombros como un sudario.

Todo lo que había construido —su reputación, sus métodos, su libertad para ejercer la medicina como creía conveniente— estaba ahora bajo el microscopio de una mujer que no podía entender lo que significaba tener una vida en sus manos.

Y, sin embargo.

Había habido algo en los ojos de Marianne Cole, en ese breve momento en que su compostura se había quebrado. Algo que sugería que había más en ella que la burócrata impecable que presentaba al mundo. Un destello de dolor real, rápidamente enterrado bajo el control profesional.

Isla desechó el pensamiento. No importaba qué demonios cargara Marianne Cole. Lo que importaba era que tenía el poder de destruir todo por lo que Isla había trabajado, y parecía perfectamente dispuesta a usarlo.

El box de críticos estaba tranquilo cuando regresó; el caos controlado de antes había sido sustituido por el ritmo mundano de la atención rutinaria. Su paciente había sido trasladado a la UCI. La sangre había sido limpiada del suelo. La vida, como siempre ocurría en los hospitales, había pasado a la siguiente crisis.

Isla se quedó en el umbral un momento, mirando la camilla vacía donde un hombre casi había muerto. Pensó en las decisiones que había tomado, las reglas que había roto, la vida que había salvado.

Lo haría otra vez. Siempre lo haría otra vez.

Pero mientras se dirigía por fin al vestuario para quitarse el pijama empapado de sangre, Isla no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquellos ojos azules observándola con esa evaluación cuidadosa y calculadora. No podía quitarse la sensación de que Marianne Cole había visto algo en ella que Isla no quería que nadie viera.

La batalla por su carrera acababa de empezar. Y por primera vez en mucho tiempo, Isla no estaba del todo segura de que fuera a ganar.

2

MARIANNE

Marianne llegó a las 6:47, trece minutos antes de la hora prevista, porque llegar con antelación era llegar a tiempo, y llegar a tiempo era llegar tarde.

Todos los pasillos del hospital parecían iguales. Las mismas paredes color crema. La misma iluminación fluorescente. Las mismas obras de arte cuidadosamente neutras, diseñadas para calmar sin provocar ninguna emoción real. Había recorrido pasillos como estos en tres hospitales distintos durante los últimos quince años, y nunca cambiaban. Solo variaban los nombres en las puertas.

Y los cadáveres enterrados bajo ellos.

Apartó ese pensamiento con la eficacia de quien ha aprendido hace mucho a no regodearse en el pasado. El día de hoy iba sobre el futuro. Su futuro. El nuevo comienzo por el que tanto había luchado y que casi se había autodestruido para conseguir.

Un grupo de enfermeras se quedó en silencio al verla acercarse; interrumpieron su conversación a medias mientras se fijaban en su traje a medida, su pase de visitante y su aire de determinación administrativa. Marianne sintió que sus ojos la seguían al pasar, sintió el escalofrío familiar de ser vista como el enemigo. La intrusa. La mujer enviada para buscar fallos y repartir culpas.

Estaba acostumbrada. También había sido el enemigo en su último hospital, hasta el preciso instante en que todo se desmoronó y se convirtió en algo peor: el chivo expiatorio.

La puerta de su nuevo despacho estaba abierta y la placa con su nombre ya instalada. MARIANNE COLE, RIESGOS Y CUMPLIMIENTO NORMATIVO. Las letras eran doradas sobre un fondo oscuro, profesionales e impersonales. Exactamente lo que había pedido.

Entró y cerró la puerta tras de sí, permitiéndose un momento de quietud antes de que comenzara la función.

El despacho era modesto para los estándares administrativos: un escritorio, dos sillas para las visitas y una ventana que daba al aparcamiento. Alguien había dejado una planta en el alféizar, un gesto de bienvenida que resultaba, como poco, superficial. Marianne la movió a una esquina donde no muriera por la luz directa del sol y comenzó el proceso de hacer suyo aquel espacio.

Los expedientes primero. Había solicitado los archivos de personal de la doctora Isla Bennett incluso antes de aceptar el puesto, y habían llegado en un grueso sobre de color manila que ahora ocupaba un lugar destacado en su mesa. El consejo de administración había sido muy claro respecto a sus prioridades cuando la reclutaron. Oakridge necesitaba una rendición de cuentas visible. Necesitaban a alguien que demostrara que el hospital se tomaba en serio la seguridad del paciente, que el acuerdo del caso Hendricks había sido una anomalía y no un síntoma.

Necesitaban un chivo expiatorio. Y ya la habían elegido a ella.

Marianne extendió los expedientes sobre el escritorio y empezó a leer; su bolígrafo trazaba anotaciones precisas a medida que avanzaba en la documentación.

La primera página era una fotografía, la misma foto de identificación del hospital que había visto en los informes preliminares, pero ahora más grande, más detallada. La doctora Isla Bennett la miraba fijamente con una expresión que desafiaba a la cámara a encontrarle un fallo. Cabello oscuro recogido en lo que podría haber sido fruto de las prisas o de un descuido deliberado. Ojos grises que no mostraban nada de la calidez ensayada que la mayoría de los médicos cultivaban para sus retratos oficiales. Una

mandíbula tensa con el tipo de determinación que sugería que jamás en su vida se había achantado ante una pelea.

Había algo casi conflictivo en la imagen. La mayoría de las fotos de identificación de los hospitales eran retratos olvidables e intercambiables de profesionales con bata blanca que hacían lo posible por parecer competentes y accesibles. Esta parecía un desafío. Como si la doctora Bennett hubiera sabido, incluso entonces, que alguien terminaría sentada donde Marianne estaba sentada ahora, estudiando su rostro e intentando decidir si era un activo o una carga.

Marianne pasó a la página siguiente.

Doctora Isla Bennett. Treinta y seis años. Certificada por la junta en cirugía de traumatología con una subespecialidad en cuidados quirúrgicos de urgencia. Graduada como la primera de su promoción en Johns Hopkins, completó su residencia en el Mass General, reclutada por Oakridge hace cinco años con un despliegue considerable. Sus tasas de supervivencia eran excepcionales, casi un veinte por ciento por encima de la media del departamento, con resultados particularmente impresionantes en casos clasificados como «expectantes» o de «probabilidad de supervivencia nula».

Sobre el papel, era exactamente el tipo de cirujana que todo hospital deseaba. El tipo de médico que hacía que los milagros médicos parecieran rutinarios.

La realidad era más complicada.

Marianne ojeó los informes de incidentes, las revisiones por pares, los memorandos redactados diplomáticamente por colegas preocupados. Surgió un patrón, tan claro como condenatorio. Desviaciones de protocolos. Procedimientos no autorizados. Decisiones tomadas en fracciones de segundo sin consulta ni aprobación previa. Una y otra vez, la doctora Bennett había optado por confiar en su propio criterio por encima de los estándares asistenciales establecidos, y una y otra vez, se había demostrado que tenía razón.

Un informe de incidente destacaba sobre los demás. Hace tres meses, un trabajador de la construcción había ingresado con lesiones por aplastamiento en el pecho. El médico de guardia se

estaba preparando para una toracotomía estándar cuando la doctora Bennett intervino, evaluó la situación en unos treinta segundos y realizó un procedimiento completamente distinto. La documentación señalaba múltiples violaciones del protocolo. También señalaba que el paciente había salido del hospital por su propio pie dos semanas después con plena funcionalidad en sus cuatro extremidades.

Otro informe describía un caso pediátrico en el que la doctora Bennett se había negado a esperar el consentimiento de los padres antes de iniciar una cirugía de urgencia. El apéndice del niño se había roto en la mesa de operaciones. Sin la cirugía, habría muerto. Con ella, recibió el alta cinco días después. Inicialmente, los padres amenazaron con demandar, pero luego enviaron flores a su oficina.

Ese era el problema. Cuando un cirujano imprudente mataba pacientes, la solución era sencilla: despido, posible revocación de la licencia, tal vez cargos penales si la negligencia era lo suficientemente grave. Pero cuando un cirujano imprudente salvaba pacientes, cuando sus apuestas daban resultado más a menudo de lo que fallaban, el cálculo se volvía infinitamente más complejo.

Isla Bennett no era incompetente. Era brillante. Y las personas brillantes que creen que las reglas no se aplican a ellas son las más peligrosas de todas.

El golpe en su puerta era de esperar. Alexandra Vale había programado su reunión para las tres, y la directora general interina era la puntualidad personificada.

—Adelante.

Alexandra entró con la gracia fluida de alguien acostumbrada a mandar. A sus cincuenta y cinco años, seguía siendo imponente: cabello oscuro con mechones plateados en un corte bob muy definido, postura impecable, esa clase de intensidad controlada que hacía flaquear a los administradores de menor rango. La habían traído hace seis meses para gestionar las repercusiones del caso Hendricks y, por lo que se decía, había hecho exactamente eso: gestionar. Contener. Controlar el relato.

—Señorita Cole. —Alexandra no le ofreció la mano ni perdió el tiempo en cumplidos. Simplemente se acomodó en una de las sillas

de visita y fijó en Marianne una mirada evaluadora—. Espero que todo esté a su entera satisfacción.

—Las instalaciones son adecuadas. —Marianne igualó la franqueza de la otra mujer—. La situación es la que esperaba.

—¿Y cuál es?

—Compleja. El consejo quiere que se rindan cuentas, pero no quieren perder a su cirujana estrella. Quieren que yo demuestre que Oakridge se toma en serio la seguridad de los pacientes, pero no quieren el tipo de cambios sistémicos que realmente mejorarían los resultados. —Marianne entrelazó las manos sobre el escritorio—. Quieren a alguien a quien culpar si las cosas vuelven a salir mal, pero no a alguien con poder suficiente para evitar que las cosas salgan mal desde un principio.

Un destello de algo, aprobación tal vez, o recelo, cruzó el rostro de Alexandra.

—Es usted muy directa.

—He aprendido que la claridad ahorra tiempo.

—En efecto. —Alexandra guardó silencio un momento, con la mirada perdida en los archivos extendidos sobre la mesa de Marianne. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, más cauta—. El consejo está particularmente preocupado por la doctora Bennett. Su volumen de casos representa una parte significativa de nuestra exposición a riesgos legales, y sus... métodos han atraído la atención de nuestras aseguradoras.

—Soy consciente.

—De lo que quizá no sea consciente es de la complejidad política de la situación. La doctora Bennett tiene defensores en el consejo. Defensores importantes. Cualquier medida que se tome contra ella tendrá que estar minuciosamente documentada y ser absolutamente defendible.

—Entiendo.

—¿De verdad? —Alexandra se inclinó ligeramente hacia delante y, por primera vez, Marianne vio algo bajo ese exterior pulcro: una dureza que hablaba de batallas libradas y ganadas, de compromisos hechos en nombre de la supervivencia institucional—. Porque lo que le estoy diciendo es que el consejo necesita un ejemplo visible de

responsabilidad. Necesitan demostrar que Oakridge ha aprendido de la situación de Hendricks, que estamos abordando activamente los factores de riesgo antes de que se conviertan en demandas. El perfil de la doctora Bennett la convierte en la candidata ideal para esa demostración.

Marianne observó la expresión de Alexandra —fija y constante— mientras exponía su evaluación.

—¿Su perfil —repitió Marianne despacio— o sus resultados?

—Ambos. —La mirada de Alexandra era frontal—. Salva vidas. Nadie lo discute. Pero lo hace de formas que exponen a este hospital a una responsabilidad civil significativa. Cada vez que se desvía del protocolo y tiene éxito, refuerza la creencia de que las reglas no se aplican a ella. Y la próxima vez que se desvíe y falle, y habrá una próxima vez, señorita Cole, siempre la hay, este hospital se enfrentará a otra demanda, otro acuerdo, otra ronda de titulares sobre fallos institucionales.

—Y quiere que yo me asegure de que eso no ocurra.

—Quiero que se asegure de que, cuando ocurra, podamos demostrar que tomamos las medidas oportunas. Que identificamos los factores de riesgo, documentamos las preocupaciones e hicimos esfuerzos de buena fe para abordarlos. —La voz de Alexandra bajó un tono, adoptando la cadencia cuidadosa de quien da instrucciones que nunca podrían reconocerse oficialmente—. Pase lo que pase con la doctora Bennett, este hospital debe poder demostrar que lo intentamos.

La implicación quedó suspendida entre ellas, una presión que Marianne sintió como una mano en su garganta. El consejo quería que ella fabricara un caso contra Isla Bennett. No porque fuera necesariamente el mayor riesgo para la seguridad de los pacientes, sino porque era visible, controvertida y políticamente conveniente.

Marianne ya había visto esto antes. Ella misma lo había sufrido una vez. El recuerdo afloró. Aquella rueda de prensa en la que el consejo de su anterior hospital se puso tras un podio para explicar cómo el fallo de una responsable de cumplimiento normativo a la hora de señalar adecuadamente los problemas sistémicos había contribuido a una tragedia evitable. No importaba que ella hubiera

señalado esos problemas repetidamente. No importaba que la hubieran ignorado, desautorizado y silenciado. Cuando llegó el desastre, alguien tenía que pagar el pato.

No permitiría que eso volviera a suceder. Ni a ella, ni a nadie más. Ni siquiera a una cirujana que parecía decidida a convertirse en un blanco fácil.

—Realizaré una revisión exhaustiva e imparcial de los casos de la doctora Bennett —dijo Marianne—. Si existen problemas sobre los que se deba actuar, se documentarán y abordarán a través de los canales apropiados. Si no los hay, también se documentará.

La expresión de Alexandra no reveló nada.

—Por supuesto. No esperamos menos que una profesionalidad absoluta.

Se quedaron en silencio un momento, dos mujeres que comprendían exactamente qué estaba ocurriendo y qué estaba en juego. Marianne había estado en suficientes salas de juntas como para reconocer el baile que estaban ejecutando. Alexandra le estaba dando permiso para hacer algo que el consejo nunca podría sancionar oficialmente. Marianne estaba aceptando el encargo sin reconocer jamás que comprendía su verdadera naturaleza.

Si las cosas salían mal, Alexandra podría alegar que nunca había pedido nada improcedente. Si salían bien, el consejo tendría su chivo expiatorio y Marianne habría demostrado su valor para la institución.

Era feo. Era cínico. Y era la forma en que funcionaba la gestión sanitaria en el mundo real, lejos de los nobles ideales que atraían a la mayoría de la gente a la medicina en primer lugar.

La reunión terminó poco después, pero el peso de la misma acompañó a Marianne durante el resto del día. Revisó más expedientes, se familiarizó con las estructuras de información de Oakridge, se reunió con jefes de departamento que la miraban con diversos grados de sospecha y hostilidad apenas disimulada. Para cuando salió del hospital, el sol se había puesto hacía tiempo y el aparcamiento estaba casi vacío.

Su apartamento estaba exactamente como lo había dejado por la mañana: cajas apiladas contra las paredes, muebles todavía dispuestos en la cuidada geometría de una vida que aún no se ha

deshecho. La empresa de mudanzas lo había entregado todo hacía tres días, pero Marianne solo había desempaquetado lo esencial: artículos de aseo, ropa de trabajo y la cafetera de émbolo que hacía que las mañanas fueran soportables. El resto podía esperar.

Había aprendido a no deshacer las maletas demasiado rápido. A no echar raíces que solo tendrían que ser arrancadas cuando ocurriera lo inevitable. Tres hospitales en ocho años, cada partida más dolorosa que la anterior. La primera fue una renuncia voluntaria, un movimiento estratégico en su carrera que quedaba bien sobre el papel. La segunda fue una decisión mutua, negociada a través de Recursos Humanos y abogados durante seis semanas atroces. La tercera...

La tercera le había enseñado que, por mucho que te esforzaras, por muchos avisos que presentaras, por muchas veces que dejaras constancia de tus preocupaciones, podías seguir siendo tú quien se quedara con la culpa cuando el sistema finalmente colapsara. Había pasado dieciocho meses en el Riverside General, construyendo lo que creía que era un caso irreprochable para una reforma sistémica. Cuando tres pacientes murieron en una sola semana debido a problemas de falta de personal que ella había documentado repetidamente, el consejo necesitó sacrificar a alguien ante la prensa. La eligieron a ella.

No porque fuera culpable. Sino porque era visible. Porque había dejado un rastro de advertencias por escrito que, en manos de abogados astutos, pudieron presentarse como prueba de que era consciente del problema pero no había actuado de forma suficiente.

Marianne prefirió no pensar en la tercera.

Se sirvió una copa de vino, un Pinot Grigio modesto, nada excesivo, y se quedó junto a la ventana, mirando el horizonte de Los Ángeles sin verlo realmente. Las vistas eran caras, uno de los pocos lujos que se permitía. Había algo reconfortante en estar por encima del caos de la ciudad, viendo las luces parpadear y bailar mientras ella permanecía a salvo de todo aquello. La ciudad brillaba con un millón de luces, un millón de vidas desarrollándose en sus propios dramas privados. Ninguna de ellas conocía ni se preocupaba por la

mujer que estaba sola en su apartamento medio vacío, intentando convencerse de que esta vez sería diferente.

Los expedientes que se había llevado a casa estaban sobre la mesa de centro, acusándola con su presencia. El rostro de la doctora Isla Bennett la miraba desde una foto de identificación del hospital, el tipo de rostro que te desafía a subestimarla.

Marianne ya había conocido a mujeres como ella antes. Mujeres que se mueven por el mundo con una certeza absoluta en su propia razón, que retuercen las normas y rompen los protocolos porque creen saber más que nadie. Mujeres que suelen estar equivocadas y que dejan escombros a su paso cuando su confianza supera a su competencia.

Pero Isla Bennett no estaba equivocada. Eso era lo desesperante. Sus resultados hablaban por sí solos. Sus pacientes vivían cuando debían haber muerto, caminaban cuando deberían haber quedado paralíticos, volvían a casa con sus familias cuando la medicina convencional los habría enviado al depósito.

Era brillante. Era temeraria. Y era exactamente el tipo de profesional que Marianne había pasado su carrera intentando contener.

Marianne terminó su vino y comenzó el metódico proceso de prepararse para dormir. La ropa colgada con precisión en el armario. Rutina de cuidado de la piel completada en el orden exacto. Alarma puesta a las 5:30, lo suficientemente temprano para llegar al hospital antes que nadie, para establecerse como alguien que trabajaba más duro y durante más tiempo de lo que nadie esperaba.

Control, se recordó mientras yacía en la oscuridad. El control era seguridad. El control era supervivencia. Había perdido el control una vez, se había permitido creer que las buenas intenciones y el trabajo duro serían suficientes para protegerla de la política institucional, y eso casi la destruyó.

No volvería a cometer ese error.

Pero cuando el sueño finalmente la venció, el último pensamiento consciente de Marianne no fue sobre protocolos, ni exposición a responsabilidades, ni las maquinaciones políticas de los consejos hospitalarios. Fue sobre unos ojos grises, agudos por el desafío, y

una voz que le había preguntado si alguna vez había salvado una vida.

La respuesta, por supuesto, era no.

Y ese era exactamente el problema.

Marianne había pasado toda su carrera previniendo desastres, identificando riesgos, construyendo sistemas para proteger a las personas de las consecuencias del error humano y el fallo institucional. Había salvado a hospitales de demandas, a administradores de escándalos, a innumerables pacientes de profesionales que nunca deberían haber podido acercarse a ellos. Pero nunca se había plantado en un quirófano con las manos manchadas de sangre para tomar el tipo de decisión que Isla Bennett tomaba cada día.

Tal vez por eso el desafío de la cirujana la molestaba tanto. No porque fuera temerario. No porque generara responsabilidades legales. Sino porque una parte de Marianne, una parte pequeña y reprimida desde hacía mucho, se preguntaba qué se sentiría al confiar en una misma de forma tan absoluta. Al actuar sin dudar, sin calcular resultados, sin construir elaborados sistemas de protección contra la posibilidad de equivocarse.

Era un pensamiento peligroso. El tipo de pensamiento que no tenía cabida en la vida ordenada que se había construido. Marianne lo apartó y cerró los ojos.

Mañana empezaría el trabajo de verdad. Mañana comenzaría a armar el caso que determinaría el futuro de Isla Bennett en Oakridge. Sería minuciosa. Sería justa. Y no permitiría que unos ojos grises y unas preguntas afiladas sobre las cosas que ella nunca había hecho la hicieran flaquear.

El sueño llegó finalmente, pero no trajo descanso.

3

ISLA

El accidente múltiple llegó a las siete y cuarenta y tres de la mañana.

Isla estaba revisando historiales en el box de traumatología, intentando adelantarse a la interminable documentación que exigía la auditoría de Marianne, cuando entró la llamada. Colisión de tres vehículos en la 405. Al menos cuatro pacientes críticos en camino. Tiempo estimado de llegada: doce minutos.

Ya se estaba moviendo antes de que el operario terminara de hablar; su cuerpo entraba en ese estado familiar de alerta máxima donde el tiempo parecía ralentizarse y acelerarse simultáneamente. A su alrededor, el equipo de traumatología se movilizaba con eficiencia. Los enfermeros preparaban los puestos. Se estaba avisando a los residentes. El caos controlado de la medicina de urgencias estaba a punto de comenzar.

Y en una esquina del box, como una sombra de la que no podía deshacerse, Marianne Cole observaba.

La responsable de riesgos había llegado diez minutos antes de la llamada, con la carpeta en la mano y una expresión neutra firmemente dibujada en el rostro. Se había colocado cerca del puesto de suministros, donde podía observar sin interferir, moviendo

su bolígrafo en anotaciones pequeñas y precisas que Isla intentaba no imaginar. Notas sobre su postura. Su tono. La forma en que ladraba órdenes a los residentes, que ya deberían saber que no se debe vacilar.

Cada decisión, cada instinto, cada elección de una fracción de segundo estaba siendo registrada ahora por una mujer que nunca había sostenido un bisturí en su vida.

No debería haber importado. Isla ya había sido observada antes. Estudiantes de medicina. Médicos visitantes. Administradores del hospital que querían entender qué estaban pagando con su dinero. Hacía mucho tiempo que había aprendido a desconectar de todo excepto del paciente que tenía delante, a estrechar su foco hasta que no existiera nada más que el trabajo.

Pero Marianne Cole era diferente. Había algo en su presencia que se negaba a fundirse con el fondo. Algo en esos fríos ojos azules que Isla podía sentir incluso de espaldas. Era una distracción de una forma que se sentía casi personal, como si Marianne no solo estuviera vigilando sus procedimientos, sino vigilándola a ella.

—Dra. Bennett —Tamsin apareció a su lado, con sus ojos oscuros afilados por el enfoque profesional—. La primera ambulancia está a dos minutos. Varón de cincuenta y tantos años, probable traumatismo craneal y hemorragia interna.

—Preparad el box de trauma uno. Que radiología esté sobre aviso —Isla no miró a Marianne mientras hablaba. No podía permitírselo—. Y despejad el pasillo. Si vienen cuatro críticos, vamos a necesitar cada centímetro de espacio.

La siguiente hora transcurrió fuera del tiempo normal.

El primer paciente entró por las puertas con un tajo en la frente que resultó ser el menor de sus problemas. Isla le palpó el abdomen y supo de inmediato que el bazo estaba afectado. Pidió el TAC que lo confirmaría, calculando ya el cronograma de cuándo necesitaría cirugía y si podría estabilizarlo lo suficiente para esperar.

El segundo paciente era una mujer de unos treinta años con la pelvis destrozada y entrando rápidamente en shock. Sus gritos habían pasado a ser gemidos cuando la subieron a la mesa, lo cual era a la vez un alivio y una señal de advertencia. Isla ordenó a dos

residentes que se encargaran de ella mientras evaluaba la situación, con su mente calculando ya el delicado equilibrio entre recursos y tiempo.

—Mantenedla hablando —ordenó—. Si deja de responder, avisadme de inmediato.

El tercer ingreso fue el peor. Un adolescente, de unos diecisiete años, con un neumotórax a tensión que le comprimía el pulmón y amenazaba su corazón. Su respiración era fatigosa, su piel se estaba volviendo de un azul plomizo que indicaba el poco tiempo que les quedaba. Su madre iba en el coche de atrás, se enteró más tarde. Estaba esperando en el vestíbulo, sin saber si su hijo sobreviviría a la mañana.

Isla apartó ese pensamiento. No podía permitirse pensar en la gente que esperaba fuera. No podía permitirse ver esos cuerpos como algo más que problemas a resolver. Era la única forma de sobrevivir a este trabajo. Tratabas el trauma, no a la persona. Salvabas el cuerpo y dejabas que otro se preocupara por el corazón.

El adolescente necesitaba una intervención inmediata.

Se movía entre los pacientes como un director dirigiendo una orquesta de desesperación controlada. Las decisiones llegaban rápido, cada una cimentada en años de formación y miles de horas viendo cuerpos romperse y aprendiendo cómo recomponerlos. No había tiempo para dudar. Ni tiempo para la aprobación de un comité. Solo el trabajo, el infinito, terrible y hermoso trabajo de mantener a la gente con vida.

—Poned otra unidad de O negativo —le gritó a una enfermera que se ocupaba del paciente del bazo—. Y que baje el de respiratorio. El caso de la pelvis va a necesitar control de vías respiratorias pronto.

—Enseguida, Dra. Bennett.

El box de trauma se había convertido en una sinfonía de pánico controlado. Los monitores emitían pitidos de advertencia. Las voces cantaban constantes vitales y medicaciones. El olor penetrante del antiséptico se mezclaba con el olor metálico de la sangre. Isla se movía por todo ello con la soltura de alguien que había pasado toda su carrera exactamente en este tipo de caos.

Y durante todo el proceso, podía sentir los ojos de Marianne sobre ella. Podía sentir esa mirada evaluadora siguiendo sus movimientos, catalogando sus elecciones, archivando cada momento en que su criterio se desviaba de cualquier directriz clínica que Marianne hubiera memorizado.

El adolescente con el neumotórax no respondía a la colocación del tubo torácico estándar. Los monitores contaban la historia: sus constantes vitales bajaban, su piel se oscurecía a pesar del tubo que debería haber aliviado la presión, su respiración seguía siendo forzada.

—Dra. Bennett —Rachel, la joven enfermera, la miraba con ojos muy abiertos—. Su oxígeno sigue bajando.

Isla se acercó al costado del paciente y evaluó en segundos lo que los monitores tardaban demasiado en decirle. El tubo estaba en la posición incorrecta. El protocolo de colocación estándar asumía una anatomía estándar, pero la cavidad torácica de este chico era atípica. Sus manos le contaron la historia: la asimetría de sus costillas, la curva de la pared torácica, el sutil desplazamiento en la bolsa de aire comprimido.

—Tengo que reposicionarlo —anunció—. La bolsa es posterior, no anterior. Que alguien me traiga un trócar.

—Dra. Bennett —la voz de Marianne cortó el caos controlado de la sala de urgencias, fría y nivelada—. El protocolo para el reposicionamiento de un tubo torácico requiere una confirmación por imagen antes de...

—No tiene tiempo para imágenes —Isla no levantó la vista del paciente. Sus manos ya se movían, palpando la posición que sabía que debía ser la correcta—. Su saturación de oxígeno está en el ochenta y dos por ciento y bajando. Para cuando tengamos la confirmación por imagen, tendrá daño cerebral o estará muerto.

—El procedimiento estándar...

—El procedimiento estándar lo está matando, Marianne —Isla finalmente levantó la vista, encontrándose con la mirada de Marianne con una intensidad que rozaba la furia—. Estoy intentando salvar una vida aquí. ¿Me va a ayudar o se va a quedar ahí tomando

notas sobre cómo he violado el protocolo mientras muere un chico de diecisiete años?

La sala de trauma se quedó en silencio. Incluso el pitido de los monitores se desvaneció en el fondo mientras todos esperaban a ver qué pasaría a continuación.

La expresión de Marianne no cambió. Su bolígrafo no se movió. Durante un largo y terrible momento, Isla pensó que iba a objetar de nuevo, que iba a forzar un enfrentamiento que costaría unos segundos preciosos que ninguna de las dos podía permitirse.

Entonces Marianne dio un paso atrás, con voz plana y profesional: —Proceda, Dra. Bennett. Podemos discutir el cumplimiento del protocolo una vez que el paciente esté estabilizado.

Isla no perdió tiempo en agradecimientos. Posicionó el trócar con manos firmes a pesar de su pulso acelerado, encontró la bolsa de aire que comprimía el pulmón del adolescente y la liberó en una ráfaga controlada que lo cambió todo de inmediato. Los monitores empezaron a estabilizarse. El color del chico comenzó a mejorar. Iba a vivir.

Porque había confiado en su instinto en lugar de en un diagrama de flujo.

Se permitió un momento para sentir el alivio recorriéndola, la familiar euforia de una vida arrebatada al abismo. Luego levantó la vista y encontró a Marianne observándola con una expresión que no terminaba de descifrar. No era desaprobación exactamente. Era algo más complicado. Un respeto forzado mezclado con frustración... y algo más profundo que Marianne enmascaró rápidamente.

Sus ojos se encontraron a través de la sala. Por un momento suspendido, no existió nada más que el espacio entre ambas. El caos se desvaneció. Los monitores se convirtieron en un ruido lejano. Solo estaba Marianne, con el bolígrafo congelado sobre la carpeta, mirando a Isla como si de repente se hubiera convertido en un rompecabezas que se negaba a encajar en ninguna de sus ordenadas categorías.

Entonces alguien llamó a Isla por su nombre y el momento se rompió. Se dio la vuelta, de nuevo al trabajo que nunca terminaba,

pero aún podía sentir el peso de esa mirada siguiendo sus pasos por la habitación.

El resto de la mañana fue un borrón de cirugías, consultas y la lúgubre aritmética del triaje. El hombre del bazo roto entró a quirófano a las nueve y cuarto y salió a las once con su abdomen reparado con éxito. La mujer de la pelvis destrozada sobrevivió, pero se enfrentaría a meses de rehabilitación. Traumatología se haría cargo de su caso ahora, el largo y lento trabajo de reconstruir lo que el accidente había destruido. El adolescente fue trasladado a la UCI en estado estable; finalmente permitieron que su madre se sentara junto a su cama y sostuviera la mano que había agarrado el volante con demasiada fuerza en aquella autopista resbaladiza por la lluvia.

Uno de los cuatro pacientes críticos, un anciano cuyas lesiones habían sido demasiado extensas para tratarlas, había muerto antes de llegar al hospital. No había nada que nadie pudiera haber hecho. A veces el daño era simplemente demasiado grande, el cuerpo estaba demasiado roto, el tiempo era demasiado corto. Isla había aprendido a aceptar eso al principio de su carrera. No a estar en paz con ello, exactamente, pero sí a aceptarlo. No se podía salvar a todo el mundo. Solo podías salvar a los que tenían salvación, y tenías que dejar ir al resto o la culpa te comería viva.

Tres de cuatro. Mejor de lo que las estadísticas habrían augurado.

Pero mientras Isla por fin se alejaba del box de trauma, quitándose los guantes e intentando que la adrenalina se disipara de su organismo, en lo único que podía pensar era en la cara que puso Marianne cuando la desafió delante de todo el equipo.

La sala de descanso del personal estaba en silencio cuando cruzó la puerta, agotada, irritable y desesperada por un café que no supiera a las ofrendas perpetuamente quemadas de la sala. Tamsin ya estaba allí, sentada en uno de los sillones desgastados con su propia taza entre las manos.

—Vaya mañanita —la voz de Tamsin era cálida y comprensiva—. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien —Isla se sirvió café y se dejó caer en la silla frente a su amiga—. Tres salvados, una pérdida que no habríamos podido

evitar de todos modos. Teniendo en cuenta todo, es un buen día.

—No me refería a eso.

Isla levantó la vista y se encontró con Tamsin observándola con esa expresión de sabelotodo que siempre la hacía sentir incómodamente expuesta. Llevaban trabajando juntas cuatro años. Tamsin había sido testigo de sus peores momentos y de los mejores, había visto cómo le temblaban las manos tras perder a un paciente y cómo se estabilizaban antes de cirugías imposibles. Había muy poco que Isla pudiera ocultarle.

—La auditoría va a ser mi fin —admitió finalmente—. No puedo concentrarme cuando ella está ahí de pie vigilando cada movimiento que hago. Es como tener un halcón posado en el hombro, esperando a que cometa un error.

—La Srta. Cole parece... minuciosa.

—Esa es una forma de decirlo —Isla tomó un sorbo amargo de su café—. Cuestionó mi colocación del tubo en mitad de una situación crítica. ¿Sabes lo peligroso que es eso? ¿Lo desconcertante que resulta que alguien te cuestione cuando la vida de un paciente está en juego? Pfff. No tiene ni puta idea.

Tamsin guardó silencio un momento, con expresión pensativa. —Te observa a ti de forma diferente a como observa a los demás.

—¿A qué te refieres?

—La he visto observar a tres médicos diferentes esta semana. Con el Dr. Hartman y el Dr. Chen es clínica. Distante. Toma notas, hace preguntas y mantiene los límites profesionales —Tamsin hizo una pausa, con la mirada fija en el rostro de Isla—. Contigo es diferente. Más intenso. Como si no estuviera evaluando solo tus procedimientos.

Algo incómodo se revolvió en el pecho de Isla. Lo reprimió de inmediato. —Probablemente esté más centrada en mí porque soy la razón por la que la contrataron. La junta quería rendición de cuentas y yo soy el objetivo más visible.

—Puede ser —Tamsin no sonaba convencida—. Pero la forma en que te miró hoy cuando salvaste a ese chico... eso no fue solo una evaluación profesional. La estuve observando mientras hacías el reposicionamiento del tubo. Cuando metiste las manos y tomaste la

decisión de ignorarla para salvarlo de todas formas, no parecía enfadada. Parecía...

—¿Parecía qué?

Tamsin reflexionó un momento, eligiendo sus palabras con su cuidado característico. —Fascinada. Como si estuviera viendo algo que no esperaba ver. Y que quizá no quería ver.

Algo en esa observación hizo que a Isla se le encogiera el estómago. No quería analizar por qué. No quería pensar en lo que podría significar que Marianne Cole la observara con fascinación en lugar de con desaprobación clínica. Esa mujer estaba aquí para evaluarla, posiblemente para acabar con su carrera. Nada en esa dinámica debería sentirse como algo más que una confrontación.

—No —la voz de Isla sonó más brusca de lo que pretendía—. No empieces con eso. Ella es la mujer que intenta destruir mi carrera. Sea cual sea la intensidad que creas leer en su vigilancia, no es lo que piensas.

—Vale —Tamsin levantó las manos en señal de rendición—. Solo digo lo que he visto. Puedes hacer lo que quieras con la información.

Se sentaron en silencio un momento, con el peso de la mañana cayendo sobre ellas. Isla miró su café e intentó no pensar en cómo le había dado un vuelco el pulso cuando Marianne se acercó para cuestionarla. En cómo había sido plenamente consciente de dónde estaba Marianne exactamente durante toda la crisis.

No significaba nada. No podía significar nada.

No iba a dejarse distraer por una mujer cuyo único propósito era encontrar fallos en todo lo que hacía. Por muy fría que fuera la mirada de Marianne. Por mucho que su voz cortara el caos con una autoridad que exigía atención. Por mucho que algo en lo más profundo de su pecho respondiera al desafío de esos ojos azules.

La auditoría terminaría tarde o temprano. O bien Marianne encontraría munición suficiente para acabar con la carrera de Isla, o bien se daría cuenta de que las desviaciones del protocolo respaldadas por resultados excelentes no constituían una crisis. De cualquier manera, la vigilancia cesaría. La intensidad se desvanecería. E Isla volvería a ejercer la medicina como siempre lo

había hecho: por instinto, con absoluta convicción, confiando en las habilidades que había pasado toda una vida desarrollando.

Solo tenía que sobrevivir las próximas semanas sin darle a Marianne más munición.

Lo cual significaba ser perfecta. Impecable. Seguir cada procedimiento al pie de la letra, incluso cuando sus instintos le gritaran que el procedimiento era erróneo. Documentaría todo antes de hacerlo, pediría aprobación para cada desviación, se convertiría en el tipo de médico cuidadoso y dubitativo que siempre había despreciado. Se sentiría como operar con las manos atadas a la espalda. Se sentiría como traicionar todo lo que creía sobre la medicina.

Pero demostraría que su criterio era sólido, que sus métodos eran válidos, que las preocupaciones de la junta eran infundadas. No le daría a Marianne nada que criticar, nada que documentar, nada que usar en su contra.

Y absolutamente no pensaría en cómo la observación de Tamsin le había hecho saltar el corazón. No pensaría en el momento de conexión en la sala de urgencias, en la mirada de Marianne cuando se dio cuenta de que Isla tenía razón. No pensaría en lo que podría significar que fuera tan consciente de dónde se encontraba Marianne en cada habitación que compartían.

Ese camino llevaba al desastre. Ese camino llevaba al tipo de caos que Isla había pasado toda su vida adulta evitando. Había elegido la cirugía de trauma precisamente porque era predecible en su imprevisibilidad. Las crisis llegaban rápido y con fuerza, pero siempre terminaban. Salvabas al paciente o lo perdías, y luego pasabas al siguiente. No había lugar para enredos emocionales. No había lugar para complicaciones que no pudieran resolverse con un bisturí y manos firmes.

Marianne Cole era exactamente el tipo de complicación que Isla no podía permitirse.

—Debería ir a ver a mis pacientes —dijo Isla finalmente, poniéndose en pie y terminando lo que quedaba de café—. Gracias por la charla.

—Cuando quieras —la voz de Tamsin era suave—. ¿E Isla? Ten cuidado. Sea lo que sea que esté pasando con la Srta. Cole... ten cuidado.

Isla se detuvo en la puerta, con la mano en el marco. Una parte de ella quería darse la vuelta, preguntarle a Tamsin a qué se refería, tener ese tipo de conversación honesta sobre sentimientos que había evitado durante toda su vida adulta. Pero eso requeriría admitir que había algo de lo que tener cuidado. Eso requeriría reconocer que Marianne Cole se le había metido bajo la piel de una forma que no tenía nada que ver con la auditoría y sí con la forma en que su pulso se aceleraba cada vez que estaban en la misma habitación.

No estaba preparada para esa conversación. Quizá no lo estaría nunca.

—Siempre tengo cuidado —dijo en su lugar, con la mentira amargándole la boca.

Salió de la sala sin mirar atrás, con la mandíbula apretada por la determinación. El pasillo se extendía ante ella, llevándola de vuelta a los pacientes que la necesitaban, a los historiales que exigían su atención, al trabajo interminable que definía su vida. En algún lugar de este hospital, Marianne Cole probablemente estaba redactando sus observaciones de la mañana, documentando cada desviación del protocolo, construyendo un caso que podría acabar con la carrera de Isla.

Que escriba. Que documente. Que intente reducir el arte de salvar vidas a casillas de verificación y métricas de cumplimiento.

Isla iba a demostrarle que la medicina no podía contenerse en una hoja de cálculo. Iba a ser tan rematadamente perfecta que Marianne no tendría ni una sola crítica legítima que ofrecer. Y cuando la auditoría terminara, cuando la junta estuviera satisfecha, volvería a ejercer la medicina de la forma en que debía ejercerse.

Por instinto. Sin dudar. Sin nadie vigilándola por encima del hombro.

La auditoría era una prueba. Y la Dra. Isla Bennett nunca había suspendido una prueba en su vida.

4

MARIANNE

Marianne ya había visto medicina de urgencias antes.

O eso creía.

Había revisado informes de incidentes y estadísticas de mortalidad. Había estudiado los diagramas de flujo que guiaban las decisiones de emergencia. Se había sentado en salas de conferencias con médicos que explicaban sus protocolos y procedimientos con la confianza mesurada de quienes lo tienen todo bajo control. Entendía, intelectualmente, que la cirugía de traumatología era caótica, que el tiempo era vital y que, en ocasiones, requería desviarse de la práctica estándar.

Pero nunca había visto trabajar a Isla Bennett.

De pie en un rincón de la sala de reanimación, con su carpeta y su expresión neutral, Marianne observó cómo entraban cuatro pacientes por las puertas en una cascada de sangre, monitores que chillaban y pánico controlado. Observó cómo Isla se movía entre el caos con una gracia que rozaba lo sobrenatural, sus órdenes cortando el ruido como una cuchilla a través de la seda, sus manos firmes y precisas mientras evaluaba lesiones que habrían dejado paralizados a médicos de menor categoría.

No había vacilación. Ni incertidumbre. Ni un solo momento en el que Isla consultara las directrices o buscara aprobación. Simplemente actuaba, pasando de un paciente a otro con la eficiencia fluida de alguien que lo ha hecho tantas veces que los movimientos se han vuelto instinto.

—Poned otra unidad de 0 negativo —exclamó Isla, y una enfermera ya estaba echando mano de la sangre.

—Que baje alguien de respiratorio —ordenó, y alguien ya estaba dando el aviso antes de que ella terminara la frase.

—Necesito un trócar —exigió, y el instrumento apareció en su mano como por arte de magia.

El bolígrafo de Marianne había dejado de moverse. Solo se dio cuenta de ello cuando intentó tomar una nota y descubrió que llevaba casi tres minutos inmóvil, viendo a Isla salvar la vida de un adolescente mediante un procedimiento que no figuraba en ningún libro de texto que ella hubiera leído jamás.

El reposicionamiento del tubo era incorrecto según cualquier parámetro que Marianne supiera medir. El protocolo exigía una confirmación por imagen. El protocolo exigía consultar con un médico titular. El protocolo existía precisamente porque procedimientos así conllevaban un riesgo significativo y no debían realizarse solo por instinto.

Marianne la había desafiado. Había planteado su objeción delante de todo el equipo, viendo cómo los ojos de Isla echaban chispas de furia y exasperación a partes iguales. Se había esperado una réplica. Se había esperado una discusión. Lo que no se esperaba era la absoluta certeza con la que Isla había descartado su preocupación para seguir adelante de todos modos.

—Estoy intentando salvar una vida aquí. ¿Vas a ayudarme o te vas a quedar ahí tomando notas sobre cómo he infringido el protocolo mientras muere un chico de diecisiete años?

Las palabras resonaban en la mente de Marianne. Había oído variantes de ese argumento anteriormente, de labios de médicos que utilizaban los resultados de los pacientes para justificar cualquier comportamiento que eligieran. Solía ser una señal de alarma, un

síntoma de exactamente el tipo de mentalidad de «llanero solitario» que generaba pesadillas de responsabilidad civil.

Pero el instinto de Isla había sido el correcto. El chico respiraba. Estaba recuperando el color. Sus monitores se estabilizaban con el ritmo constante de alguien que sobreviviría a la mañana.

Porque Isla Bennett había ignorado la objeción de Marianne y había confiado en sí misma.

Aquel pensamiento debería haberla enfadado. Debería haber reforzado cada preocupación que había documentado en sus informes preliminares. En cambio, se le asentó en el pecho como un peso que no sabía cómo sobrellevar.

El resto de la mañana transcurrió en un desfile borroso de cirugías y consultas. Marianne se mantuvo en un segundo plano, tomando sus cuidadosas notas, registrando cada decisión y cada desviación. Pero algo había cambiado en su forma de ver lo que estaba presenciando. Las infracciones del protocolo que sobre el papel parecían una temeridad, en persona se veían distintas. Más bien como una adaptación. Como una pericia tan refinada que los procedimientos estándar se convertían en puntos de partida en lugar de puntos finales.

Tres pacientes sobrevivieron cuando quizás no lo habrían hecho si Isla hubiera seguido todas las reglas.

Un paciente murió. Un anciano cuyas heridas eran demasiado extensas para que nadie pudiera tratarlas. Marianne había observado cómo Isla recibía la noticia con un breve asentimiento, y su expresión mostró por un instante algo parecido al dolor antes de ser sustituido por el desapego profesional. Pasó al siguiente paciente de inmediato, sin una pausa visible para procesar la pérdida.

Aquello también era un dato. ¿Resiliencia emocional o supresión emocional? ¿Compartimentación saludable o desapego peligroso? Marianne descubrió que no sabía notar la diferencia, y no estaba segura de que importara.

Tres de cuatro. En el frío lenguaje de los resultados, era excelente. En el lenguaje más cálido de la vida humana, eran tres familias que hoy no recibirían llamadas telefónicas devastadoras. Tres personas que acabarían volviendo a casa, curadas o en proceso

de curación, porque una cirujana había confiado más en sí misma que en el sistema.

Y en algún momento, en medio de todo aquello, Marianne había visto algo en los ojos de Isla cuando sus miradas se cruzaron en la sala de reanimación. No era exactamente desafío. Era algo más complicado. Algo que había hecho que su corazón latiera más rápido de una forma que no tenía nada que ver con el conflicto profesional.

No pensó en eso.

Marianne abandonó la sala de trauma a mediodía, cuando Isla por fin se apartó de sus pacientes, y no miró atrás mientras caminaba por los relucientes pasillos del hospital hacia su despacho. Mantuvo su expresión neutral, su postura controlada, su carpeta apretada bajo el brazo como un escudo contra preguntas que no estaba lista para responder.

El despacho estaba en silencio. Los archivos la esperaban. El trabajo continuaba, a pesar de cualquier sentimiento inoportuno que pudiera estar agitándose bajo su exterior profesional.

Se sentó ante su mesa y abrió el expediente de Isla Bennett.

La carpeta era ahora más gruesa que cuando empezó. Cada día de observación añadía páginas nuevas. Nuevos informes de incidentes. Nuevos casos de Isla eligiendo el instinto sobre el procedimiento. Marianne había sido meticulosa en su documentación, registrando no solo las desviaciones, sino los contextos, los resultados, las decisiones tomadas en una fracción de segundo que parecían temerarias sobre el papel, pero que salvaban vidas en la práctica.

Abrió una página al azar. Hace tres semanas: combinación de medicación no autorizada durante una emergencia cardíaca. Resultado: el paciente sobrevivió, recuperación completa, alta siete días después. Hace dos semanas: procedimiento realizado sin consentimiento por escrito cuando el paciente estaba inconsciente y la familia estaba inlocalizable. Resultado: vida salvada, familia agradecida, no se presentaron quejas. La semana pasada: técnica quirúrgica modificada a mitad del procedimiento sin consultar con el médico titular. Resultado: el paciente no sufrió complicaciones, recuperación mejor de la esperada.

La documentación extendida sobre su mesa contaba una historia. Desviaciones de protocolo. Procedimientos no autorizados. Decisiones tomadas sin consultar. Un patrón de comportamiento que, visto objetivamente, representaba una exposición significativa a responsabilidades legales para la institución.

Pero las imágenes en su cabeza contaban una historia diferente. Las manos de Isla, firmes y seguras mientras reposicionaba el tubo torácico. El destello de sus ojos grises cuando Marianne la desafió, la intensidad que se había sentido como una fuerza física. El momento en que los monitores se estabilizaron y el alivio asomó al rostro de Isla antes de ser reemplazado por el mismo enfoque feroz que era su estado por defecto.

Marianne había forjado toda su carrera sobre la premisa de que los sistemas eran más seguros que los individuos. Que los protocolos existían por una buena razón. Que la brillantez caótica de un solo profesional nunca podría ser tan fiable como la constancia firme de unos estándares establecidos.

Y, sin embargo...

Pensó en el caso Hendricks que la había traído a Oakridge. Un paciente que había muerto no porque un médico se desviara del protocolo, sino porque el propio protocolo era defectuoso. La demanda se había centrado en el error individual, en buscar a alguien a quien culpar, pero Marianne había visto la verdad subyacente. El sistema había fallado. La lista de comprobación había pasado por alto un paso crítico. El médico brillante y cumplidor de las normas lo había hecho todo bien y, aun así, perdió al paciente.

¿Había algún escenario en el que desviarse fuera a veces más seguro que cumplir?

La pregunta le pareció una herejía. Iba en contra de todo lo que a Marianne le habían enseñado a creer, de todo aquello en torno a lo cual había construido su identidad profesional. Pero no podía dejar de pensar en el adolescente de la sala de trauma. Si Isla hubiera esperado a la confirmación por imagen, habría sufrido daños cerebrales. Si Isla hubiera consultado a un médico titular, esos treinta segundos habrían marcado la diferencia entre una recuperación total y una discapacidad permanente.

El protocolo lo habría matado.

Marianne cerró el expediente y se presionó las sienes con los dedos. Empezaba a dolerle la cabeza con ese dolor particular que surge al intentar reconciliar hechos irreconciliables.

Estaba tan segura de sí misma cuando llegó a Oakridge. Tenía tan claros su mandato y sus métodos. Preparar un caso contra Isla Bennett. Documentar las desviaciones. Demostrar la rendición de cuentas. Mostrar a la junta que el hospital se tomaba en serio los riesgos.

¿Pero qué pasaba si el mayor riesgo era obligar a una cirujana como Isla a trabajar dentro de unas limitaciones que no tenían en cuenta sus capacidades?

No. No podía pensar así. Por ese camino se llegaba al caos. Por ahí se llegaba al tipo de toma de decisiones subjetiva y caso por caso que creaba las pesadillas legales que ella había pasado su carrera intentando prevenir.

Marianne se levantó bruscamente y caminó hacia la ventana. La vista mostraba el edificio del aparcamiento, hormigón gris contra un cielo gris, totalmente carente de belleza o interés. Específicamente había pedido un despacho sin vistas que la distrajeran. Había querido un espacio que fuera funcional antes que agradable, un recordatorio de que estaba allí para trabajar y no para disfrutar.

Ahora deseaba algo más que mirar. Algo que no fuera su propio reflejo en el cristal oscuro y los pensamientos que no dejaban de dar vueltas.

Se sentía atraída por Isla Bennett.

La admisión surgió de algún lugar que ella había estado intentando ignorar. No era solo respeto profesional, aunque también lo había. No era solo fascinación por un caso complejo, aunque eso fuera parte de ello. Había algo más. Algo personal. Algo que hacía que su pulso saltara cada vez que Isla entraba en una habitación, que hacía que perdiera la concentración cada vez que esos ojos grises se encontraban con los suyos.

Era la peor complicación posible.

Marianne no había sobrevivido en este sector permitiendo que los sentimientos personales nublaran su juicio. Aprendió pronto que las

emociones eran una vulnerabilidad, que la atracción era una distracción, que la única forma de seguir siendo eficaz era mantener un control absoluto sobre su vida interior.

La última vez que se permitió sentir algo real, tenía treinta y dos años y acababa de ser ascendida, convencida de que había descubierto cómo equilibrar el éxito profesional con la felicidad personal. Se llamaba Sarah, y era administradora de un hospital en el mismo centro donde trabajaba Marianne. Lo habían mantenido en secreto durante casi un año, viéndose en hoteles y apartamentos prestados, construyendo una relación que parecía que podría sobrevivir a todo.

Cuando estalló el escándalo, cuando el consejo necesitó a alguien a quien culpar por un fallo sistémico que no tenía nada que ver con ninguna de las dos, Sarah eligió la supervivencia institucional por encima de la lealtad personal. Testificó contra Marianne. Caracterizó su relación como un conflicto de intereses que había afectado al juicio de Marianne. Se marchó con su carrera intacta mientras Marianne se quedaba para reconstruir su vida entre los escombros.

Marianne había aprendido la lección. Había levantado muros tan altos y gruesos que nadie se había acercado lo suficiente como para volver a herirla. Se había vuelto intocable, impenetrable, totalmente profesional en cada aspecto de su vida.

Y ahora, una cirujana de traumatología con ojos grises y manos firmes amenazaba con echarlo todo abajo.

Isla Bennett era exactamente el tipo de mujer que Marianne había aprendido a evitar. Apasionada. Impulsiva. Convencida de tener razón. El tipo de persona que atravesaría cualquier límite sin siquiera notar la destrucción que dejaba a su paso.

Y, sin embargo...

Había habido algo en la sala de reanimación cuando se cruzaron sus miradas. Algo que se había sentido como un reconocimiento. Como mirarse en un espejo y ver un reflejo distorsionado pero, de alguna manera, todavía familiar.

Marianne sacudió la cabeza y se apartó de la ventana. Aquello era ridículo. Estaba proyectando. Estaba agotada. Estaba dejando

que la adrenalina del caos de la mañana afectara a su juicio de formas que no se podía permitir.

Necesitaba concentrarse. Necesitaba recordar por qué estaba aquí. Necesitaba construir su caso, demostrar su valía y protegerse del tipo de desastre que surge al bajar la guardia.

Mañana volvería a la sala de trauma. Observaría con desapego clínico. Documentaría desviaciones y resultados sin permitirse ser influenciada por la maestría de las manos de Isla o la intensidad de su mirada. Sería profesional, minuciosa y totalmente impersonal.

No pensaría en la forma en que su corazón se había acelerado cuando Isla la desafió delante de todo el equipo.

No pensaría en el respeto a regañadientes que había sustituido a su certeza.

No pensaría en cómo sería tener ese enfoque feroz dirigido a algo que no fuera la cirugía.

Los archivos la esperaban. El trabajo continuaba. Marianne volvió a sentarse a su mesa y cogió su bolígrafo, decidida a restaurar el orden que la mañana había alterado.

Pero su mano tembló ligeramente al escribir, y las palabras en la página parecieron de repente insuficientes para captar lo que había presenciado. Isla Bennett no era una responsabilidad legal que gestionar. Era algo completamente distinto. Algo que las pulcras categorías y los cuidadosos protocolos de Marianne no podían contener.

Y aquello la aterrorizaba más de lo que cualquier demanda por negligencia podría hacerlo jamás.

Trabajó hasta altas horas de la noche, mucho después de que el ala administrativa se vaciara y el personal de limpieza comenzara sus rondas. Los expedientes se emborronaban ante sus ojos. Las notas se acumulaban. El caso contra Isla se volvía más complicado con cada página que revisaba.

Alrededor de las nueve, su teléfono vibró con un correo electrónico de Alexandra Vale. Un mensaje breve, redactado de forma profesional, preguntando por el progreso de la auditoría. La directora ejecutiva quería saber si Marianne había identificado alguna preocupación sobre la que se pudiera actuar. Si la inversión

de la junta en supervisión estaba produciendo los beneficios esperados.

Marianne se quedó mirando la pantalla antes de redactar una respuesta cuidadosa. La auditoría transcurría según lo previsto. Los casos de la doctora Bennett mostraban un patrón constante de desviación de los protocolos establecidos. Los datos de los resultados aún se estaban analizando.

No mencionó que los datos de los resultados eran abrumadoramente positivos. No mencionó que cada desviación que había documentado había dado como resultado un paciente que hoy estaba vivo en lugar de muerto. No mencionó que empezaba a cuestionarse si las expectativas de la junta y los mejores intereses del hospital eran realmente lo mismo.

Aquellas eran conversaciones para más adelante. O para nunca.

Cuando finalmente abandonó el hospital, el aparcamiento estaba casi vacío y la noche era fría. Una fina niebla se había infiltrado desde algún lugar, convirtiendo las farolas en halos y haciendo que el mundo se sintiera más pequeño, más contenido. Marianne se sentó en su coche antes de arrancar el motor, con las manos en el volante y la mirada perdida en la nada.

Estaba en problemas. Lo sabía con la certeza visceral de alguien que ya ha estado en problemas antes. Se suponía que este trabajo era un nuevo comienzo, una oportunidad de reconstruir su reputación después de lo de Riverside General. Se suponía que sería limpio, profesional y seguro.

En lugar de eso, estaba empezando a sentir algo por la mujer a la que la habían contratado para destruir.

Marianne arrancó el motor y salió del aparcamiento. El trayecto a casa fue automático, su cuerpo avanzaba por calles familiares mientras su mente bullía con pensamientos imposibles.

Reforzaría sus barreras. Mantendría su distancia profesional. No dejaría que Isla Bennett se convirtiera en nada más que un expediente y un problema difícil.

Los faros del coche cortaban la niebla mientras conducía por las tranquilas calles de Los Ángeles. Pasó por delante de tiendas cerradas y aceras vacías. Por delante de edificios que albergaban mil

historias que ella nunca conocería. La ciudad se sentía diferente a esta hora, despojada de su energía diurna, revelando algo más silencioso y vulnerable bajo la superficie.

Marianne pensó en el aspecto que tenía Isla en la sala de reanimación. El enfoque absoluto. Las manos que nunca vacilaban. La confianza que rozaba la arrogancia pero que, de algún modo, se quedaba a las puertas, atemperada por algo más profundo: una necesidad pura de salvar a cada paciente, como si fallar no fuera solo un fracaso clínico, sino una devastación personal que no podría sobrevivir.

¿Cómo sería que algo te importara tanto?

A Marianne le habían importado las cosas una vez. Antes de Sarah. Antes de Riverside General. Antes de aprender que que algo te importe es solo otra palabra para vulnerabilidad. Entonces creía en cosas. Pensaba que podía marcar la diferencia, que podía arreglar sistemas rotos, que podía proteger a los pacientes de los fallos institucionales.

Ahora solo intentaba sobrevivir. Hacer su trabajo lo suficientemente bien como para conservarlo. Preparar casos y escribir informes y mantener el desapego profesional que la mantenía a salvo.

Isla Bennett miraba el mundo de forma diferente. Para ella, cada turno era una batalla, cada paciente una persona por la que valía la pena luchar. No se preocupaba por la supervivencia institucional ni por la protección de su carrera. Simplemente veía el problema que tenía delante y empleaba todo lo que tenía para resolverlo.

Era imprudente. Era peligroso. Era todo lo que Marianne se había pasado años aprendiendo a evitar.

Y, que Dios la ayude, era hermoso.

Entró en el aparcamiento de su edificio y se quedó sentada en la oscuridad, con las manos aún aferradas al volante. La niebla del exterior hacía que el mundo se sintiera como envuelto en algodón, amortiguado, distante y, de algún modo, irreal.

Mañana volvería a Oakridge. Observaría, documentaría y prepararía su caso. Sería la auditora profesional, minuciosa e imparcial por la que la junta le estaba pagando.

Pero esta noche, sola en su coche con la niebla presionando contra las ventanillas, Marianne se permitió un momento de honestidad.

Se dio cuenta de que podría estar enamorándose de Isla Bennett. Y no tenía ni idea de cómo parar.

5

ISLA

La sala de conferencias estaba a rebosar.

Isla se quedó de pie contra la pared del fondo; todos los asientos estaban ocupados para cuando ella llegó, y estar de pie la hacía sentir menos atrapada. La larga mesa de caoba estaba rodeada de administradores y jefes de departamento, con rostros neutrales mientras esperaban la presentación que determinaría la trayectoria de su carrera.

Marianne Cole estaba al frente de la sala, con un ordenador portátil abierto ante ella y una pantalla de proyección brillando a sus espaldas. Vestía un traje marengo que le sentaba como una armadura, con el pelo recogido en su perpetuo estilo preciso y una expresión que no revelaba nada. La profesional consumada. La mujer que había estado vigilando cada movimiento de Isla durante tres semanas.

La mujer que se había convertido en una presencia inoportuna en los pensamientos de Isla, apareciendo en momentos extraños cuando debería haber estado pensando en pacientes o protocolos o en cualquier otra cosa que no fueran unos fríos ojos azules y unos tonos pausados.

—Gracias a todos por venir —la voz de Marianne era mesurada, controlada—. Como saben, la junta solicitó una auditoría exhaustiva de los profesionales de alto riesgo tras el acuerdo del caso Hendricks. Hoy presentaré mis conclusiones preliminares sobre el historial de casos de la doctora Isla Bennett.

La primera diapositiva apareció en la pantalla. El nombre de Isla en negrita, seguido de una serie de estadísticas que hicieron que se le encogiera el pecho.

—La doctora Bennett lleva cinco años en Oakridge. Durante ese tiempo, ha mantenido una tasa de supervivencia del noventa y tres por ciento, lo que supone veinte puntos porcentuales por encima de la media del departamento —Marianne hizo clic para pasar a la siguiente diapositiva—. Sus resultados en casos clasificados como «no supervivibles» son particularmente notables. Una tasa de supervivencia del cuarenta y siete por ciento frente a la media nacional del doce por ciento.

Alrededor de la mesa, los administradores intercambiaron miradas. Isla no sabría decir si estaban impresionados o incómodos. Probablemente ambas cosas.

—Estas cifras representan un rendimiento clínico excepcional —la mirada de Marianne recorrió la sala, encontrándose brevemente con la de Isla antes de proseguir—. También representan un patrón de toma de decisiones que queda fuera de las directrices institucionales establecidas.

La siguiente diapositiva resultó más difícil de mirar. Una lista de desviaciones de protocolo, pulcramente categorizadas y catalogadas. Procedimientos no autorizados. Combinaciones de medicamentos no aprobadas por el comité de farmacia y terapéutica. Técnicas quirúrgicas modificadas sin documentación. Consentimientos obtenidos verbalmente en lugar de por escrito cuando el tiempo era crítico.

Cada elección que Isla había tomado para salvar una vida, reducida a puntos en una pantalla.

—En los últimos dieciocho meses, la doctora Bennett se ha desviado del protocolo establecido en aproximadamente el cuarenta y siete por ciento de sus casos —el tono de Marianne seguía siendo

neutral, académico—. En el ochenta y nueve por ciento de esas desviaciones, los resultados de los pacientes fueron positivos. En el nueve por ciento, los resultados fueron neutros. En el dos por ciento, los pacientes fallecieron a pesar de la intervención.

Isla sintió que se le tensaba la mandíbula. Las cifras eran exactas. El enfoque era brutal.

—Lo que está describiendo —dijo ella, incapaz de guardar silencio por más tiempo— es una médica que salva vidas por las que otros doctores se habrían rendido. ¿Esas desviaciones que está catalogando? Son la razón por la que esas personas están vivas hoy.

Las cabezas alrededor de la mesa giraron hacia ella. Podía sentir su juicio, su incomodidad ante su interrupción. El protocolo dictaba que debía esperar, que debía sentarse en silencio mientras diseccionaban su carrera en una pantalla de proyección. Pero a Isla nunca se le había dado bien el protocolo.

—Doctora Bennett —la expresión de Marianne permaneció serena —. Habrá tiempo para preguntas después de la presentación.

—Esto no es una pregunta. Es una aclaración —Isla se separó de la pared con el pulso acelerado—. Cada vez que me desvié del protocolo fue porque el protocolo no funcionaba. Cada vez que tomé una decisión no autorizada fue porque esperar a la autorización habría matado a mi paciente. Puede poner eso en una diapositiva todo lo que quiera, pero no puede reducir decisiones de vida o muerte a porcentajes.

—Nadie está sugiriendo que sus decisiones se tomaran a la ligera —la voz de Marianne era fría, paciente—. La cuestión que se plantea ante este comité es si el juicio individual, por muy experto que sea, debe prevalecer sobre las salvaguardias institucionales diseñadas para proteger tanto a los pacientes como al hospital.

—Las salvaguardias que describe habrían matado a treinta y siete personas en los últimos dieciocho meses —la voz de Isla se alzó a pesar de sus esfuerzos por controlarla—. No es una estimación. Es un recuento. Treinta y siete pacientes que sobrevivieron porque confié en mi criterio en lugar de en un diagrama de flujo anticuado.

La mandíbula de Marianne se tensó de forma casi imperceptible. Una leve grieta apareció en su compostura profesional; la única

señal visible para cualquiera que estuviera observando de cerca. Bien. Que sintiera algo. Que entendiera que aquello no eran solo números en una pantalla.

—Doctora Bennett... —comenzó el doctor Hartman, con tono de advertencia.

—No —lo interrumpió Isla—. Me han traído aquí para escuchar mientras alguien cataloga mi carrera. Lo mínimo que pueden hacer es escuchar mi perspectiva.

El silencio que siguió estaba cargado de tensión. Alrededor de la mesa, los administradores intercambiaron miradas inquietas. Nadie quería ser el siguiente en hablar.

—Y seis que murieron a pesar de su intervención —la voz provino del otro extremo de la mesa. Victor Shaw, el asesor jurídico del hospital, se inclinó hacia delante con una expresión que Isla había aprendido a reconocer como interés depredador—. Seis familias que podrían tener motivos para litigar si se enteraran de que el enfoque de la doctora Bennett difería de la atención estándar.

—Esos pacientes se estaban muriendo cuando cruzaron las puertas —Isla se volvió para encararlo, con la ira bullendo en su pecho. El recuerdo de Jennifer Chen cruzó por su mente sin previo aviso, aquella mujer de veintitrés años que se había desangrado mientras esperaban la autorización, el catalizador de todo lo que Isla había llegado a ser—. El enfoque estándar tampoco los habría salvado. La única diferencia es que yo lo intenté.

—El estándar legal no es si lo intentó, doctora Bennett. Es si siguió los protocolos que definen la práctica médica aceptable —la sonrisa de Shaw era fina y sin pizca de gracia—. La excelencia no exime de la exposición a la responsabilidad civil. Por muy impresionantes que sean sus resultados, el hecho es que ha creado un riesgo significativo para esta institución.

—El riesgo que yo creo está al servicio de salvar vidas. El riesgo que crean sus protocolos está al servicio de cubrirle el culo al hospital —la voz de Isla era ahora más fuerte de lo que pretendía. Alrededor de la mesa, la gente se removía con incomodidad, tensando las mandíbulas, evitando su mirada. El peso de su juicio la oprimía. Pero no podía parar—. Los pacientes no sobreviven gracias

a un comité. Cada segundo que paso buscando aprobación es un segundo en el que alguien podría estar muriendo.

—Lo cual es precisamente el motivo por el que debemos discutir la limitación de su independencia quirúrgica —la voz de Shaw era calmada, razonable. Cruzó las manos sobre la mesa frente a él, la viva imagen de la compostura corporativa—. Quizás el requisito de una consulta con un superior antes de cualquier desviación. O un periodo de espera obligatorio para procedimientos no estándar.

Isla sintió que algo frío se le instalaba en el pecho. Era esto. Esto era a lo que la auditoría había apuntado todo el tiempo. No solo documentación, sino restricción. No solo revisión, sino control.

Miró a Marianne, buscando alguna señal de objeción, alguna indicación de que la responsable de riesgos comprendiera lo catastróficas que serían tales restricciones. Pero la expresión de Marianne no revelaba nada. Su bolígrafo planeaba sobre su cuaderno, listo para registrar lo que sucediera a continuación.

—¿Un periodo de espera? —Isla se rió; el sonido resultó áspero en la sala silenciosa—. ¿Quieren que ponga a la gente en espera mientras pido permiso para salvarles la vida? ¿Tienen idea de cuántos pacientes morirían mientras yo relleno sus formularios?

—Doctora Bennett —la voz de Marianne cortó la creciente tensión —. Su apego emocional a su autonomía puede estar nublando su juicio sobre lo que constituye una supervisión institucional razonable.

Las palabras golpearon a Isla como una bofetada. Se volvió para mirar a Marianne y, por un momento, el resto de la habitación se desvaneció. Solo estaban ellas dos, enfrascadas en una confrontación que se venía gestando desde su primer encuentro.

—Mi apego emocional a mi autonomía es la razón por la que soy la mejor cirujana de traumatología que tiene este hospital —la voz de Isla era ahora más baja, más controlada, pero no menos intensa —. Quiere meterme en una caja, señora Cole. Quiere reducir lo que hago a casillas de verificación y cadenas de aprobación. Pero la medicina no funciona así. Los traumas no esperan a que los comités se reúnan.

—Y los hospitales no sobreviven a las demandas esperando que los médicos individuales siempre tomen la decisión correcta —la

compostura de Marianne se mantuvo, pero algo parpadeó en sus ojos: un arrepentimiento genuino, rápidamente oculto tras su tono profesional—. No estoy aquí para destruir su carrera, doctora Bennett. Estoy aquí para asegurar que sus habilidades excepcionales puedan seguir empleándose dentro de un marco que proteja a todos los involucrados.

—Marco —Isla escupió la palabra como un insulto—. Marco es otra forma de decir jaula.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Alrededor de la mesa, los administradores se removieron en sus asientos. Alguien tosió. En algún lugar del edificio, sonó un teléfono.

—Creo —dijo finalmente Alexandra Vale, con su voz cortando la tensión con autoridad experimentada— que deberíamos hacer un breve receso. Los ánimos están caldeados y esta discusión se beneficiará de que las mentes se enfríen.

La gente empezó a levantarse, agradecida por la excusa para escapar de la atmósfera sofocante. Isla permaneció donde estaba, con el corazón acelerado y las manos apretadas a los costados. Marianne recogió sus materiales con movimientos precisos y sin prisas, negándose a mostrar cualquier signo de que la confrontación la hubiera afectado. Pero la tensión en la comisura de sus ojos delataba el esfuerzo que le costaba.

La sala se vació a su alrededor. Los administradores salieron en fila, sus murmullos apagados desvaneciéndose por el pasillo. Victor Shaw lanzó a Isla una última mirada evaluadora antes de desaparecer por la puerta, sin duda calculando ya cómo usar su arrebato en su contra.

Y entonces se quedaron solas.

Isla debería haberse ido. Debería haber salido y aprovechado el receso que Alexandra había ofrecido. Debería haber hecho cualquier cosa menos quedarse allí, viendo a Marianne cerrar su portátil con deliberada cautela.

Pero no podía moverse. La ira que la había impulsado se estaba desvaneciendo, reemplazada por algo más. Algo que se parecía peligrosamente a la conciencia de la otra.

—Eso ha ido bien —la voz de Marianne era seca, todavía de espaldas mientras organizaba sus cosas.

—No voy a pedir disculpas por defender mi práctica profesional.

—No se las he pedido —Marianne se dio la vuelta finalmente, e Isla se quedó sorprendida por lo cansada que parecía bajo el pulido profesional. Tenía ojeras que no estaban allí hace tres semanas. Una tensión en la mandíbula que le había costado su compostura.

—Me ha hecho sonar como una carga —la voz de Isla salió más suave de lo que pretendía—. Como si todo lo que he hecho, cada persona a la que he salvado, no fuera más que un problema legal a punto de estallar.

—La he hecho sonar exactamente como lo que es —Marianne dio un paso más —. Una cirujana brillante que opera fuera de los límites que la mayoría de los médicos aceptan. Que eso sea una carga o una ventaja depende enteramente de quién haga la pregunta.

—¿Y usted qué cree?

Marianne estaba cerca ahora, lo suficiente como para que se vieran las sutiles variaciones en sus ojos azules: las finas líneas en las comisuras que hablaban de demasiadas noches en vela y demasiadas preocupaciones. Lo suficientemente cerca como para que Isla pudiera oler su perfume, algo sutil y caro que parecía completamente fuera de lugar en el entorno estéril del hospital.

—Creo —dijo Marianne lentamente— que es usted la persona más exasperante que me han asignado auditar jamás. Se niega a encajar en ninguna de mis categorías. Toma decisiones que deberían ser temerarias, pero de alguna manera no lo son. Usted... —se detuvo, con algo cambiando en su expresión—. Hace que sea muy difícil mantener la objetividad profesional.

El corazón de Isla latía más rápido ahora, pero no por la ira. El espacio entre ellas se sentía cargado, eléctrico, vibrando con algo a lo que no quería poner nombre. De repente fue agudamente consciente de lo cerca que estaban la una de la otra. De la forma en que el cuidadoso control de Marianne requería un esfuerzo visible. De su propio pulso acelerado que nada tenía que ver con la confrontación que acababan de soportar.

—Tal vez la objetividad profesional no sea lo que esta situación necesita —las palabras salieron antes de que Isla pudiera detenerlas.

Marianne contuvo el aliento. Fue apenas perceptible, solo un ligero tropiezo en el ritmo de su respiración, pero Isla lo notó. Lo notó y sintió que algo se le revolvía en el pecho como respuesta.

—Doctora Bennett —la voz de Marianne era ahora más baja, más ronca—. Sea lo que sea lo que cree que está pasando aquí...

—No creo que esté pasando nada —Isla dio un paso atrás, rompiendo el hechizo de la proximidad antes de que pudiera destruirlas a ambas—. Solo señalo que usted no es tan objetiva como finge ser. Y yo tampoco.

Se quedaron allí, separadas por apenas un metro de espacio vacío que parecía un abismo. La expresión de Marianne era ilegible, pero su pulso palpitaba visiblemente en la base de su garganta. Sus manos se habían quedado quietas sobre el maletín de su portátil, congeladas en el acto de ordenar.

La luz de la tarde a través de los ventanales de la sala de conferencias resaltaba los reflejos del pelo de Marianne, volvía sus ojos de un tono azul que Isla nunca antes había notado. Parecía casi vulnerable, despojada de la armadura de su papel profesional. Humana. Real.

—Isla —el uso de su nombre de pila envió una sacudida a través de su sistema. Marianne se dio cuenta de lo que había dicho y la alarma cruzó su rostro—. Doctora Bennett. Yo...

—Isla está bien —las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Creo que ya hemos pasado la etapa de los apellidos, ¿no cree?

La garganta de Marianne se movió al tragar saliva. —Eso sería... poco aconsejable.

—Probablemente —Isla no se acercó, pero tampoco retrocedió—. Muchas cosas serían poco aconsejables ahora mismo.

—El receso terminará pronto —la voz de Marianne era controlada, pero había una aspereza subyacente que no estaba allí antes—. Deberíamos... debería prepararme para el resto de la presentación.

—Por supuesto —asintió Isla, dirigiéndose hacia la puerta—. La objetividad profesional y todo eso.

Estaba casi en el umbral cuando Marianne volvió a hablar.

—Doctora Bennett —Isla se giró y encontró a Marianne observándola con una expresión que no pudo descifrar—. Por lo que valga... no creo que sea usted una carga. Creo que es excepcional. Y creo que este hospital sería estúpido si intentara limitarla.

Las palabras se extendieron por el pecho de Isla como una calidez, inesperada y aterradora. Debería haber dicho algo. Debería haber respondido con gratitud o evasivas o cualquier cosa que no fuera silencio.

En su lugar, se limitó a asentir una vez y salió de la sala de conferencias, con el corazón acelerado y la mente dando vueltas.

Marianne Cole pensaba que era excepcional.

E Isla no tenía ni idea de qué hacer con esa información, excepto saber que todo se acababa de volver infinitamente más complicado.

El resto del día transcurrió en una bruma de trabajo clínico y evitación cuidadosa. Isla se volcó en sus pacientes con una intensidad renovada, utilizando el ritmo familiar de la medicina de urgencias para reprimir los sentimientos incómodos que la sala de conferencias había despertado.

Realizó dos apendicectomías de urgencia y una esplenectomía. Consultó un caso cardíaco que resultó ser menos crítico de lo que se temía inicialmente. Documentó cada decisión con un cuidado meticuloso, siguiendo protocolos que normalmente habría sorteado sin pensárselo dos veces.

Si alguien le hubiera preguntado, habría dicho que estaba siendo cuidadosa debido a la auditoría. Porque Victor Shaw probablemente la estaba vigilando, esperando su próxima desviación. Porque su carrera dependía de demostrar que podía trabajar dentro del sistema cuando se requería.

Pero la verdad era más simple y a la vez más complicada. No podía dejar de pensar en Marianne. En cómo había sonado su nombre en aquella voz cuidadosa. En la vulnerabilidad que había parpadeado a través de su compostura como un relámpago entre las nubes.

No pensó en la forma en que Marianne la había mirado. No pensó en aquel momento en que habían estado demasiado cerca y el aire se había vuelto eléctrico. No pensó en lo que significaba que la mujer asignada para evaluar su carrera la estuviera afectando de formas que nada tenían que ver con la preocupación profesional.

O al menos, eso es lo que se decía a sí misma.

Para cuando terminó su turno, estaba exhausta de una manera que nada tenía que ver con las exigencias físicas de la cirugía. Sus manos estaban firmes, como siempre, pero algo en su interior temblaba. Algo que se sentía como el comienzo de un terremoto, los primeros temblores antes de que el suelo cediera por completo.

Condujo a casa a través del tráfico de Los Ángeles, con las luces de la ciudad pasando borrosas por sus ventanillas, e intentó convencerse de que nada había cambiado.

Pero sabía que sí.

Marianne Cole la había llamado excepcional. Había admitido que la objetividad profesional era difícil de mantener. La había mirado con ojos que albergaban algo mucho más complejo que una evaluación clínica.

E Isla, que había pasado años evitando enredos, que había construido su vida en torno a la limpia sencillez del trabajo y nada más, quería saber qué pasaría si dejaban de fingir.

Era el peor momento posible. La peor persona posible. La peor complicación posible para una carrera que ya estaba bajo asedio.

Pero al aparcar en su edificio y sentarse en la oscuridad del garaje, Isla no pudo obligarse a preocuparse por las consecuencias.

Estaba cansada de ser cuidadosa. Cansada de protegerse de todo lo que pudiera herirla. Cansada de la soledad que se le había vuelto tan familiar que ya apenas la notaba.

Tal vez era hora de dejar de ir a lo seguro.

Tal vez era hora de descubrir qué pasaba cuando se permitía desear algo más que la supervivencia.

Su móvil sonó al llegar a casa. Un nuevo correo electrónico de Marianne. Su corazón dio un vuelco.

Solicitud de documentación - Revisión de desviaciones de protocolo.

Isla se quedó mirando la pantalla del móvil. El mensaje de Marianne era clínico, profesional, despojado de cualquier calidez:

Doctora Bennett,

Según lo acordado en la reunión de la junta, solicito la documentación detallada de justificación para los expedientes adjuntos. Por favor, proporcione:

- Razonamiento clínico para cada desviación de protocolo
- Evaluación de riesgos en el momento de la decisión
- Datos de resultados que respalden el enfoque elegido

Fecha de entrega: [Dentro de dos semanas]

Por favor, hágamelo saber si tiene alguna duda.

Marianne Cole
Directora de Riesgos y Cumplimiento

Setenta y dos casos. Dos semanas. Cada decisión que había tomado a lo largo de cinco años, que ahora requería una justificación ante una mujer que nunca había sostenido un bisturí.

Isla borró el borrador de respuesta que había empezado a escribir —algo airado sobre el exceso de burocracia— y simplemente contestó: —Recibido.

Luego abrió el primer archivo y comenzó a escribir.

6

ISLA

La pila de expedientes que Marianne había solicitado diez días atrás apenas había disminuido. Había optado por regresar al hospital al caer la tarde y perderse en la quietud del ala administrativa. Las oficinas estaban a oscuras, a excepción de aquella en la que ella se encontraba sentada, rodeada de las revisiones de historiales esparcidas a su alrededor.

Setenta y dos casos; cada uno requería una justificación detallada de cada decisión que se hubiera salido del protocolo estándar. Marianne le había dado dos semanas para completar las revisiones, pero Isla estaba decidida a terminar antes. Quería demostrar que era capaz de trabajar dentro del sistema, incluso cuando sentía que este había sido diseñado para aplastarla.

El trabajo era tedioso, el tipo de registro meticuloso que siempre le había parecido el enemigo de la auténtica medicina. Sin embargo, a medida que avanzaba en cada caso, recordando a los pacientes que había detrás de las cifras, ocurrió algo inesperado. Empezó a ver su propia práctica médica con otros ojos. Las elecciones que tomó. Los instintos en los que confió. Los patrones que surgían al observar meses de decisiones en lugar de momentos aislados.

Estaba tan absorta en la tarea que no oyó los pasos que se aproximaban hasta que una voz habló desde el umbral.

—No esperaba encontrar a nadie más aquí a estas horas.

Isla levantó la vista y se encontró a Marianne de pie en la entrada, con el maletín en una mano y el abrigo sobre el brazo. Se había quitado la chaqueta del traje en algún momento, y la blusa que llevaba debajo estaba un poco arrugada, la primera señal de imperfección que Isla veía en su aspecto. Seguía llevando el pelo recogido, pero algunos mechones se habían escapado alrededor de su rostro, suavizando las líneas severas de su estilo habitual.

Parecía cansada. Humana. Inesperadamente vulnerable.

—Podría decir lo mismo —Isla señaló con un gesto la maraña de expedientes sobre su escritorio—. Me has puesto deberes. Así que los estoy haciendo.

—No tenía por qué terminarlo todo tan pronto.

—Quería quitármelo de encima —Isla se reclinó en su silla, observando cómo Marianne vacilaba en la puerta—. ¿Vas a quedarte ahí fuera?

Algo cruzó el rostro de Marianne. Una decisión. —He vuelto porque había olvidado unos documentos. Pero si está trabajando en las revisiones, yo podría... —Hizo una pausa, como si reconsiderara lo que iba a decir—. Podría ayudarla. Si quiere.

—¿Ayudarme a documentar mis propias desviaciones de los protocolos?

—Ayudarla a redactarlas de forma que el comité las encuentre aceptables —Marianne entró en el despacho y dejó su maletín sobre una silla—. He visto las respuestas preliminares de su primera tanda de revisiones. Son minuciosas, pero también están a la defensiva. El comité quiere ver que comprende por qué existen los protocolos, no solo que decidió ignorarlos. Quiero ayudarla, lo crea o no.

—Entiendo por qué existen. Simplemente no estoy de acuerdo con que sean siempre la opción correcta.

—Lo sé —Marianne se sentó frente a Isla, con el escritorio entre ambas como una frontera que ninguna había acordado cruzar—. Pero hay formas de reconocer las preocupaciones de la institución

sin dejar de defender el criterio clínico. Maneras de exponer su caso que no pongan al comité a la defensiva.

Isla la estudió. El ofrecimiento parecía genuino, lo cual resultaba de algún modo más desconcertante que si fuera otra forma de vigilancia. —¿Por qué querrías ayudarme? Tu trabajo consiste en preparar un caso contra mí.

—Mi trabajo consiste en evaluar riesgos y recomendar las respuestas adecuadas —la voz de Marianne era baja, cautelosa—. El resultado de esa evaluación no está predeterminado. Si puedo demostrar que sus desviaciones estaban justificadas clínicamente y que es capaz de trabajar bajo estructuras de supervisión razonables, esa es una conclusión válida. Solo requiere una documentación mejor de la que ha estado aportando.

—O sea, que me estás enseñando a manejar el sistema.

—Le estoy enseñando a sobrevivir al sistema el tiempo suficiente para que siga haciendo lo que hace —la mirada de Marianne era firme, pero algo en su expresión había cambiado; era el primer rayo de respeto genuino que Isla le veía—. Es demasiado valiosa como para perderse por culpa de un mal papeleo.

Las palabras se asentaron en el pecho de Isla con un calor inesperado. Debería haber sospechado. Debería haberse preguntado qué planes ocultos tenía Marianne. Pero allí sentada, en el silencio del ala administrativa vacía, rodeada de las pruebas de semanas de trabajo, descubrió que no quería cuestionarlo.

—Está bien —Isla acercó uno de los expedientes—. Enséñame a qué te refieres.

Trabajaron durante horas.

Marianne acercó su silla al lado de Isla para poder mirar los expedientes juntas, y algo en aquella proximidad se sentía distinto a lo vivido en el box de críticos o en la sala de conferencias. Allí habían sido adversarias ocupando un espacio común. Aquí eran colaboradoras. Casi compañeras.

Los primeros casos fueron fáciles. Marianne le mostró a Isla cómo reformular sus justificaciones, cómo reconocer la validez de los protocolos mientras seguía defendiendo sus decisiones. —El comité

quiere ver que ha tenido en cuenta los riesgos —explicó—. Quieren saber que no se limita a confiar ciegamente en sus instintos.

—No confío ciegamente en nada.

—Lo sé. Pero tiene que demostrárselo a ellos —Marianne señaló un párrafo concreto—. Aquí, por ejemplo. Explique por qué eligió el enfoque no estándar, pero no menciona qué podría haber salido mal. Añada un párrafo sobre la evaluación de riesgos, sobre cómo sopesó las posibles complicaciones frente a la certeza de la muerte si seguía el protocolo.

Isla hizo los cambios y tuvo que admitir que, después, la revisión se leía mejor. Parecía más meditada. Más defendible. No era una historia distinta, sino la misma historia contada en un lenguaje que el comité entendería.

Lo que empezó como una lección de supervivencia burocrática evolucionó en algo completamente diferente. A medida que revisaban juntas los expedientes, analizando cada decisión al detalle, la conversación pasó de las justificaciones clínicas a la filosofía subyacente. Por qué Isla había elegido la cirugía de urgencias. Por qué Marianne se había pasado a la gestión de riesgos en lugar de seguir con la práctica clínica.

—Iba a ser médico —la confesión llegó de labios de Marianne pasada la medianoche, cuando las luces fluorescentes parecían más crudas y los límites entre lo profesional y lo personal se habían desdibujado hasta desaparecer—. Estuve dos años en la facultad de medicina antes de darme cuenta de que no podía hacerlo.

—¿Qué pasó?

Marianne guardó silencio un momento, recorriendo con los dedos el borde de una carpeta. —Vi a una residente quedarse bloqueada durante una urgencia. Sabía qué hacer, tenía toda la formación necesaria, pero en el momento crucial no fue capaz de actuar. El paciente murió —miró a Isla con unos ojos que guardaban algo antiguo y doloroso—. Me di cuenta de que yo iba a ser esa residente. No confiaba lo suficiente en mi propio criterio como para tomar decisiones de vida o muerte en tiempo real.

—Así que te pasaste a un campo donde pudieras controlar los resultados a través de sistemas en lugar del instinto.

—Me pasé a un campo donde mi tipo particular de ansiedad pudiera ser útil —una sombra de sonrisa cruzó el rostro de Marianne —. Se me da muy bien anticipar los peores escenarios. Soy muy buena construyendo estructuras que protejan contra mi propio miedo al fracaso.

—Y ahora estás construyendo estructuras que podrían destruirme.

—Las estructuras existen independientemente de lo que yo haga. Solo intento asegurarme de que funcionen como es debido —Marianne se inclinó hacia delante, bajando la voz—. ¿Sabes por qué acepté este trabajo? Después de lo que pasó en el Riverside General, podría haberme dedicado a la consultoría. Ganar el doble, trabajar la mitad de horas y no tener que lidiar nunca más con la política de una sola institución.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque creía que podía ser más útil aquí. Porque Oakridge tiene problemas que importan y pensé que podía ayudar a solucionarlos —la mirada de Marianne sostuvo la de Isla—. No vine aquí a destruir carreras. Vine aquí a construir algo mejor.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. Estaba cargado de algo que Isla no sabía nombrar. El espacio entre ellas se redujo, aunque ninguna se había movido.

—¿Qué le hizo ser cirujana de urgencias? —preguntó Marianne—. Podría haber elegido cualquier especialidad. Algo con mejores horarios, resultados más predecibles y menos caos.

—Lo elegí precisamente por el caos —Isla se oyó a sí misma pronunciando palabras que nunca antes había dicho en voz alta. Las altas horas de la madrugada hacían que la honestidad resultara más segura, o quizá fuera algo en Marianne lo que la incitaba a querer mostrarse tal cual era—. Cuando era residente, perdí a una paciente porque el médico adjunto quiso esperar a las pruebas de imagen antes de tomar una decisión. Una mujer joven, de veintitrés años. Una hemorragia interna por un accidente de coche. Yo sabía, sabía que se estaba muriendo, pero no estaba autorizada a actuar.

—¿Qué ocurrió?

—Las imágenes confirmaron lo que yo ya sabía. Pero para entonces era demasiado tarde. La hemorragia había durado demasiado tiempo —la voz de Isla era firme, pero sus manos no. Las apretó con fuerza contra la mesa—. Murió mientras esperábamos la autorización. Vi cómo moría porque alguien no podía actuar sin recibir un permiso.

Marianne se quedó callada. Cuando habló, su voz era suave. —¿Cómo se llamaba?

—Jennifer. Jennifer Chen. Iba a ser dama de honor en la boda de su hermana el mes siguiente —Isla nunca le había contado ese detalle a nadie. Lo había mantenido guardado bajo llave junto con todas las demás cosas que no soportaba examinar de cerca—. Todavía recuerdo la cara de su hermana cuando salí a decírselo.

—Lo siento.

—Yo también. Todos los días —Isla levantó la vista, encontrándose con los ojos de Marianne—. Por eso hago lo que hago. Por eso no puedo esperar permisos cuando alguien se está muriendo delante de mí. Porque he visto lo que cuesta esperar.

—Y decidió que nunca sería esa persona.

—Decidí que la vacilación mata. Que en los momentos más cruciales, tienes que confiar en ti misma, porque el sistema no es lo bastante rápido para salvar a nadie —Isla sintió que afloraba su ira habitual, pero esta vez estaba matizada por algo más tierno—. Sé que crees que soy una temeraria. Sé que piensas que asumo riesgos innecesarios. Pero cada vez que me desvío del protocolo, estoy pensando en esa paciente. Estoy pensando en el precio de la espera.

—No creo que sea una temeraria —la voz de Marianne era apenas un susurro—. Creo que es valiente. Creo que hace lo que yo siempre tuve demasiado miedo de hacer.

Isla la miró fijamente, momentáneamente sin palabras. De todas las cosas que esperaba que Marianne Cole dijera, aquella no estaba en la lista. Ni por asomo.

—Valiente —repitió, saboreando la palabra. Le resultaba extraña en la boca. La habían llamado muchas cosas a lo largo de los años. Temeraria. Arrogante. Insubordinada. Un peligro. Nadie la había llamado nunca valiente.

—Cada vez que tomas una de esas decisiones, te lo juegas todo —la mirada de Marianne era firme, intensa—. Tu carrera. Tu reputación. Tu concepto de ti misma como médico competente. Una sola decisión equivocada y todo se desmorona. Y lo haces de todos modos, porque crees que es lo correcto.

—No es valentía si no tienes otra opción.

—Siempre hay una opción. Podrías seguir el protocolo. Podrías esperar a que te autorizaran. Podrías ser la clase de médico que se cubre las espaldas en lugar de la que asume riesgos —Marianne negó con la cabeza lentamente—. Tú eliges otra cosa. Eso es lo que te hace valiente.

El silencio se prolongó. Isla sintió que algo cambiaba en su pecho, que alguna barrera que se había mantenido firme desde su primer encuentro amenazaba de pronto con ceder.

Marianne alargó la mano sobre el escritorio para señalar algo en uno de los expedientes, y su mano rozó la de Isla. El tenue aroma de su perfume llegó hasta ella, algo sutil con notas de vainilla y sándalo en lo que ya se había fijado antes, pero nunca tan de cerca, nunca con tanta intimidad.

Ninguna de las dos se movió.

El contacto fue mínimo, apenas el roce del dorso de sus dedos sobre el borde de una carpeta de cartón. Pero Isla lo sintió como una descarga eléctrica, como la chispa que precede a la tormenta. Se le entrecortó la respiración. El pulso se le aceleró. Cada nervio de su cuerpo fue de repente, y de forma aguda, consciente de los escasos centímetros que las separaban.

Levantó la vista y descubrió que Marianne la observaba con los ojos oscurecidos y las pupilas dilatadas bajo la cruda luz fluorescente. La máscara de compostura profesional se había agrietado, y debajo ardía algo puro. Algo hambriento.

Algo que encajaba exactamente con lo que ella estaba sintiendo.

El tiempo se ralentizó. Los fluorescentes zumbaban en el techo. En algún lugar del edificio se cerró una puerta, pero podría haber estado a kilómetros de distancia. Lo único que existía era aquel momento, aquel escritorio, el calor de la piel de Marianne contra la suya.

Isla quiso acercarse más. Quiso salvar la distancia entre ambas y descubrir qué pasaría. Su cuerpo ya se estaba inclinando hacia delante, respondiendo a una atracción que no podía controlar.

Pero Marianne era su auditora. Su antagonista. La mujer que podía acabar con su carrera con un solo informe. Era la peor idea posible, la elección más destructiva que podía tomar.

Y, aun así, la deseaba. La deseaba más de lo que había deseado nada en años.

—Marianne —el nombre salió áspero, apenas un susurro.

El sonido rompió el hechizo que las mantenía congeladas. Marianne retiró la mano como si se hubiera quemado, recobrando la compostura con un esfuerzo visible.

—Es tarde —su voz era firme, pero un pulso vibraba visiblemente en la base de su garganta—. Deberíamos... debería marcharme.

—Marianne...

—Las revisiones tienen mejor aspecto. Ha hecho verdaderos progresos esta noche —Marianne ya se estaba levantando, recogiendo su maletín con movimientos demasiado rápidos, demasiado bruscos para resultar casuales—. Le enviaré notas sobre los casos restantes. Debería poder terminarlos sola a partir de ahora.

—Espera.

Pero Marianne ya estaba en la puerta, con la espalda erguida y la barbilla alta, proyectando en cada línea de su cuerpo una profesionalidad que parecía una armadura. —Buenas noches, doctora Bennett. Gracias por su colaboración con el proceso de revisión.

La puerta se cerró tras ella con un suave clic que sonó a despedida definitiva.

Isla permaneció sentada e inmóvil en la oficina vacía, rodeada de expedientes y del fantasma de un roce que apenas había durado tres segundos. Su mano seguía caliente allí donde los dedos de Marianne la habían rozado. Su corazón seguía acelerado, con la sangre golpeando en sus oídos con un ritmo que no tenía nada que ver con el trabajo o el cansancio.

Deseaba a Marianne Cole.

La revelación la golpeó como una ola, innegable y demoledora. No solo la deseaba de una forma abstracta o teórica, sino con una intensidad que se sentía como una caída libre, como perder el control, como si todos los cuidadosos muros que había construido se hubieran vuelto de papel de repente.

Quería seguir a Marianne fuera de aquel despacho y acorralarla contra la pared más cercana. Quería descubrir qué sonidos emitía cuando su compostura finalmente se quebraba. Quería recorrer cada línea de aquel cuerpo contenido y descubrir qué se ocultaba bajo la armadura.

Era una locura. Era imposible. Era la peor complicación posible en el peor momento imaginable.

Marianne seguía preparando un caso que podía acabar con la carrera de Isla. Seguían en bandos opuestos de un conflicto que no daba señales de resolverse. Cualquier relación entre ellas sería un suicidio profesional para ambas, un escándalo que daría a la junta la excusa exacta que necesitaba para eliminar a Isla de la ecuación por completo.

Y, sin embargo...

Isla no podía dejar de pensar en la forma en que Marianne la había mirado antes de huir. El hambre en sus ojos, el esfuerzo visible de contención. La forma en que su voz había temblado al darle las buenas noches.

Aquello no era unilateral. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando entre ellas, Marianne también lo sentía.

Aquel pensamiento debería haber sido aterrador. En muchos sentidos, lo era. Pero bajo el miedo, Isla sintió que algo más se despertaba. Esperanza, quizá. O reconocimiento. La sensación de haber encontrado por fin a alguien que entendía lo que significaba levantar muros a tu alrededor, mantener al mundo a distancia porque dejar que alguien se acerque resulta demasiado peligroso.

Marianne lo entendía porque ella hacía lo mismo. Eran el espejo la una de la otra, opuestas en sus métodos pero idénticas en su aislamiento. Dos personas que habían aprendido que la seguridad significaba control, que la vulnerabilidad significaba riesgo, que

desear algo lo suficiente como para bajar la guardia era el camino más rápido para salir herida.

Pero tal vez, pensó Isla, tal vez hubiera otra manera. Tal vez los muros que habían construido pudieran protegerlas a las dos juntas en lugar de mantenerlas separadas.

O tal vez solo fueran el agotamiento y el deseo hablando, haciéndola creer en posibilidades que parecerían ridículas a la luz del día.

Isla se levantó lentamente y empezó a recoger los expedientes con movimientos mecánicos. Las revisiones de historiales podían esperar. El comité podía esperar. Todo podía esperar.

En ese momento, necesitaba irse a casa y pensar qué iba a hacer ante el hecho de que se estaba enamorando de la mujer que tenía su carrera en sus manos.

No halló respuestas. Solo el recuerdo de los dedos de Marianne contra los suyos, y la certeza de que nada volvería a ser igual.

7

MARIANNE

Tres semanas después de la presentación ante la junta, Marianne estaba sentada en su despacho con la documentación completa de la revisión por pares extendida sobre su mesa. La audiencia formal había sido brutal.

Marianne se sentó después en su oficina, con los documentos repartidos por el escritorio como pruebas en la escena de un crimen. Tres horas presentando expedientes de casos, datos de resultados y análisis de desviaciones ante un panel de administradores del hospital que no veían más que riesgos legales. Tres horas viendo a Isla sentada, rígida en su silla, mientras diseccionaban su carrera, la sopesaban y la consideraban deficiente.

Tres horas siendo el instrumento de esa destrucción.

Victor Shaw se había mostrado implacable. Había presionado para que se le suspendieran de inmediato los privilegios quirúrgicos, argumentando que cada día que Isla permanecía en el quirófano era otro día de responsabilidad civil potencial. El comité no había llegado tan lejos, pero había dictado restricciones formales. Consulta obligatoria para cualquier procedimiento fuera del protocolo estándar. Documentación requerida antes, y no después, de

cualquier desviación. Un periodo de prueba que perseguiría a Isla durante los próximos doce meses.

No era el fin de su carrera. Pero estaba lo bastante cerca como para que lo pareciera.

Las restricciones paralizarían a Isla precisamente en los aspectos que más importaban. Su capacidad para tomar decisiones en fracciones de segundo, las elecciones instintivas que habían salvado tantas vidas, estarían ahora sujetas a consulta y aprobación. En la medicina de urgencias, donde los segundos pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte, ese retraso podría ser catastrófico.

Marianne había intentado abogar por medidas menos restrictivas. Había señalado que los resultados de Isla justificaban sus métodos, que las limitaciones podrían en realidad aumentar el riesgo en lugar de reducirlo. Pero Victor Shaw había sido implacable en su oposición, y el comité se había decantado por las consideraciones legales por encima de las clínicas.

El resultado fue un compromiso que no satisfacía a nadie. Demasiado restrictivo para Isla, demasiado indulgente para los miembros más agresivos de la junta. Un término medio que probablemente haría que todo el mundo se sintiera desgraciado.

Marianne había observado el rostro de Isla mientras se anunciaban las restricciones. Había visto la furia y la traición cruzar sus facciones antes de ser reemplazadas por una máscara de fría profesionalidad. La había visto salir de la sala sin mirar atrás, con la espalda recta y las manos firmes, sin revelar nada del desastre que debía de estar sintiendo.

Y ahora Marianne estaba sentada sola con el peso de lo que había hecho.

Había intentado ser justa. Había presentado los datos de la forma más objetiva posible, había incluido los resultados que demostraban las habilidades excepcionales de Isla junto a las desviaciones que generaban riesgo. Pero la objetividad no le importaba a un comité centrado en la protección frente a responsabilidades civiles. Habían oído lo que querían oír.

El caso que había construido, la documentación que había reunido, se había utilizado como munición contra la mujer en la que no podía dejar de pensar.

Marianne se presionó las palmas de las manos contra los ojos hasta que vio chiribitas. Esto era exactamente para lo que la habían contratado. Identificar riesgos. Documentar preocupaciones. Recomendar las medidas oportunas. Había cumplido con su deber, lo había hecho bien, exactamente como la junta esperaba.

Entonces, ¿por qué sentía que había cometido un acto de traición?

Porque lo has hecho, susurró una voz en el fondo de su mente. Porque, en algún momento del camino, esto dejó de tratarse de la gestión de riesgos y empezó a tratarse de ella.

Tenía que explicarse. Necesitaba que Isla comprendiera que esto no era algo personal, que las presiones políticas de la junta no le habían dejado otra opción, que las restricciones eran el mejor resultado que había podido negociar dadas las circunstancias.

Las excusas sonaban huecas incluso en su propia cabeza.

Marianne se levantó bruscamente y salió de su oficina antes de poder echarse atrás. Los pasillos del hospital estaban tranquilos a estas horas; el turno de tarde se había instalado en su rutina habitual. Saludó con la cabeza a los pocos miembros del personal con los que se cruzó, manteniendo su compostura profesional por pura fuerza de voluntad.

Encontró a Isla en los vestuarios del ala quirúrgica, sola en el espacio en penumbra entre las filas de taquillas metálicas. Las luces del techo estaban apagadas; la única iluminación provenía de las señales de salida de emergencia, que lo teñían todo de sombras y tonos rojizos.

Isla estaba sentada en un banco con la espalda apoyada en las taquillas, todavía con el pijama quirúrgico puesto, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Parecía agotada. Derrotada. En nada se parecía a la cirujana feroz y segura de sí misma que había desafiado a Marianne en su primer encuentro.

—Me imaginaba que vendrías. —La voz de Isla era monocorde, sus ojos seguían cerrados—. A dar explicaciones, ¿verdad? ¿A

decirme que no ha sido nada personal?

—Isla...

—No lo hagas. —Isla abrió los ojos y, incluso en la penumbra, la furia ardía en ellos—. No vengas aquí con tus justificaciones preparadas. No me digas que solo hacías tu trabajo, o que el comité tomó la decisión, o que esto es de alguna manera por mi propio bien.

—Yo no quería este resultado.

—¿Entonces por qué presentaste esas pruebas? ¿Por qué les diste exactamente lo que necesitaban para restringir mi práctica? —Isla se puso en pie, y el movimiento fue cortante, depredador—. Tú construiste ese caso, Marianne. Cada página. Cada dato. Cada estadística condenatoria. Sabes lo que estás haciendo.

—Presenté los hechos. El comité sacó sus propias conclusiones.

—Los hechos que tú elegiste resaltar. La narrativa que tú construiste. —Isla se acercó, y Marianne sintió que retrocedía hasta chocar con las taquillas—. Sabías cómo usarían esa documentación. Sabías lo que pasaría. Me dan ganas de vomitar.

—Sabía lo que *podía* pasar. Hay una diferencia.

—¿La hay? —La voz de Isla era baja, peligrosa—. Porque, desde donde yo estoy, parece que has conseguido exactamente lo que viniste a buscar. La junta quería un ejemplo visible de rendición de cuentas. Enhorabuena. Se lo has servido en bandeja.

La acusación dolió como un golpe. Marianne sintió que su compostura se quebraba, que los muros que tan cuidadosamente había construido empezaban a desmoronarse bajo el peso de la furia de Isla.

—No puedes reducir esto a...

—¿A qué? ¿A la justicia? —Isla se rió, y el sonido fue áspero y amargo—. ¿Quieres hablar de justicia? He pasado toda mi carrera salvando vidas que otros médicos habrían dado por perdidas. He tomado decisiones que me aterraban porque la alternativa era ver morir a la gente. Y ahora, por tu culpa, tengo que pedir permiso antes de poder hacer aquello para lo que me formé.

—Las restricciones son temporales. Si demuestras que cumples con las normas...

—Cumplir con las normas. —Isla escupió las palabras como si fueran una maldición—. ¿Tienes idea de lo que cuesta cumplir con vuestras normas? Cada minuto que paso buscando aprobación es un minuto que un paciente puede no tener. Cada formulario que relleno es tiempo que debería estar pasando en el quirófano. Va a morir gente por culpa de estas restricciones, Marianne. Y esa sangre estará en tus manos tanto como en las mías.

—Eso no es... —empezó Marianne, pero las palabras se le murieron en la garganta.

Porque Isla tenía razón. Las restricciones la frenarían. Los retrasos podrían costar vidas. Marianne lo sabía cuando presentó su informe; lo había racionalizado como un peaje aceptable a cambio de reducir la responsabilidad civil, se había dicho a sí misma que los sistemas eran más importantes que los individuos.

Pero estando aquí, en este vestuario oscuro, viendo la desolación en los ojos de Isla, no lograba recordar por qué nada de aquello le había parecido una decisión sabia.

—Lo siento. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Sé que no es suficiente. Sé que no cambia nada. Pero lo siento.

Isla la miró fijamente. La ira de sus ojos vaciló, cambió, se convirtió en otra cosa; algo más complicado, algo que trazó líneas de dolor en su rostro.

—¿Quieres saber qué es lo peor? —La voz de Isla había bajado hasta ser apenas un susurro—. Lo peor es que sigo deseándote. Después de todo. Después de esto. Te miro y en lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que quiero tocarte.

A Marianne se le cortó la respiración.

—Aquella noche en tu despacho —continuó Isla, acercándose aún más hasta que solo las separaban unos centímetros—, cuando tu mano rozó la mía. Llegué a casa y no pude dormir. No podía pensar en otra cosa que no fuera qué habría pasado si no nos hubiéramos detenido.

—Nos detuvimos porque teníamos que hacerlo. —La voz de Marianne temblaba ahora—. Porque esto es imposible. Porque estamos en bandos opuestos de...

—No me importan los bandos. —Las manos de Isla subieron para enmarcar el rostro de Marianne, sin llegar a tocarla, suspendidas en el espacio entre la intención y la acción—. No me importa la auditoría, ni el comité, ni nada de eso. Ahora mismo, en este momento, lo único que me importa eres tú. Y lo odio.

—Isla, no podemos...

—Dime que me detenga. —La voz de Isla era ronca, desesperada —. Dime que no quieres esto y me marcharé. Fingiré que esta conversación nunca ha tenido lugar. Pero tienes que decirlo. Tienes que decirlo de verdad.

Marianne debería haberlo dicho. Debería haber dado un paso atrás, reafirmado los límites profesionales que eran lo único que las mantenía a salvo a ambas. Sabía lo que estaba en juego. Sabía lo destructivo que esto podía llegar a ser. Tal vez Isla estaba actuando por rabia. Tal vez aquella química mutua solo estaba en su cabeza.

Pero Isla estaba tan cerca. Su calor, su presencia, la feroz intensidad de su deseo estaba anulando cualquier pensamiento racional en la cabeza de Marianne. Podía oler el champú de Isla, algo limpio y ligeramente medicinal. Podía ver el rápido aleteo de su pulso en la base de la garganta. Podía sentir la tensión apenas contenida en las manos que flotaban cerca de su mandíbula.

—No puedo. —Las palabras salieron rotas, derrotadas—. No puedo decirte que te detengas.

Isla la besó.

El contacto fue brusco, casi violento por su intensidad. La espalda de Marianne golpeó contra las taquillas con la fuerza suficiente para hacer vibrar el metal, pero apenas se dio cuenta. Sus manos se aferraban al pijama de Isla, atrayéndola, y su boca se abría bajo la presión de los labios de Isla como si llevara toda la vida esperando este momento.

Cada estructura cuidadosa que Marianne había construido se estaba derrumbando. Cada muro, cada límite, cada defensa se desmoronaba ante el embate de las sensaciones. Podía sentir cómo se desarmaba, años de control disolviéndose en el calor del cuerpo de Isla presionado contra el suyo.

—Esto es una locura —jadeó cuando la boca de Isla se desplazó hacia su cuello—. No deberíamos... esto es...

—Lo sé. —Los dientes de Isla rozaron su pulso y las caderas de Marianne se arquearon involuntariamente—. ¿Quieres que pare? Me siento muy enfadada contigo, pero a la vez siento un hambre voraz de ti todo el tiempo. Me vuelves loca.

—No. Dios, no. No pares.

La chaqueta de Isla fue lo primero en caer al suelo. Luego la blusa de Marianne; los botones salieron rodando por el cemento cuando las manos impacientes de Isla simplemente la desgarraron en lugar de entretenerse con los cierres. El aire frío del vestuario golpeó su piel ardiente y ella se estremeció, pero no de frío.

—Estás jodidamente preciosa. —La voz de Isla era ronca mientras recorría el borde del sujetador de Marianne con un dedo—. Llevo semanas pensando en esto. Imaginando cómo eras debajo de todos esos trajes perfectos.

—Los trajes son una armadura —se oyó decir Marianne, con una voz extraña y distante—. Una protección.

—Lo sé. —Isla desabrochó el cierre delantero y apartó la tela—. Pero no necesitas protegerte de mí.

El primer contacto de la boca de Isla contra su pecho hizo que a Marianne le flaquearan las rodillas. Se agarró a las taquillas que tenía detrás para apoyarse, sintiendo el metal frío contra sus palmas recalentadas, mientras la lengua de Isla trazaba círculos alrededor de su pezón antes de rodearlo con una succión que envió chispas directas a su centro.

—Dios. —La palabra salió entrecortada—. Isla, por favor.

—¿Por favor qué? —Las manos de Isla estaban ahora en la cintura de Marianne, con los dedos enganchados en la cinturilla de su falda—. Dime qué necesitas.

—A ti. Te necesito a ti.

Isla sonrió contra su piel y tiró de la falda hacia abajo junto con todo lo que llevaba debajo. Marianne salió del montón de tela a sus pies, sintiéndose repentina y escandalosamente expuesta. Estaba de pie en un vestuario sin nada más que sus tacones mientras Isla permanecía totalmente vestida. El desequilibrio de poder debería

haberla hecho sentir incómoda. En cambio, le provocó un escalofrío de oscuro placer por todo el cuerpo.

—Isla. —Su voz era ahora de súplica, abandonada ya cualquier apariencia de control—. Tócame.

La mano de Isla se deslizó entre sus muslos, y el primer roce de los dedos contra su humedad ardiente hizo que ambas gimieran. —Estás empapada —murmuró Isla—. Jodidamente empapada. ¿Esto es lo que te ha hecho la reunión del comité? ¿Todas esas horas sentada allí deseándome?

—Sí. —Las caderas de Marianne dieron un respingo cuando los dedos de Isla encontraron su clítoris—. Dios, sí. No podía dejar de pensar en...

—¿En qué?

—En ti. En esto. —Marianne jadeó cuando los dedos de Isla se deslizaron dentro de ella—. En cómo se sentiría cuando finalmente me tocaras.

—¿Y cómo se siente?

Marianne no pudo responder. Los dedos de Isla se movían ahora, presionando y curvándose contra el punto que la hacía ver estrellas. Su otra mano había subido para agarrar la cadera de Marianne, manteniéndola en su sitio contra las taquillas mientras la trabajaba con una precisión implacable.

Era demasiado rápido. Demasiado abrumador. Marianne sentía que el orgasmo ya se estaba gestando, sentía que caía en espiral hacia un éxtasis para el que no estaba preparada. Agarró la muñeca de Isla, intentando frenarla.

—Espera. Quiero...

—Nada de esperas. —La voz de Isla era feroz—. Quiero verte desmoronarte. Quiero sentir cómo te corres en mis dedos.

Añadió un tercer dedo y cambió el ángulo, y todo el cuerpo de Marianne se tensó. El orgasmo la golpeó como una ola, el placer rompiendo en ella con una intensidad que la hizo gritar a pesar de sus esfuerzos por mantenerse en silencio. Se mordió el propio puño para amortiguar el sonido, mientras su otra mano se aferraba al hombro de Isla y sus paredes internas se contraían rítmicamente alrededor de los dedos de su amante.

—Eso es. —La voz de Isla era ahora suave, casi tierna—. Eso es. Déjate llevar. Córrete para mí.

Marianne no habría podido contenerse aunque hubiera querido. El clímax continuó una y otra vez, con réplicas ondulando a través de ella hasta que se quedó temblorosa y exhausta, sostenida solo por las taquillas a su espalda y el cuerpo de Isla presionando contra el suyo.

Cuando por fin volvió en sí, Isla la observaba con ojos oscuros y hambrientos.

—Mi turno. —La voz de Marianne aún era vacilante, pero sus manos estaban firmes mientras tiraba de la casaca del pijama de Isla —. Quítate esto. Quiero verte.

Isla se desvistió con la eficacia de alguien que se cambia de ropa en vestuarios todos los días. El pijama quirúrgico cayó en segundos, revelando un cuerpo esbelto y musculado marcado por las cicatrices de una vida pasada en quirófanos. Una pequeña quemadura en el antebrazo de un accidente con el cauterio. Una tenue línea blanca en las costillas de quién sabe qué. Estaba magnífica en su imperfección, hermosa de una forma que no tenía nada que ver con la estética convencional.

Marianne la atrajo hacia sí y la besó profundamente, saboreándose a sí misma en los labios de Isla. El beso se intensificó mientras sus lenguas se entrelazaban. Sus manos encontraron los pechos de Isla, más pequeños que los suyos pero perfectamente receptivos, con los pezones ya duros y tensos. Los hizo rodar entre sus dedos y sintió que Isla se estremecía.

—Contra las taquillas —susurró—. Te quiero contra las taquillas.

Cambiaron de posición, y ahora era la espalda de Isla la que golpeaba el metal frío. Marianne se dejó caer de rodillas sobre el suelo de cemento, ignorando la incomodidad, concentrada por completo en la mujer que tenía encima.

—¿Qué estás...? —empezó Isla, pero la pregunta murió en su garganta cuando Marianne le separó los muslos y se inclinó.

El primer sabor de Isla fue embriagador, un sabor que Marianne sabía que nunca olvidaría. Exploró con la lengua, aprendiendo qué hacía jadear a Isla y qué la hacía gemir, construyendo un ritmo

basado enteramente en los sonidos y movimientos del cuerpo que tenía encima.

Las manos de Isla encontraron su cabello, agarrándolo con la fuerza suficiente para doler. A Marianne no le importó. Deslizó dos dedos en su interior mientras su lengua continuaba su trabajo, curvándose contra el sensible y húmedo núcleo mientras succionaba y lamía el clítoris de Isla.

—Joder. —La voz de Isla era áspera, rota—. Marianne. Dios. No pares. Por favor, no pares.

Marianne no tenía intención de detenerse. Aumentó el ritmo; dedos y lengua trabajaban juntos hasta que Isla se puso a temblar, hasta que sus muslos vibraron alrededor de la cabeza de Marianne, hasta que se corrió con un sonido que estaba a medio camino entre un sollozo y un grito, amortiguado solo por su propia mano presionada contra la boca.

Marianne se quedó donde estaba, suavizando sus caricias mientras Isla se relajaba, presionando suaves besos contra la parte interna de sus muslos hasta que cesó el temblor.

Cuando finalmente se levantó, con las rodillas doloridas por el duro cemento, Isla la atrajo hacia un beso que fue más suave que cualquier otro que hubieran compartido hasta el momento. Tierno, casi. Como si la urgencia se hubiera consumido y algo más dulce hubiera ocupado su lugar.

—Estamos en un buen lío. —La voz de Isla era ronca, pero no había arrepentimiento en ella.

—Lo sé.

Se apoyaron la una en la otra, con la respiración volviendo poco a poco a la normalidad y el sudor enfriándose en su piel. Marianne se sentía agotada, vacía, como si años de tensión se hubieran liberado en esos desesperados minutos de conexión.

Después, se quedaron de pie bajo la cruda luz del vestuario, con la respiración agitada como único sonido y la ropa desordenada. Marianne ya sentía los hematomas formándose donde su espalda había golpeado las taquillas. Podía sentir el ligero dolor en sus músculos por haberse mantenido en posturas extrañas.

Podía sentir la aterradora comprensión de que quería volver a hacerlo. Que a pesar de todo, a pesar del suicidio profesional que acababan de cometer, quería más.

Isla se apartó lo justo para mirarla. Tenía los ojos oscuros, los labios hinchados y el pelo hecho un desastre. No se parecía en nada a la pulcra cirujana que dirigía las salas de trauma con absoluta autoridad. Parecía destrozada. Deshecha.

Hermosa.

—Deberíamos hablar de esto —dijo Marianne finalmente. Su voz sonaba extraña a sus propios oídos.

—Seguramente. —Isla alisó la blusa de Marianne con manos que no estaban del todo firmes—. Pero no esta noche. Esta noche solo quiero...

—¿Qué?

—No lo sé. —Isla soltó una risita suave, y el sonido fue casi normal—. Desmoronarme, quizás. Procesarlo. Intentar averiguar qué demonios hemos hecho y qué significa.

Marianne asintió lentamente. Lo comprendía. Ella se sentía igual. La magnitud de lo que acababa de suceder era demasiado grande para asimilarla en un primer momento.

—Esto lo cambia todo —dijo ella.

—Lo sé.

—No sé cómo gestionar esto. La auditoría, las restricciones, nosotras... —Marianne se presionó el pecho con la mano, donde su corazón todavía latía con demasiada rapidez—. No sé cómo funciona nada de esto ahora.

—Yo tampoco. —Isla dio un paso atrás, creando un espacio entre ellas que se sintió como una pérdida—. Pero sé una cosa.

—¿Qué?

—Quiero que vuelva a pasar. —La mirada de Isla era firme, intensa—. Sea lo que sea esto, nos cueste lo que nos cueste, quiero más.

Marianne debería haber discutido. Debería haber señalado todas las razones por las que aquello era una idea terrible. Debería haber hecho lo más inteligente, seguro y sensato: marcharse antes de que la situación se complicara más.

En lugar de eso, se oyó decir: —Yo también.

La sonrisa de Isla fue lenta y peligrosa. —Entonces ya resolveremos el resto por el camino.

Ella salió primero, deslizándose fuera del vestuario tras comprobar que el pasillo estaba vacío. Marianne esperó varios minutos antes de seguirla, aprovechando el tiempo para arreglarse la ropa e intentar recuperar cierto atisbo de apariencia profesional.

Su reflejo en el espejo parecía el de una desconocida. Mejillas sonrojadas. Labios hinchados. Ojos que contenían algo que no había visto en años. Algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Estaba en problemas. Problemas profundos, complicados y potencialmente fatales para su carrera.

Y, por primera vez desde que llegó a Oakridge, no era capaz de preocuparse.

8

ISLA

Ha sido cosa de una vez.

Eso fue lo que Isla se dijo a sí misma en los días siguientes, mientras cumplía sus turnos con una precisión que rozaba lo mecánico. El encuentro en los vestuarios había sido una aberración. Una válvula de escape. Dos personas que llevaban semanas rondándose y que finalmente habían cedido a la tensión que se había ido acumulando entre ellas.

No significaba nada. No podía significar nada.

Marianne seguía siendo la mujer que había ayudado a restringir sus privilegios quirúrgicos. Los nuevos requisitos del comité seguían en vigor, obligando a Isla a solicitar interconsultas y a documentar su razonamiento para cada procedimiento que se saliera del protocolo estándar. Cada hora de su día estaba ahora condicionada por las decisiones que Marianne había facilitado. La mujer a la que deseaba follar tenía su destino en sus manos.

Nada había cambiado.

Excepto que todo lo había hecho.

Isla era plenamente consciente de la presencia de Marianne siempre que coincidían en la misma sala. Su forma de moverse. El sonido de su voz cuando hablaba con otros administradores. El

ligero rubor que trepaba por su cuello cuando sus miradas se cruzaban en un pasillo abarrotado.

Podía sentir el recuerdo de aquella noche grabado en su piel como una marca al rojo vivo. El sabor de Marianne en sus labios. Los sonidos que había emitido cuando se desmoronó bajo las manos de Isla. La necesidad desesperada, casi violenta, que las había consumido a ambas.

Se suponía que ya había pasado. Se lo habían sacado de encima. Ahora podían seguir adelante, retomar sus papeles de adversarias, fingir que no había ocurrido nada.

¿Entonces por qué Isla no podía dejar de pensar en ello?

Se volcó en el trabajo con renovada intensidad, haciendo turnos extra y ofreciéndose como voluntaria para los casos más complejos. Las restricciones la hacían más lenta, más cautelosa, pero lo compensaba siendo más precisa. Lo documentaba todo. Solicitaba interconsultas. Seguía cada requisito burocrático al pie de la letra, forjando un historial que ni siquiera Victor Shaw podría criticar.

El trabajo ayudaba, en cierto modo. Cuando estaba centrada en un paciente, cuando sus manos se movían con precisión y su mente calculaba el siguiente paso, casi podía olvidar. Casi podía reprimir el recuerdo del cuerpo de Marianne contra el suyo, los sonidos desesperados que ambas habían hecho, la aterradora intimidad de perder el control por completo.

Realizó seis cirugías en tres días. Trató a docenas de pacientes. Tomó decisiones que salvaron vidas, incluso si esas decisiones requerían ahora consultas y documentación que la frenaban. Seguía siendo buena en su trabajo. Las restricciones no habían cambiado eso.

Pero cada noche, al volver a casa, los recuerdos regresaban en tromba.

El sabor de Marianne. La sensación de sus dedos enredados en el pelo de Isla. El momento en que toda su cuidadosa compostura se había resquebrajado y se había convertido en algo puro, real y desesperadamente humano.

Isla permanecía despierta en la oscuridad y revivía esos momentos una y otra vez, con el cuerpo dolorido por el recuerdo del

placer y la mente acelerada con preguntas que no sabía responder.

Pero bajo el enfoque profesional, su mente no dejaba de divagar. Hacia la curva de la cadera de Marianne bajo su palma. Hacia la forma en que sus ojos se habían oscurecido de deseo bajo la tenue luz del vestuario. Hacia las palabras que había pronunciado después: —Quiero que vuelva a ocurrir—

No habían hablado desde esa noche. No de verdad. Intercambios profesionales en los pasillos. Breves gestos de reconocimiento en las reuniones. Nada que sugiriera que algo hubiera cambiado entre ellas.

La distancia era intencionada. Necesaria. Ambas sabían lo que estaba en juego.

Pero también era una tortura.

Tres días después de lo del vestuario, una colisión múltiple trajo a cuatro pacientes críticos a la unidad de traumatología simultáneamente. Isla estaba dirigiendo la respuesta, coordinando recursos y tomando decisiones con la consulta obligatoria que exigía el comité, cuando Marianne apareció en el umbral.

Estaba observando. Registrando. Haciendo su trabajo.

Pero en el momento en que sus ojos se encontraron, Isla lo sintió como un golpe físico.

La expresión de Marianne era neutral, pero la tensión recorría sus hombros y sus labios se entreabrieron ligeramente. Isla recordaba cómo se sentían esos labios. Recordaba los sonidos desesperados que Marianne hacía cuando los dedos de Isla se movían dentro de ella.

—Dra. Bennett —la voz de Tamsin interrumpió su distracción—. El paciente del box tres está empeorando.

Isla volvió bruscamente al presente, agudizando su concentración en la crisis que tenía delante. El hombre de mediana edad del box tres tenía una hemorragia interna que se agravaba a pesar de sus intervenciones. Necesitaba cirugía. Inmediatamente.

—Llamad al Dr. Hartman para una interconsulta —las palabras le supieron a ceniza en la boca. La antigua Isla habría tomado la decisión ella misma, le habría abierto y habría encontrado el origen de la hemorragia sin esperar autorización. Pero las nuevas normas la

obligaban a consultar con un cirujano senior antes de cualquier desviación importante del protocolo.

La consulta duró cuatro minutos. Cuatro minutos en los que la presión arterial del paciente caía mientras Isla explicaba su evaluación y solicitaba permiso para proceder. Cuatro minutos que parecieron horas.

—Entiendo su valoración, Isla —la voz de Hartman llegó a través de la línea telefónica, pausada y cuidadosa—. Pero las imágenes no muestran claramente la ubicación de la hemorragia. ¿Está segura de su enfoque?

—Estoy segura —Isla luchó por mantener la voz firme mientras los monitores a su espalda mostraban el deterioro del paciente—. Las imágenes no son concluyentes porque el contraste no ha tenido tiempo de llegar al foco de sangrado. Si esperamos a tener mejores imágenes, estará muerto.

—Entiende que, si se equivoca...

—Lo entiendo. No me equivoco.

Una pausa que se estiró una eternidad. Luego: —Procede.

Para cuando Hartman dio el visto bueno, el paciente estaba peor que al principio. Isla lo metió en quirófano y detuvo la hemorragia, pero el retraso le había pasado factura. Se recuperaría, pero su pronóstico era peor de lo que habría sido si ella hubiera podido actuar de inmediato.

Este era el coste del cumplimiento. Esto era lo que significaban las restricciones en la práctica.

Y Marianne lo había presenciado todo, con expresión inescrutable, moviendo el bolígrafo sobre su carpeta con una parsimonia exasperante.

Después, cuando la unidad de traumatología se hubo despejado y los pacientes estuvieron estabilizados, Isla se quedó en el control de enfermería intentando obligar a sus manos a dejar de temblar. El bajón de adrenalina la estaba golpeando con fuerza, agravado por la frustración de saber que podría haberlo hecho mejor si no hubiera estado maniatada por los requisitos burocráticos.

—¿Estás bien? —Tamsin apareció a su lado, con voz baja y preocupada.

—Bien.

—No pareces estarlo —Tamsin miró hacia la ventana de observación donde había estado Marianne—. La Sra. Cole y tú parecíais... tensas hoy.

—Es la mujer que ha ayudado a restringir mi práctica. Es de esperar que haya tensión.

—No me refería a ese tipo de tensión —los ojos oscuros de Tamsin eran perspicaces, demasiado perspicaces—. La forma en que os mirabais durante la emergencia... eso no era animosidad profesional, Isla.

Isla sintió que el corazón le daba un vuelco. —No sé de qué me hablas.

—Sabes exactamente de qué hablo —la voz de Tamsin bajó aún más—. No voy a hacer preguntas. Lo que pase o deje de pasar entre vosotras dos no es asunto mío. Pero si crees que nadie ha notado cómo ha cambiado el aire cuando ella ha entrado, te estás engañando a ti misma.

La observación golpeó a Isla como un jarro de agua fría. Había estado tan centrada en su propia consciencia de Marianne que no había considerado lo visible que podía ser su química para los demás.

—No hay nada que notar.

—Si tú lo dices —la expresión de Tamsin sugería que no se creía ni una palabra—. Solo ten cuidado. Este hospital se alimenta de cotilleos, y lo último que necesitas ahora es otro escándalo.

Se alejó antes de que Isla pudiera responder, dejándola a solas con el peso de sus palabras.

Isla se quedó en el control de enfermería, con la mente a mil por hora. Tamsin tenía razón. La química entre Marianne y ella era visible. Palpable. Si alguien tan discreta como Tamsin se había dado cuenta, otros también podrían haberlo hecho.

Esto era peligroso. Más peligroso de lo que se había imaginado.

Pero incluso sabiendo eso, incluso comprendiendo los riesgos, Isla no lograba arrepentirse de lo ocurrido en el vestuario. No lograba desear que hubieran mantenido las distancias, sus límites

profesionales y sus posiciones opuestas en el conflicto que definía su relación.

Lo que sentía por Marianne no iba a desaparecer solo por ser inconveniente. La única duda era si iban a seguir fingiendo lo contrario.

El día se hizo eterno. Más pacientes, más consultas, más documentación. Isla trabajó en todo ello con sombría determinación, negándose a permitir que sus complicaciones personales afectaran a su rendimiento. Pero cuando terminó su turno, estaba agotada de una forma que nada tenía que ver con el esfuerzo físico.

Se fue a casa, a su apartamento, un modesto piso de dos dormitorios en un edificio que valoraba la privacidad por encima del lujo. El espacio era más funcional que estético, decorado en tonos neutros con muebles elegidos por su comodidad antes que por su estilo. Llevaba tres años viviendo allí y todavía no había colgado nada en las paredes.

Se duchó, bajo un chorro de agua tan caliente como pudo soportar, dejando que golpeara la tensión de sus hombros. El vapor transportaba el aroma a eucalipto de su champú, familiar y reconfortante. Se puso ropa cómoda. Se sirvió un whisky que en realidad no le apetecía; el agudo ardor en su garganta no hizo nada para calmar sus pensamientos acelerados, y se quedó junto a la ventana observando cómo el perfil de Los Ángeles brillaba en la oscuridad.

Su teléfono descansaba silencioso en la encimera de la cocina. No le había dado su número a Marianne. No habían intercambiado ninguna información de contacto, ni habían hecho planes para volver a verse. El encuentro en el vestuario existía en una burbuja, desconectado del resto de sus vidas.

Probablemente fuera lo mejor. Probablemente fuera exactamente como debía ser.

Pero de pie en su apartamento vacío, viendo las luces de la ciudad bailar en la oscuridad, Isla no podía dejar de desear que su teléfono sonara.

Llamaron a su puerta a las once y cuarenta y tres.

Isla supo quién era antes de abrir. Lo supo con una certeza que parecía destino, o quizá simplemente inevitabilidad.

Marianne estaba en el rellano, todavía con el traje que había llevado al trabajo, con la expresión convertida en una cuidadosa máscara de compostura profesional que no engañaba a ninguna de las dos.

—No debería estar aquí —su voz era baja. Tensa.

—No —asintió Isla—. No deberías.

Ninguna de las dos se movió.

—Me dije a mí misma que no vendría —Marianne tenía las manos entrelazadas frente a ella, con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos—. Me dije que lo que pasó fue un error, que necesitábamos dejarlo atrás, que seguir por este camino nos destruiría a las dos.

—Y, sin embargo.

—Y, sin embargo —la compostura de Marianne se resquebrajó, solo un poco—. No puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de desearte. Me he pasado todo el día viéndote trabajar, viéndote salvar vidas a pesar de las restricciones que yo ayudé a crear, y lo único en lo que podía pensar era en lo que se sentía al tocarte.

Isla debería haberla echado. Debería haber hecho lo más inteligente, lo más seguro, lo que las protegería a ambas del desastre que estaban cortejando.

En lugar de eso, se hizo a un lado y dejó que Marianne entrara en su apartamento.

Se quedaron en el salón, separadas por apenas un metro de espacio cargado de electricidad, y se miraron con ojos que contenían a partes iguales deseo y pavor.

—Esto es una locura —la voz de Isla sonaba ronca—. Ambas sabemos cómo acaba esto. Carreras destruidas. Reputaciones arruinadas. Todo por lo que hemos trabajado, perdido.

—Lo sé.

—Y aun así has venido.

—Aun así he venido —la voz de Marianne bajó de tono—. Porque la alternativa es pasarme cada día deseándote y fingiendo que no es así. Y no creo que pueda seguir haciendo eso.

La honestidad de la confesión rompió algo en el pecho de Isla. Se había pasado tres días diciéndose que lo que habían hecho era una aberración puntual, algo que debía archivarse y olvidarse. Pero Marianne estaba allí, en su salón, despojada de su armadura profesional, confesando que se sentía exactamente igual.

—Tamsin ha notado algo hoy —Isla tenía que ser sincera. Si iban a hacer esto, no podía haber secretos entre ellas—. No lo ha dicho directamente, pero sabe que algo ha cambiado. La química entre nosotras era visible.

Marianne palideció. —¿Cómo de visible?

—Lo suficiente como para advertirme de que tuviera cuidado —Isla se acercó, lo suficiente para ver el ligero temblor en las manos de Marianne—. Si seguimos con esto, tenemos que hacerlo mejor. Tenemos que asegurarnos de que nadie más se dé cuenta.

—Estás diciendo que deberíamos seguir.

—Estoy diciendo que quiero seguir —la confesión fue como saltar por un precipicio—. Pero si lo hacemos, tiene que ser bajo nuestros términos. Controlado. Protegido.

Marianne asintió lentamente. —Puedo trabajar con eso.

—Si hacemos esto —dijo Isla despacio—, tiene que ser en secreto. Nadie en el hospital puede saberlo. Ni Tamsin, ni Hartman, ni nadie.

—De acuerdo.

—Y necesitamos reglas. Límites. Algo que evite que esto se vuelva... —se interrumpió, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

—¿Complicado? —la sonrisa de Marianne fue irónica—. Creo que ya hemos pasado ese punto.

—Más complicado, entonces —Isla se dirigió al sofá y se sentó, haciendo un gesto a Marianne para que la acompañara—. Si vamos a hacer esto, tenemos que ser inteligentes.

Pasaron la hora siguiente negociando los términos de su acuerdo con la precisión clínica de dos personas que habían forjado sus carreras en la gestión de riesgos y la respuesta ante crisis.

—Nada de contacto en el hospital más allá de lo profesionalmente necesario —dijo Marianne, enumerando puntos

con los dedos—. Si nos cruzamos en el pasillo, nos saludamos con la cabeza. Si estamos en una reunión, mantenemos la distancia adecuada.

—De acuerdo. Y nada de comunicaciones que puedan ser rastreadas o descubiertas. Ni mensajes, ni correos, ni llamadas que pasen por el sistema del hospital.

—Me haré con un teléfono de prepago para las comunicaciones personales.

—Yo también —Isla hizo una pausa, reflexionando—. Quedaremos solo en mi casa o en lugares que elijamos deliberadamente. Lejos del hospital. En ningún sitio que los colegas suelan frecuentar.

—Tendremos que escalonar nuestras llegadas y salidas. Si alguien nos ve entrar o salir al mismo tiempo...

—No lo harán. Yo me ocuparé de ello.

Lo cubrieron todo. Planes de contingencia para encuentros inesperados. Coartadas por si tenían que verse fuera del trabajo. Protocolos sobre qué hacer si alguien empezaba a hacer preguntas.

Resultaba extraño discutir su aventura como si fuera la negociación de un tratado. Pero extraño o no, era necesario. Ambas sabían qué se estaban jugando.

—Una regla más —dijo Marianne cuando hubieron repasado la logística práctica. Su voz había adquirido un matiz diferente, algo más suave e inseguro—. Tenemos que ser sinceras la una con la otra. Sobre lo que queremos. Sobre lo que nos da miedo. Sobre cuándo esto deje de funcionar.

—¿Crees que dejará de funcionar?

—Creo que todo termina algún día. Prefiero saber que se acerca a que me pille por sorpresa.

Isla lo consideró por un momento. La sinceridad no era su fuerte, al menos en asuntos emocionales. Había pasado años levantando muros, protegiéndose de la vulnerabilidad que implicaba dejar que alguien se acercara demasiado.

Pero Marianne le pedía que lo intentara. Y por razones que no alcanzaba a explicar del todo, Isla quería hacerlo.

—De acuerdo —alargó la mano y tomó la de Marianne, entrelazando sus dedos—. Sinceridad. Incluso cuando sea difícil.

Marianne apretó su agarre. —Incluso cuando sea difícil.

Se quedaron allí sentadas, con las manos entrelazadas, mientras el peso de su decisión se asentaba sobre ellas. Entonces Marianne se inclinó y la besó, de forma suave y lenta, nada que ver con la urgencia desesperada del vestuario.

Este beso no exigía nada más que presencia. Sin prisas, sin frenesí, sin fingir que se trataba de un alivio puntual. Solo sus labios y los de Isla, y el silencioso reconocimiento de que estaban eligiendo esto, eligiéndose la una a la otra, con pleno conocimiento del coste. Esto era el principio de algo.

Isla se apartó lo justo para mirar el rostro de Marianne bajo la tenue luz de su apartamento. La máscara profesional había desaparecido, sustituida por algo más tierno. Más vulnerable. Esta era la mujer bajo toda la armadura, la persona que había confesado desear algo que sabía que era peligroso.

—Quédate —oyó Isla decirse a sí misma—. Esta noche. Quédate conmigo.

A Marianne se le entrecortó el aliento. —Isla...

—Ya sé que hemos dicho que tendríamos cuidado. Sé que ahora tenemos reglas. Pero me he pasado tres días deseándote, y no quiero pasar esta noche sola —apretó con más fuerza la mano de Marianne—. Quédate.

Marianne no respondió de inmediato. Luego sonrió, una sonrisa de verdad que transformó todo su rostro.

—Me quedaré.

Se dirigieron al dormitorio sin prisas, tomándose su tiempo, conociéndose de formas que no habían tenido oportunidad de explorar en la frenética desesperación del vestuario. El cuerpo de Marianne era diferente bajo la suave luz de la lámpara, menos urgente, más presente. Isla cartografió cada curva, cada cicatriz, cada rincón que la hacía jadear o estremecerse.

Cuando finalmente se durmieron, enredadas entre las sábanas de Isla, con el futuro aún incierto pero de algún modo menos aterrador, Isla sintió algo que no había sentido en años.

Esperanza.

Si aquello las salvaría o las destruiría, solo el tiempo lo diría. Pero por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesta a correr el riesgo.

9

MARIANNE

Las reglas hacían que todo fuera manejable.

Eso era lo que Marianne se decía a sí misma mientras estaba sentada en su despacho dos semanas después de la noche en el apartamento de Isla, revisando el marco que habían establecido para su acuerdo. Nada de interacción pública más allá de la necesidad profesional. Nada de encuentros en el hospital. Nada de comunicación a través de canales que pudieran ser descubiertos. Cada encuentro planeado con deliberada precisión, cada momento de contacto contenido dentro de unos límites que las mantuvieran a salvo a ambas.

Las reglas funcionaban. Tenían que funcionar.

Porque sin ellas, Marianne sabía que se perdería por completo.

Había pasado toda su vida construyendo sistemas de control. Reglas que gobernaban su comportamiento, sus elecciones, sus relaciones. La cuidadosa arquitectura de la distancia que la protegía del caos de desear algo demasiado, de la vulnerabilidad de dejar que alguien se acercara lo suficiente como para herirla.

Isla ya había traspasado esas defensas. Cada noche que pasaban juntas agravaba el daño.

No es que Marianne mostrase nada de esto por fuera. En el trabajo, mantenía la misma presencia profesional de siempre. La responsable de riesgos y cumplimiento con una postura impecable y una expresión que no revelaba nada. Realizaba sus auditorías, asistía a sus reuniones, presentaba sus informes. Se cruzaba con Isla en los pasillos e intercambiaban asentimientos profesionales, manteniendo una distancia que no delataba nada.

Pero bajo esa compostura, se estaba desmoronando.

Pensaba en Isla constantemente. Durante las reuniones de presupuesto, mientras alguien soltaba un discurso monótono sobre la exposición a la responsabilidad civil y las primas de seguros, su mente se desviaba al recuerdo de las manos de Isla sobre su piel. Durante el trayecto matutino al trabajo, mirando los semáforos que parecían tardar una eternidad en cambiar, rememoraba su última conversación, analizando cada palabra en busca de un significado que pudiera haber pasado por alto. Durante las horas silenciosas entre la medianoche y el amanecer, tumbada despierta en su apartamento vacío contando los días hasta su próximo encuentro programado, imaginaba a Isla allí a su lado, cálida, sólida y real.

El deseo era peor de lo que había anticipado. El deseo físico habría podido gestionarlo. Había aprendido hacía mucho tiempo a compartimentar las necesidades de su cuerpo, a funcionar a pesar del hambre, el agotamiento o el dolor. Pero esto no era solo físico.

Quería saber qué hacía reír a Isla. Quería entender las sombras tras sus ojos cuando hablaba de los pacientes que había perdido. Quería oír su voz a primera hora de la mañana y a última de la noche. Quería el tipo de intimidad que sus cuidadosas reglas prohibían específicamente.

Se suponía que iba a ser algo físico. Una liberación de tensión. Un acuerdo contenido que satisficiera su deseo mutuo sin convertirse en nada más peligroso.

Pero Marianne había sabido desde el principio que se estaba mintiendo a sí misma.

Lo que sentía por Isla no estaba contenido. No era manejable. Era un incendio forestal que crecía con cada roce, con cada beso,

con cada momento de conexión que sus cuidadosas reglas debían evitar.

Necesitaba más control. Más límites. Más protección contra la posibilidad de salir herida.

Así que añadió nuevas reglas. Nada de quedarse a dormir las noches de diario. Nada de conversaciones que fueran más allá de lo práctico. Ningún reconocimiento, ni siquiera en privado, de que esto pudiera ser algo más de lo que habían acordado.

—¿Quieres añadir más restricciones? —había preguntado Isla cuando Marianne propuso los cambios, con una expresión ilegible.

—Creo que es importante mantener la claridad sobre lo que es esto.

—¿Y qué es?

Marianne se había esforzado por encontrar las palabras adecuadas. —Un acuerdo mutuamente beneficioso. Una liberación física. Nada más.

Isla la había estudiado, con sus ojos grises escudriñando el rostro de Marianne en busca de algo que ella no estaba segura de querer que encontrara. Luego, había asentido.

—Está bien. Si es lo que necesitas.

Aceptó las adiciones sin discutir. Pero a veces, en los momentos de calma tras el sexo, cuando yacían enredadas en la oscuridad, Marianne la sorprendía mirándola con una expresión que sugería que comprendía exactamente de qué la protegían las reglas.

Y que estaba dispuesta a esperar.

La espera se sentía como una especie de tortura. Marianne sabía que Isla quería más. Podía sentirlo en la forma suave en que la tocaba, en las preguntas que hacía bordeando los límites de la intimidad, en los pequeños ofrecimientos de vulnerabilidad que Marianne desviaba con practicada eficacia.

Cada desvío se sentía como una traición. A Isla. A sí misma. A lo que quiera que fuera aquello entre ellas que podría llegar a ser si tan solo encontrara el valor de permitirlo.

Los encuentros físicos solo empeoraban las cosas. Se veían dos veces por semana en el apartamento de Isla, siempre tarde por la noche, siempre con una hora de finalización clara. Marianne llegaba

a las once y se marchaba a las dos, sin quedarse nunca hasta la mañana, sin permitirse jamás la intimidad de despertarse al lado de Isla.

Pero incluso dentro de esos límites, algo estaba cambiando. El sexo seguía siendo urgente, intenso, pero había empezado a incluir momentos de ternura que ninguna de las dos reconocía. Isla le apartaba el pelo de la cara a Marianne después. Marianne recorría las cicatrices de las manos de Isla con dedos suaves. Pequeños gestos que no significaban nada y lo significaban todo.

Marianne sabía que debería dar un paso atrás. Que debería reforzar los límites antes de que se erosionaran por completo. Pero cada vez que se proponía mantener más distancia, veía a Isla en el hospital y sentía que su resolución se desmoronaba.

A las tres semanas de su acuerdo, recibió una invitación para la Gala Anual de la Fundación Oakridge. El evento era una tradición del hospital, una recaudación de fondos que reunía a donantes, miembros de la junta y personal médico superior en una elegante exhibición de respetabilidad institucional.

La asistencia era obligatoria para alguien en su posición. Había sabido que este momento llegaría. Se había estado preparando para ello, ensayando mentalmente cómo comportarse en una sala llena de colegas mientras la mujer con la que se acostaba se movía por el mismo espacio.

Para lo que no se había preparado era para ver a Isla con un vestido.

La gala se celebraba en un hotel de lujo en el centro de Los Ángeles, el tipo de lugar donde las lámparas de araña cuestan más que las casas de algunas personas y el personal de servicio se mueve con silenciosa eficacia. Marianne llegó puntual, con un vestido azul oscuro que había elegido por su elegancia profesional más que por su capacidad de atraer la atención.

Estaba de pie al borde del salón de baile, charlando con un miembro de la junta sobre las puntuaciones de satisfacción de los pacientes, cuando entró Isla.

El vestido era negro. Sencillo. Elegante. Se ceñía a la esbelta figura de Isla de formas que hicieron que a Marianne se le secara la

boca. Llevaba el pelo oscuro suelto, suavizado por unas ondas que claramente se había peinado para la ocasión. Parecía una persona completamente distinta a la mujer con el pijama sanitario salpicado de sangre que salvaba vidas en la unidad de traumatología.

Estaba deslumbrante.

La voz de Marianne vaciló a mitad de la frase. Se recuperó rápidamente, obligando a su atención a volver al miembro de la junta, pero no antes de que los ojos de Isla encontraran los suyos a través de la abarrotada sala.

Sus miradas se cruzaron apenas un segundo. Ese único momento de conexión deshizo cada regla que Marianne había establecido. El corazón le martilleaba contra las costillas. El calor inundó su piel. Cada nervio de su cuerpo gritaba por un contacto que no podía tener, no aquí, no ahora, no ante una sala llena de gente que no podía saber lo que Isla significaba para ella.

Esto era exactamente lo que las reglas debían evitar.

Las dos horas siguientes fueron una tortura. Marianne se movió por la gala con la elegancia practicada de alguien que ha asistido a cientos de eventos similares, pero cada nervio de su cuerpo estaba atento a la ubicación de Isla. La seguía por la sala sin mirarla directamente. Sentía su presencia como una atracción magnética que se hacía más fuerte con cada minuto que pasaba.

No hablaron. No se reconocieron más allá del más breve de los saludos profesionales cuando sus caminos se cruzaron cerca de la zona del champán. Estuvieron perfectas, cuidadosas, cumpliendo cada regla que habían establecido.

Y no fue suficiente.

Se colocó donde pudiera vigilar a Isla sin que pareciera que lo hacía. Isla riendo de algo que decía el doctor Hartman. Isla aceptando una copa de champán de un camarero que pasaba. Isla inclinándose para examinar una pieza de arte en la subasta silenciosa, la línea de su espalda elegante bajo la tela negra de su vestido.

Cada movimiento se sentía como una provocación deliberada. Cada sonrisa que Isla dedicaba a otra persona se sentía como algo robado a Marianne. Sabía que era irracional, sabía que los celos no

tenían cabida en un acuerdo basado en la conveniencia casual, pero a los sentimientos no les importaba la lógica.

A mitad de la velada, Isla miró en su dirección. Sus ojos se encontraron solo un instante, y Marianne vio su propia hambre desesperada reflejada en ella. Isla desvió la mirada primero, volviendo su atención a la conversación que estaba manteniendo, pero su postura había cambiado. Más tensa. Más alerta.

Ambas sabían que esta era una prueba que estaban suspendiendo.

A las diez de la noche, Marianne estaba desesperada. La conciencia constante de Isla, el esfuerzo de mantener la compostura mientras su cuerpo dolía de deseo, la habían desgastado hasta el límite. Necesitaba aire. Espacio. Un momento para recomponerse antes de hacer algo imperdonable.

Salió del salón de baile y se escabulló por el pasillo de servicio del hotel, donde el personal de catering se movía con determinación y el glamur de la gala daba paso a la maquinaria práctica de la hostelería. El aire era más fresco allí, con olor a limpiador industrial y café. Marianne se apoyó contra la pared y cerró los ojos, intentando controlar su corazón acelerado.

Los pasos detrás de ella eran silenciosos, pero supo a quién pertenecían antes de abrir los ojos.

—No deberías estar aquí —su voz sonó ronca—. Alguien podría aparecer por la esquina.

—Todo el mundo está pendiente de la subasta silenciosa —Isla se acercó, lo suficiente para que Marianne pudiera oler su perfume, algo intenso y cálido en lo que nunca se había fijado antes—. Tenía que verte.

—Ese no era el plan.

—Lo sé —la mano de Isla subió para apoyarse en la pared, junto a la cabeza de Marianne—. No me importa.

—Isla...

—He estado mirándote toda la noche. Viendo cómo sonreías a gente que te aburre, viendo cómo charlabas sobre política hospitalaria, viendo cómo fingías que soy solo una colega más —la

voz de Isla bajó, adquiriendo un tono peligroso—. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que ha sido mantener las distancias?

—Por supuesto que lo sé. —la compostura de Marianne se estaba resquebrajando. Podía sentirlo, sentía cómo todo su cuidadoso control se desvanecía bajo la presión de la proximidad de Isla—. He estado luchando contra lo mismo.

—Entonces deja de luchar.

Isla la besó.

El contacto fue eléctrico, inmediato, abrumador. La espalda de Marianne golpeó la pared mientras Isla se presionaba contra ella, y se oyó a sí misma emitir un sonido que era parte gemido, parte rendición. Sus manos subieron para aferrar los hombros de Isla, atrayéndola más cerca, abandonando cada regla que jamás hubieran establecido.

—No podemos —jadeó entre besos—. Aquí no. Alguien...

—Armario de servicio —Isla ya la estaba empujando hacia una puerta en la que Marianne no se había fijado—. Cinco minutos. Nadie nos echará de menos.

El armario era pequeño y estrecho, lleno de productos de limpieza y ropa blanca de repuesto. Marianne apenas registró el entorno. Estaba demasiado concentrada en las manos de Isla amontonando la tela de su vestido, en la boca de Isla contra su garganta, en la urgencia desesperada que había sustituido a cada límite prudente.

—Esto es una locura —susurró—.

—Lo sé. —Los dedos de Isla encontraron la abertura del vestido de Marianne y se deslizaron hacia arriba—. Dime que pare.

—No puedo.

—Entonces deja que te toque.

La cabeza de Marianne cayó hacia atrás contra un estante mientras la mano de Isla encontraba su destino. El ángulo era incómodo, el espacio confinado, pero nada de eso importaba. Los dedos de Isla se movían con la misma precisión que ponía en una cirugía, leyendo las respuestas de Marianne y ajustándose con experta atención.

—Estás tan mojada —el aliento de Isla estaba caliente contra su oído—. Llevas pensando en esto toda la noche, ¿verdad?

—Sí. —La palabra salió entrecortada—. Dios, sí.

—Yo también —los dedos de Isla se deslizaron dentro de ella, y Marianne tuvo que morderse su propia mano para no gritar—. Cada vez que te miraba con ese vestido, pensaba en esto. En hacerte perder la cabeza.

El orgasmo se fraguó con una velocidad aterradora. Marianne estaba demasiado excitada, demasiado desesperada, demasiado lejos de los límites de control que tanto se había esforzado por mantener. Llegó al clímax con los dedos de Isla dentro de ella y el nombre de Isla en sus labios, estremeciéndose en un armario de suministros mientras, a unos treinta metros, la gala continuaba sin ellas.

Se desplomó contra el estante a su espalda, temblando, mientras Isla le daba suaves besos en la garganta. La ternura tras la intensidad era casi excesiva. Hablaba de algo más profundo que la liberación física, algo de lo que ninguna de las reglas de Marianne podía protegerla.

—Te toca —logró decir, buscando el dobladillo del vestido de Isla.

Pero Isla le cogió la mano y se la llevó a los labios en su lugar—. Aquí no. No así.

—Pero...

—Quiero algo más que un magreo rápido en un armario. —Los ojos de Isla estaban oscuros, serios—. Cuando salgamos de aquí, ven a mi apartamento. Quédate a dormir. Déjame enseñarte cómo podría ser si dejamos de ir con prisas.

La invitación estaba cargada de implicaciones que iban mucho más allá del sexo. Quedarse a dormir significaba romper una de las reglas fundamentales. Significaba reconocer que esto era más que conveniencia.

Significaba dar un paso del que no se podía volver atrás.

—De acuerdo. —La palabra salió antes de que Marianne pudiera detenerla—. Iré.

La sonrisa de Isla valía cada límite que estaba rompiendo.

Después, se quedaron en la oscuridad del estrecho cubículo, respirando con dificultad, reajustando la ropa desordenada e intentando restaurar algo parecido a una apariencia profesional.

—Tanto rollo con las reglas —la voz de Isla tenía un toque de diversión sombría.

Marianne se rió. Era absurdo. Todo. Los marcos cuidadosos que había construido, los límites en los que había insistido, se habían desmoronado a la primera prueba real.

—Necesitamos mejores reglas —dijo finalmente.

—O tal vez necesitemos aceptar que las reglas no van a contener esto —Isla le alisó el pelo a Marianne, con un toque suave—. Sea lo que sea esto, es más grande que nosotras dos.

Las palabras aterrizaron en el pecho de Marianne con el peso de la verdad. Había estado intentando controlar lo incontrolable. Gestionar algo que se negaba a ser gestionado.

—¿Qué estás diciendo? —la voz de Marianne apenas superó el susurro.

—Digo que tal vez deberíamos dejar de fingir que esto es solo físico —Isla le rodeó la cara con la mano, acariciando su pómulo con el pulgar—. Digo que pienso en ti todo el tiempo. No solo en el sexo, sino en ti. En qué estás haciendo, cómo te sientes, si has comido hoy.

—Ese no era el acuerdo.

—Lo sé. ¿Pero el acuerdo no está funcionando, verdad? —los ojos de Isla estaban suaves en la tenue luz—. Podemos seguir fingiendo. Seguir añadiendo reglas y límites y fingir que tenemos el control. O podemos admitir que algo real está pasando aquí y decidir qué queremos hacer al respecto.

El corazón de Marianne latía con tanta fuerza que podía sentirlo en la garganta. Todo lo que Isla decía era verdad. Todo lo que había tenido miedo de admitir estaba ahora al descubierto entre ellas.

—No sé cómo hacer esto —admitió—. No sé cómo desear tanto a alguien y no estar aterrorizada.

—Yo tampoco —la sonrisa de Isla fue torcida, autocrítica—. Pero tal vez podamos descubrirlo juntas.

Tal vez era hora de dejar de fingir que el control era posible.

—Yo debería volver primero —dijo ella—. Espera cinco minutos antes de seguirme.

—Siempre la estratega —pero la sonrisa de Isla fue cálida, no burlona.

Marianne salió del armario y regresó al salón de baile, con el corazón aún acelerado pero con la compostura recuperada. Su lápiz de labios estaba ligeramente corrido, su peinado algo deshecho. Pequeñas imperfecciones que contaban una historia que no podía permitirse contar.

Pero cuando vio su reflejo en un ventanal, lo que la sorprendió no fue la evidencia de lo que acababa de suceder.

Fue la expresión de su propio rostro.

Por primera vez en más tiempo del que recordaba, se veía feliz.

Aterrorizada. Abrumada. Completamente fuera de control.

Pero feliz.

Tocó su reflejo con un dedo, como para confirmar que la mujer que la miraba era realmente ella. La mujer que había pasado años construyendo defensas contra exactamente este tipo de vulnerabilidad. La mujer que había jurado, después de Sarah y del Riverside General y de todos los desastres que surgieron de permitirse sentir demasiado, que nunca volvería a estar así de expuesta.

Las reglas habían sido una protección. Los límites habían sido una armadura. Y ahí estaba, en el pasillo de un hotel, habiéndolos roto todos, sintiéndose más viva de lo que se había sentido en años.

Detrás de ella, a través de las puertas del salón, oía los sonidos de la gala que continuaba. Risas y música y el tintineo de las copas de champán. Un mundo que no tenía idea de lo que acababa de ocurrir en su pasillo de servicio.

Un mundo que nunca entendería lo que ella estaba sintiendo en ese momento.

Marianne enderezó los hombros y se alisó el vestido por última vez. Tenía la obligación de cumplir con el resto de la velada. De mantener las apariencias. De representar el papel que Oakridge esperaba que representara.

Pero esta noche, cuando terminara la gala, iría al apartamento de Isla. Se quedaría hasta la mañana. Dejaría de fingir que las reglas habían sido alguna vez algo más que una forma de no admitir cuánto importaba esto.

Era aterrador.

Era maravilloso.

Y por primera vez en años, Marianne estaba lista para descubrir qué pasaba cuando dejaba de protegerse y empezaba, sencillamente, a vivir.

10

ISLA

La conferencia sobre asistencia sanitaria había sido idea de Isla.

Cuando vio que ambas debían asistir al simposio anual de medicina del trauma en San Diego, lo sugirió como solución a un problema que ambas sentían pero que no habían llegado a nombrar. Una oportunidad para estar juntas lejos de Oakridge. Lejos de la vigilancia constante y de las complicaciones profesionales. Lejos del mundo que las conocía como adversarias en lugar de como amantes.

La palabra todavía le resultaba extraña en su mente. Amantes. Implicaba algo más profundo que lo que habían acordado, algo más peligroso que un arreglo secreto entre dos profesionales que deberían haber sido más sensatas.

Pero después de la noche de la gala, después de que Marianne se quedara hasta la mañana por primera vez, Isla no estaba segura de que los viejos términos siguieran vigentes.

La conferencia se celebraba en un hotel de lujo con vistas al Pacífico, el tipo de lugar donde las compañías farmacéuticas organizaban eventos fastuosos y los profesionales médicos fingían que el sector no estaba tan corrompido como en realidad lo estaba. Isla llegó un jueves por la tarde y pasó los dos primeros días

asistiendo a presentaciones, entablando contactos con colegas y fingiendo que no sabía cuándo estaba Marianne en la misma sala.

Habían acordado mantener las distancias durante las sesiones profesionales. Actuar como si no fueran más que conocidas de la misma institución. Reservar su conexión para la intimidad de las habitaciones de hotel y las horas nocturnas.

La contención era una tortura.

El sábado por la tarde, una vez terminada la última sesión y cuando los asistentes a la conferencia se dispersaron en diversas cenas y reuniones, Isla estaba sola en su habitación del octavo piso. El océano se veía a través de su ventana, gris e interminable bajo la luz agonizante. Se quedó ante el cristal y observó cómo llegaban las olas, contando los minutos hasta que Marianne llamara a la puerta.

Llegó a las nueve y cuarto.

Isla abrió la puerta y se encontró a Marianne en el pasillo, todavía con la elegante americana que había llevado a las sesiones de la tarde. Tenía el pelo suelto, más suave que su habitual estilo profesional. Había algo diferente en su expresión, algo que hizo que el corazón de Isla latiera más rápido.

—Has venido.

—Dije que lo haría. —Marianne entró y Isla cerró la puerta tras ella—. He tenido que aguantar dos horas de una mesa redonda sobre la reforma de la responsabilidad civil sabiendo que estabas en el mismo edificio. Creo que me he ganado esto.

Isla se rió, sintiendo cómo parte de la tensión desaparecía de sus hombros. —¿Tan mal ha ido?

—Victor Shaw era el moderador. Se pasó veinte minutos explicando por qué los médicos que se desvían del protocolo deberían someterse a una revisión obligatoria. —La sonrisa de Marianne era irónica—. No dejaba de pensar en lo mucho que habrías odiado estar allí.

—Me habría marchado.

—Lo sé. —Marianne se acercó, y de repente el espacio entre ellas se sintió cargado de algo distinto a su urgencia habitual—. No dejaba de imaginarte levantándote y montando una escena. Me pasé toda la mesa redonda sonriendo.

La confesión era pequeña, pero se sintió enorme. Marianne pensando en ella durante una aburrida sesión de la conferencia. Marianne sonriendo ante la idea de su desafío. Ese era el tipo de detalles que no encajaba en un acuerdo estrictamente físico.

—Yo también pensé en ti —admitió Isla—. Durante la simulación quirúrgica. No dejaba de preguntarme qué te parecerían los métodos de enseñanza. Si los aprobarías.

—Probablemente no. —Pero la voz de Marianne era cálida—. Tengo unos estándares muy altos.

Se quedaron en la penumbra de la habitación de hotel, lo suficientemente cerca como para tocarse, pero sin hacerlo. La tensión entre ellas era diferente esa noche. Menos frenética. Más intencionada.

—Esto se siente distinto —dijo Isla finalmente.

—Lo sé.

—¿Distinto para bien o distinto para mal?

La mano de Marianne subió para acunar su rostro, con el pulgar acariciando su pómulo con una delicadeza que hizo que a Isla se le entrecortara la respiración. —Distinto para bien. Da mucho miedo, pero para bien.

—¿Qué quieres hacer al respecto?

—Quiero... —Marianne hizo una pausa, pareciendo armarse de valor—. Quiero que esta noche nos tomemos nuestro tiempo. Quiero dejar de ir con prisas. Quiero estar contigo de verdad, no solo correrme antes de que tengamos que volver a fingir.

Las palabras se asentaron en el pecho de Isla con un calor inesperado. Eso era lo que había deseado, lo que había tenido miedo de pedir. No solo sexo, sino intimidad. No solo liberación física, sino conexión emocional.

—De acuerdo. —Cogió la mano de Marianne y la condujo hacia la cama—. Me gusta cómo suena eso. Tomémonos nuestro tiempo.

Se desnudaron mutuamente despacio, sin nada de la urgencia frenética de sus encuentros anteriores. Isla se tomó su tiempo con los botones de Marianne, revelando su piel centímetro a centímetro, presionando besos contra cada nueva extensión de carne. Primero cayó la americana, luego la blusa de seda que llevaba debajo. La piel

de Marianne resplandecía en la penumbra, pálida y suave, marcada aquí y allá por pequeñas imperfecciones que a Isla le resultaban infinitamente fascinantes.

—Estás preciosa —susurró Isla contra su clavícula—. Cada vez que te veo así, me dejas sin aliento.

—Estaba pensando lo mismo. —Los dedos de Marianne recorrieron las cicatrices de los antebrazos de Isla, las pequeñas marcas que hablaban de años en los quirófanos. Su tacto era reverente, casi de adoración—. Llevas tu historia grabada en la piel.

—Tú también. —Isla besó una tenue peca en el hombro de Marianne—. Solo que de forma distinta.

Continuaron desnudándose, y cada revelación era recibida con una exploración. La falda de Marianne cayó al suelo. La camisa de Isla. La ropa interior práctica que hablaba de vidas vividas para la funcionalidad más que para la seducción. Por fin se quedaron una frente a la otra, desnudas y vulnerables, con la habitación de hotel en silencio a su alrededor.

—¿Cómo te hiciste esta? —Marianne tocó una fina línea blanca a lo largo de la muñeca de Isla.

—Un hueso roto. Un paciente llegó agresivo por un traumatismo craneal. Su mano se resbaló y me alcanzó.

—¿Y esta? —Una marca en su hombro.

—Accidente de moto. El mío, no el de un paciente. Tenía veintidós años y me creía invencible.

Marianne se inclinó hacia delante y besó la cicatriz, un gesto tan tierno que Isla sintió que los ojos le escocían por una emoción inesperada.

—Tú también tienes cicatrices. —Isla tocó una marca en la cadera de Marianne—. Me he preguntado por esta.

—Apendicectomía. Tenía quince años. Mi madre pensó que fingía para librarme de un recital de piano.

—¿Fingías?

Marianne se rió, suave y sorprendente. —No. La verdad es que me gustaba el piano. Pero mi apéndice tenía otros planes.

Intercambiaron historias como esa, trazando un mapa de sus cuerpos y sus historias simultáneamente. Cada revelación llevaba a

otra, y las cicatrices y marcas se convertían en puertas a recuerdos, a las vidas que habían vivido antes de encontrarse.

Para cuando se tumbaron juntas en la cama del hotel, Isla sintió que conocía a Marianne de formas que iban mucho más allá de lo físico. El sexo, cuando finalmente ocurrió, fue diferente a todo lo que habían compartido antes. Más lento. Más deliberado. Una conversación entablada a través del tacto en lugar de las palabras.

Isla empezó por la garganta de Marianne, presionando suaves besos a lo largo de la línea de su pulso. Podía sentir el corazón de Marianne acelerado bajo sus labios, podía sentir la tensión y la anticipación vibrando en su cuerpo. En lugar de responder a esa urgencia con la suya propia, ralentizó el ritmo deliberadamente.

—Quiero tomarme mi tiempo contigo —susurró contra la clavícula de Marianne—. Quiero conocer cada centímetro de ti.

—Isla... —La voz de Marianne ya estaba ronca de necesidad.

—Chitón. Tenemos toda la noche.

Fue descendiendo por el cuerpo de Marianne con paciencia metódica, usando sus manos de cirujana para encontrar cada lugar que hacía jadear a Marianne. El hueco de su garganta. La piel sensible entre las costillas. La curva donde la cadera se encontraba con el muslo. Catalogaba cada reacción, construyendo un mapa mental de placer que pasaría el resto de su vida explorando si Marianne se lo permitía.

Para cuando la boca de Isla encontró su centro, Marianne estaba temblando. Tenía las manos aferradas a las sábanas del hotel, la cabeza echada hacia atrás y la respiración entrecortada por jadeos superficiales. Isla presionó un beso contra su muslo interno y sintió que todo su cuerpo se estremecía.

—Por favor. —La palabra fue apenas audible.

—¿Por favor, qué?

—Por favor... necesito...

Isla sonrió contra su piel y le dio lo que necesitaba. Su lengua se movía en trazos lentos y deliberados, construyendo el placer en incrementos cuidadosos en lugar de apresurarse hacia el final. Quería prolongar esto. Quería mostrarle a Marianne lo que se sentía al ser adorada.

—Estás tan hermosa así —murmuró, levantando la cabeza lo justo para hablar—. Cuando te dejas llevar.

—No me dejo llevar con nadie más. —La voz de Marianne era áspera, vulnerable—. Solo contigo.

—Lo sé. —Isla deslizó dos dedos en su interior, encogiéndolos de la forma justa—. Lo sé.

Reanudó su atención, con los dedos y la lengua trabajando juntos en un ritmo que crecía y crecía. Podía sentir a Marianne subiendo hacia el clímax, podía sentir la tensión enroscándose cada vez más en su cuerpo.

Cuando Marianne finalmente se deshizo, fue con el nombre de Isla en sus labios y lágrimas recorriendo silenciosamente sus mejillas. No de dolor, sino de algo más profundo. Algo que se sentía como alivio, terror y esperanza, todo enredado.

Isla la sostuvo durante las réplicas, presionando besos contra su pelo, su frente, sus párpados cerrados. —Aquí estoy. Te tengo.

—Lo sé. —La voz de Marianne era apenas un susurro—. Eso es lo que me asusta.

Se quedaron allí tumbadas mucho tiempo, con Marianne acurrucada contra el costado de Isla y su respiración ralentizándose gradualmente. Isla le acariciaba el pelo y observaba el juego de sombras en el techo, sintiéndose más en paz de lo que se había sentido en años.

Cuando Marianne por fin se movió, fue para rodar sobre Isla con una determinación que hizo que su pulso saltara. —Tu turno.

—No tienes por qué...

—Quiero hacerlo —los ojos de Marianne estaban oscuros, decididos—. Quiero hacerte sentir lo que tú me has hecho sentir a mí.

Empezó por la boca de Isla, besándola con una minuciosidad que no dejaba lugar al pensamiento. Luego bajó, recorriendo con sus labios la mandíbula de Isla, su garganta, la curva de su hombro. Aplicó a eso la misma atención al detalle que dedicaba a sus auditorías e informes, catalogando cada reacción, cada sonido, aprendiendo qué era lo que hacía que a Isla se le entrecortara la respiración.

—Dime qué quieres —la voz de Marianne sonó suave contra el pecho de Isla.

—Lo que quieras darme.

—Eso no es una respuesta —la mano de Marianne se deslizó por el vientre de Isla, deteniéndose justo encima de donde más la necesitaba—. Dímelo.

La vulnerabilidad de decirlo en voz alta, de pedir lo que deseaba, le resultaba casi más difícil que la exposición física. Isla había pasado años siendo la que tenía el control, la que tomaba en lugar de pedir. Pero Marianne le estaba pidiendo que fuera diferente.

—Quiero tu boca en mí —las palabras salieron roncas—. Quiero sentirte en todas partes.

Marianne sonrió y le dio exactamente lo que pedía.

Su boca estaba caliente y era experta; se movía contra la humedad de Isla con una precisión que delataba la cuidadosa observación que había estado llevando a cabo toda la noche. Sabía exactamente dónde presionar, exactamente cómo moverse, exactamente cuándo aumentar la presión y cuándo aflojar. Sus dedos se introdujeron lentamente en ella, poseyéndola con un movimiento profundo y constante. El cuerpo de Isla tembló al sentir cada movimiento. La conexión entre ambas era tan magnética, tan plena.

Cuando Isla finalmente se desmoronó, fue con sus propias lágrimas. No por el alivio físico, aunque resultaba abrumador, sino por la intimidad de sentirse verdaderamente vista. Verdaderamente conocida. Verdaderamente amada, aunque ninguna de las dos hubiera pronunciado la palabra todavía.

Después, se quedaron tumbadas y enredadas la una con la otra en la oscuridad, con el sonido del océano filtrándose por las ventanas como una nana lejana.

—Nunca le he contado a nadie lo de Sarah —la voz de Marianne era queda—. Sobre lo que pasó en el Riverside General.

Isla giró la cabeza para mirarla. —No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo —Marianne tomó aire—. Era administradora. Nos conocimos en una reunión de un comité y fue... instantáneo. Esa clase de química que te vuelve idiota.

—Conozco esa sensación.

—Lo mantuvimos en secreto casi un año. Creía que estaba siendo precavida, pero no lo fui lo suficiente —la mano de Marianne buscó la de Isla en la oscuridad—. Cuando empezó la investigación, cuando la junta necesitó a alguien a quien culpar por cosas que no tenían nada que ver con ninguna de las dos, ella testificó contra mí. Dijo que nuestra relación había nublado mi juicio. Dijo que yo había sido negligente porque estaba demasiado centrada en ella.

—Eso es horrible.

—Fue supervivencia. Su supervivencia, al menos —Marianne apretó el agarre—. Me pasé dos años intentando reconstruirme tras el daño. Intentando convencerme de que nunca dejaría que nadie volviera a acercarse tanto. De que el control era lo único que podía mantenerme a salvo.

—Y entonces me conociste a mí.

—Y entonces te conocí a ti —Marianne se rió, un sonido a medio camino entre la alegría y la desesperación—. La mujer a la que me contrataron para auditar. La mujer que representa todo lo que se supone que debo contener. La última persona en el mundo de la que debería haberme enamorado.

—¿Enamorada? —El corazón de Isla latía con fuerza.

Marianne guardó silencio. Luego: —Sí. Enamorado. Ya no sé cómo fingir lo contrario.

La confesión era enorme, aterradora y maravillosa. Isla sintió que algo se resquebrajaba en su pecho, alguna coraza protectora que no se había dado cuenta de que aún llevaba consigo. Pero todavía no estaba lista para ir más allá.

—Perdí a una paciente cuando era residente —se oyó decir—. Jennifer. Te hablé de ella. Lo que no te dije es que, después de que muriera, dejé de dormir. Dejé de comer. Estuve a punto de abandonar la residencia.

—¿Qué cambió?

—Decidí que la única forma de honrar su muerte era asegurarme de que nunca volviera a ocurrir. Convertirme en la clase de médico que no espera permiso, que confía en su propio juicio, que pone salvar vidas por encima de todo lo demás —Isla tragó saliva con

dificultad—. Construí toda mi carrera en torno a esa decisión. Y en algún momento del camino, olvidé cómo dejar entrar a alguien. Olvidé que había otras cosas que merecía la pena desear además de ser la mejor cirujana de la sala.

—¿Y ahora?

—Ahora te miro y me acuerdo —Isla se giró para quedar frente a ella del todo, lo suficientemente cerca como para que las luces de la ciudad se reflejaran en los ojos de Marianne, lo suficientemente cerca para leer el cambio en su expresión—. Recuerdo que deseo cosas que no me he permitido desear en años. Conexión. Intimidad. Alguien que me vea como algo más que mis tasas de supervivencia.

—Yo te veo —la voz de Marianne fue feroz a pesar de su suavidad—. Lo veo todo.

Se besaron entonces, lenta y profundamente, sellando unas confesiones que ninguna de las dos había planeado hacer. Afuera, el océano continuaba con su ritmo interminable. Adentro, algo nuevo estaba empezando.

—Probablemente debería decirte algo —dijo Marianne cuando finalmente se separaron—. Las conclusiones de la auditoría que presenté la semana pasada... recomendé que no se impusieran más restricciones. Le dije a la junta que tus resultados justifican tus métodos, y que las limitaciones adicionales probablemente causarían más daño que beneficio.

Isla sintió un vuelco en el corazón. —¿Lo has hecho?

—No podía justificar recomendar otra cosa. No cuando los datos mostraban tan claramente que salvas vidas que, de otro modo, se perderían —Marianne trazó un dibujo en el hombro de Isla—. Podría costarme el puesto. La junta no me contrató para defender a profesionales a los que querían sancionar.

—Marianne...

—No me importa —su voz era firme, segura—. He pasado años siendo la persona que seguía las reglas incluso cuando estaban mal. Ya no puedo hacer eso. No después de haber visto lo que cuesta seguirlas.

La confesión se sintió como un regalo. Como confianza hecha realidad y visible. Marianne estaba arriesgando su carrera por el bien

de Isla, no porque se lo hubiera pedido, sino porque era lo correcto.

—No te merezco —susurró Isla.

—Sí, me mereces —Marianne le besó la frente, suave y firme—. Ambas merecemos ser felices. Solo que me ha costado mucho tiempo recordarlo.

Finalmente se durmieron, acurrucadas la una con la otra en la cama del hotel, más tranquilas de lo que ninguna de las dos había estado en meses.

Cuando Isla se despertó a la mañana siguiente, la luz entraba suave a través de las cortinas finas y Marianne seguía allí.

Se quedó quieta, observando a Marianne dormir. La mujer que la había aterrado. La mujer que había auditado su práctica y restringido sus privilegios y que representaba todo lo que Isla detestaba de la medicina institucional.

La mujer de la que se estaba enamorando.

La revelación se asentó en su pecho con la inevitabilidad del amanecer. Llevaba semanas cayendo, quizá más. Había estado luchando contra ello con cada regla, frontera y cuidadoso desvío. Pero al estar aquí tumbada, viendo el rostro de Marianne suavizado por el sueño, Isla ya no podía luchar más.

Ya no quería luchar más.

Marianne se removió, abriendo los ojos poco a poco. Durante un momento pareció confundida, luego su mirada encontró la de Isla y sonrió. Una sonrisa de verdad, sin defensas y cálida, nada que ver con la máscara profesional que llevaba en Oakridge.

—Buenos días —su voz sonaba ronca por el sueño.

—Buenos días —Isla alargó la mano y apartó un mechón de pelo de la cara de Marianne—. Te has quedado.

—Me he quedado —Marianne le cogió la mano y le plantó un beso en la palma—. Quiero seguir quedándome.

—¿Servicio de habitaciones? —sugirió Isla—. Todavía no estoy lista para compartirte con el mundo.

Pidieron el desayuno y se lo comieron en la cama, dándose bocados de bollería y bebiendo café mientras la luz de la mañana se intensificaba. La intimidad de la comida le pareció casi más

significativa que la intimidad de la noche anterior. Eso era lo que hacían las parejas. Lo que hacía la gente que tenía una relación.

Lo que hacían ellas, ahora.

—He estado pensando —dijo Marianne, dejando la taza de café —. En lo que pasará cuando volvamos a Oakridge.

—¿Y?

—Y no quiero seguir escondiéndome. Sé que tenemos que ser cuidadosas. Sé que hay implicaciones profesionales. Pero estoy cansada de fingir que solo eres una colega —Marianne buscó la mano de Isla—. Quiero que la gente sepa que me importas.

—Eso podría complicar las cosas.

—Todo es ya complicado de por sí —la sonrisa de Marianne fue irónica—. Al menos, de esta forma, las complicaciones valdrían la pena.

Las palabras estaban cargadas de intención. Esto ya no se trataba solo de atracción física. No se trataba solo de acuerdos secretos y complicaciones profesionales.

Esto era algo completamente distinto.

—Yo también quiero eso —susurró Isla—. Cueste lo que cueste. Hagamos lo que tengamos que hacer.

—Podría costarnos todo —los ojos de Marianne hablaban en serio —. Nuestras carreras. Nuestras reputaciones. Todo aquello por lo que hemos trabajado.

—Lo sé —Isla sonrió a pesar del peso de la confesión—. Empiezo a pensar que podría valer la pena.

Se quedaron en la cama hasta el mediodía, intercambiando besos, historias y todas las pequeñas intimidades que se habían estado negando. Cuando finalmente salieron, fue con un nuevo entendimiento entre ellas.

Se había acabado el fingir. Se había acabado el esconderse tras reglas, límites y distancias profesionales.

Viniera lo que viniese después, lo afrontarían. Codo con codo.

Y por primera vez en años, Isla se permitió imaginar un futuro en el que no tuviera que esconderse. Donde la mujer a la que amaba pudiera caminar a su lado abiertamente. Donde la guerra entre su corazón y su carrera pudiera, por fin, encontrar una tregua.

Era una esperanza peligrosa. Pero mientras Marianne se vestía para la sesión de clausura del congreso, moviéndose con su habitual precisión, Isla decidió que las esperanzas peligrosas eran las únicas que merecía la pena tener.

11

MARIANNE

Las noticias de St. Catherine's lo cambiaron todo.

Marianne se enteró de la misma forma que todos en Oakridge: a través de las conversaciones urgentes y susurradas que se extendieron por el ala administrativa como la pólvora. Un acuerdo de ciento cuarenta millones de dólares por negligencia médica. Tres pacientes muertos por lo que los abogados de los demandantes calificaron como fallos sistémicos en la gestión de riesgos. El director general de un hospital obligado a dimitir en desgracia mientras la institución luchaba por sobrevivir al daño reputacional.

A mediodía, Alexandra Vale había convocado una reunión de emergencia del equipo de alta dirección. A las dos, la junta había emitido una directiva exigiendo la revisión inmediata de todos los protocolos de riesgo. A las cinco, Marianne estaba sentada en su despacho mirando la pila de expedientes sobre su mesa y preguntándose cómo algo que había ocurrido a quinientos kilómetros de distancia estaba a punto de destruir su vida.

La citación de Alexandra llegó a las seis y cuarto.

El despacho de la directora general ocupaba una esquina de la última planta, todo cristal, madera pálida y el tipo de arte seleccionado que proyectaba seriedad institucional. Alexandra estaba

de pie junto a la ventana cuando entró Marianne, con la espalda recta y una expresión ilegible en el reflejo.

—Cierre la puerta.

Marianne lo hizo. El clic del pestillo sonó como el sellado de una tumba. El despacho olía ligeramente a café caro y al estancamiento particular de un aire acondicionado que llevaba demasiado tiempo funcionando, el aroma de un espacio donde se tomaban decisiones difíciles.

—Supongo que se ha enterado de lo de St. Catherine's —Alexandra no se dio la vuelta. Su voz era plana, controlada—. La junta está preocupada. Nuestras aseguradoras están preocupadas. Todo el mundo está mirando a cada hospital del estado y preguntándose quién será el siguiente.

—He estado siguiendo la situación. Nuestros protocolos son significativamente más robustos que...

—Nuestros protocolos no importan —Alexandra se giró finalmente, y Marianne vio las líneas de tensión alrededor de sus ojos, la tirantez en su mandíbula. Aquella era una mujer bajo una presión enorme, una mujer que había sido traída para salvar a Oakridge de una crisis y que ahora se enfrentaba a la posibilidad de otra—. Lo que importa es la percepción. Lo que importa es demostrar a la junta, a las aseguradoras, al público, que estamos tomando medidas proactivas para prevenir exactamente este tipo de desastre.

—Comprendo.

—¿De verdad? —Alexandra se acercó a su mesa y se sentó, con postura deliberada—. Porque lo que necesito de usted, Sra. Cole, es una rendición de cuentas visible. Necesito nombres. Necesito recomendaciones. Necesito poder entrar en la reunión de la junta la semana que viene y decirles que hemos identificado a nuestros profesionales de mayor riesgo y que hemos implementado medidas para abordar la exposición que representan.

Las palabras cayeron en el pecho de Marianne como piedras. Sabía a dónde iba a parar esto. Había sabido desde el momento en que se enteró de lo de St. Catherine's que la presión fluiría hacia

abajo y acabaría alcanzando a la persona que se había convertido tanto en su objetivo profesional como en su salvación personal.

—Está hablando de la doctora Bennett.

—Estoy hablando de nuestra exposición a la responsabilidad civil —la mirada de Alexandra era firme, evaluadora—. El expediente de la doctora Bennett representa el mayor grupo de desviaciones de protocolo de cualquier departamento. Sus resultados son excepcionales, sí, pero sus métodos crean exactamente el tipo de rastro documental con el que sueñan los abogados de los demandantes.

—Sus resultados hablan por sí solos. Salva vidas que...

—Salva vidas de formas que nos exponen a un riesgo catastrófico. Cada vez que se desvía del protocolo y tiene éxito, sienta un precedente. Cada vez que toma una decisión no autorizada, crea una documentación que podría usarse en nuestra contra —Alexandra se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Necesito que me dé recomendaciones que aborden esto, Sra. Cole. Recomendaciones reales. Que tengan garra.

Marianne sintió que las paredes se cerraban a su alrededor. Este era el momento que había estado temiendo desde la primera vez que besó a Isla en aquella sala de reuniones. La colisión entre sus obligaciones profesionales y sus sentimientos personales que sabía que era inevitable, pero que había esperado evitar de alguna manera.

—Las recomendaciones que ya he presentado...

—Son insuficientes —la interrupción de Alexandra fue tajante—. La junta quiere más. Quieren ver restringidos los permisos quirúrgicos. Quieren una supervisión obligatoria para cualquier procedimiento que se desvíe de los estándares establecidos. Quieren a la doctora Bennett con la correa muy corta, y quieren documentación que demuestre que implementamos esas medidas de forma proactiva.

—Esas restricciones podrían comprometer los resultados de los pacientes. Si la doctora Bennett no puede actuar rápidamente en situaciones de emergencia...

—Entonces nos habremos protegido de la responsabilidad civil mientras cumplíamos con nuestro deber de cuidado dentro de los protocolos establecidos —la sonrisa de Alexandra fue sutil—. Así es como funciona esto, Sra. Cole. Lo sabe. Lleva en este sector el tiempo suficiente para entender que proteger a la institución a veces significa tomar decisiones que a los profesionales individuales les resultan incómodas.

Ninguna de las dos habló. Marianne pensó en el Riverside General. En la reunión de la junta donde ella había sido sacrificada para proteger a la institución. En la forma en que los administradores hablaban de responsabilidad y riesgo como si discutieran conceptos abstractos en lugar de vidas humanas.

Se había jurado a sí misma que nunca volvería a estar en el otro lado de esa ecuación. Se había prometido que, si alguna vez tenía que elegir entre la autoprotección institucional y hacer lo correcto, elegiría de forma diferente a la de las personas que habían destruido su carrera.

Pero aquí estaba. Se le pedía que hiciera exactamente lo que le habían hecho a ella.

Marianne quería discutir. Quería explicar que lo que estaban tratando no era solo incómodo, sino potencialmente mortal. Que las mismas cualidades que hacían de Isla un riesgo sobre el papel eran las mismas que la convertían en la mejor cirujana de traumatología que tenía Oakridge.

Pero no podía decir nada de eso. No sin revelar información que no debería tener. No sin exponer la relación que hacía que su juicio fuera sospechoso.

—Revisaré las opciones y prepararé recomendaciones actualizadas —las palabras le supieron a ceniza.

—Bien —Alexandra se levantó, señalando que la reunión había terminado—. Las necesito para el viernes. La junta se reúne el lunes por la mañana.

Marianne salió del despacho aturdida. Los pasillos del ala administrativa parecían más estrechos de lo habitual, con las paredes presionándola por todos lados. Había pasado toda su carrera intentando hacer lo correcto, intentando equilibrar las

necesidades institucionales con la excelencia individual, intentando construir sistemas que protegieran a todos.

Ahora se le pedía que sacrificara a la mujer que amaba en el altar de la autopreservación corporativa.

Consiguió llegar a su despacho y cerró la puerta antes de que la primera oleada de pánico la golpeara. Le temblaban las manos. Respiraba demasiado rápido. Apoyó la espalda contra la puerta e intentó calmarse, intentó recordar las técnicas que había aprendido para gestionar la ansiedad en situaciones de alta presión.

Nada ayudó. Las paredes se seguían cerrando.

Su teléfono vibró con un mensaje de Isla: —¿Cenamos esta noche? Te echo de menos.

Aquellas sencillas palabras casi la quiebran. Pensó en ver a Isla esta noche, en intentar ser normal y estar presente mientras cargaba con el peso de lo que acababan de pedirle. El engaño le resultaba insoportable.

Escribió: —Día largo. ¿Mañana? —y luego se quedó mirando el móvil hasta que llegó la respuesta de Isla: —Por supuesto. Descansa. ❤️

El emoticono del corazón era nuevo. Una pequeña declaración que resultaba enorme en este contexto. Isla se estaba abriendo, dejándola entrar, confiándole algo real.

Y Marianne estaba a punto de traicionar esa confianza de la manera más devastadora posible.

Los días siguientes fueron una danza cuidadosa de obligación profesional y agonía privada. Marianne llegaba temprano al trabajo y se quedaba hasta tarde, enterrándose en expedientes y datos como si la respuesta a su situación imposible pudiera estar oculta en alguna parte de la documentación.

Revisó los casos de Isla desde el principio, los cinco años de su permanencia en Oakridge. Cada cirugía. Cada desviación. Cada resultado. Elaboró hojas de cálculo, cronologías y matrices de riesgo, buscando patrones que pudieran ofrecer una salida.

Los datos contaban una historia que debería haber sido exculpatoria. La tasa de mortalidad de Isla figuraba entre las más bajas del estado para cirujanos de traumatología que manejaban

casos de complejidad similar. Sus pacientes tenían mejores resultados, tiempos de recuperación más cortos, menos complicaciones. Bajo cualquier medida objetiva, era excepcional.

Pero la junta no quería medidas objetivas. Querían protección. Querían a alguien a quien sacrificar ante los dioses del seguro de responsabilidad civil y las relaciones públicas. Y el expediente de Isla, con su larga lista de desviaciones documentadas, la convertía en la ofrenda perfecta.

Marianne probó diferentes enfoques, intentando redactar las recomendaciones de forma que satisficieran a la junta sin destruir la carrera de Isla. Cada opción se sentía como un matiz diferente de traición.

Podría recomendar restricciones integrales que pondrían fin de facto a la capacidad de Isla para ejercer la medicina de traumatología de la forma en que lo hacía. Eso satisfaría a la junta, pero sería el peor tipo de asesinato profesional.

Podría recomendar cambios mínimos y esperar que la junta los aceptara. Eso protegería a Isla, pero probablemente le costaría a Marianne su puesto cuando la junta rechazara sus conclusiones por insuficientes.

Podría decir la verdad. Podría explicar que los métodos de Isla, aunque poco convencionales, producían resultados que justificaban con creces el riesgo aparente. Pero eso requeriría que defendiera a Isla con una pasión que plantearía dudas sobre su objetividad.

No había una respuesta buena. Cada camino conducía a la destrucción de un tipo u otro.

El jueves por la tarde, Victor Shaw apareció en el umbral de su puerta.

—Sra. Cole. ¿Tiene un momento?

El ritmo cardíaco de Marianne se disparó, pero mantuvo su expresión neutral. —Por supuesto. Pase.

Shaw se acomodó en la silla frente a su mesa con la confianza relajada de un hombre que sabía que ostentaba el poder y disfrutaba ejerciéndolo. Su traje estaba impecable, su pelo perfectamente peinado. Todo en él proyectaba un control meticuloso.

—Quería comentar la situación de la doctora Bennett —cruzó las piernas, con postura deliberadamente informal—. Tengo entendido que Alexandra ha pedido recomendaciones actualizadas.

—Así es. Estoy trabajando en ellas ahora mismo.

—Bien, bien —Shaw hizo una pausa, estudiándola con una intensidad que le erizó la piel—. En realidad, quería mencionarle algo. Una pequeña observación.

—¿Ah, sí?

—Parece estar particularmente dedicada al caso de la doctora Bennett —las palabras eran casuales, pero Marianne oyó el filo bajo ellas—. Más que con otros profesionales bajo revisión. He notado que pasa mucho tiempo con sus expedientes. Asiste a sus sesiones quirúrgicas personalmente en lugar de delegar en el personal. Adopta un enfoque práctico que va más allá de sus métodos habituales.

Marianne sintió que el hielo se extendía por sus venas. —La doctora Bennett representa nuestro caso de mayor riesgo y mayor visibilidad. Dadas las preocupaciones de la junta, consideré apropiado ser minuciosa.

—Por supuesto. La minuciosidad es admirable —la sonrisa de Shaw no llegó a sus ojos—. Solo quiero asegurarme de que esa minuciosidad no comprometa la objetividad. Es importante que sus recomendaciones reflejen las necesidades institucionales en lugar de... consideraciones personales.

La pausa antes de «consideraciones personales» fue deliberada. Significativa.

Él lo sabía. O lo sospechaba. O estaba tanteando para ver si había algo que saber.

—Mis recomendaciones reflejarán mi evaluación profesional de los factores de riesgo involucrados —la voz de Marianne era firme a pesar del temblor de sus manos—. Nada más.

—Seguro que sí —Shaw la estudió un momento más, con su mirada incómodamente penetrante—. Sabe, siempre he admirado su profesionalidad, Sra. Cole. La forma en que mantiene los límites. Cómo deja los sentimientos fuera de las decisiones profesionales.

—Gracias.

—Es una cualidad poco común en este sector. Demasiadas personas dejan que sus emociones nublen su juicio —hizo una pausa, dejando las palabras flotando en el aire—. Odiaría ver que eso ocurriera aquí. Por el bien de todos.

El mensaje era inconfundible. No solo sospechaba. Le estaba advirtiendo. Haciéndole saber que la estaba vigilando, que examinaría sus recomendaciones en busca de cualquier signo de favoritismo, que cualquier intento de proteger a Isla se usaría contra ambas.

—Agradezco su preocupación —Marianne forzó las palabras a través de una garganta que sentía cerrada—. Pero le aseguro que mi juicio no está comprometido.

—Bien —Shaw se levantó, alisándose la chaqueta con precisión deliberada—. Entonces no tendremos ningún problema. Espero ver sus recomendaciones el viernes.

Se detuvo en la puerta, volviéndose con una sonrisa que no llegó a sus ojos. —Ah, y, Sra. Cole: si alguna vez necesita a alguien con quien hablar sobre las... presiones de este trabajo, mi puerta está siempre abierta. A veces ayuda tener a alguien que comprenda las decisiones difíciles que tenemos que tomar.

El ofrecimiento era claramente una trampa. Una invitación a confiar que solo le daría más munición.

—Es muy amable. Lo tendré en cuenta.

La amenaza era clara aunque las palabras estuvieran cuidadosamente elegidas. Shaw la estaba poniendo sobre aviso. Sospechaba algo y estaría atento a cualquier señal que confirmara sus sospechas.

Después de que se marchara, Marianne se quedó inmóvil en su mesa durante mucho tiempo. Sus manos temblaban ligeramente, una manifestación física del miedo que se extendía por su pecho.

Shaw lo sabía. Puede que no todo, pero lo suficiente. Había visto algo en su comportamiento, algún gesto revelador que ella no había sido lo bastante cuidadosa para ocultar. Y ahora él merodeaba, vigilando, esperando la confirmación.

Pensó en todas las precauciones que habían tomado. Las llegadas y salidas por separado. Los teléfonos de prepago. El

cuidadoso mantenimiento de la distancia profesional en público. Habían sido tan cuidadosas.

Pero no lo suficiente, al parecer.

La trampa se cerraba sobre ella por múltiples frentes. La junta quería sangre. Shaw vigilaba cada uno de sus movimientos. Alexandra esperaba recomendaciones que destruirían la carrera de Isla. Y en algún lugar del hospital, Isla estaba trabajando, riendo y confiando en que la mujer a la que le había abierto su corazón la protegería.

Marianne miró su teléfono. El hilo de mensajes con Isla. El emoticono del corazón que representaba algo frágil y preciado y absolutamente imposible de mantener.

Debería decirle a Isla lo que estaba pasando. Debería advertirle sobre las sospechas de Shaw, sobre las exigencias de la junta, sobre la posición imposible en la que se encontraban ambas. Isla merecía saberlo. Merecía la oportunidad de prepararse para lo que venía.

Pero ¿qué lograría con eso? Solo aumentaría el estrés de Isla sin cambiar nada de la situación. La junta seguiría exigiendo su parte. Shaw seguiría vigilando. El resultado sería el mismo sin importar cuánta advertencia tuvieran.

Así que Marianne no dijo nada. Guardó sus secretos. Añadió otra capa de engaño a la creciente pila que la separaba de la mujer que amaba.

Se había estado engañando a sí misma. Había creído que de alguna manera podrían navegar por esto, que podrían encontrar la forma de conservar sus carreras y tenerse la una a la otra. Pero eso siempre había sido una fantasía. Un autoengaño al que se había aferrado porque la alternativa era demasiado dolorosa de contemplar.

La realidad era que iba a tener que elegir.

Su carrera, que había reconstruido de la nada después del Riverside General. La reputación profesional que había pasado años forjando. La estabilidad financiera que le permitía dormir por la noche sin preocuparse por el alquiler, las facturas o los cien pequeños imprevistos que podían descarrilar una vida.

O Isla. La mujer que había atravesado cada barrera que Marianne había construido. La mujer que la hacía sentirse viva de formas que había olvidado que eran posibles. La mujer a la que amaba, aunque nunca hubiera pronunciado las palabras en voz alta.

No había forma de tener ambas cosas. La junta vería su defensa de Isla como una prueba de un juicio comprometido. Shaw usaría cualquier apariencia de favoritismo para destruir su credibilidad. Y si protegía su carrera sacrificando a Isla, se perdería a sí misma en el proceso.

Marianne se sentó a su mesa mientras el sol se ponía tras su ventana, tiñendo el horizonte de Los Ángeles de tonos naranjas y rosas. La ciudad se extendía ante ella, millones de vidas desarrollándose en sus dramas privados, ninguna de ellas conociendo ni importándole la elección imposible a la que ella se enfrentaba.

Pensó en San Diego. En la mañana que se había despertado en los brazos de Isla y sintió, por primera vez en años, que en realidad podría ser feliz. Que el futuro podría deparar algo más que supervivencia y autoprotección.

Aquella esperanza se sentía muy lejana ahora.

El teléfono volvió a vibrar. Isla, preguntando si estaba bien. Isla, que no tenía ni idea de lo que se avecinaba.

Marianne escribió una mentira: —Estoy bien. Solo cansada. Nos vemos pronto.

Luego volvió a sus expedientes y empezó a redactar las recomendaciones que destruirían todo lo que le importaba.

Y eligiera lo que eligiera, alguien iba a acabar destruido.

12

MARIANNE

El colapso llegó la noche del viernes.

Marianne había pasado el día de reunión en reunión. Revisiones de presupuesto. Evaluaciones de riesgos. Una sesión de dos horas con Alexandra en la que presentó sus recomendaciones preliminares y vio cómo la expresión de la directora general pasaba de la expectativa a la decepción y a una frustración apenas disimulada. Las recomendaciones no eran lo bastante agresivas. Las restricciones no eran lo bastante exhaustivas. La junta querría más.

Para cuando llegó a casa, estaba temblando.

Su apartamento se sentía frío y vacío; el minimalismo cuidado que solía reconfortarla ahora le parecía un reflejo de todo lo que le faltaba. Sin fotos en las paredes. Sin toques personales. Nada que sugiriera una vida vivida en lugar de simplemente soportada.

Llevaba mucho tiempo sobreviviendo. Construyendo muros. Manteniendo el control. Fingiendo que la seguridad y la soledad eran la misma cosa.

Y ahora todo se estaba desmoronando.

Cuando Isla llamó a la puerta a las nueve, Marianne abrió e inmediatamente rompió a llorar.

—Oye. Tranquila —Isla entró en un instante, cerrando la puerta tras de sí y rodeando a Marianne con unos brazos que se sentían como la única fuerza sólida en un mundo en ruinas—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué va mal?

Marianne no pudo responder. Los sollozos acudían demasiado rápido, con demasiada fuerza; años de emociones contenidas rompían las barreras que ella misma había levantado. Lloró sobre el hombro de Isla, con el cuerpo sacudido por la intensidad de la emoción, dejando que todo el miedo, el duelo y el agotamiento que había mantenido a raya exigieran por fin su liberación.

Isla no hizo preguntas. No intentó arreglar nada. Se limitó a sujetarla, acariciándole el pelo con una mano, mientras su voz era un murmullo constante de consuelo. —Te tengo. Estoy aquí. Todo va a ir bien.

Se quedaron así mucho rato, Marianne llorando e Isla sosteniéndola, hasta que los sollozos amainaron finalmente en respiraciones entrecortadas y luego en silencio.

—Lo siento —la voz de Marianne era ronca, avergonzada—. No sé qué... no debería haber...

—No lo hagas —Isla le tomó el rostro entre las manos, inclinándoselo hacia arriba para que sus ojos se encontraran—. No pidas perdón por sentir cosas. No pidas perdón por ser humana.

—Se supone que soy más fuerte que esto.

—¿Más fuerte que qué? ¿Que tener emociones? —Isla la guio hasta el sofá, acomodándolas a ambas en los cojines—. Cuéntame qué ha pasado.

Y así Marianne se lo contó. Todo.

No solo lo de hoy. Todo lo demás. Lo del Riverside General y los fallos sistémicos que había intentado señalar durante meses antes del desastre. Los pacientes que habían muerto por culpa de que nadie escuchó. La reunión de la junta en la que la señalaron como cabeza de turco, donde su propia documentación sobre los problemas había sido manipulada para convertirla en prueba de su negligencia.

—Dijeron que debería haber hecho más —se le quebró la voz al pronunciar las palabras—. Llevaba más de un año advirtiéndoles.

Tenía carpetas llenas de documentación, informes que había entregado, reuniones que había solicitado. Diecisiete notas distintas sobre la escasez de personal. Doce quejas formales sobre fallos en el equipo. Una presentación para la junta que se negaron a programar. Y cuando todo se fue al garete, dijeron que debería haber hecho más.

—Eso es de locos.

—Eso es instinto de autopreservación institucional —Marianne se apartó lo justo para mirar a Isla—. ¿Quieres saber qué pasó de verdad? Murieron tres pacientes en una semana. Tres personas que deberían haber sobrevivido a procedimientos rutinarios, pero el equipo falló, o el personal estaba desbordado, o no se siguieron los protocolos que yo llevaba meses intentando actualizar. Y la junta necesitaba a alguien a quien culpar que no fueran ellos mismos.

—Así que te eligieron a ti.

—Me eligieron a mí —. La risa de Marianne fue amarga—. A la mujer que llevaba gritando sobre esos problemas desde el día que llegó. Cogieron todas mis advertencias, toda mi documentación, todos mis intentos de arreglar las cosas, y los reformularon como pruebas de que yo era consciente de la situación pero no había actuado lo suficiente. Como si saber que existían los problemas me hiciera responsable de no haberlos solucionado yo sola.

Isla la apretó más contra sí. —Es cruel. Te convirtieron en su chivo expiatorio.

—No tiene por qué ser justo. Solo tiene que ser conveniente —Marianne se secó los ojos, con la rabia mezclándose con la pena—. Necesitaban a alguien a quien culpar. Yo estaba a la vista. Había dejado un rastro de papel. Yo era perfecta.

—¿Qué pasó después?

—Lo perdí todo. Mi trabajo, obviamente. Pero también mi reputación, mi sentido de identidad como alguien capaz de marcar la diferencia. Pasé dos años intentando reconstruirme, aceptando trabajos de consultoría que nadie quería, demostrando mi valía una y otra vez —. Marianne se rió, con un sonido amargo—. Y entonces vine aquí. A Oakridge. Para empezar de cero.

—¿Y ahora?

—Y ahora me piden que le haga lo mismo a otra persona —. Respiró hondo—. La junta quiere que destruya tu carrera para protegerse ellos, y no sé cómo decir que no sin destruir la mía.

Isla se quedó callada. —¿Eso es lo que está pasando? ¿Quieren que prepare un caso contra mí?

—Quieren una rendición de cuentas visible. Quieren restricciones, supervisión y documentación que demuestre que tomaron medidas proactivas —. Marianne se giró para mirarla, necesitando que lo comprendiera—. Shaw sospecha algo. Sobre nosotras. Hoy ha hecho comentarios, amenazas veladas sobre el sesgo y la objetividad profesional. Si intento protegerte, lo usará contra las dos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé —la confesión le supo a fracaso—. He intentado buscar un punto medio, algo que satisfaga a la junta sin destruirte a ti. Pero no existe tal cosa. Cada opción es una traición diferente.

Las lágrimas volvieron a brotar, más silenciosas esta vez pero no menos dolorosas. Marianne hundió la cara en el hombro de Isla y se permitió sentir todo el peso de aquella situación imposible.

—Te quiero —las palabras salieron amortiguadas, casi ocultas—. Sé que no debería decirlo. Sé que lo complica todo aún más. Pero te quiero, y la idea de ser el instrumento de tu destrucción me está matando.

Sintió que a Isla se le cortaba la respiración. Sintió el momento de quietud que siguió.

Entonces Isla se apartó un poco, tomando el rostro de Marianne entre sus manos, mirándola con una intensidad que le hizo dar un vuelco al corazón.

—Dilo otra vez.

—Te quiero —las palabras salieron más fáciles esta vez, liberadas de la jaula en la que las había guardado—. He intentado no hacerlo. He intentado que esto fuera algo manejable. Pero te quiero, y no sé cómo parar.

Isla la besó. De forma suave y lenta, nada que ver con la urgencia de sus encuentros anteriores. Esto era algo distinto. Algo que se sentía como una respuesta.

—Yo también te quiero —la voz de Isla estaba ronca por la emoción—. Te quiero desde hace semanas. Quizá desde el principio. Solo que no sabía cómo decirlo.

—¿De verdad?

—De verdad —Isla volvió a besarla suavemente—. Cuando entraste en aquella sala de conferencias en tu primer día, con tu traje perfecto, tu portapapeles y tus fríos ojos azules, pensé que eras lo más aterrador que había visto nunca. Y luego me pasé semanas observándote, peleando contigo, intentando convencerme de que odiaba todo lo que representabas. Y en algún punto intermedio entre todo eso, me enamoré de ti.

—¿Cuándo lo supiste?

Isla sopesó la pregunta. —Aquella noche en mi despacho. Cuando me ayudaste con las revisiones de los expedientes. Cuando me hablaste de la facultad de medicina y del paciente al que no pudiste salvar. Te miré y vi a alguien tan rota y tan valiente como yo, intentando recomponer las piezas. Y supe que estaba en problemas.

—Nunca dijiste nada.

—Ni tú tampoco —la sonrisa de Isla fue tierna—. Se nos da fatal esto, ¿verdad? Lo de admitir cuándo necesitamos a alguien. Lo de permitirnos desear cosas que parecen peligrosas.

—Llevo deseándote desde la gala —confesó Marianne—. Desde antes de eso. Desde la primera vez que me miraste y no te echaste atrás. Nunca he conocido a nadie que me desafíe como tú lo haces.

El alivio que inundó a Marianne fue casi insoportable. Había tenido tanto miedo. Miedo de estar sola en esto, de que lo que sentía no fuera correspondido, de que el amor que tanto se había esforzado por contener fuera rechazado si llegaba a mostrarlo.

Pero Isla también la quería. Las palabras se habían pronunciado. Los sentimientos tenían nombre. Ya no había vuelta atrás.

No solucionaba nada. La junta seguía exigiendo sangre. Shaw seguía vigilando. La elección imposible seguía esperando a ser tomada. Pero en este momento, en este apartamento, nada de eso importaba.

Se dirigieron al dormitorio sin hablar, despojándose de la ropa con una ternura que se sentía nueva. Diferente. No se trataba de

desahogo o de escape. Se trataba de conexión. De dos personas que por fin habían admitido la verdad y necesitaban sellar esa admisión con sus cuerpos.

Isla la tumbó en la cama y la miró. La luz de la lámpara realzaba los ángulos de su rostro, la intensidad de sus ojos grises—. Estás preciosa.

—Estoy hecha un desastre.

—Estás preciosa —. Isla le besó la frente, un beso suave y persistente. Luego sus mejillas surcadas por las lágrimas, saboreando la sal. La comisura de su boca, el susurro de una promesa—. Deja que cuide de ti.

Marianne nunca había sido buena recibiendo. Siempre había preferido el control, dar, mantener la voz cantante incluso en los momentos de intimidad. Así se sentía más segura. Era más fácil. Si ella era la que mandaba, no podían pillarla desprevenida.

Pero esta noche dejó que Isla la guiara. Se permitió ser vulnerable como nunca antes lo había hecho. Se permitió necesitar, y ser necesitada a su vez.

Las manos de Isla se movían sobre su cuerpo con atención reverente, sin apresurarse hacia ningún destino concreto. Recorrió las líneas de los hombros de Marianne con la punta de los dedos, sintiendo la tensión que residía allí. Presionó sus labios en el hueco de su garganta, notando el pulso acelerado bajo la piel.

—Respira —susurró Isla—. Te tengo. Solo respira.

Marianne lo intentó. Soltó un suspiro entrecortado que fue medio sollozo. Isla le besó la clavícula, la suave curva de su pecho, el arco de sus costillas. Estaba conociendo el cuerpo de Marianne no con urgencia, sino con atención, memorizando cada respuesta.

—Cargas con muchísima tensión —las manos de Isla encontraron un nudo en el hombro de Marianne y presionaron, deshaciéndolo—. Aquí. Y aquí —otro punto junto a la columna—. Lo retienes todo con mucha fuerza.

—Tengo que hacerlo.

—Esta noche no. Esta noche puedes dejarte llevar —la boca de Isla trazó un camino por su esternón—. Esta noche solo tienes que sentir.

Las palabras liberaron algo en el pecho de Marianne. Sintió que se ablandaba, que el rígido control que mantenía aflojaba su presión. Las manos y la boca de Isla continuaron su exploración, encontrando lugares de tensión y aliviándolos, encontrando lugares de placer y recreándose en ellos.

—Cada vez que te miro —murmuró Isla contra su piel—, veo a alguien extraordinario. Alguien que ha pasado por el infierno y ha salido más fuerte. Alguien que levanta muros porque la han herido, pero que ama profundamente cuando deja entrar a alguien.

Aquellas palabras desarmaron a Marianne más de lo que cualquier caricia pudiera hacerlo. Sintió las lágrimas resbalar por sus sienes, acumulándose en los huecos de sus orejas, mientras Isla continuaba su lenta adoración.

—Te veo —dijo Isla—. Te veo entera. La fuerza, el miedo y la vulnerabilidad que hay debajo. Y lo amo todo.

Cuando Isla por fin la tocó donde más le dolía el deseo, Marianne se arqueó ante el contacto con un sonido que fue medio gemido, medio sollozo. La primera caricia de los dedos de Isla contra ella fue suave, exploratoria, como si pidiera permiso.

—Sí —la palabra salió desesperada—. Por favor.

El tacto de Isla se volvió más decidido, encontrando el ritmo que hacía que a Marianne se le cortara el aliento. Pero no se apresuró. No la empujó hacia el clímax. En su lugar, mantuvo a Marianne en el límite, acumulando sensaciones en olas lentas y deliberadas.

—Mírame —la voz de Isla era suave pero firme—. Quiero que me veas cuando te dejes ir.

Marianne abrió unos ojos que no se había dado cuenta de haber cerrado. El rostro de Isla estaba sobre ella, iluminado por la lámpara, con una expresión cargada de amor y ternura. Mantuvo la mirada fija en la de Marianne mientras sus dedos continuaban su labor, deslizándose en su humedad, presionando y haciendo círculos con la precisión de un cirujano pero el cuidado del amor verdadero.

—Te tengo —la voz de Isla era firme, dándole seguridad—. Puedes dejarte ir. Te tengo.

Marianne sintió que el orgasmo crecía, distinto a lo habitual. No era el pico agudo de una liberación urgente, sino algo más profundo,

algo que nacía en su centro y se extendía por todo su cuerpo. Los dedos de Isla se deslizaron dentro de ella, curvándose contra el punto que la hacía ver estrellas, y Marianne se oyó gritar.

—Eso es. Deja que te sienta —el pulgar de Isla encontró su clítoris mientras sus dedos seguían moviéndose—. Estás tan hermosa así. Tan abierta.

Y Marianne se dejó ir. Soltó el control al que se aferraba tan desesperadamente. Soltó el miedo, la cautela y la vigilancia constante. Se rindió a la sensación y a la mujer que la estaba provocando, confiando en que Isla la sostendría en su caída.

El orgasmo fue silencioso pero devastador, recorriéndola en oleadas que parecían no terminar nunca. Isla no se detuvo, no se retiró, siguió tocándola durante cada réplica hasta que Marianne quedó temblorosa y exhausta. Lloró durante el proceso, lágrimas de liberación, de alivio y de algo que se parecía a la curación.

Después, Isla la abrazó con fuerza, con sus cuerpos entrelazados en la oscuridad. Marianne podía sentir el corazón de Isla latiendo contra su espalda, un ritmo constante que la anclaba al momento presente.

—Te toca a ti —dijo Marianne finalmente, empezando a girarse.

Pero Isla la mantuvo en su sitio. —Esta noche no.

—Pero quiero...

—Lo sé. Y me encanta que quieras —Isla le dio un beso en el pelo, y luego en la nuca—. Pero lo de esta noche ha sido por ti. Para dejar que cuiden de ti. Para enseñarte que no tienes que ser fuerte todo el tiempo.

Marianne sintió que las lágrimas volvían a asomar a sus ojos. Había pasado tanto tiempo siendo la que daba, la que controlaba, la que mantenía la ventaja. La idea de recibir sin corresponder se sentía casi insoportablemente vulnerable.

—No me parece justo.

—No se trata de justicia —Isla la rodeó con más fuerza, pegándola a ella—. Se trata de lo que necesitas. Y lo que necesitas ahora mismo es que te abracen. Que te quieran. Dejar que otra persona cargue con el peso por un rato.

Marianne no discutió. Estaba demasiado agotada, demasiado exhausta, demasiado abrumada por todo lo que sentía. Así que se dejó hundir en el abrazo de Isla, dejó que la sostuvieran sin expectativas ni obligaciones.

Era la primera vez en años que simplemente recibía.

Siguieron en silencio mucho rato, respirando al unísono, con los latidos sincronizándose poco a poco. Fuera, la noche estaba tranquila, con los sonidos de la ciudad amortiguados por la altura de su piso. Entonces Isla levantó la mano de Marianne y presionó sus labios contra una pequeña cicatriz en el interior de su muñeca.

—Cuéntame la historia de esta.

—Un accidente cocinando. Tenía diecisiete años e intentaba impresionar a una chica con mis habilidades culinarias.

Isla sonrió y besó otra marca, esta en el dorso de la mano. —¿Y esta?

—El arañazo de un gato. El persa de mi abuela, cuando yo tenía ocho años.

Repasaron cada una de las cicatrices que tenía Marianne, cada marca de su cuerpo que contaba una historia. Algunas eran divertidas. Otras dolorosas. Todas ellas eran fragmentos de su historia, ofrecidos para que Isla los conociera.

—Ahora tú —dijo Marianne cuando acabaron.

Isla tomó su mano y la puso sobre una fina línea blanca que le cruzaba las costillas—. Esta ya la conoces. El accidente de moto.

—La de la invencibilidad.

—La de la estupidez —Isla guio sus dedos hacia otra cicatriz, esta en el antebrazo—. Esta es de mi residencia. Un paciente entró en parada y su familia se puso violenta. Tuvo que intervenir seguridad.

Repasaron también las cicatrices de Isla, un mapa de una vida vivida en salas de urgencias y quirófanos.

—Esta casi acaba con mi carrera antes de empezar —Isla guio los dedos de Marianne hacia una cicatriz gruesa en su mano derecha, entre el pulgar y el índice—. Primer año de residencia. Estaba saturando la herida de un paciente y la aguja se resbaló. Atravesó el guante y se me clavó en la mano.

—Debió de ser aterrador.

—Lo fue. Tuve que esperar seis meses para los resultados de los análisis de sangre, vigilando cualquier signo de infección —la voz de Isla era pragmática, pero Marianne podía notar el viejo miedo subyacente—. Tenía veintiséis años y estaba convencida de que había tirado por la borda todo por lo que había trabajado.

—Pero estabas bien.

—Estaba bien. Y aprendí a no apresurar nunca, jamás, una sutura de nuevo —Isla se rió suavemente—. Creo que cada cicatriz es una lección. Esta me enseñó paciencia. Esta —llevó la mano de Marianne a una marca en su hombro— me enseñó humildad. Me creía invencible. La carretera no estaba de acuerdo.

Continuaron con la historia de Isla, cada marca una anécdota, cada anécdota una pieza de la mujer a la que Marianne amaba. Una caída de un árbol en la infancia que le había dejado una cicatriz en la rodilla y le había enseñado que no se debe desafiar a la gravedad. Una lesión de rugby en la universidad que la había tenido una semana en el hospital y la convenció de hacerse médico en lugar de seguir jugando. Las pequeñas marcas que se acumulaban tras toda una vida estando en el mundo.

Para cuando terminaron, la noche se había vuelto profunda y silenciosa. Marianne sintió que conocía a Isla como nunca había conocido a nadie. No solo su cuerpo, sino su historia. No solo su superficie, sino sus profundidades. Marianne se sintió vacía, purgada del dolor que había estado cargando. No curada, exactamente, pero sí más ligera. Como si hubiera compartido un fardo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—Ahora dormimos —. Isla la atrajo más hacia ella—. Mañana resolveremos lo demás.

—No será fácil.

—Lo sé. Pero lo resolveremos juntas —. Isla le dio un beso en la frente—. Eso es lo que significa esto. Eso es lo que significa el amor. Ya no tenemos que enfrentarnos a ello a solas.

Marianne cerró los ojos y se permitió creerlo. Se permitió imaginar un futuro en el que no tuvieran que esconderse, donde la elección imposible se resolviera de algún modo, donde las exigencias de la junta y las amenazas de Shaw y toda la maquinaria

institucional desplegada contra ellas importarían menos que la mujer que la abrazaba en la oscuridad.

Puede que no fuera cierto. Puede que el mañana trajera el desastre. Puede que la junta exigiera su dimisión. Puede que Shaw sacara a la luz su relación. Todo podría desmoronarse.

Pero esta noche, en brazos de Isla, Marianne se permitió tener esperanza.

Y eso era más de lo que se había permitido en años.

13

ISLA

La niña se llamaba Sophie.

Tenía seis años y estaba jugando en el jardín delantero de su casa cuando el coche se subió al bordillo. El conductor había sufrido un percance médico, perdió el control a sesenta kilómetros por hora y Sophie se encontró directamente en la trayectoria de una tonelada de acero descontrolado.

Para cuando la ambulancia llegó a Oakridge, su estado era crítico. Múltiples lesiones internas. Rotura de bazo. Laceración hepática. El tipo de daños que hacen palidecer hasta a las enfermeras de traumatología más curtidas.

Isla le salvó la vida.

La cirugía duró cuatro horas. Cuatro horas de trabajo delicado, con las manos firmes mientras localizaba y reparaba daños que deberían haber sido fatales. Tomó decisiones que se desviaban del protocolo estándar en seis ocasiones distintas; cada desviación quedó documentada y justificada en tiempo real ante el médico consultor al que ahora estaba obligada a informar antes de cada elección no estandarizada.

Pero la salvó.

Los padres de Sophie la habían esperado en la sala de espera para familiares, con los rostros grises por el terror y la pena. Cuando Isla salió a decirles que su hija iba a sobrevivir, la madre se desplomó en sus brazos sollozando, mientras el padre permanecía petrificado, incapaz de procesar el milagro del que acababa de ser testigo.

—Gracias —las palabras salían entrecortadas, repetidas una y otra vez—. Gracias, gracias.

La victoria se sentía enorme. Por esto se había hecho cirujana Isla. Para esto servían todos los años de formación, todo el sacrificio, todas las noches sin dormir y las decisiones difíciles. Una niña pequeña que crecería porque Isla había estado allí, había sabido qué hacer y había estado dispuesta a tomar las decisiones duras que salvan vidas.

Tres días después visitó a Sophie en la UCI pediátrica. La niña seguía sedada, conectada a monitores y tubos, pero sus constantes vitales eran fuertes. Estaba recuperando el color. Los daños que Isla había reparado se estaban curando.

La madre de Sophie estaba allí, sentada en la incómoda silla de plástico que ocupan las familias durante las largas horas de espera. Se puso en pie cuando entró Isla, con los ojos llenos de lágrimas.

—Doctora Bennett. No sé cómo agradecérselo.

—No tiene que darme las gracias. Es mi trabajo.

—No. —La voz de la mujer era firme—. No le quite importancia a lo que hizo. Los otros médicos dijeron que no debería haber sobrevivido. Dijeron que las lesiones eran demasiado graves. Pero usted... usted la salvó. Me ha devuelto a mi hija.

Isla no supo qué decir. Nunca se le había dado bien aceptar la gratitud, siempre se había sentido incómoda con el peso emocional de su labor. Era más fácil centrarse en el desafío técnico, en el puzle que debía resolver, que pensar en el coste humano del fracaso o la recompensa humana del éxito.

—Es fuerte —dijo finalmente—. Se pondrá bien.

La madre asintió, secándose los ojos. —¿Puedo abrazarla? ¿Está permitido?

Probablemente no lo estaba. Existían protocolos sobre mantener la distancia profesional, sobre no estrechar demasiado los lazos con pacientes y familiares. Pero Isla abrió los brazos de todos modos, y la mujer se hundió contra ella, sollozando de alivio.

Esta era la parte que no te enseñaban en la facultad de medicina. Las secuelas emocionales de salvar la vida de alguien. El peso de ser la persona que se interpone entre una familia y la devastación.

El caso llegó a la reunión del consejo.

El doctor Hartman lo sacó a colación como ejemplo de la excelencia quirúrgica de Oakridge, una historia de éxito para contrarrestar la ansiedad que se había ido acumulando desde el acuerdo de St. Catherine. El consejo oyó hablar de las lesiones de Sophie, de la complejidad de la cirugía, del resultado positivo que dejaba en buen lugar a la institución.

No oyeron nada sobre las desviaciones del protocolo. No oyeron nada de las veces que Isla había tomado decisiones no autorizadas, de los requisitos de documentación que apenas había cumplido, de las llamadas de consulta que la habían retrasado cuando la rapidez podría haber supuesto la diferencia entre la vida y la muerte.

Solo oyeron: paciente salvada. Éxito. Buenas relaciones públicas.

Isla se enteró de la discusión del consejo a través de Tamsin, que se lo había oído decir a una de las asistentes administrativas. Debería haberse sentido orgullosa. Debería haberse sentido legitimada. En cambio, sintió una complicada mezcla de triunfo y resentimiento.

Sus métodos eran elogiados cuando producían buenos resultados y criticados cuando creaban responsabilidades legales. Las mismas decisiones que salvaron la vida de Sophie eran las mismas que la habían llevado ante los comités de revisión. La institución quería nadar y guardar la ropa: celebrar sus éxitos mientras condenaba su enfoque.

Era hipócrita. Y era agotador.

La subasta benéfica anual del hospital estaba programada para el viernes por la noche, un evento de gala que reunía a donantes, miembros del consejo y personal médico superior. La asistencia era

prácticamente obligatoria para jefes de departamento y médicos destacados, lo que significaba que Isla no podía evitarlo sin llamar la atención.

También significaba pasar una velada en la misma sala que Marianne, fingiendo que no eran más que colegas.

Isla se vistió a conciencia para el evento, eligiendo un vestido verde oscuro que sabía que le sentaba bien pero que no era tan llamativo como para invitar al escrutinio. Llegó un poco tarde, deslizándose entre la multitud con soltura ensayada, e inmediatamente empezó a recorrer la sala con la mirada en busca de la mujer a la que había pasado la semana amando en privado.

Encontró a Marianne cerca de la barra, conversando con Alexandra Vale y dos miembros del consejo a los que Isla no reconoció. Llevaba el pelo recogido, dejando a la vista la elegante línea de su cuello. Su vestido era sencillo y de buen gusto, más profesional que provocativo. Parecía exactamente lo que se suponía que era: una alta administradora charlando en un evento de recaudación de fondos.

No miró a Isla ni una sola vez.

Ni cuando Isla pasó por su lado de camino a por una copa. Ni cuando acabaron en lados opuestos del mismo grupo de conversación, discutiendo sobre la infraestructura del hospital con un donante que tenía opiniones sobre la ampliación del aparcamiento. Ni cuando las sentaron en la misma mesa para la subasta benéfica, separadas por tres sillas pero lo suficientemente cerca como para que Isla pudiera oler su perfume.

La compostura de Marianne era absoluta. Tenía la máscara profesional firmemente colocada. Trató a Isla exactamente igual que a cualquier otro médico del evento, con atención educada e interés profesional adecuado.

En un momento dado, sus caminos se cruzaron directamente. Isla caminaba hacia el aseo cuando Marianne salió de un grupo de conversación y casi choca con ella.

—Perdone, doctora Bennett. —Las palabras fueron perfectamente corteses. Perfectamente distantes.

—Señorita Cole.

Sus ojos se encontraron por un instante fugaz. Isla buscó algún rastro de la mujer que había sostenido hacía dos noches, la mujer que había sollozado en sus brazos y le había susurrado «te quiero» contra la piel. No encontró nada. La expresión de Marianne era agradable y vacía, no revelaba nada.

—Excelente trabajo en el caso Peterson —dijo Marianne, con un tono apropiado para un cumplido profesional—. El consejo quedó muy impresionado.

—Gracias.

—Siga así. —Un breve asentimiento, y Marianne se dio la vuelta, retomando su conversación con Alexandra Vale como si nada hubiera pasado.

Era exactamente lo que habían acordado. Exactamente lo necesario para protegerse.

Y dolió más de lo que Isla esperaba.

Entendía los motivos. Sabía que no podían arriesgarse a llamar la atención, especialmente con Shaw vigilando cualquier signo de cercanía inapropiada. Sabía que mantener la distancia en público era el precio que pagaban por la intimidad que compartían en privado.

Pero la comprensión no hacía que fuera más fácil sentarse en aquella mesa y ver a Marianne sonreír ante el chiste de otro mientras trataba a Isla como a una extraña.

Para cuando terminó la subasta, a Isla le dolía la mandíbula por el esfuerzo de mantener su propia compostura. Se disculpó y se escabulló por una salida lateral, dirigiéndose al aparcamiento donde podría desmoronarse en paz.

Marianne la encontró allí diez minutos después.

—Sube. —Las palabras fueron bajas, secas. Marianne estaba junto a su coche, con las llaves en la mano y el rostro inescrutable bajo la tenue luz del aparcamiento.

Isla subió.

Condujeron en silencio durante varias calles, Marianne maniobrando por las calles de la ciudad con concentrada atención. Isla miraba por la ventanilla las luces que pasaban, intentando poner orden en la maraña de emociones que le dificultaba la respiración.

—Estás enfadada. —La voz de Marianne era plana.

—Entiendo por qué lo has hecho.

—Eso no es lo mismo que no estar enfadada.

Isla se giró para mirarla. Bajo el parpadeo de las farolas, el perfil de Marianne se veía afilado y tenso. —¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes... apagarlo así? ¿Actuar como si yo no fuera nadie?

—No lo apago. Lo compartimentalizo. —Las manos de Marianne se tensaron sobre el volante—. Hay una diferencia.

—A mí no me parece que la haya. Siento que tú puedes entrar en una sala y fingir que no existo, mientras que yo apenas puedo mirarte sin querer tocarte.

—Precisamente por eso tengo que mantener las distancias —dijo Marianne con voz forzada—. Porque si me permito mirarte, si me permito reconocer lo que significas para mí, no podré parar. Y Shaw está vigilando. El consejo está vigilando. Todo el mundo está vigilando.

—¿Así que tengo que ser una extraña para ti? ¿En cada momento público, el resto de nuestras vidas?

—Por ahora. Hasta que la auditoría termine. Hasta que la presión ceda. —Marianne se desvió por una calle lateral y detuvo el coche, girándose para mirar a Isla por primera vez—. Sé que es difícil. ¿No crees que también lo es para mí? ¿No crees que he querido acercarme a ti esta noche, tocarte, decirles a todos los que estaban en esa sala que eres mía?

—No sé lo que quieres. —Las palabras salieron más afiladas de lo que Isla pretendía—. Porque cuando estamos en público, actúas como si yo fuera otro problema más que gestionar. Otra responsabilidad en tu hoja de cálculo.

—Estás tergiversando lo que...

—¿Ah, sí? Pues esto tampoco es así. —Isla señaló el espacio entre ambas—. Nos decimos que nos queremos en privado, y luego en público ni siquiera me mantienes la mirada. Dormimos en la misma cama y luego fingimos que apenas nos conocemos. Siento que estoy viviendo dos vidas separadas, y ya no sé cuál de las dos es la real.

Marianne guardó silencio. Cuando habló, su voz era queda. —Ambas son reales. La actuación pública y la verdad privada. El

problema es que no podemos permitir que se solapen.

—¿Y a ti te parece bien?

—No. —La palabra salió tajante, casi con rabia—. No me parece bien nada de esto. ¿Crees que me gusta tratarte como a una extraña? ¿Crees que no me mata estar en la misma habitación que tú y fingir que no deseo tocarte?

Isla se sobresaltó por la intensidad en la voz de Marianne. Era la primera grieta en su compostura de toda la noche.

—Entonces, ¿por qué...?

—¡Porque tengo miedo! —Las manos de Marianne apretaron el volante con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos—. Tengo miedo de perderte. De perder mi carrera otra vez. De ver cómo todo se desmorona porque no he sido capaz de controlarme unas semanas más. Ya se me destruyó una carrera por las intrigas institucionales. No podría sobrevivir a eso de nuevo. Y definitivamente no sobreviviría si encima te pierdo a ti.

Pasó un momento. El aliento de Marianne era ahora más agitado, su entereza se quebraba bajo la presión de todo lo que había estado reprimiendo.

—Estoy sobreviviendo. Es lo mejor que puedo hacer. —Marianne estiró el brazo y tomó la mano de Isla—. Siento que lo de esta noche haya sido duro. Siento no poder darte lo que mereces, lo que ambas merecemos. Pero la alternativa es perderlo todo. Perder nuestras carreras, nuestras reputaciones, quizá incluso la una a la otra. Si Shaw consigue pruebas de nuestra relación, las usará para destruirnos a las dos.

Isla miró sus manos entrelazadas en la oscuridad. Los dedos de Marianne eran frescos y elegantes, su agarre delicado pero firme. Esta era la mujer a la que amaba. La mujer que le correspondía. La mujer que le pedía que aceptara una realidad que se sentía cada vez más insoportable con cada día que pasaba.

—Sé que tienes razón. —Admitirlo le costó—. Conozco los riesgos. Sé por qué tenemos que tener cuidado. Pero a veces siento que me vuelvo loca amándote en secreto mientras el resto del mundo cree que somos enemigas.

—No somos enemigas. —Marianne acarició con el pulgar sus nudillos—. Nunca lo hemos sido. Solo hemos estado interpretando los papeles que la situación nos exigía.

—¿Y cuánto tiempo seguiremos interpretándolos?

—Todo el que haga falta. —Marianne levantó la mano de Isla y presionó un beso en su palma—. Hasta que encontremos una salida. Hasta que la auditoría termine y la presión amaine. Hasta que podamos averiguar cómo conservar nuestras carreras y tenernos la una a la otra.

—¿Y si no podemos?

Ninguna de las dos quiso analizar las implicaciones.

—Entonces nos enfrentaremos a ello cuando llegue el momento. —La voz de Marianne era firme, pero Isla podía oír el miedo subyacente—. Pero no esta noche. Esta noche, deja que te lleve a casa. Deja que te abrace. Deja que te demuestre que la verdad privada es más real de lo que cualquier actuación pública podrá ser jamás.

Isla debería haber insistido. Debería haber exigido más respuestas, más garantías, más seguridad de que no estaban simplemente posponiendo un desastre inevitable. Pero estaba cansada, y quería consuelo más que certeza.

—Está bien. —Apretó la mano de Marianne—. Llévame a casa.

Recorrieron el resto del camino en silencio, pero era un tipo de silencio distinto. Menos colérico. Más resignado.

En el apartamento de Marianne, se metieron juntas en la cama con una desesperación que se parecía más a la aflicción que al deseo. Se movieron una contra la otra con brusca urgencia, intentando salvar la brecha que la noche había abierto entre ellas. Cuando finalmente se quedaron quietas, ambas respirando con dificultad en la oscuridad, Isla sintió algo nuevo en el espacio que las separaba.

Una fragilidad. Una delicadeza quebradiza que no había estado allí antes.

Habían confesado su amor. Habían compartido sus cicatrices y sus historias. Pero el peso de su situación imposible las estaba aplastando, haciendo que todo se sintiera precario. El sexo había

sido bueno —siempre lo era—, pero faltaba algo. Una chispa de alegría que había sido reemplazada por la desesperación.

—Siento haberme enfadado —dijo Isla en la oscuridad.

—Siento haberte hecho daño. —La voz de Marianne era suave—. Nunca quiero hacerte daño.

—Lo sé. —Isla se puso de lado, mirando el perfil de Marianne—. Es solo que... necesito saber que esto vale la pena. Que no nos estamos torturando por algo que nunca podrá funcionar de verdad.

Marianne guardó silencio. Cuando habló, su voz era apenas audible. —No sé si funcionará. No sé si podemos tener tanto la relación como las carreras. Pero sé que lo que siento por ti es real. Y sé que no quiero renunciar a ello sin luchar.

—¿Aunque la lucha nos destruya?

—Incluso entonces. —Marianne se giró finalmente hacia ella. En la oscuridad, sus ojos estaban dulces de amor y de miedo a la vez—. Porque una vida en la que nunca asumiera el riesgo sería peor que una vida en la que lo asumiera y perdiera.

Isla alargó la mano y tocó el rostro de Marianne, siguiendo la línea de su mejilla. —Yo siento lo mismo.

—Entonces seguimos adelante. Seguimos siendo prudentes en público y sinceras en privado. Y esperamos que, con el tiempo, las cosas cambien lo suficiente como para no tener que elegir.

No era una garantía. Ni siquiera era un plan. Pero era algo. Un compromiso compartido de intentarlo, incluso frente a obstáculos imposibles.

Isla atrajo a Marianne hacia sí y la abrazó con fuerza, sintiendo sus corazones latir el uno contra el otro en la oscuridad.

Se quedó mirando el techo e intentó creer que el amor sería suficiente.

Pero la duda había echado raíces, silenciosa e insistente. Y Isla ya no estaba segura de poder escapar de ella.

14

MARIANNE

La llamada llegó a las dos de la mañana.

Por una vez, Marianne estaba durmiendo en su propio apartamento, tras haberse marchado de casa de Isla temprano para preparar una presentación ante la junta al día siguiente. Su teléfono vibró con insistencia sobre la mesilla de noche, arrancándola de unos sueños intranquilos para devolverla a la cruda realidad de una convocatoria de emergencia.

El nombre de Alexandra Vale brillaba en la pantalla.

—Sra. Cole. Necesito que venga al hospital de inmediato. Ha habido un incidente.

Aquellas palabras helaron la sangre de Marianne. —¿Qué tipo de incidente?

—La muerte de un paciente. Un caso de la doctora Bennett. La familia ya está hablando con abogados —la voz de Alexandra era plana, controlada—. El departamento jurídico ya ha sido notificado. La junta va a convocar una sesión de emergencia a las siete de la mañana. Espero que esté preparada para presentar los resultados de su auditoría.

La comunicación se cortó.

Marianne se quedó sentada en la oscuridad de su dormitorio, con el corazón dándole vueltas. La muerte de un paciente. Un caso de Isla. Las palabras se repetían en su mente como una sentencia de muerte.

Llamó a Isla inmediatamente, pero saltó el buzón de voz. Por supuesto. Probablemente Isla seguiría en el hospital, lidiando con las secuelas de lo que fuera que hubiese pasado. Probablemente la estarían interrogando los administradores del hospital. Probablemente estaría aterrorizada y sola mientras la institución a la que había dedicado su vida se volvía contra ella.

Marianne se vistió con manos temblorosas y condujo hacia Oakridge por unas calles que parecían vacías y amenazadoras.

Cuando llegó, el ala administrativa ya era un hervidero de actividad. Había luces encendidas en despachos que deberían haber estado a oscuras. La gente se movía por los pasillos con la sombría urgencia de una respuesta ante una crisis. El asesor jurídico del hospital, Victor Shaw, se distinguía a través de las paredes de cristal de la sala de juntas principal, hablando intensamente por teléfono.

Alexandra Vale la interceptó junto al ascensor.

—Sala de juntas B. Ahora.

La directora ejecutiva parecía más vieja que hacía una semana; las arrugas de sus ojos eran más profundas y su entereza mostraba grietas que Marianne no había visto nunca. Aquello no era solo una crisis profesional. Era el tipo de desastre que acaba con carreras.

Incluyendo, potencialmente, la suya propia.

Los detalles fueron surgiendo en la sala de juntas, entregados en fragmentos por varios administradores y personal médico a los que habían sacado de sus camas. Un hombre de cincuenta y tres años llamado Robert Hendricks. Sin relación con el anterior acuerdo de los Hendricks, solo una cruel coincidencia de apellidos. Había ingresado con un dolor abdominal que resultó ser una rotura de aneurisma de aorta abdominal.

Isla había operado. Había tomado múltiples decisiones agresivas para intentar salvarle la vida. Se había desviado del protocolo estándar en seis ocasiones, y cada desviación estaba documentada según los nuevos requisitos. Había luchado durante tres horas para

detener la hemorragia, reparar los daños y mantenerlo con vida contra todo pronóstico.

Había fallado.

Robert Hendricks había muerto en la mesa de operaciones a las 11:47 de la noche, a pesar de los esfuerzos de Isla. A pesar de cada desviación. A pesar de la brillantez y la determinación que habían salvado a tantos otros.

Marianne pensó en todos los casos que había revisado durante la auditoría. En todos los pacientes que Isla había salvado mediante ese mismo enfoque agresivo y poco convencional. El adolescente con el neumotórax. El trabajador de la construcción con heridas por aplastamiento. Sophie, la niña que se estaba recuperando en pediatría en ese mismo momento porque Isla había tomado decisiones no autorizadas que le salvaron la vida.

El mismo enfoque que había salvado a esos pacientes no había servido para salvar a Robert Hendricks. No porque Isla hubiera sido negligente, sino porque algunas lesiones eran sencillamente incompatibles con la vida. Porque la medicina, a pesar de todos sus avances, seguía sin poder ganar todas las batallas. Porque incluso los mejores cirujanos, tomando las mejores decisiones, a veces pierden.

Pero a la documentación no le importaba el contexto. La documentación solo mostraba un patrón.

Y ahora su familia quería a alguien a quien culpar.

—Las desviaciones están ampliamente documentadas. —Victor Shaw expuso el cronograma con obvia satisfacción—. La doctora Bennett tomó decisiones no autorizadas en cada etapa del procedimiento. Utilizó combinaciones de medicamentos no aprobadas por el vademécum. Intentó una técnica de reparación que no es el estándar de atención para este cuadro clínico.

—El desenlace habría sido el mismo con los métodos estándar —la voz del doctor Hartman era defensiva—. Una rotura de AAA de esta magnitud tiene una tasa de mortalidad del noventa por ciento incluso con el tratamiento óptimo.

—Esa no es la cuestión —la sonrisa de Shaw fue sutil—. La cuestión es que las desviaciones de la doctora Bennett generaron

documentación. Cada vez que tomó una decisión no autorizada, creó pruebas que podrían utilizarse contra el hospital. Cada vez que confió en su juicio por encima de los protocolos establecidos, dio munición a los abogados de la familia.

Marianne sintió náuseas. Esto era lo que ella misma había estado construyendo. Esta documentación, este registro minucioso de cada desviación, había sido diseñado para proteger al hospital. Para crear un rastro documental que demostrara la rendición de cuentas.

Ahora se estaba utilizando como un arma.

—Sra. Cole —la voz de Alexandra interrumpió la discusión—. Su auditoría identificó a la doctora Bennett como nuestra profesional de mayor riesgo. Su documentación muestra un patrón de desviaciones de protocolo que se remonta a años atrás. Necesito que presente esta información a la junta en... —Miró su reloj—. Cuatro horas.

—Quiere que prepare el caso contra ella.

—Quiero que presente los hechos. —La mirada de Alexandra era firme y fija—. Los hechos que ha estado documentando meticulosamente desde que llegó. Los hechos que demuestran que este hospital ha sido consciente de los riesgos que representa la doctora Bennett y ha tomado las medidas adecuadas para abordarlos.

La implicación estaba clara. La auditoría de Marianne se usaría para demostrar que Oakridge había intentado contener la temeridad de Isla. Que el hospital había cumplido con su deber de diligencia. Que cuando el desastre inevitablemente ocurrió, fue culpa de una cirujana rebelde y no de un fallo institucional.

Iban a sacrificar a Isla para salvarse ellos mismos.

Y esperaban que Marianne les entregara el cuchillo.

—Necesito ver los registros quirúrgicos —su voz sonó más firme de lo que se sentía—. Antes de poder presentar nada, necesito entender exactamente qué ha pasado.

—Por supuesto —Alexandra asintió—. Shaw le proporcionará acceso total. La junta espera un informe preliminar a las siete.

Las siguientes cuatro horas fueron las más largas de la vida de Marianne.

Se encerró en su despacho con los registros quirúrgicos y una cafetera que se enfrió mientras trabajaba. El olor amargo del café llenaba el pequeño espacio, mezclándose con el aroma estéril del papel y la tinta de los interminables expedientes. Página tras página de documentación. Constantes vitales registradas minuto a minuto. Registros de medicación. Notas de procedimiento. El historial meticuloso de una cirujana librando una batalla imposible.

Leyó las propias notas de Isla, escritas tras el fallecimiento. Eran clínicas pero se notaban atormentadas. *El paciente presentaba dolor abdominal agudo e hipotensión. Las pruebas de imagen revelaron una rotura de aneurisma de aorta abdominal con hemorragia significativa. Intervención quirúrgica de urgencia indicada a pesar del mal pronóstico.*

Las palabras eran profesionales, distantes. Pero Marianne conocía a Isla lo suficiente como para leer la desolación subyacente. Había perdido a un paciente. Para una cirujana que lo daba todo en cada caso, esa pérdida habría sido devastadora independientemente de si había sido culpa de alguien o no.

Revisó los informes quirúrgicos con todo detalle, buscando algo que pudiera exonerar a Isla. La secuencia de las decisiones. El razonamiento tras cada desviación. Los resultados que habían precedido a cada elección.

Lo que encontró fue exactamente lo que esperaba.

Isla lo había hecho todo bien. Cada desviación había estado justificada por la situación, que se deterioraba rápidamente. Cada elección no autorizada había sido un intento de salvar una vida que se escapaba. Había luchado con todo lo que tenía, usando cada herramienta a su alcance, negándose a rendirse incluso cuando las probabilidades eran nulas.

Pero Robert Hendricks había muerto de todos modos.

Había pacientes que no podían salvarse. Algunas lesiones eran demasiado graves, algunas hemorragias demasiado catastróficas, algunos corazones demasiado débiles para seguir latiendo hiciera lo que hiciese un cirujano. Este era uno de esos casos. El desenlace estaba determinado antes incluso de que Isla tocara un bisturí.

Pero la documentación no mostraba eso. La documentación mostraba a una cirujana que había tomado repetidas decisiones no autorizadas. Un patrón de desviaciones que encajaba perfectamente con lo que la auditoría de Marianne había identificado. Pruebas que podían ser retorcidas y convertidas en negligencia por abogados expertos en el arte de las reclamaciones médicas.

A las seis y media, Isla por fin respondió al mensaje. *Estoy bien. Aún no sé qué está pasando. Me han dicho que me mantenga alejada de las zonas clínicas.*

Funciones restringidas. Ya estaban moviéndose para limitar su actividad mientras avanzaba la investigación.

Marianne se quedó mirando el mensaje y sintió que se le rompía el corazón. Debería decirle a Isla lo que se le venía encima. Debería advertirle sobre la reunión de la junta, sobre cómo se iba a utilizar su auditoría, sobre el hecho de que la propia Marianne estaba siendo posicionada como la arquitecta de su destrucción.

¿Pero qué se conseguiría con eso? No cambiaría nada. La junta se reuniría igualmente. Los abogados seguirían acechando. El resultado sería el mismo supiera Isla lo que venía o no.

Así que Marianne respondió: *Te quiero. Encontraremos la forma de solucionar esto.*

Y después fue a la reunión de la junta y presentó las pruebas que destruirían a la mujer que amaba.

La sala de juntas estaba abarrotada. Doce miembros de la junta con trajes caros, con los rostros sombríos por saber que su hospital estaba a punto de enfrentarse a otra demanda. Alexandra Vale a la cabeza de la mesa, con su flema perfectamente intacta. Victor Shaw a su derecha, con una expresión que contenía una satisfacción apenas disimulada.

Marianne se puso al frente de la sala con sus diapositivas, su documentación y las palabras medidas que había preparado. Sentía el peso de lo que iba a hacer oprimiéndole el pecho. La mirada de Alexandra permanecía fija en ella, esperando.

—Sra. Cole —la voz de Alexandra era fría—. Por favor, presente sus conclusiones.

Marianne respiró hondo y empezó.

Presentó los datos de la auditoría. El patrón de desviaciones. La documentación que mostraba que Isla elegía sistemáticamente enfoques poco convencionales por encima de los protocolos estándar. Fue meticulosa, profesional, exhaustiva. Todo lo que la junta esperaba.

También intentó aportar contexto. Los datos de resultados que mostraban que las tasas de supervivencia de Isla superaban con creces la media del departamento. Los casos específicos donde las desviaciones de protocolo habían salvado vidas que con los métodos estándar se habrían perdido. Las realidades médicas de la cirugía de trauma que hacían que la adherencia rígida al protocolo fuera a veces letal.

La junta no estaba interesada.

—Estas desviaciones representan una exposición significativa a la responsabilidad civil. —Uno de los miembros de la junta, un hombre de unos sesenta años cuyo rostro Marianne no reconoció, la interrumpió a mitad de la frase—. Independientemente de los resultados, el patrón de desprecio por los protocolos institucionales de la doctora Bennett genera una documentación que los abogados de los demandantes explotarán.

—Los resultados... —intentó decir Marianne de nuevo.

—Los resultados en este caso fueron fatales —la voz de Shaw era melosa, peligrosa—. Hay un paciente muerto. Su familia amenaza con emprender acciones legales. Y tenemos documentación extensa que muestra que la médica responsable se desvió repetidamente del estándar de atención.

—El estándar de atención para una rotura de AAA con este cuadro clínico...

—Lo determinarán peritos expertos ante el tribunal —Shaw sonrió—. Lo que podemos controlar es cómo nos posicionamos nosotros ahora. Y ese posicionamiento requiere reconocer que el enfoque de la doctora Bennett, por muy bienintencionado que sea, representa un riesgo inaceptable para esta institución.

Marianne miró alrededor de la mesa a los rostros de personas que nunca habían empuñado un bisturí, nunca habían estado frente a un paciente moribundo ni habían tomado decisiones en milésimas

de segundo que suponían la vida o la muerte. Estaban calculando responsabilidades legales, no considerando la medicina. Protegiendo activos, no pacientes.

Iban a sacrificar a Isla porque era políticamente conveniente.

Y Marianne les había puesto las pruebas en la mano para hacerlo.

—Recomiendo una investigación formal —se oyó decir—. Las palabras le supieron a traición, pero eran ciertas. Dadas las circunstancias, una investigación era lo apropiado. —Pero también recomiendo que la investigación considere el contexto médico de las decisiones de la doctora Bennett, no solo la documentación de las desviaciones.

—Anotado —la voz de Alexandra fue despectiva—. La junta tomará en consideración sus recomendaciones.

Lo que significaba que harían lo que quisieran y que el intento de Marianne de aportar matices sería ignorado.

La investigación formal se puso en marcha esa misma tarde. Se contrató a revisores externos. Los privilegios quirúrgicos de Isla fueron suspendidos a la espera de sus conclusiones. Los abogados del hospital empezaron a prepararse para la demanda que todos sabían que llegaría.

Y Marianne se quedó sentada en su despacho, rodeada de los expedientes que había reunido con tanta precisión, preguntándose cómo algo que había empezado como un intento de cumplir con su trabajo se había convertido en la peor traición de su vida.

La luz de la tarde entraba de sesgo por su ventana, arrojando largas sombras sobre la documentación que se había convertido en un arma. Pensó en la mujer que había llorado en sus brazos, que había compartido sus miedos más profundos y sus recuerdos más dolorosos. La mujer que le había confiado su corazón.

Esa mujer se enfrentaba ahora a la destrucción de todo lo que había construido, y el trabajo de Marianne era el instrumento de esa destrucción.

Debería haberlo visto venir. Debería haberse dado cuenta de que la minuciosa documentación que estaba elaborando podía volverse contra Isla con la misma facilidad con la que podía protegerla.

Debería haber comprendido que, en el cálculo de la supervivencia institucional, la excelencia individual no significaba nada cuando podía sacrificarse en favor de la protección legal.

Pero se había dejado cegar por sus propias suposiciones. Por su creencia de que hacer bien su trabajo conduciría de algún modo a buenos resultados. Por su tonta esperanza de que podría navegar por esta situación imposible sin que nadie saliera herido.

Ahora Isla estaba herida. Y Marianne había sido la que sostenía el cuchillo.

Su teléfono vibró. Isla otra vez. *Me han dicho que has hecho una presentación ante la junta. Que has recomendado la investigación.*

Marianne cerró los ojos. Le temblaban demasiado las manos para escribir.

El teléfono volvió a vibrar. *¿Sabías que esto iba a pasar?*

Un tercer mensaje: *¿Has estado preparando este caso contra mí todo este tiempo?*

Marianne no sabía qué responder. Porque la verdad era complicada. No sabía que se llegaría a esto. Había creído que podría proteger a Isla mientras hacía su trabajo. Había sido lo bastante ingenua como para pensar que el amor podía coexistir con la obligación profesional.

Respondió: *Nunca quise esto. Intentaba protegerte. Lo siento muchísimo.*

La respuesta no tardó en llegar: *Entonces ayúdame. Lucha por mí. No dejes que usen tu trabajo para destruirme.*

Marianne se quedó mirando las palabras hasta que se emborronaron. Luchar por ella. Plantar cara a la junta, a Shaw, a la maquinaria institucional que avanzaba hacia su inevitable conclusión.

Arriesgar todo lo que había reconstruido desde lo de Riverside General.

Por amor.

No sabía si era lo bastante valiente. No sabía si era lo bastante fuerte. No sabía si cualquier cosa que hiciera serviría de algo.

Pero sabía una cosa con absoluta certeza.

Si no lo intentaba, jamás se lo perdonaría.

Cogió el teléfono y escribió: *Reúnete conmigo en tu apartamento. A las ocho. Tenemos que hablar.*

La respuesta fue inmediata: *¿Seguirás queriéndome después de todo lo que ha pasado?*

Marianne contempló las palabras. La vulnerabilidad que desprendían. El miedo. Isla, que nunca retrocedía ante nada, tenía miedo de que Marianne la abandonara ahora que había estallado la crisis.

Escribió: *Siempre te querré. Pase lo que pase. Te amo.*

Una larga pausa. Luego: *Yo también te amo. Te veo a las ocho.*

Marianne dejó el teléfono y miró los expedientes esparcidos por su escritorio. La documentación que se había utilizado como un arma. Las pruebas de la brillantez de Isla reformuladas como pruebas de temeridad.

Pensó en lo que haría falta para combatir aquello. Para levantarse ante la junta y argumentar que el enfoque de Isla, aunque poco convencional, había salvado más vidas de las que había costado. Para desafiar la maquinaria institucional que trituraba todo en dirección a su conclusión predeterminada.

Eso significaría poner en riesgo su propia carrera. Otra vez. Después de haber trabajado tanto para reconstruirla de las cenizas de Riverside General.

Significaría tomar una postura que quizá no lograra nada excepto destruir su propia reputación.

Significaría elegir el amor sobre la seguridad, la pasión sobre la protección, a Isla sobre todo lo que había construido.

Marianne pensó en la mujer que la había sostenido mientras lloraba. Que había escuchado sus secretos más oscuros y la había amado a pesar de ellos. Que le había demostrado que la vulnerabilidad no era debilidad y que la conexión merecía el riesgo de la pérdida.

Por esa mujer valía la pena luchar.

Y Marianne por fin estaba lista para dar la batalla.

15

ISLA

A Isla no le dejaban de temblar las manos.

En el quirófano se había mantenido firme. Tres horas de lucha para salvar una vida, y sus manos habían estado firmes como una roca. Pero ahora, plantada frente al edificio de apartamentos de Marianne, no lograba que el temblor cesara.

Robert Hendricks estaba muerto. Su carrera, en ruinas. La mujer a la que amaba había presentado pruebas contra ella ante la junta.

Y lo único que quería era que alguien la abrazara.

Las horas transcurridas desde la cirugía habían sido un borrón de entrevistas y papeleo. Administradores del hospital haciendo las mismas preguntas una y otra vez. Representantes legales tomando declaración. Recursos Humanos informándole de que sus privilegios quirúrgicos quedaban suspendidos a la espera de una investigación. Cada conversación había ido minando su compostura hasta que no quedó nada más que el nervio vivo y expuesto.

Había pedido la baja por enfermedad para su turno habitual. Había pasado el día en su apartamento, mirando las paredes y esperando a que Marianne respondiera a sus mensajes. El silencio había sido ensordecedor.

Ahora era de noche, y estaba ante el edificio de Marianne porque no sabía a dónde más ir. No podía afrontar otra noche a solas con sus pensamientos. Necesitaba el consuelo de la única persona que entendía por lo que estaba pasando.

Incluso si esa persona podía ser la razón por la que estaba pasando por ello.

Marianne abrió la puerta antes de que Isla pudiera llamar, como si hubiera estado esperando verla aparecer. Durante un momento, solo se miraron. Dos mujeres que habían levantado muros a su alrededor, ahora de pie entre los escombros de todo lo que habían intentado proteger.

—Pasa. —La voz de Marianne sonaba ronca.

Isla entró y se desplomó de inmediato en sus brazos.

Las lágrimas brotaron rápidas y violentas; meses de emociones contenidas rompieron las cuidadosas barreras que había mantenido. Lloró por Robert Hendricks, el hombre al que no había podido salvar. Lloró por su carrera, que podría estar terminando en ese mismo instante. Lloró por el amor que había encontrado y que podría estar a punto de perder.

Marianne la sostuvo durante todo el proceso, sin hablar, simplemente estando presente. Sus brazos rodeaban con fuerza la espalda de Isla. Sus latidos eran constantes contra el pecho de Isla. Ella era lo único sólido en un mundo que se desmoronaba.

—Lo intenté —jadeó Isla entre sollozos—. Lo intenté con todas mis fuerzas. Se estaba desangrando e hice todo lo que se me ocurrió, pero no fue suficiente.

—Lo sé.

—Van a destruirme. Shaw ha estado esperando esto. Va a usar tu auditoría para acabar con mi carrera.

—Lo sé. —La voz de Marianne estaba cargada de culpa—. Isla, lo siento muchísimo. Nunca pretendí que la documentación se usara de esta manera.

—Sé que no fue así. —Isla se separó lo justo para mirarla. El rostro de Marianne estaba pálido, sus ojos ribeteados de rojo. Ella también había estado llorando—. No te culpo. Solo hacías tu trabajo.

—Se suponía que debía protegerte. —Las palabras salieron entrecortadas—. Se suponía que debía encontrar la forma de que esto funcionara.

—Lo intentaste. Ambas lo intentamos. —Isla acunó el rostro de Marianne con las manos—. En este momento, no quiero hablar de la auditoría, ni de la junta, ni de nada de eso. Solo quiero olvidar. Por un rato. ¿Puedes ayudarme a olvidar?

El beso fue desesperado desde el principio.

Isla empujó a Marianne contra la pared de la entrada, con la boca hambrienta y exigente. Necesitaba sentir algo que no fuera miedo. Necesitaba perderse en la sensación, en el placer, en la mujer que se había convertido en su ancla en medio de este caos.

Marianne respondió con la misma desesperación, sus manos tirando de la ropa de Isla sin rastro de la cuidadosa paciencia que solían mostrar. Esto no iba de ternura. Esto iba de supervivencia. De dos personas aferrándose la una a la otra frente a la catástrofe.

Llegaron al dormitorio en un enredo de ropa a medio quitar y besos urgentes. Isla empujó a Marianne sobre la cama y se subió encima de ella, necesitando sentir el peso de su propio cuerpo presionando hacia abajo, necesitando el contacto físico tanto como el aire para respirar.

—Tócame —exigió—. Hazme sentir algo que no sea terror.

Las manos de Marianne buscaron sus caderas, atrayéndola más cerca. —Te tengo.

El sexo fue rudo y frenético, nacido de la desesperación más que del deseo. Isla necesitaba sentir algo distinto al frío pavor que se había instalado en su pecho. Necesitaba las manos de Marianne sobre ella, el cuerpo de Marianne bajo el suyo, alguna prueba de que esa conexión seguía siendo real mientras todo lo demás se desmoronaba.

—Más fuerte —jadeó contra el cuello de Marianne—. Necesito sentirte.

Los dedos de Marianne presionaron más, curvándose tan profundamente que hicieron que Isla arqueara la espalda, y alejaron el pensamiento y el miedo para sustituirlos por pura sensación. Dos dedos se convirtieron en tres; la dilatación y la plenitud eran

exactamente lo que Isla necesitaba. Su propia mano imitó los movimientos, estimulando a Marianne con la misma intensidad.

Se movieron juntas en un ritmo que era más una batalla que un baile. Piel resbaladiza por el sudor deslizándose contra la piel. Músculos tensándose y relajándose. El sonido de sus respiraciones, áspero en la habitación silenciosa.

—Mírame. —La voz de Marianne sonaba forzada—. Necesito verte.

Isla abrió los ojos y se encontró con la mirada de Marianne clavada en su rostro. Había algo desesperado en esos ojos azules, algo que parecía una mezcla de miedo, amor y desesperanza. Las mismas emociones que sentía Isla.

Subieron juntas, con los cuerpos apretados, el aliento mezclándose en jadeos y gemidos. Isla sintió el orgasmo gestándose desde lo más profundo de su ser, sintió cómo se tensaba más con cada embestida de los dedos de Marianne, cada roce de su pulgar contra el sensible manojo de nervios.

—Estoy cerca —jadeó.

—Yo también. Juntas.

Marianne cambió el ángulo, presionó con más fuerza, e Isla sintió que caía por el precipicio. Gritó cuando el orgasmo la atravesó, sus paredes internas se contrajeron alrededor de los dedos de Marianne, y todo su cuerpo tembló por la fuerza de la liberación.

Sintió que Marianne la seguía segundos después, oyó su voz uniéndose en un coro de placer y dolor. Sus cuerpos temblaron juntos, con las réplicas sacudiéndolas a ambas.

Isla se desplomó hacia delante, apoyando la frente en el hombro de Marianne, con la respiración entrecortada. Los dedos de Marianne seguían dentro de ella, y podía sentir el aleteo del pulso de Marianne donde sus cuerpos estaban unidos. Durante un largo rato permanecieron así, enredadas y temblorosas, ninguna dispuesta a romper la conexión.

Entonces Marianne retiró la mano, y la pérdida se sintió como algo más que físico.

—Otra vez —susurró Isla contra su cuello—. Necesito más.

Marianne respondió haciéndolas rodar, presionando a Isla contra el colchón con el peso de su cuerpo. Su boca buscó el pecho de Isla, los dientes rozaron el pezón sensible mientras su mano se deslizaba de nuevo entre los muslos de Isla. Esta vez no fue suave. Sus dedos se introdujeron con una urgencia que rayaba en la brusquedad, e Isla se arqueó hacia ella, agradeciendo la tirantez, necesitando la intensidad.

—¿Es esto lo que quieres? —La voz de Marianne era ronca, su aliento caliente contra la piel de Isla—. ¿Sentir algo que no sea miedo?

—Sí. —La palabra salió rota—. Hazme sentir algo. Lo que sea.

Marianne obedeció. La poseyó con una implacabilidad que no dejaba lugar al pensamiento, sus dedos curvándose contra el punto que hacía que Isla viera blanco. Su boca se movió del pecho a la clavícula y al cuello, dejando marcas que Isla tendría que ocultar mañana. Con la mano libre inmovilizó la muñeca de Isla contra la almohada, manteniéndola en su sitio mientras su cuerpo se retorcía bajo el embate.

El segundo orgasmo llegó más rápido que el primero, más agudo y desesperado. Isla lo sintió llegar a la cima y luchó contra él, sin querer que terminara, sin querer enfrentarse a lo que venía después. Pero Marianne conocía su cuerpo demasiado bien. Presionó su pulgar contra el clítoris de Isla de la forma exacta, dobló los dedos en el ángulo preciso, e Isla se desmoronó.

Gritó esta vez, con el sonido amortiguado contra el hombro de Marianne. Su cuerpo se sacudió y tuvo espasmos; el placer y el dolor se enredaron hasta que no pudo distinguirlos. Marianne la sostuvo, su propio cuerpo temblando por la intensidad del clímax de Isla.

Durante esos pocos segundos de orgasmo, todo lo demás desapareció. La investigación, la junta, la demanda, la situación imposible en la que estaban atrapadas. Solo existía la sensación, solo la conexión, solo la desesperada alegría de estar vivas y juntas.

Entonces la realidad volvió a inundarlo todo.

Isla se desplomó sobre el pecho de Marianne, respirando con dificultad, con el cuerpo aún vibrando por las réplicas. Pero incluso mientras yacía allí, pudo notar que algo era diferente. Había una

tensión en el cuerpo de Marianne que antes no estaba. Una distancia que la intimidad física no había logrado salvar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Isla en voz baja.

Marianne guardó silencio. Cuando habló, su voz sonaba distraída. —En la investigación. En los revisores externos. En lo que vamos a decirles.

—Vamos. Has dicho «vamos».

—Por supuesto que vamos. No voy a dejar que te enfrentes a esto sola.

Pero Isla podía sentir la vacilación bajo las palabras. Podía sentir que la mente de Marianne analizaba escenarios y estrategias, calculando riesgos y resultados. Incluso ahora, tras la conexión más íntima que podían compartir, una parte de Marianne estaba en otro lugar.

—No estás aquí. —Isla se incorporó, alejándose—. Tu cuerpo está aquí, pero tú no.

—Lo siento. —Marianne intentó alcanzarla, pero el gesto pareció desganado—. Solo trato de averiguar cómo arreglar esto.

—Hay cosas que no se pueden arreglar. —Isla notó la amargura en su propia voz—. Algunas cosas ya están rotas.

El silencio que siguió estaba cargado de cosas que ninguna de las dos quería decir.

Siguieron tumbadas una al lado de la otra en la cama, sin tocarse. Los pocos centímetros de espacio entre sus cuerpos parecían kilómetros. La intimidad de hacía unos minutos se había evaporado, dejando tras de sí un frío que no tenía nada que ver con la temperatura.

Isla miró al techo e intentó leer el futuro en el patrón de las sombras. El sexo había sido intenso, pero no había arreglado nada. En todo caso, había hecho que la distancia entre ellas fuera más evidente. Se habían conectado físicamente permaneciendo separadas emocionalmente, sus cuerpos uniéndose mientras sus corazones se distanciaban.

Así era como se veía el inicio de la muerte de una relación. No con una explosión dramática, sino con una retirada gradual. Un lento repliegue hacia sus respectivos y aislados seres.

Aún podía saborear a Marianne en sus labios. Aún sentía el eco del placer en su cuerpo, el agradable hormigueo entre los muslos donde habían estado los dedos de Marianne. La conexión física había sido intensa, abrumadora. Pero no había servido para salvar el abismo que se estaba abriendo entre las dos.

En todo caso, la intensidad no había hecho más que agravar la distancia. Habían utilizado sus cuerpos como refugio contra la tormenta, pero la tormenta seguía arreciando. Y cuando el placer se desvaneció, no quedó nada más que dos personas que no sabían cómo salvarse la una a la otra.

Isla se giró hacia un lado, dando la espalda a Marianne. No quería ver la distancia en aquellos ojos azules. No quería ver la mente de Marianne barajando escenarios y cálculos mientras sus cuerpos se enfriaban tras lo que debería haber sido intimidad.

Las sábanas estaban enredadas a su alrededor, humedecidas por el sudor. La habitación olía a sexo y a algo más, algo que el olfato entrenado de Isla reconoció como la firma química de las hormonas del estrés. Incluso sus cuerpos traicionaban la verdad de lo que estaba ocurriendo.

Isla pensó en todas las relaciones que había visto fracasar. Sus padres, que habían permanecido juntos por obligación mucho después de que el amor muriera. Colegas que habían intentado mantener sus parejas mientras sus carreras los empujaban en direcciones opuestas. La devastación silenciosa de personas que se querían pero no podían hacer que funcionase.

Siempre se había dicho a sí misma que ella era diferente. Que era demasiado lista para caer en esas trampas. Que nunca permitiría que alguien le importara lo suficiente como para ser herida de esta manera.

Pero aquí estaba. Importándole desesperadamente. Sufriendo desesperadamente. Viendo cómo la mujer a la que amaba se alejaba a la deriva a pesar de estar tumbadas en la misma cama.

Sabía que esto llegaría. Lo había sentido gestarse desde la noche de la gala, quizá incluso desde el principio. Habían estado jugando a un juego peligroso, convenciéndose de que podían tener tanto la

relación como sus carreras, de que el amor, de algún modo, encontraría el camino.

Pero los juegos tienen consecuencias. Y las consecuencias ya estaban aquí, inevitables y devastadoras.

—Vas a elegir tu carrera. —Las palabras salieron planas, como un dato objetivo. Una afirmación más que una pregunta.

Marianne giró la cabeza bruscamente. —¿Qué?

—No pasa nada. —Isla mantuvo la mirada fija en el techo—. Lo entiendo. Ya lo perdiste todo una vez por culpa de la política institucional. No puedes volver a arriesgarte.

—Eso no es...

—Hoy has presentado las pruebas contra mí. Has recomendado la investigación. Has hecho lo que la junta te pidió, a pesar de que sabías que me haría daño. —La voz de Isla era extrañamente calmada. Sentía como si estuviera observando la conversación desde fuera de su cuerpo—. Eso ya es una elección, ¿no? Has elegido a la institución por encima de nosotras.

—Intentaba aportar contexto. Intentaba protegerte sin dejar de cumplir con mi trabajo.

—Pero tu trabajo fue lo primero. —Finalmente, Isla se giró para mirarla. Bajo la tenue luz, el rostro de Marianne era un estudio de la angustia—. Llegado el momento de la verdad, cumpliste con tu deber. Y entiendo por qué. De verdad que sí. Pero aun así, duele.

Marianne se incorporó de golpe, buscando la mano de Isla. —No voy a abandonarte. Sé que lo de hoy ha tenido mala pinta, pero voy a luchar contra esto. Voy a encontrar la forma de que la junta vea que no eres un lastre, sino un activo.

—¿Y si no puedes?

—Entonces me enfrentaré a las consecuencias. Sean las que sean.

Isla quería creerla. Quería confiar en que la mujer a la que amaba se mantendría a su lado pasara lo que pasara a continuación. Pero ya la habían abandonado antes, personas que prometieron quedarse. Había aprendido pronto que el amor no bastaba para vencer al miedo, que cuando la presión se volvía demasiado intensa, la gente elegía la autopreservación antes que el vínculo.

Había esperado que Marianne fuera diferente. Se había permitido esperar que esta vez, esta relación, sobreviviría a la situación imposible.

Ahora ya no estaba segura.

—Debería irme. —Isla hizo amago de levantarse.

—Quédate. —El agarre de Marianne en su mano se tensó—. Por favor. No te vayas así.

—¿Así cómo?

—Enfadada. Dolida. Convencida de que voy a dejarte.

—¿No es lo que vas a hacer?

La expresión de Marianne transitó por una docena de emociones, ninguna de ellas tranquilizadora. Miedo. Culpa. Desesperación. Duda.

—No lo sé. —La confesión fue apenas audible—. Quiero decir que no. Quiero prometerte que nada cambiará lo que siento por ti. Pero no sé qué va a pasar, y no quiero hacer promesas que quizá no pueda cumplir.

Aquella sinceridad debería haber sido reconfortante. En cambio, sonó a despedida.

Isla liberó su mano y empezó a recoger su ropa. Sus movimientos eran mecánicos, automáticos. Ya había hecho esto antes, tras el fin de otras relaciones. Recoger los pedazos y seguir adelante. Levantar nuevos muros alrededor de las zonas heridas.

—Isla. —La voz de Marianne era suplicante—. No te vayas. Podemos solucionar esto juntas.

—¿Podemos? —Isla la miró, a la mujer que amaba, sentada desnuda y vulnerable en la cama que habían compartido—. ¿O solo estamos posponiendo lo inevitable?

Marianne no tuvo respuesta.

Isla se vistió rápido, sin mirarla. Si lo hacía, podría quedarse. Y quedarse solo lo haría peor cuando llegara el final definitivo.

—Te quiero —dijo Marianne cuando Isla llegó a la puerta del dormitorio—. Pase lo que pase. Sea lo que sea lo que tenga que hacer para sobrevivir a esto. Te quiero.

Isla se detuvo, con la mano en el marco de la puerta. —Yo también te quiero. Eso nunca ha estado en duda.

—¿Entonces qué es?

Finalmente se giró, mirando de nuevo a la mujer que se había convertido en todo para ella. —Si el amor es suficiente. Si somos lo bastante fuertes. Si seguirás ahí cuando el humo se disipe.

No esperó respuesta. No estaba segura de querer una.

Isla salió del apartamento de Marianne al aire frío de la noche, sintiendo cómo algo en su interior se rompía silenciosamente. Había sabido desde el principio que esto terminaría mal. Se había dicho que el riesgo merecía la pena, que amar a Marianne compensaba cualquier dolor posterior.

Ahora el dolor estaba aquí. Y no estaba segura de haber tenido razón.

El trayecto a casa fue un borrón de farolas y estática de radio. Isla se movió por su apartamento en piloto automático, duchándose para quitarse los rastros de su encuentro amoroso, metiéndose sola en su propia cama fría.

Se quedó mirando al techo en la oscuridad, esperando un sueño que no llegaba.

Su teléfono estaba en la mesita de noche, en silencio. No dejaba de esperar que vibrara con un mensaje de Marianne. Una disculpa. Una declaración. Algo que demostrara que se equivocaba sobre lo que estaba ocurriendo, que el amor que compartían era lo bastante fuerte para sobrevivir a esto.

El teléfono permaneció a oscuras.

Alrededor de las dos de la mañana, finalmente desistió de dormir. Se levantó, se preparó un té que no quería y se sentó junto a la ventana a observar el centelleo de las luces de la ciudad a lo lejos. Los Ángeles se extendía ante ella, millones de personas viviendo sus vidas, ninguna de ellas conocedora ni preocupada por la mujer en el edificio de apartamentos que veía cómo su mundo se derrumbaba.

Pensó en Robert Hendricks. En su familia, que probablemente también estaban despiertos ahora mismo, llorando al marido y padre que habían perdido. Había conocido brevemente a su esposa antes de la cirugía. Una mujer de unos cincuenta años, de mirada amable y manos inquietas. —Sálvelo —le había dicho—. Por favor, sálvelo.

Isla no había podido cumplir esa promesa. A pesar de todo lo que había hecho, a pesar de cada habilidad que había desarrollado,

había fallado.

Tal vez la junta tuviera razón. Tal vez su enfoque era demasiado arriesgado. Tal vez los pacientes que salvaba no compensaban a los pacientes que perdía.

O tal vez solo fuera el cansancio y el desamor hablando. Tal vez por la mañana se sentiría de otra manera.

Pero la mañana se sentía muy lejana en ese momento.

En algún lugar al otro lado de la ciudad, Marianne estaría haciendo lo mismo. Isla podía sentirlo, esa extraña certeza que surge al amar a alguien profundamente. Estaban conectadas y separadas, amándose e incapaces de salvarse la una a la otra, atrapadas en una situación de la que ninguna sabía cómo escapar.

Se preguntó si Marianne también estaría reviviendo la noche. El sexo desesperado que no había arreglado nada. La conversación que había dejado al descubierto lo frágiles que eran en realidad. La forma en que se habían aferrado a sus cuerpos mientras sus corazones tiraban en direcciones opuestas.

«Te quiero», había dicho Marianne. «Pase lo que pase. Sea lo que sea lo que tenga que hacer para sobrevivir a esto».

Aquellas palabras deberían haber sido reconfortantes. En cambio, habían sonado a despedida. Como alguien que se prepara para elegir la supervivencia antes que el amor, pidiendo perdón de antemano por la traición que sabía que estaba por venir.

Y lo peor de todo es que Isla lo entendía. Si sus posiciones estuvieran invertidas, si fuera ella quien se enfrentara a la destrucción de todo lo que había reconstruido, ¿tomaría una decisión distinta? ¿Podría sacrificar su carrera, su reputación, su seguridad económica, por amor?

Quería creer que lo haría. Quería creer que el amor podía eclipsar el terror de perderlo todo, que elegir a Marianne antes que su carrera saldría bien de algún modo. Pero la verdad era más complicada. La verdad era que ambas eran supervivientes, personas que habían aprendido por las malas que el mundo no recompensaba la vulnerabilidad, sino que la castigaba.

Esto, pensó Isla, es lo que se siente cuando todo se desmorona.

El cielo empezaba apenas a clarear cuando finalmente se quedó dormida, todavía sentada junto a la ventana, con el té frío a su lado.

Y se preguntó si quedaría algo que reconstruir cuando todo hubiera terminado.

16

MARIANNE

Las manos de Marianne temblaban sobre el teclado, incapaces de escribir las palabras que pondrían fin a todo.

Llevaba cuarenta y cinco minutos mirando la página en blanco; el cursor parpadeaba como un latido que ella estaba a punto de detener. La plantilla oficial para la recomendación permanecía abierta en su pantalla, fría y clínica, con espacios para hallazgos y conclusiones, y ese lenguaje profesional que disfrazaría la traición de debido proceso.

Había redactado este documento cien veces en su cabeza. Había practicado el fraseo, el enfoque cuidadoso, la distancia burocrática que lo haría parecer una evaluación objetiva en lugar de lo que era en realidad: una puñalada por la espalda a la mujer que amaba.

Basándose en la revisión exhaustiva de las desviaciones de protocolo documentadas, los datos de resultados de los pacientes y las circunstancias que rodearon la muerte de Robert Hendricks…

No pudo terminar la frase.

La reunión de la junta había sido brutal. Shaw presentando su caso con un triunfo apenas disimulado. Alexandra observando con la paciencia calculadora de alguien que ya ha decidido quién será el sacrificio. Los revisores externos asintiendo, con preguntas diseñadas para confirmar conclusiones en lugar de buscar la verdad.

Y Marianne, sentada en la sala con sus datos de auditoría y su documentación meticulosa, viendo cómo todo lo que había construido se retorcía para convertirse en un arma.

Había intentado aportar contexto. Había señalado que los datos de resultados de Isla mostraban tasas de supervivencia significativamente mejores que las medias del departamento. Había argumentado que las desviaciones, aunque numerosas, estaban sistemáticamente justificadas por situaciones clínicas que evolucionaban con rapidez. Había intentado desviar la conversación hacia el apoyo sistémico en lugar del castigo individual.

A nadie le había interesado.

Lo que la junta quería era un chivo expiatorio. Alguien a quien culpar por la inminente demanda. Alguien cuyo sacrificio demostrara responsabilidad institucional ante las aseguradoras, los abogados y el público. Y el expediente de Isla, con su larga lista de desviaciones documentadas, la convertía en la ofrenda perfecta.

Marianne pensó en Sophie, la niña a la que Isla había salvado hacía semanas. En el adolescente con el neumotórax. En el obrero de la construcción con lesiones por aplastamiento que había salido del hospital por su propio pie porque Isla había tomado decisiones que nadie más habría tomado.

Esos pacientes estaban vivos porque Isla confiaba en su propio criterio por encima de unos protocolos diseñados por comités que nunca habían sostenido una arteria sangrante en sus manos. Ese mismo criterio que la junta calificaba ahora de temeridad. Esa misma confianza que tildaban de arrogancia.

Estaba mal. Era injusto. Era exactamente la forma en que las instituciones se protegían de la responsabilidad.

Y Marianne iba a participar en ello de todos modos.

Ahora le pedían que formalizara ese sacrificio. Que escribiera la recomendación que suspendería los privilegios quirúrgicos de Isla a

la espera de que concluyera la investigación. Que estampara su firma profesional en el documento que destruiría todo por lo que Isla había trabajado.

Recomendación: Suspensión inmediata de los privilegios quirúrgicos a la espera de que finalice la revisión externa…

Las palabras aparecieron en la pantalla, escritas por unos dedos que actuaban sin dirección consciente. Marianne se quedó mirándolas y sintió que algo se quebraba en su pecho.

Pensó en la mujer que la había sostenido durante crisis y confesiones. Que había mirado sus cicatrices y la había amado a pesar de ellas. Que le había susurrado «estoy contigo» en la oscuridad de tantas noches.

Esa mujer iba a recibir este documento mañana por la mañana. Iba a ver el nombre de Marianne al final, su firma avalando la recomendación. Iba a comprender que la persona a la que amaba había elegido la supervivencia profesional por encima de la lealtad.

El cursor parpadeaba. Esperando.

Marianne terminó de escribir la recomendación con la vista nublada por unas lágrimas que se negaba a dejar caer. Cada palabra se sentía como un trozo de sí misma que le arrancaban. Cada frase era una traición vestida de lenguaje profesional.

No podía defender a Isla sin exponer su relación. No podía argumentar con demasiada pasión sin confirmar las sospechas de Shaw. No podía sacrificar su carrera sin destruir su única baza para ayudar desde dentro.

O al menos, eso es lo que se decía a sí misma. La verdad era más sencilla y más fea: tenía miedo. Miedo de perder todo lo que había reconstruido después de Riverside General. Miedo de volver a empezar de cero sin nada. Miedo de que su amor por Isla no fuera lo bastante fuerte como para superar su terror a la vulnerabilidad.

Imprimió el documento y lo firmó con mano temblorosa.

Luego cogió el teléfono y le envió un mensaje a Isla. *Tenemos que hablar. ¿Puedo ir a tu casa?*

La respuesta llegó de inmediato. *Ya sé lo que dice la recomendación. Tamsin me lo ha contado.*

Por supuesto que sí. Nada permanecía en secreto en un hospital. Alguien se lo habría dicho, la habría avisado, dándole tiempo para prepararse para la notificación oficial.

Quiero explicártelo, escribió Marianne. *En persona.*

Una larga pausa. Luego: *Está bien.*

El apartamento de Isla estaba a oscuras cuando llegó Marianne.

La lámpara del salón proyectaba un único charco de luz en el espacio, iluminando a Isla, que estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta. No se volvió cuando Marianne entró. Ni siquiera dio muestras de notar su presencia.

El silencio se extendía entre ellas, cargado con todo lo dicho y lo callado durante las últimas semanas. Marianne se quedó en la entrada y miró a la mujer que amaba, sintiendo cómo se le rompía el corazón a cámara lenta.

—He intentado protegerte. —Las palabras sonaron débiles, insuficientes—. La recomendación está redactada de la forma más protectora posible dentro de las limitaciones de...

—¿Las limitaciones de qué? —La voz de Isla era plana, fría. Seguía sin volverse—. ¿De tu carrera? ¿De tu reputación profesional? ¿De tu miedo a tener que empezar de nuevo?

—Las limitaciones de lo que la junta aceptaría. Si hubiera presionado más, Shaw lo habría usado como prueba de que estaba comprometida. Me habrían apartado del proceso por completo y habrían nombrado a otra persona para escribir la recomendación. Alguien que ni siquiera intentaría añadir contexto o matices.

—¿Así que me estás diciendo que este es el mejor resultado posible? —Isla se volvió por fin, y la expresión de su rostro hizo que a Marianne se le cortara la respiración. No era rabia. Era algo peor. Decepción. Resignación—. ¿Que el hecho de que la mujer que decía amarme recomiende mi suspensión es, de algún modo, un favor?

—Te estoy diciendo que intentaba navegar por una situación imposible.

—Estabas intentando protegerte a ti misma. —Isla se cruzó de brazos, en actitud defensiva—. Es lo que has estado haciendo siempre. Desde el principio. Cada vez que te pedía que lucharas por nosotras, encontrabas una razón por la que no podías. Cada vez que aumentaba la presión, te refugiabas en tus obligaciones profesionales y en tus cuidadosos límites.

—Eso no es... —La voz de Marianne se quebró.

—¿No es qué? ¿Justo? —Isla soltó una carcajada amarga—. Me dijiste que me *querías*. Me sostuviste mientras lloraba por un paciente al que no pude salvar. Y luego fuiste a la junta y recomendaste que se suspendieran mis privilegios quirúrgicos. Eso no tiene nada de puta gracia ni es justo.

—¡Porque no tenía elección!

—Siempre se puede elegir. —Isla alzó la voz—. Podrías haberte levantado en esa reunión y haberles dicho la verdad. Que su enfoque de gestión de riesgos es una carga, no una protección. Que castigar a clínicos excelentes por desviarse de protocolos inadecuados no hace que los pacientes estén más seguros. Que me están sacrificando para cubrir sus propios fallos.

—¿Y qué se habría conseguido con eso? Me habrían ignorado y lo habrían hecho de todos modos. Lo único que habría logrado habría sido la destrucción de mi propia carrera.

—Al menos lo habrías intentado. —Los ojos de Isla brillaban por las lágrimas contenidas—. Al menos habrías luchado por mí. Al menos yo habría sabido que tu amor significaba algo más que palabras bonitas en la oscuridad.

La acusación cayó como un golpe. Marianne lo sintió en el pecho, afilado y preciso, atravesando todas las justificaciones que había construido para protegerse de este momento.

Pensó en todas las noches que habían pasado juntas. Las confesiones susurradas en la penumbra. El modo en que las manos de Isla habían temblado cuando hablaba de la muerte de su padre. La forma en que la había sostenido durante lo peor de sus recuerdos de Riverside.

A pesar de todo eso, Marianne había elegido protegerse a sí misma.

—No entiendes lo que me pides que arriesgue.

—Lo entiendo perfectamente. —Isla se acercó, bajando la voz hasta convertirla en algo pausado y peligroso—. Te pido que arriesgues lo mismo que yo arriesgo cada día. Lo mismo que arriesgué por ti. Me abrí. Dejé que vieras las partes de mí que oculto a todos los demás. Te confié mi corazón.

—Yo también confié en ti.

—¿Ah, sí? —Isla sacudió la cabeza—. Porque desde donde yo estoy, parece que siempre te guardabas algo. Siempre con un pie fuera. Siempre dispuesta a batirte en retirada hacia tu distancia profesional si las cosas se ponían difíciles.

—Eso no es...

—Nunca me presentaste a nadie de tu vida. Nunca hablaste de un futuro más allá de la siguiente cita secreta. Nunca me diste ninguna señal de que esto fuera algo más que un escape conveniente de tu existencia controlada.

—Acordamos mantenerlo en privado —dijo Marianne débilmente —. Entendiste por qué.

—Entendí la justificación. Lo que veo ahora es que el secretismo te resultaba cómodo. Significaba que nunca tenías que comprometerte. Nunca tenías que hacerme real en tu vida. Podías compartimentarme, mantenerme separada de todo lo demás y, cuando se ponía demasiado difícil, simplemente cerrabas ese compartimento y te marchabas.

—Eso no es lo que yo quería.

—Entonces, ¿qué es lo que querías? —La voz de Isla se quebró al hacer la pregunta—. Cuéntame, Marianne. ¿Cuál era tu plan? ¿Íbamos a seguir viéndonos en secreto para siempre? ¿Fingiendo que no nos conocíamos en el trabajo? ¿Viviendo a medias porque tenías demasiado miedo de arriesgarte a una vida entera?

Marianne sintió las palabras como cortes, cada uno de ellos haciéndola sangrar. Quería discutir, defenderse, explicar todas las razones por las que Isla se equivocaba. Pero no podía. Porque bajo el dolor y la rabia, había verdad en lo que Isla decía.

Se había estado protegiendo. Se había estado conteniendo, cubriendo sus apuestas, manteniendo un pie fuera. Porque amar a

Isla la aterrorizaba de formas que no había sido capaz de admitir.

—Tenía miedo —dijo finalmente—. Aún tengo miedo. Después de Riverside General, me prometí a mí misma que nunca volvería a ser vulnerable de esa manera. Que nunca dejaría que nadie tuviera el poder de destruirme. Y entonces apareciste tú y no pude evitarlo. Me enamoré de ti a pesar de todos los muros que había construido y, cuanto más nos acercábamos, más aterrorizada estaba.

—¿Así que tu respuesta al miedo fue traicionarme?

—Mi respuesta al miedo fue intentar protegernos a las dos. Navegar por el sistema de una forma que nos permitiera sobrevivir.

—Pero no hemos sobrevivido. —La voz de Isla se quebró—. Míranos, Marianne. Mira en qué nos hemos convertido. Dos personas que se quieren, de pie en un apartamento a oscuras, destrozándose la una a la otra porque ninguna fue lo bastante valiente para elegir el amor frente a la seguridad.

El silencio que siguió fue desolador.

Marianne miró a la mujer que amaba, el dolor, la rabia y la pena en su rostro, y comprendió que habían llegado a un punto de no retorno. No había camino a seguir que no implicara un sacrificio. Ninguna senda que les permitiera conservar la relación y sus formas separadas de autoprotección.

Y supo, con esa clase de claridad fría que llega en los momentos de crisis, lo que estaba a punto de hacer. Lo que ya había decidido hacer, incluso mientras estaba allí de pie fingiendo que aún había esperanza.

—Quizá tengas razón. —Las palabras salieron planas, sin emoción. Marianne se sintió retroceder hacia la distancia protectora que había cultivado durante años de supervivencia profesional—. Quizá esto fue un error desde el principio.

—¿Qué?

—Esto. Nosotras. —Se obligó a mirar a Isla a los ojos—. Nos dijimos que podíamos tener ambas cosas. Que el amor de algún modo encontraría el camino. Pero nos estábamos mintiendo. Tenías razón en que nunca estuve plenamente comprometida. Siempre me guardaba algo, siempre protegiéndome.

—Marianne, eso no es...

—Tengo que priorizar mis responsabilidades. —Las palabras le supieron a ceniza—. No puedo hacer mi trabajo si estoy comprometida por sentimientos personales. Y tú no puedes luchar por tu carrera si estás distraída por una relación que estaba condenada desde el principio.

—¿Así que eso es todo? —La voz de Isla era hueca—. ¿Vas a terminar con esto? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

—Estoy siendo realista. Como una de las dos debería haber sido desde el principio. —Marianne sintió que las lágrimas empezaban a caer, pero mantuvo la voz firme—. Lo siento, Isla. Por todo. Por dejarte creer que teníamos una oportunidad. Por no ser lo bastante valiente para ser lo que necesitabas.

—Vete.

—Isla...

—Sal de mi puto apartamento. —La voz de Isla temblaba ahora, duelo y rabia enredados—. Ya has dicho lo que venías a decir. Ahora lárgate.

Marianne cogió su bolso con unas manos que no dejaban de temblar. Caminó hacia la puerta, deteniéndose en el umbral con la mano en el marco.

—Por lo que pueda valer —dijo sin volverse—, te quiero de verdad. Sé que eso no significa nada ahora mismo. Sé que suena a excusa o a manipulación. Pero es verdad. Quererte es lo más auténtico que he sentido nunca.

—¿Entonces por qué? —La pregunta fue apenas audible.

Marianne cerró los ojos. —Porque no soy lo bastante fuerte para perderlo todo de nuevo. Y porque pensé que tal vez, si no podía ser valiente por amor, al menos podía ser honesta sobre mi cobardía.

Se marchó sin mirar atrás.

El trayecto a casa fue un borrón de farolas y lágrimas.

Marianne consiguió entrar en su apartamento antes de desmoronarse por completo. Cerró la puerta tras de sí y se hundió en el suelo, con la espalda contra la pared, el cuerpo sacudido por sollozos que venían de un lugar más profundo que el duelo.

Lo había hecho. Había pronunciado las palabras que terminaban con todo. Había elegido su carrera, su seguridad y los muros que había construido por encima de la mujer que amaba.

La mujer a la que aún amaba. A la que probablemente amaría siempre.

El apartamento se sentía enorme y vacío a su alrededor. El minimalismo cuidado que antaño le había parecido sofisticado ahora se veía como lo que era en realidad: la prueba de una vida no vivida. Sin fotografías. Sin toques personales. Nada que sugiriera a alguien que se permitiera desear cosas más allá del éxito profesional y la seguridad económica.

Había construido una vida diseñada para evitar exactamente este tipo de dolor. Había levantado muros tan altos que nadie pudiera volver a herirla. Y en el proceso, se había aislado tanto que había olvidado lo que estaba protegiendo.

Ahora lo recordaba. Esto. Esta herida abierta y sangrante en el pecho. Esta sensación de haber destruido algo precioso e insustituible. Este conocimiento de que había elegido la seguridad frente al amor y tendría que vivir con esa elección para siempre.

Marianne lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Hasta que tuvo la garganta en carne viva y los ojos hinchados y el cuerpo exhausto. Luego se quedó sentada en la oscuridad de su apartamento vacío y se preguntó si esto era de lo que había tenido tanto miedo todo el tiempo.

No de la pérdida en sí. De la prueba de que era capaz de causarla.

Porque la verdad era que no la habían destruido los tejemanejes políticos en Riverside General. La habían destruido sus propias decisiones. Su disposición a documentar problemas sin solucionarlos. Su cuidadoso mantenimiento de la distancia profesional mientras la gente sufría. Su creencia de que jugar según las reglas la protegería de algún modo de las consecuencias de los fallos ajenos.

Se había jurado que sería diferente en Oakridge. Que usaría su cargo para proteger realmente a la gente, para realizar cambios reales, para ser la administradora que habría deseado tener en Riverside.

En lugar de eso, se había convertido en exactamente lo que siempre había odiado. Alguien que sacrificaba a individuos para proteger a instituciones. Alguien que elegía la seguridad por encima de la verdad. Alguien que causaba daño escondiéndose tras reglas y procedimientos.

Había destruido la carrera de Isla. Le había roto el corazón. Se había alejado del único amor real que había experimentado porque tenía demasiado miedo de luchar por él.

Y lo peor era saber que si pudiera volver atrás y hacerlo de nuevo, no estaba segura de si elegiría de forma distinta. Porque el miedo seguía ahí. Siempre estaría ahí. Siempre sería más fuerte que el amor, más fuerte que la integridad, más fuerte que cualquier promesa que se hiciera a sí misma sobre ser valiente.

Marianne se sentó en la oscuridad y se enfrentó a la verdad de quién era en realidad.

Pensó en la mujer que había dejado de pie en aquel apartamento. La mujer que se había abierto por completo, que había confiado a Marianne su corazón, que no había pedido nada más que el mismo valor que ella había demostrado.

Y Marianne le había fallado. Se había marchado. Había elegido la seguridad de su distancia profesional frente al riesgo de ser conocida de verdad.

El teléfono en el suelo, a su lado, vibró con una notificación. Probablemente Shaw, queriendo saber si había terminado la recomendación. Probablemente Alexandra, lista para seguir adelante con la suspensión oficial. Probablemente la maquinaria institucional siguiendo su curso, indiferente al coste humano de sus procesos.

Marianne no lo cogió.

Se quedó en el suelo, con la espalda contra la pared, abrazándose a sí misma como si pudiera mantener las piezas unidas por pura fuerza de voluntad. Las lágrimas habían cesado, pero el dolor seguía ahí, agudo y constante, un recordatorio de lo que había hecho.

Había destruido lo mejor de su vida para proteger una carrera que ya no estaba segura de querer. Había elegido la seguridad por

encima del amor, el control por encima de la conexión, el miedo por encima de la fe.

Y aquello la rompió por completo.

17

ISLA

Los susurros empezaron antes incluso de que Isla llegara a su taquilla.

Los esperaba, por supuesto. Se había preparado para las miradas, las especulaciones y ese tipo particular de compasión que se parece más a la satisfacción. Los hospitales eran mundos pequeños donde los cotilleos viajaban más rápido que los resultados de laboratorio, y la noticia de su suspensión se había extendido por todo Oakridge de la noche a la mañana.

Aun así, saber que iba a ocurrir no hacía que fuera más fácil caminar por aquellos pasillos con la cabeza bien alta.

—Dra. Bennett, lamento mucho lo de... —le dijo una enfermera a la que apenas conocía, acercándose con obvia lástima.

—Gracias —Isla siguió moviéndose.

—¿Es cierto que están investigando...? —preguntó un residente, demasiado joven para ser prudente.

—No voy a hablar de eso —continuó caminando.

—He oído que la familia va a demandar por... —comentó alguien a quien ni siquiera reconoció.

Isla empujó la puerta del vestuario y se apoyó contra el metal frío de su taquilla, respirando con dificultad. La sala estaba vacía,

una pequeña bendición. Había calculado su llegada para evitar el ajetreo del cambio de turno, deseando recoger sus cosas sin público.

La notificación oficial había llegado esa mañana. Lenguaje formal, tono burocrático, una suspensión de privilegios quirúrgicos «a la espera de que finalice el proceso de revisión externa». Ni una mención al hecho de que había salvado más vidas que nadie en ese departamento. Ningún reconocimiento a los datos de resultados que demostraban que sus pacientes tenían tasas de supervivencia significativamente mejores. Solo un frío lenguaje administrativo que reducía quince años de excelencia a una responsabilidad civil que debía gestionarse.

Abrió su taquilla y se quedó mirando el contenido. Le llegó el olor familiar de sus uniformes de repuesto, algodón limpio mezclado con el tenue antiséptico que lo impregnaba todo en el hospital. Objetos personales que había acumulado durante cinco años en Oakridge. Una foto de su madre, encajada en la esquina del pequeño espejo. Una casaca de repuesto para emergencias. Una barrita de proteínas a medio comer que tenía intención de tirar.

Los restos de una carrera que no estaba segura de si recuperaría alguna vez.

La puerta se abrió a sus espaldas e Isla se tensó, preparándose para otro encuentro incómodo. Pero la voz que habló era familiar. Cálida.

—Hola.

Tamsin. Por supuesto que era Tamsin.

Isla se giró y encontró a su amiga de pie justo en el umbral, con la mandíbula apretada con feroz lealtad a pesar de que la preocupación le surcaba la frente. —Me he enterado de que estabas vaciando la taquilla. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien.

—Mientes fatal —Tamsin cruzó la habitación y se apoyó en la taquilla contigua a la de Isla—. ¿Qué ha pasado?

—Ya sabes lo que ha pasado. La junta ha decidido que soy un riesgo. Me suspenden mientras averiguan cómo convertirme en el chivo expiatorio de la muerte de Robert Hendricks.

—Eso es una estupidez y todo el mundo lo sabe. El hombre tenía una rotura de un aneurisma de aorta abdominal. Estaba muerto antes de llegar a la mesa.

—Intenta decírselo a los abogados —Isla quitó la foto de su madre del espejo y la guardó en su bolso—. O a la junta. O a las aseguradoras, que están aterrorizadas por tener que pagar otra indemnización.

—¿Así que van a sacrificarte sin más? ¿Después de todo lo que has hecho por este hospital?

—Así es como funciona —la voz de Isla era plana—. Las instituciones se protegen a sí mismas. Los individuos son prescindibles.

Tamsin se quedó callada un momento, observándola. —¿Pasa algo más? ¿Algo que no me estés contando?

La pregunta dio de lleno en el blanco. Isla pensó en Marianne de pie en su salón la noche anterior, terminando su relación con la misma eficiencia fría que aplicaba a sus informes de auditoría. Las palabras medidas. La distancia profesional. La desolación oculta tras una máscara de compostura.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque has estado diferente últimamente. Distraída. Emocional. No pareces tú misma —la voz de Tamsin era suave—. Pensé que quizá habías conocido a alguien.

Isla se rió, con un sonido amargo. —Eso se ha acabado.

—¿Qué pasó?

—No importa —cerró su taquilla con más fuerza de la necesaria —. Nada de eso importa. Ni mi carrera, ni mi relación, ni nada de eso. Confié en personas en las que no debería haber confiado y ahora estoy pagando el precio.

Tamsin se acercó y le puso una mano en el brazo. —Haya pasado lo que haya pasado con quien fuera, eso no cambia el hecho de que eres la mejor cirujana con la que he trabajado. La junta puede suspenderte todo lo que quiera. Eso no te hace menos extraordinaria.

La amabilidad resultaba casi más difícil de soportar que los susurros. Isla sintió que las lágrimas le escocían en los ojos y las

contuvo, negándose a romperse en el hospital donde todo el mundo la estaba observando.

—Gracias —las palabras salieron roncas—. Te agradezco que digas eso.

—No lo digo por decir. Lo digo en serio. Y no soy la única —Tamsin le apretó el brazo—. El personal de traumatología ha estado hablando. Mucha gente está indignada con lo que está pasando. Saben la verdad, aunque la junta no quiera oírla.

—Ellos no son los que toman las decisiones.

—No, pero son los que mantienen este hospital en funcionamiento. Y están furiosos —los ojos de Tamsin se encendieron—. El Dr. Park ha dicho que está considerando presentar una queja formal sobre el proceso de investigación. Elena ha estado hablando con el sindicato de enfermería para hacer una declaración colectiva de apoyo. Incluso el Dr. Chen me dijo ayer que lo que te están haciendo es inadmisible.

—¿Chen? —Isla enarcó las cejas—. Chen nunca está seguro de qué pensar de mí.

—Chen te respeta. Hay una diferencia —la sonrisa de Tamsin era sombría—. El caso es que no estás sola en esto. Aunque te lo parezca.

Isla miró a su amiga, vio la determinación en su rostro y sintió que algo se aflojaba en su pecho. Había estado tan concentrada en la maquinaria institucional que avanzaba hacia su destrucción que se había olvidado de las personas. Los colegas que habían trabajado a su lado durante años. El personal que había confiado en ella para sus pacientes y su crecimiento profesional.

—La verdad no importa cuando se avecina una demanda.

—Quizá no. Pero importa a la gente que trabaja contigo. Que ha visto lo que eres capaz de hacer. Que debe su carrera y su vida a tus enseñanzas y a tu ejemplo —la voz de Tamsin era firme—. Has construido algo aquí, Isla. No dejes que te hagan olvidarlo.

Los siguientes días fueron una forma especial de tortura.

Isla se despertaba cada mañana con un momento de desorientación, con el cuerpo esperando la rutina de años. Alarma a

las cinco. Ducha. Café. El trayecto al hospital en la tranquila oscuridad previa al amanecer. Pero ahora no había nada por lo que levantarse. Ningún lugar al que ir. Nada que hacer excepto existir en el limbo de una suspensión temporal.

Técnicamente seguía empleada por Oakridge, pero tenía prohibido el trabajo clínico a la espera de la investigación. Tenía un despacho que podía usar, papeleo con el que teóricamente podía ponerse al día, pero la realidad era que no tenía nada que hacer más que quedarse a solas con sus pensamientos.

Las dudas sobre sí misma empezaron al segundo día.

Repasaba cada caso que había llevado, buscando pruebas de que se hubiera equivocado. De que su confianza hubiera sido arrogancia. De que las desviaciones que tanto preocupaban a la junta hubieran puesto realmente en riesgo a los pacientes.

¿Había sido imprudente con Sophie? Quizá un enfoque más conservador habría logrado el mismo resultado con menos riesgo. ¿Había presionado demasiado con el obrero de la construcción? Quizá el protocolo estándar habría sido suficiente si le hubiera dado más tiempo.

Pensó en el adolescente con el neumotórax, al que había intubado ante la mirada horrorizada de Marianne. El protocolo estándar habría exigido esperar, realizar pruebas de imagen adicionales, consultar con Neumología. Pero Isla había sabido, en sus entrañas, que esperar lo mataría.

¿Era real ese conocimiento? ¿O simplemente había tenido suerte?

Las preguntas se multiplicaban en su cabeza, cada una erosionando la certeza que había construido durante quince años de práctica. Siempre había confiado en sus instintos, creyendo que su experiencia le otorgaba una visión que los protocolos no podían captar. Pero ahora se preguntaba si esa confianza había sido hibris. Si había estado apostando con las vidas de los pacientes y convenciéndose a sí misma de que era habilidad. Siempre había creído que su juicio era sólido. Que sus instintos eran fiables. Que los resultados justificaban los métodos.

¿Pero y si se había estado engañando a sí misma?

El pensamiento era aterrador. Si su confianza era en realidad arrogancia, si su intuición era en realidad temeridad, entonces todo lo que creía sobre sí misma era falso. Cada decisión que había tomado era sospechosa. Cada paciente al que había atendido era alguien a quien podría haber dañado sin saberlo.

Empezó a evitar el hospital. Trabajaba desde casa cuando podía, alegando un «tiempo personal» que todo el mundo sabía que era en realidad un exilio. Pasaba horas mirando las paredes de su apartamento, sumida en una espiral de recuerdos y dudas.

El dolor por Marianne no ayudaba.

Cada vez que pensaba que tenía bajo control la crisis profesional, la personal resurgía. El modo en que Marianne la había mirado esa última noche. La fría precisión de sus palabras. La distancia calculada en sus ojos.

Quizá esto fue un error desde el principio.

¿Lo había sido? ¿Se había engañado Isla también con eso? ¿Había creído que estaban construyendo algo real cuando Marianne siempre se había mantenido reservada, siempre con un pie fuera?

Las señales habían estado allí, si era sincera consigo misma. La forma en que Marianne siempre parecía sorprendida por la intimidad, como si no la hubiera esperado. Los límites cuidadosos que mantenía incluso en sus momentos más vulnerables. La renuencia a hablar del futuro, a hacer planes, a comprometerse con algo más allá del siguiente encuentro secreto.

Isla se había dicho que era por las circunstancias. Por la naturaleza prohibida de su relación. Por la presión a la que ambas estaban sometidas. Había creído que, una vez terminada la auditoría, una vez resuelta la crisis externa, podrían construir algo real.

En lugar de eso, Marianne había elegido su carrera. Se había marchado en el momento en que la elección se volvió imposible de evitar. Había demostrado que todos los miedos de Isla sobre la vulnerabilidad y el abandono estaban justificados.

El apartamento se sentía como una prisión. Cada rincón guardaba recuerdos de Marianne. La cocina donde habían preparado el desayuno juntas. El sofá donde habían hablado durante horas. El dormitorio donde habían hecho el amor con una intensidad que lo había parecido todo.

Isla no podía escapar de nada de eso. No podía dejar de pensar en lo que había perdido. No podía convencerse de que estaba mejor sin alguien que elegiría la seguridad antes que el amor.

Porque la verdad era que una parte de ella entendía por qué Marianne había tomado esa decisión. Entendía el miedo a perder todo lo que había reconstruido. Entendía el terror a la vulnerabilidad cuando ya habías sido destruida una vez.

Esa comprensión no hacía que doliera menos.

Echaba de menos a Marianne con una intensidad que la sorprendía. Echaba de menos su voz en los momentos de silencio. Echaba de menos sus manos, su boca, el aspecto que tenía cuando finalmente bajaba la guardia. Echaba de menos tener a alguien que la conociera, que la conociera de verdad, bajo toda esa armadura profesional.

Las noches eran lo más duro. Isla se quedaba despierta mirando el techo, reviviendo cada momento que habían compartido. El primer beso en la sala de conferencias. El encuentro desesperado en los vestuarios. Las tranquilas mañanas en San Diego cuando se había permitido creer que tenían un futuro.

Había sido una estúpida al tener esperanzas. Sabía desde el principio que Marianne estaba herida de formas que hacían imposible el compromiso. Pero tuvo esperanzas de todos modos. Se permitió ser vulnerable. Confió su corazón a alguien.

Y ahora estaba pagando el precio.

Al cuarto día, recibió un mensaje de Elena, una de las enfermeras de trauma.

Solo quería que supieras que estamos pensando en ti. Eres la mejor, Dra. B. No dejes que te hagan olvidarlo.

Al día siguiente, otro mensaje. Este era de Marcus, el anestesista con el que trabajaba más a menudo.

Me he enterado de lo que pasa. Es una mierda. Salvaste a mi paciente el mes pasado cuando cualquier otro lo habría dejado morir. Eso cuenta para algo.

Los mensajes seguían llegando.

El departamento no es lo mismo sin ti. Vuelve pronto.

El apoyo era como un salvavidas. Un recordatorio de que su valor no lo definía el juicio de la junta ni la venganza de Shaw. Que la gente que realmente trabajaba con ella, que veía lo que era capaz de hacer, seguía creyendo en ella.

No podía detener la espiral de dudas y miedo. Pero la fe que tenían en ella —unas cuantas personas que realmente habían visto de lo que era capaz, que se mantenían a su lado cuando nadie más lo hacía— evitó que se hundiera por completo cuando el peso de la investigación amenazaba con arrastrarla al fondo.

A la semana de su suspensión, Isla recibió un mensaje de texto del Dr. Hartman.

¿COMEMOS? FUERA DEL CAMPUS. INVITO YO

Estuvo a punto de decir que no. Había estado evitando el contacto social, refugiándose en el aislamiento como siempre hacía cuando las cosas se ponían difíciles. Pero algo en la invitación se sentía diferente. Importante.

Se citaron en un pequeño restaurante tailandés lo bastante alejado del hospital como para que fuera poco probable que los vieran sus colegas. El rico aroma a limoncillo y coco llenaba el aire, y el vapor subía de los platos de las mesas cercanas. Hartman ya estaba en una mesa cuando llegó Isla, con el rostro grave pero los ojos aguzados por la determinación.

—Tienes un aspecto terrible —dijo él cuando ella se sentó.

—Gracias por la observación.

—Lo digo en serio. ¿Has estado comiendo? ¿Durmiendo?

—¿Esto es una intervención?

Hartman hizo una señal al camarero y pidió por los dos sin preguntar. Luego se inclinó hacia delante, con voz baja.

—La investigación es una farsa. Todo el mundo lo sabe. Los revisores externos están siguiendo un guion escrito antes incluso de empezar, y el resultado se decidió antes de la primera reunión.

—Me lo imaginaba.

—Shaw ha estado presionando para que se te retiren los privilegios de forma permanente. Está usando tu expediente como prueba de un patrón de desprecio a la autoridad institucional. Está presentando cada desviación como una insubordinación en lugar de como un juicio clínico.

Isla sintió un nudo frío en el estómago. —¿Y la junta le está escuchando?

—La junta tiene miedo. La familia Hendricks pide veinte millones de dólares por daños y perjuicios. Las aseguradoras amenazan con subir las primas. Todo el mundo busca a alguien a quien culpar, y tú resultas muy oportuna —la expresión de Hartman era sombría—. Van a sacrificarte para protegerse.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque no creo que debas permitirlo.

Isla lo miró fijamente. —¿Qué sugieres exactamente?

—Contraataca. Busca un abogado. Ve a la prensa si es necesario. Hazles ver que lo que están haciendo está mal —la voz de Hartman era feroz—. Eres la mejor cirujana de trauma que tiene este hospital. La mejor con la que he trabajado jamás. Si te destruyen para protegerse, merecen afrontar las consecuencias.

—¿Y qué hay de mi carrera? Si convierto esto en una pelea pública, no volveré a trabajar en medicina en la vida.

—Si dejas que hagan esto discretamente, no volverás a trabajar en medicina igualmente —Hartman extendió la mano sobre la mesa y cubrió la de ella con la suya—. La diferencia es si te hundes con tu integridad intacta.

Llegó la comida, pero Isla apenas se dio cuenta. Estaba pensando en todo lo que había construido durante los últimos quince años. Las habilidades que había desarrollado. Las vidas que había salvado. La persona en la que se había convertido.

¿Estaba dispuesta a dejar que todo eso fuera destruido sin luchar?

Pensó en Marianne, que había elegido la seguridad frente a la verdad. Que se había marchado antes que arriesgar su carrera por algo en lo que creía.

Isla no quería ser esa persona.

—Me lo pensaré —dijo finalmente.

Hartman asintió, aparentemente satisfecho. —Es todo lo que pido. No te rindas sin luchar. Vales más que eso. Para este hospital y para todos los que alguna vez han sido salvados por tus manos.

Comieron en silencio, pero la mente de Isla iba a mil por hora. Había pasado la última semana ahogándose en dudas, cuestionando todo lo que siempre había creído de sí misma. Pero las palabras de Hartman habían prendido una chispa. Un recordatorio de que nunca había sido alguien que se rindiera. Nunca había sido alguien que aceptara la derrota sin combatir.

Las dudas no habían desaparecido. Las preguntas seguían dando vueltas en su cabeza, como buitres esperando el momento de debilidad. Pero bajo ellas, algo más se estaba agitando. Una llama que se había atenuado pero no extinguido.

Ella era Isla Bennett. Había sobrevivido a la facultad de medicina a base de terquedad y café solo. Se había abierto camino durante la residencia negándose a aceptar que algo fuera imposible. Había forjado una reputación como la cirujana a la que otros cirujanos llamaban cuando nadie más sabía qué hacer.

Puede que la junta le tuviera miedo. Puede que la administración quisiera sacrificarla. Pero no se lo iba a poner fácil.

Quizá era hora de recordar quién era realmente.

Mientras salía del restaurante a la luz del sol de la tarde, Isla sintió que algo cambiaba en su pecho. No era esperanza exactamente. Todavía no. Pero era algo parecido a la determinación. La voluntad de luchar, incluso sin saber cuál sería el resultado.

Pensó en Marianne, brevemente. Se preguntó si estaría viendo cómo se desarrollaba la investigación. Se preguntó si se arrepentía de su elección. Se preguntó si lo haría alguna vez.

Luego apartó el pensamiento. Marianne había tomado su decisión. Ahora Isla tenía que tomar la suya.

Y no iba a dejar que el miedo decidiera por ella.

18

MARIANNE

El correo electrónico llegó a la bandeja de entrada de Marianne a las 7:47 de la mañana.

Ya estaba sentada en su escritorio, pues había llegado temprano para preparar la revisión final de la junta sobre la investigación de Bennett. El asunto era inofensivo. *Notificación al personal - Cambio de plantilla*. El tipo de mensaje administrativo que llegaba todos los días y que solía archivarse sin ni siquiera leerlo.

Estuvo a punto de borrarlo.

Pero algo la impulsó a hacer clic. Algún instinto, un susurro de temor que le decía que este mensaje en particular era diferente.

ESTIMADOS COLEGAS:

Les informamos de que la Dra. Isla Bennett ha presentado su renuncia al Hospital Oakridge, con efecto inmediato. La Dra. Bennett ha sido un miembro valioso de nuestro departamento de cirugía traumatológica durante los últimos cinco años y le deseamos lo mejor en sus futuros proyectos. Las medidas de cobertura para el servicio de traumatología se comunicarán por separado.

RECURSOS HUMANOS

Marianne se quedó mirando la pantalla. Las palabras se emborronaron, reordenándose en un patrón que no alcanzaba a procesar.

Isla había dimitido.

Antes de que concluyera la investigación. Antes de que la junta tomara su decisión final. Antes de que Marianne tuviera oportunidad de hacer nada, de arreglar nada, de encontrar alguna salida a la situación imposible que ella misma había creado.

Isla se había ido.

La realidad de lo sucedido la golpeó en oleadas. Isla dejando Oakridge. Dejando a los pacientes que la necesitaban. Dejando al personal que la adoraba. Dejando todo lo que había construido a lo largo de cinco años porque no soportaba participar en un proceso que consideraba injusto.

Dejando a Marianne.

Aquella constatación se le asentó en el pecho como un golpe físico. Había pensado que la investigación se alargaría durante meses. Había imaginado interminables reuniones de comités y procesos de revisión, un tiempo que de algún modo podría permitir una resolución. Un tiempo que podría haberla dejado encontrar la forma de arreglar lo que había roto.

Pero Isla no había esperado. No le había dado a la institución la satisfacción de decidir su destino. Había tomado el control de lo único que podía controlar: su propia partida.

Era exactamente lo que Marianne debería haber esperado. Isla nunca había sido alguien que aceptara la derrota en silencio. Nunca había dejado que otros definieran su valía o determinaran su futuro.

Y Marianne la había subestimado. Había dado por hecho que Isla lucharía contra la investigación a través de los canales oficiales. Nunca se le ocurrió que simplemente podría dejarlo todo atrás antes que participar en un proceso injusto.

Pensó en su última conversación. En las frías palabras que había pronunciado. En la distancia deliberada que había mantenido. Se había dicho a sí misma que estaba siendo realista. Que las estaba protegiendo a ambas al terminar las cosas de forma limpia.

Pero esto no tenía nada de limpio. Esto era el caos.

Sonó su teléfono. Era el número de Alexandra.

—Señorita Cole. A mi despacho. Ahora.

La directora general colgó antes de que Marianne pudiera responder.

El despacho de Alexandra se sentía diferente hoy. Su habitual y cuidadosa compostura estaba resquebrajada; las líneas de tensión alrededor de sus ojos eran más profundas de lo que Marianne había visto jamás. Victor Shaw ya estaba allí, con expresión ilegible y una postura cargada de satisfacción contenida.

—Siéntese —Alexandra señaló la silla frente a su escritorio—. Tenemos un problema.

—La dimisión de la doctora Bennett.

—La dimisión de la doctora Bennett —repitió Alexandra como si fuera una sentencia de muerte—. La presentó directamente a RR. HH. anoche, saltándose el período de preaviso reglamentario alegando un entorno laboral hostil. El sindicato ya está haciendo preguntas. La oficina del personal médico está inundada de quejas. Y tenemos un servicio de traumatología que de repente se ha quedado sin uno de sus cirujanos más productivos.

—La investigación...

—La investigación ya no es relevante —dijo Shaw con voz fluida —. La doctora Bennett se ha sustraído a nuestra jurisdicción. Cualquier conclusión a la que hubiéramos podido llegar ya no se aplica.

—Pero la demanda...

—La demanda seguirá adelante de todos modos —dijo Alexandra con voz afilada—. La familia Hendricks no va a retirar el caso solo porque el cirujano al que culpan haya dimitido. En todo caso, la partida de Bennett nos hace parecer culpables. Como si hubiéramos intentado forzar su salida en lugar de abordar preocupaciones legítimas.

Marianne sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Había pensado que el peor de los escenarios era que suspendieran a Isla permanentemente. Nunca había considerado que Isla pudiera eliminarse a sí misma de la ecuación por completo.

—¿Qué ocurre ahora?

—Ahora nos toca lidiar con las consecuencias —dijo Alexandra con la mirada dura—. El servicio de traumatología está en crisis. El doctor Hartman ha estado intentando organizar la cobertura, pero Bennett se encargaba de una parte significativa de los casos más complejos del departamento. Sin ella, veremos peores resultados, tiempos de espera más largos y una mayor exposición a responsabilidades legales.

La ironía era demoledora. Todo el propósito del trabajo de Marianne había sido reducir la exposición a responsabilidades legales. Identificar riesgos e implementar controles que protegieran al hospital de exactamente este tipo de catástrofe.

En su lugar, su auditoría había ahuyentado a la persona que hacía que el hospital funcionara. Había eliminado a la cirujana que salvaba vidas que nadie más podía salvar. Había creado el mismo desastre que la habían contratado para prevenir.

—La junta va a convocar una sesión de emergencia esta tarde —continuó Alexandra—. Quieren una rendición de cuentas completa de cómo hemos llegado hasta aquí y qué vamos a hacer al respecto. La necesito allí.

—Por supuesto.

—Y Shaw. —Alexandra se volvió hacia el asesor legal—. Quiero que prepare una declaración para la prensa. Algo sobre honrar las contribuciones de la doctora Bennett mientras enfatizamos nuestro compromiso con la seguridad del paciente. Tenemos que adelantarnos a esto antes de que la narrativa se nos escape de las manos.

—Ya está redactada —dijo Shaw con una leve sonrisa—. Anticipé que podríamos necesitar algo de esta índole.

Claro que lo había hecho. Shaw se había estado posicionando para este desenlace desde el principio. Había utilizado la auditoría de Marianne como un arma para lograr exactamente lo que quería: la eliminación de una cirujana que desafiaba la autoridad institucional.

Y Marianne le había ayudado a hacerlo.

La zona de traumatología era un caos cuando Marianne pasó por allí de camino a la reunión de la junta.

No debería haber venido por aquí. Debería haber tomado los pasillos administrativos que evitaban las áreas clínicas. Pero algo la había atraído hasta este lugar. Alguna necesidad de ver lo que su trabajo había logrado realmente.

Las puertas se deslizaron y lo primero que la golpeó fueron los sonidos. Alarmas pitando. Voces alzadas en una comunicación urgente. Esa cualidad particular de pánico controlado que caracteriza a la medicina de urgencias en su punto más intenso. El penetrante olor metálico de la sangre y el picor de la betadina llenaron su nariz, olores que había intentado olvidar en las semanas transcurridas desde su marcha de la clínica.

Isla se habría movido a través de este caos como un director al frente de una orquesta. Habría aportado calma y certeza a la peor de las emergencias. Habría tomado decisiones en fracciones de segundo que habrían convertido desastres en lesiones de las que se puede sobrevivir.

Pero Isla ya no estaba aquí.

El daño ya era visible.

Tres pacientes críticos en camas que deberían haber estado bajo la supervisión de los ojos experimentados de Isla. Residentes

luchando con casos que superaban su nivel de destreza. Médicos adjuntos de otros departamentos llamados para ayudar, cuya falta de familiaridad con los protocolos de trauma era evidente en sus dudas.

Un aviso de código azul resonó por los altavoces. Marianne observó cómo un equipo pasaba corriendo junto a ella; sus movimientos estaban coordinados, pero sus expresiones reflejaban una preocupación que el equipo de Isla nunca habría mostrado.

—No podemos hacer esto sin ella —oyó decir a una enfermera a una colega—. La doctora Bennett ya habría estabilizado a ese paciente. Lo vamos a perder.

Otra voz, desde el otro lado del box de paradas: —Nunca lo había visto tan mal. Han entrado tres casos críticos desde esta mañana y no tenemos a nadie que pueda manejarlos.

—¿Y el doctor Hartman?

—Ya está en quirófano. Tardará horas.

—El paciente de la cama tres no tiene horas.

Las palabras atravesaron la distancia profesional de Marianne como un cuchillo.

Un joven residente se inclinaba sobre un paciente; le temblaban las manos mientras intentaba insertar un tubo de tórax. Debería haber sido un procedimiento rutinario, pero el paciente estaba inestable y el residente estaba claramente fuera de su alcance. En circunstancias normales, Isla habría estado allí para guiarlo, para tomar el relevo si fuera necesario, para asegurar que el paciente recibiera los cuidados que precisaba.

En lugar de eso, el residente titubeó. Cometió un error. Tuvo que empezar de nuevo mientras las constantes vitales del paciente se deterioraban en los monitores.

Esto era lo que ella había hecho. No en el lenguaje abstracto de los informes de riesgos y las evaluaciones de responsabilidad, sino en la realidad concreta de pacientes que podrían morir porque la cirujana que podría haberlos salvado se había ido.

Había elegido la seguridad por encima de la excelencia. El proceso por encima de los resultados. Su propia carrera por encima de las vidas que Isla protegía.

Y habría personas que sufrirían por esa elección.

La reunión de la junta fue un desastre.

Marianne se sentó a la mesa de conferencias y observó cómo la institución que había intentado proteger se despedazaba a sí misma. Los miembros de la junta que habían exigido responsabilidades por las desviaciones de la doctora Bennett ahora exigían responsabilidades por su partida. Las mismas voces que habían presionado por una supervisión más estricta preguntaban ahora por qué nadie había previsto las consecuencias.

—Estamos ante un aumento del quince por ciento en las proyecciones de mortalidad por traumatismos —el director médico presentó las cifras con una lúgubre eficacia—. La doctora Bennett se encargaba del cuarenta por ciento de nuestros casos complejos. Sus resultados eran significativamente mejores que las medias del departamento. Sin ella, veremos más muertes, más complicaciones y más demandas.

—Pues tráiganla de vuelta. —Uno de los miembros de la junta enunció lo obvio.

—No va a volver —dijo Alexandra con voz plana—. Lo dejó muy claro en su carta de renuncia. Acusó al hospital de crear un entorno laboral hostil, de priorizar la autoprotección institucional por encima del cuidado del paciente y de castigar la excelencia clínica para apaciguar a las aseguradoras.

—¿Puede demostrar eso?

—Tiene cinco años de documentación que demuestra que sus resultados superaban a los de todos los demás mientras se la investigaba por las mismas decisiones que producían esos resultados —dijo Shaw, con la voz inusualmente apagada—. Si decide hacerse pública, tendremos una pesadilla de relaciones públicas encima de todo lo demás.

—Esto es culpa suya. —Uno de los miembros de la junta se volvió hacia Marianne—. Su auditoría empezó todo esto. Identificó a la doctora Bennett como un riesgo y ahora se ha ido.

—La identifiqué como nuestra profesional de mayor rendimiento que también presentaba la mayor cantidad de desviaciones

documentadas. —Marianne oyó su propia voz como si viniera de lejos—. Recomendé una mayor supervisión, no el despido.

—Pero su documentación se utilizó para justificar la investigación. Sus hallazgos le dieron a Shaw la munición que necesitaba.

—Esa no era... —Marianne empezó a defenderse, pero se detuvo.

Porque aquel consejero tenía razón. Cualesquiera que hubieran sido sus intenciones, el resultado era claro. Su cuidadosa documentación había sido utilizada como arma. Su evaluación profesional había sido retorcida para construir un caso para la eliminación de Isla. Le había entregado el cuchillo a Shaw y ahora fingía que no sabía cómo lo usaría.

La discusión prosiguió, las voces subían y bajaban, la culpa pasaba de una persona a otra. Pero Marianne apenas escuchaba nada.

Estaba pensando en Isla.

En la mujer que la había sostenido durante sus crisis y confesiones. Que había mirado sus cicatrices y la había amado de todos modos. Que había confiado en ella con algo precioso y frágil.

Marianne había destruido esa confianza. Se había marchado cuando Isla más la necesitaba. Había elegido su carrera por encima de la mujer a la que amaba.

Y ahora estaba sentada en una sala de juntas viendo cómo se desarrollaban las consecuencias, y lo único en lo que podía pensar era en lo equivocada que había estado.

No solo profesionalmente. No solo respecto a la auditoría o la investigación o las dinámicas institucionales. Sino respecto a todo.

Se había dicho a sí misma que proteger su carrera era lo mismo que protegerse a sí misma. Que la seguridad y la supervivencia requerían muros y distancia y una gestión cuidadosa de la vulnerabilidad. Que el amor era una responsabilidad que debía controlarse, no una fuerza que debía cultivarse.

Pero mira adónde la había llevado aquello.

Tenía una carrera que podría sobrevivir a esta crisis, pero ¿a qué precio? Se había protegido de la vulnerabilidad, pero también se había protegido de la conexión, del significado, de cualquier cosa que hiciera que la vida valiera la pena.

Había elegido ser el tipo de persona que causaba daño ocultándose tras las reglas.

Y se odiaba por ello.

La reunión terminó sin resolución. La junta volvería a reunirse mañana. Shaw prepararía más declaraciones. Alexandra gestionaría la crisis lo mejor que pudiera.

Y Marianne volvió a su despacho y se sentó rodeada de su meticulosa documentación y sus cuidadosos protocolos.

La luz de la tarde entraba de lado por su ventana, proyectando largas sombras sobre las pilas de archivos en su escritorio. Fuera, podía oír los sonidos distantes del hospital continuando su funcionamiento. Avisos por megafonía. El zumbido del aire acondicionado. El ritmo particular de una institución que seguía moviéndose independientemente de las crisis que se desarrollaran entre sus muros.

Pensó en el Riverside General. En las semanas posteriores al desastre, cuando se había sentado en otro despacho, rodeada de expedientes diferentes, viendo cómo su carrera se desmoronaba a su alrededor. Se había jurado entonces que nunca volvería a estar en esa posición. Que nunca se permitiría ser vulnerable a la traición institucional.

¿Y qué había hecho en su lugar? Se había convertido en el instrumento de esa traición. Había construido la documentación que hizo posible la destrucción de otra persona. Se había convencido a sí misma de que seguir órdenes era lo mismo que estar a salvo.

Todo lo que había construido estaba aquí. Cada evaluación de riesgos, cada informe de auditoría, cada recomendación diseñada para proteger a la institución del caos del juicio individual. El trabajo de meses, tal vez años. El logro profesional que se suponía que probaba que se había recuperado del Riverside General.

Ahora todo aquello le parecía carente de sentido.

Porque la verdad era que una gestión de riesgos sin excelencia clínica era exactamente lo que ella había creado. Un sistema que castigaba a las mismas personas que hacían que el sistema

funcionara. Un marco que priorizaba la documentación sobre los resultados, el proceso sobre los logros, la seguridad sobre la verdad.

Se había convertido en la institución que siempre había odiado.

La toma de conciencia fue devastadora. Marianne apoyó la cabeza en el escritorio y lloró. Lloró de verdad, por primera vez desde aquella noche en su apartamento después de haber terminado las cosas con Isla. Lloró por la mujer que había perdido. Por la carrera que había corrompido. Por la persona en la que se había convertido.

Había pasado toda su vida intentando estar a salvo. Intentando construir muros lo suficientemente altos para que nadie pudiera herirla. Intentando mantener el control sobre todo lo que pudiera derivar en caos.

¿Y qué había conseguido?

Un apartamento vacío. Una carrera comprometida. El conocimiento de que había destruido algo insustituible porque tenía demasiado miedo para luchar por ello.

Pensó en Isla. En el valor que se requería para hacer lo que ella había hecho. Alejarse de todo lo que había construido antes que participar en un proceso injusto. Elegir la integridad sobre la seguridad, la verdad sobre la supervivencia.

Ese era el tipo de persona que era Isla. Alguien que defendía algo. Alguien que tomaba decisiones difíciles y vivía con las consecuencias. Alguien que era lo bastante valiente como para ser vulnerable.

Marianne nunca había sido esa persona. Siempre había elegido el camino seguro, el cálculo cuidadoso, la retirada estratégica.

Pero quizá no fuera demasiado tarde para cambiar.

Levantó la cabeza y miró sus archivos. La documentación que se había utilizado para destruir la carrera de Isla. Las pruebas que demostraban exactamente lo que Marianne había sabido todo el tiempo: que los verdaderos problemas en Oakridge no eran los profesionales individuales sino los fallos sistémicos.

Las pruebas estaban todas allí. La falta de personal. Los recursos inadecuados. Las decisiones administrativas que priorizaban las preocupaciones financieras sobre el apoyo clínico. Todo lo que

necesitaba para demostrar que Isla había sido un chivo expiatorio para cubrir la negligencia institucional.

Pensó en lo que significaría utilizarlo. Levantarse ante la junta y decirles que todo su enfoque de la gestión de riesgos estaba equivocado. Que castigar a médicos excelentes por adaptarse a sistemas de apoyo inadecuados era la verdadera responsabilidad legal. Que la institución que intentaban proteger estaba siendo destruida por las mismas estrategias que utilizaban para salvarla.

Alexandra se pondría furiosa. Shaw intentaría desacreditarla. La junta la despediría por ir en contra de todo lo que le habían pedido que hiciera.

Perdería su carrera. Su reputación. Su tan costosa sensación de seguridad.

Pero ¿cuánto valía esa seguridad, realmente?

Pensó en su apartamento vacío con su decoración minimalista y su falta de fotografías. En los muros que había construido tan altos que nadie podía herirla, pero que también significaban que nadie podía llegar a ella. En la distancia profesional que había mantenido al coste de cada conexión significativa que alguna vez había intentado entablar.

Pensó en Isla. En la forma en que sus ojos se veían esa última noche, llenos de dolor, traición y esperanza. En la oportunidad que Marianne había desperdiciado porque tenía demasiado miedo para aprovecharla.

Sería lo correcto.

Y tal vez, después de todo lo que había hecho mal, era hora de hacer algo bien.

Marianne se enderezó en su escritorio. Se secó los ojos. Sacó los archivos pertinentes de su cajón y empezó a organizarlos.

Mañana solicitaría una reunión con Alexandra Vale. Presentaría las pruebas. Diría la verdad, le costara lo que le costara.

Y esperaría que en algún lugar, de alguna manera, Isla supiera que finalmente había encontrado el valor para luchar.

19

MARIANNE

Marianne llegó al despacho de Alexandra Vale a las ocho de la mañana.

Apenas había dormido la noche anterior. Había pasado las horas posteriores a la medianoche organizando sus archivos, preparando su presentación, practicando las palabras que tendría que decir. Las pruebas eran exhaustivas. Acongojantes. Todo lo que necesitaba para demostrar que los problemas de Oakridge eran sistémicos, no individuales.

Y todo lo que necesitaba para destruir su propia carrera.

El asistente de Alexandra levantó la vista con una sorpresa apenas disimulada. —Señora Cole. La directora ejecutiva no la espera hasta la reunión de la tarde.

—Lo sé. Necesito hablar con ella antes de eso. Es urgente.

El asistente vaciló, sopesando claramente el protocolo frente a la intensidad en la voz de Marianne. —Déjeme comprobar si está disponible.

Unos minutos más tarde, acompañaron a Marianne al despacho de la esquina donde se había sentado tantas veces antes. El olor a café recién hecho y a muebles de cuero caro la recibió, el aroma del poder cuidadosamente cultivado. Alexandra estaba detrás de su

escritorio, con expresión cautelosa y unas ojeras que sugerían que ella tampoco había dormido mucho.

—Señora Cole. Esto es inesperado.

—Le pido disculpas por la intrusión. —Marianne dejó sus carpetas sobre el escritorio, entre ambas—. Pero tengo información que no puede esperar a la reunión de la junta.

La mirada de Alexandra bajó a los archivos. —¿Qué tipo de información?

—Del tipo que cambia todo lo que nos hemos estado diciendo sobre la doctora Bennett y este hospital. —Marianne se sentó sin que la invitaran—. He pasado los últimos meses auditando nuestros protocolos de gestión de riesgos. Lo que encontré se suponía que debía demostrar que el problema eran los profesionales individuales. En cambio, demuestra que el problema es la institución.

—No estoy segura de entenderlo.

—Permítame ser clara. —Marianne abrió la carpeta superior y extendió los documentos sobre el escritorio de Alexandra—. Las desviaciones de protocolo de la doctora Bennett no eran pruebas de imprudencia. Eran pruebas de un fallo sistémico. Se desvió porque nuestros niveles de personal son inadecuados. Porque nuestro equipo está anticuado. Porque nuestros protocolos fueron diseñados por comités que priorizaron la protección contra la responsabilidad civil por encima de la realidad clínica.

—Esa es una acusación seria.

—Es un problema serio. —Marianne sacó un gráfico que había preparado—. Mire esto. Cada desviación importante en el expediente de la doctora Bennett se correlaciona con una limitación de recursos documentada. ¿El caso en el que usó un medicamento no autorizado? La alternativa aprobada estaba agotada esa noche. ¿La cirugía en la que se desvió del enfoque estándar? Tenía dos enfermeros en lugar de los tres habituales debido a la escasez de personal.

Alexandra estudió el gráfico, con expresión ilegible. —Esto no la exonera. Siguió tomando decisiones que no estaban sancionadas por la política institucional.

—Tomó decisiones que salvaron vidas. —Marianne se inclinó hacia delante, con voz firme—. Eso es lo que se nos ha pasado por alto. Hemos estado tan centrados en documentar las desviaciones que nos olvidamos de preguntar por qué ocurrieron. Y la respuesta no es que la doctora Bennett sea una imprudente. La respuesta es que nuestra institución no le dio los recursos que necesitaba para ejercer la medicina de forma segura.

—Aunque eso sea cierto...

—Es cierto. —Marianne sacó otro documento—. He rastreado cada desviación importante hasta una causa sistémica. Falta de personal. Fallos en el equipo. Conflictos de protocolos que obligan a los médicos a elegir entre prioridades contrapuestas. El patrón es inconfundible.

Alexandra estudió las pruebas extendidas sobre su escritorio. Cuando levantó la vista, su expresión había pasado de cautelosa a calculadora.

—¿Qué quiere que haga con esto?

—Quiero que lo presente a la junta. Quiero que reconozca que la investigación sobre la doctora Bennett estuvo mal dirigida. Que se la utilizó como chivo expiatorio para cubrir fallos institucionales que no tienen nada que ver con su criterio ni con sus métodos.

—Eso significaría admitir que nos equivocamos.

—Nos equivocamos. —La voz de Marianne era feroz—. Y el coste de ese error ya es visible. El departamento de traumatología está en crisis. Los pacientes están sufriendo porque la cirujana que podría haberlos salvado fue expulsada por un proceso diseñado para proteger a la institución de sus propios fallos.

Alexandra se recostó en su silla, con los dedos entrelazados bajo la barbilla. —¿Entiende lo que me está pidiendo? Si presento esto a la junta, habrá consecuencias. Para mí, para Shaw, para todos los implicados en la investigación.

—Lo entiendo.

—Incluida usted. —La mirada de Alexandra era afilada—. Su auditoría fue la base del caso contra la doctora Bennett. Si reconocemos que la auditoría estaba mal dirigida, su reputación profesional será cuestionada.

Marianne sabía que esto llegaría. Había pasado la noche preparándose para este mismo momento. —Soy consciente de las implicaciones.

—¿Y está dispuesta a aceptarlas?

—Estoy dispuesta a decir la verdad. —Marianne se puso de pie, recogiendo sus archivos—. Lo que usted haga al respecto depende de usted. Pero me voy a asegurar de que la junta reciba esta información de una forma u otra.

Alexandra entrecerró los ojos. —¿Es eso una amenaza?

—Es una declaración de hechos. —Marianne le sostuvo la mirada con firmeza—. Me contrataron para identificar y abordar los riesgos de esta institución. El mayor riesgo ahora mismo no es el juicio de la doctora Bennett. Es nuestra propia falta de voluntad para reconocer que nuestros sistemas están fallando. Tengo la intención de abordar ese riesgo, con o sin su apoyo.

Alexandra no dijo nada. Con los dedos entrelazados bajo la barbilla, entrecerró los ojos mientras sopesaba opciones y consideraba ángulos. Era una mujer que había sobrevivido a la política institucional durante décadas. Encontraría la manera de protegerse, pasara lo que pasara.

—Deje los archivos —dijo finalmente Alexandra—. Los revisaré antes de la reunión de la junta.

—¿Y?

—Y tomaré una decisión basada en lo que sea mejor para esta institución. —La expresión de Alexandra era ilegible—. Es todo lo que puedo prometer.

Marianne se levantó para irse, pero se detuvo en la puerta. —Hay una cosa más que debería saber.

—¿Dígame?

—He preparado una segunda versión de este informe. Una que irá directamente al consejo médico si el hospital sigue ocultando esta información. —La expresión de Alexandra pasó del cálculo a la preocupación—. No estoy intentando amenazarla. Estoy intentando asegurarme de que la verdad salga a la luz, de una forma u otra.

—Comprende que eso destruiría su carrera.

—Comprendo que quedarme callada destruiría algo más importante. —Marianne le sostuvo la mirada con firmeza—. He pasado toda mi vida priorizando mi carrera sobre mi conciencia. Ya no estoy dispuesta a seguir haciéndolo.

Alexandra guardó silencio. Luego, de forma casi imperceptible, su expresión se suavizó.

—La doctora Bennett debe de ser una mujer excepcional.

Marianne no respondió. Simplemente salió, dejando atrás los archivos.

No era suficiente. Pero era algo.

Marianne pasó las dos horas siguientes en su despacho, esperando.

Había hecho lo que había podido. Había presentado las pruebas. Había expuesto su caso. Ahora el resultado estaba fuera de sus manos.

La espera era insoportable.

Pensó en todas las decisiones que la habían llevado hasta aquí. La decisión de aceptar este trabajo. La elección de abordar la auditoría con su habitual minuciosidad meticulosa. El momento en que se dio cuenta de que su documentación se estaba utilizando para destruir a alguien en lugar de protegerlo.

Pensó en Isla. En la mujer que había visto a través de todas sus defensas y la había amado de todos modos. En la confianza que había roto y la relación que había destruido.

Incluso si Alexandra presentaba las pruebas. Incluso si la junta rectificaba. Incluso si Isla era exonerada e invitada a regresar. Eso no arreglaría lo que Marianne había hecho. No desharía la traición. No recuperaría el amor que había desechado.

Hay cosas que no se pueden arreglar con informes y presentaciones. Ciertos daños requieren un tipo de valor diferente.

Su teléfono sonó. La extensión de Alexandra.

—La reunión de la junta se ha adelantado. Una hora. Esté allí.

La línea se cortó.

La sala de juntas estaba abarrotada.

Cada asiento de la larga mesa de conferencias estaba ocupado. Se habían traído sillas adicionales para los observadores. Victor Shaw ya estaba allí, con expresión cautelosa, presintiendo claramente que algo había cambiado.

Alexandra Vale estaba de pie a la cabecera de la mesa, con los archivos de Marianne extendidos frente a ella.

—Gracias a todos por venir con tan poco margen. —Su voz era tranquila, controlada—. He recibido nueva información que afecta significativamente a nuestro debate sobre la situación de la doctora Bennett.

Shaw se inclinó hacia delante. —¿Qué tipo de información?

—Pruebas que sugieren que nuestra investigación estuvo mal dirigida. —Alexandra asintió hacia Marianne—. La señora Cole presentará los detalles.

Marianne se levantó y caminó hacia la parte delantera de la sala. El corazón le latía con fuerza, pero su voz era firme. Había pasado quince años construyendo una carrera basada en el análisis cuidadoso y la comunicación clara. Esta sería la presentación más importante de su vida.

—Durante los últimos meses, he estado llevando a cabo una auditoría integral de nuestros protocolos de gestión de riesgos. —Empezó a distribuir copias de su documento resumen—. Mis hallazgos iniciales se centraron en profesionales individuales, particularmente en la doctora Bennett, cuyo expediente mostraba el mayor número de desviaciones de protocolo.

—Ya sabemos esto. —La voz de Shaw era impaciente—. Sus hallazgos respaldaron la investigación.

—Mis hallazgos estaban incompletos. —Marianne le sostuvo la mirada directamente—. Cuando amplié mi análisis para incluir factores institucionales, surgió un patrón diferente. La mayoría de las desviaciones de la doctora Bennett se correlacionan directamente con fallos sistémicos documentados.

Les guió a través de las pruebas. La escasez de personal. Las limitaciones de equipo. Los conflictos de protocolos. Las decisiones administrativas que habían obligado a los médicos a improvisar de formas que luego se caracterizaron como no autorizadas.

—La conclusión es inevitable. —Se volvió para mirar directamente a la junta—. La doctora Bennett no era un lastre para esta institución. Estaba compensando nuestros fallos. Cada desviación, cada decisión no autorizada, cada riesgo que tomó fue un intento de salvar a pacientes a pesar de las limitaciones que le habíamos impuesto.

—Esto es absurdo. —La voz de Shaw era tajante—. ¿Nos pide que creamos que nuestros sistemas son el problema, y no el juicio de ella?

—Les pido que miren las pruebas. —Marianne mantuvo la voz calmada—. Las cuales muestran exactamente eso. Nuestros niveles de personal son inadecuados para el volumen de pacientes que atendemos. Nuestro equipo está anticuado. Nuestros protocolos fueron diseñados para condiciones ideales que rara vez existen en la práctica clínica real.

—Está desviando la culpa de un profesional individual a la institución. —La voz de Shaw era fría—. Es una narrativa conveniente, pero no aborda la cuestión fundamental del criterio profesional.

—La cuestión fundamental es que creamos condiciones en las que el criterio profesional era lo único que se interponía entre nuestros pacientes y una muerte evitable. —Marianne se volvió para encararlo directamente—. Cada vez que la doctora Bennett se desviaba del protocolo, estaba compensando fallos que nunca deberían haber ocurrido. Fallos de los que nosotros, como institución, somos responsables.

—Esa es su interpretación...

—Esas son las pruebas. —Señaló los documentos frente a los miembros de la junta—. La página siete muestra los niveles de personal en cada noche en que se citó a la doctora Bennett por una desviación. Estábamos sistemáticamente entre un veinte y un treinta por ciento por debajo de los mínimos recomendados. La página doce muestra los informes de fallos de equipo que corresponden a sustituciones de medicamentos no autorizadas. La página quince muestra...

—Suficiente. —Uno de los miembros de la junta levantó una mano—. Podemos leer los documentos nosotros mismos, señora Cole.

—Entonces léanlos. Y pregúntense si realmente era a la doctora Bennett a quien se debería haber investigado, o si hemos estado mirando en la dirección equivocada todo este tiempo.

—Incluso si eso fuera cierto, no justifica...

—Lo justifica todo. —Marianne lo interrumpió—. La doctora Bennett se adaptó a la realidad de nuestra institución. Tomó decisiones que salvaron vidas dentro de unas limitaciones bajo las cuales nadie debería tener que trabajar. Y en lugar de abordar esas limitaciones, intentamos eliminarla.

La sala de juntas quedó en silencio. Los miembros de la junta intercambiaron miradas, ajustando papeles con los dedos, tensando las mandíbulas mientras procesaban sus palabras y reconsideraban todo lo que habían asumido sobre la situación.

—¿Qué propone? —preguntó uno de los miembros de la junta.

—Propongo que reconozcamos la verdad. Que abandonemos la investigación sobre la doctora Bennett. Que la invitemos a regresar bajo una estructura de protocolos revisada que realmente apoye la excelencia clínica en lugar de castigarla. —Marianne tomó aire—. Y propongo que nos comprometamos a abordar los problemas sistémicos que crearon esta situación en primer lugar.

—Eso requeriría una inversión significativa —dijo Alexandra lentamente.

—Eso requeriría hacer nuestro trabajo. —La voz de Marianne era feroz—. Se supone que debemos proteger a los pacientes, no protegernos a nosotros mismos de rendir cuentas. Si no podemos hacer eso, entonces todo lo demás no tiene sentido.

La discusión que siguió fue acalorada.

Shaw contraatacó, argumentando que el análisis de Marianne era defectuoso, que estaba demasiado involucrada en la situación, que sus conclusiones estaban diseñadas para proteger a alguien a quien tenía un interés personal en proteger. Pero sus argumentos sonaban vacíos ante el peso de las pruebas.

Al final, la junta votó a favor de suspender la investigación a la espera de una nueva revisión. No era una victoria total, todavía no. Pero era un paso.

Después de la reunión, Marianne regresó a su despacho y empezó a recoger sus cosas.

Sabía que esto llegaría. Se había preparado para ello desde el momento en que decidió presentar sus pruebas. Puede que la junta hubiera votado a favor de reconsiderar la situación de Bennett, pero no habían olvidado que Marianne era quien los había desafiado. Quien los había acusado de fallo sistémico. Quien había contradicho públicamente la narrativa que llevaban meses construyendo.

Probablemente no la despedirían. Pero la marginarían. La dejarían a un lado. Le darían proyectos insignificantes mientras el trabajo real se hacía sin su aportación.

No estaba dispuesta a aceptar eso.

De pie ante su ventana, mirando el campus del hospital que estaba a punto de dejar atrás, Marianne pensó en lo que este lugar había significado para ella. Había sido su segunda oportunidad. Su oportunidad de demostrar que Riverside General no la había roto por completo. Su oportunidad de reconstruir una carrera y una vida de las cenizas de una traición institucional.

Lo había conseguido. Había demostrado ser capaz y competente. Se había ganado el respeto, aunque nunca se hubiera ganado la confianza.

Pero también había perdido algo en el proceso. Había sacrificado las partes de sí misma que no encajaban perfectamente en las categorías profesionales. Se había dicho a sí misma que la seguridad y la carrera eran lo mismo que la felicidad y la plenitud.

Isla le había demostrado lo equivocada que estaba. Había agrietado los muros que Marianne había construido y había dejado entrar la luz en los lugares oscuros que ella tanto se había esforzado en ignorar.

Y Marianne había pagado ese regalo con la traición. Se había alejado cuando más importaba. Había elegido la institución sobre la persona, tal como todos en Riverside habían hecho con ella.

Ahora estaba eligiendo de forma diferente. Eligiendo la verdad sobre la seguridad. Eligiendo la integridad sobre la supervivencia. Eligiendo ser la persona que quería ser, aunque le costara todo.

La carta de renuncia le llevó menos de cinco minutos. Clara, profesional, con efecto inmediato. No explicó sus razones ni hizo acusaciones. Solo expuso su decisión y les agradeció la oportunidad.

Luego caminó hacia el despacho de Alexandra y se la entregó a su asistente.

—Para la directora ejecutiva. Estaré vaciando mi despacho esta tarde.

El asistente pareció sobresaltado. —Señora Cole...

—Gracias por su ayuda durante mi tiempo aquí.

Marianne se dio la vuelta y se alejó antes de que pudiera cambiar de opinión.

El viaje a casa se sintió diferente a cualquier otro viaje que hubiera hecho antes.

Acababa de renunciar a todo lo que había pasado años reconstruyendo. Su carrera. Su seguridad financiera. Su identidad profesional meticulosamente construida. Todo ello, desaparecido en el espacio de una sola mañana.

Y, sin embargo, se sentía más ligera de lo que se había sentido en meses. Quizá en años.

Había hecho lo correcto. Había elegido la verdad sobre la seguridad, la integridad sobre la supervivencia. Por fin se había convertido en la persona que siempre había querido ser en lugar de la persona en la que el miedo la había convertido.

No recuperaría a Isla. No arreglaría la relación que había destruido. Pero era algo. Una base sobre la que podía construir.

Entró en su garaje y se quedó sentada en la oscuridad, dejando que la realidad de lo que había hecho la envolviera.

Estaba desempleada. Estaba sola. Había quemado puentes que nunca podrían reconstruirse.

Pero también era libre. Libre de las ataduras de la política institucional. Libre del miedo que la había controlado durante tanto tiempo. Libre para decidir cómo quería que fuera su vida.

Y lo que quería, más que nada, era a Isla.

Pensó en la última vez que habían hablado. Las frías palabras que había dicho. La crueldad deliberada de terminar su relación de la forma más clínica posible, como si el desapego pudiera de alguna manera hacer que el dolor fuera menos devastador.

Isla se merecía algo mejor que eso. Se merecía honestidad y valor y el tipo de lucha que Marianne había tenido demasiado miedo de darle.

Pero quizá no era demasiado tarde. Quizá el valor que Marianne había encontrado hoy podía guiarla a través de una conversación difícil más. Quizá la verdad que había dicho a la junta podía traducirse en la verdad que necesitaba decirle a la mujer que amaba.

Sacó su teléfono y se lo quedó mirando.

Había una docena de formas en las que esto podía salir mal. Puede que Isla se negara a verla. Puede que hubiera pasado página. Puede que estuviera tan herida que ninguna disculpa fuera suficiente.

Pero Marianne había pasado toda su vida evitando riesgos. Había construido muros tan altos que nadie podía alcanzarla, y en el proceso se había quedado más sola de lo que nunca había estado en Riverside General.

Era hora de dejar de tener miedo.

Escribió un mensaje, con los dedos temblándole ligeramente.

Sé que no merezco tu tiempo. Pero necesito decirte algo. Algo que debería haber dicho hace semanas. ¿Podemos hablar?

Pulsó enviar antes de poder arrepentirse.

La cuestión era si era demasiado tarde para luchar por lo que había desechado.

20

MARIANNE

A Marianne le sudaban las palmas de las manos contra la tarjeta de socia que había comprado hacía una hora.

El gimnasio estaba casi vacío a las tres de la tarde. Nunca había estado en este gimnasio en concreto; solo sabía de su existencia porque Isla lo había mencionado una vez de pasada, un detalle casual que la memoria de Marianne había catalogado sin saber que alguna vez lo necesitaría.

El mensaje de Isla había llegado tras dos horas de un silencio agonizante. *Estaré en el gimnasio hasta las cinco. Ya sabes dónde.*

Ni aceptación. Ni rechazo. Simplemente un acuse de recibo y una ubicación. Era más de lo que Marianne merecía.

Encontró a Isla en la esquina del fondo de la sala de pesas, arremetiendo contra un saco de boxeo con una ferocidad que hizo que a Marianne le doliera el pecho. El dolor y la rabia brotaban de cada puñetazo: la forma en que los hombros de Isla se tensaban con cada impacto, cómo estaba canalizando su dolor en algo físico porque el peso emocional era demasiado difícil de soportar.

Marianne observó. Observó a la mujer que amaba luchar contra sombras, con el cuerpo moviéndose con la brutalidad precisa de alguien que llevaba semanas quemando el desamor a través de la

violencia. Vio cómo el sudor oscurecía su camiseta de tirantes, cómo los músculos de sus brazos se tensaban y se relajaban, la forma en que se movía como si el mundo la hubiera traicionado y estuviera decidida a abrirse camino a puñetazos de vuelta al equilibrio.

Entonces Isla se detuvo. Sus manos cayeron a los costados, con el pecho agitado, y se giró para mirar a Marianne con una expresión deliberadamente vacía.

—Has venido.

—He venido.

Ninguna de las dos se movió. A su alrededor, el gimnasio continuaba con su zumbido silencioso; el tintineo de las pesas y el sonido lejano de un televisor eran la única puntuación de su estancamiento.

—Dijiste que tenías algo que decirme —la voz de Isla era plana —. Así que dime.

Marianne tomó aire. Había ensayado este discurso una docena de veces, había memorizado las palabras que necesitaba decir. Pero estando aquí, viendo la expresión cerrada y la postura defensiva de Isla, toda su cuidadosa preparación le pareció inadecuada.

—He dimitido hoy.

Isla arqueó ligeramente las cejas. —¿De Oakridge?

—Con efecto inmediato —Marianne dio un paso más, pero se detuvo al ver que Isla se tensaba—. Presenté pruebas a la junta. Pruebas que demostraban que la investigación sobre ti estaba mal dirigida. Que los verdaderos problemas en Oakridge son sistémicos, no individuales.

—¿Y te creyeron?

—Están reconsiderando la investigación. Está por ver si realmente arreglan algo. —La voz de Marianne era firme, aunque su corazón iba a mil por hora—. Pero les dije la verdad. Les dije que se equivocaban contigo. Y cuando dejaron claro que decir la verdad no era compatible con seguir empleada allí, lo dejé.

Isla la estudió. —¿Por qué?

—Porque era lo correcto. Porque debería haberlo hecho hace semanas en lugar de dejar que el miedo controlara mis decisiones. —Marianne dio otro paso hacia delante—. Porque te quiero, y he

destruido lo mejor de mi vida por ser demasiado cobarde para luchar por ello.

—Tú terminaste nuestra relación. —A Isla se le quebró la voz al decir esas palabras—. Te plantaste en mi apartamento y me dijiste que éramos un error. Elegiste tu carrera antes que a nosotras.

—Lo sé.

—Me rompiste el corazón.

—Lo sé. —Marianne sintió que las lágrimas le escocían en los ojos—. Y no puedo deshacer eso. No puedo retirar las palabras que dije ni las decisiones que tomé. Todo lo que puedo hacer es decirte la verdad ahora y esperar que no sea demasiado tarde.

—La verdad. —Isla se rió, con un sonido amargo—. ¿Qué verdad? ¿Que me quieres? ¿Que lo sientes? ¿Que quieres otra oportunidad?

—Todo eso. —Marianne acortó la distancia que las separaba, deteniéndose justo fuera de su alcance—. Te quiero. Lo siento. Quiero otra oportunidad, aunque sé que no me la merezco.

—Tienes razón. No te la mereces.

Las palabras golpearon como un impacto físico, pero Marianne no flaqueó. —Lo sé.

—Me dejaste cuando más te necesitaba. Recomendaste mi suspensión. Observaste mientras la institución a la que ambas servíamos intentaba destruirme.

—Lo sé.

—¿Y ahora quieres que te perdone porque finalmente hiciste lo correcto? ¿Porque dejaste un trabajo que ya estaba comprometido?

—No. —Marianne sacudió la cabeza—. No espero perdón. No espero nada. Solo necesitaba que supieras que lo siento. Que me equivoqué. Que el miedo que me controló durante tanto tiempo ya no manda.

Isla la miró fijamente, con expresión indescifrable. El silencio se mantuvo, denso con todo lo que se había dicho y callado durante las últimas semanas.

—He estado tan furiosa —dijo Isla finalmente. Su voz era áspera —. Furiosa con el hospital. Furiosa con Shaw. Furiosa con todo el

sistema que decidió que yo era una carga en lugar de un activo. Pero sobre todo he estado furiosa contigo.

—Me lo merecía.

—Vaya si te lo merecías. —Isla apretó los puños a los costados—. Eras la única persona en la que me permitía confiar. La única persona a la que dejaba ver tras mis muros. Y usaste esa vulnerabilidad contra mí.

—Yo no...

—Te largaste. —La voz de Isla se elevó—. Cuando las cosas se pusieron difíciles, cuando tuviste que elegir entre tu seguridad y nuestra relación, te largaste. Me dijiste que éramos un error. Me hiciste sentir como una idiota por creer que teníamos un futuro.

—Lo siento. —Las palabras parecían insuficientes, pero era todo lo que Marianne tenía.

—Un «lo siento» no lo arregla. —Isla se dio la vuelta, con los hombros tensos—. Un «lo siento» no deshace las semanas que pasé cuestionándolo todo. Preguntándome si alguna vez me quisiste de verdad o si solo te resultaba conveniente. Tratando de entender cómo pude estar tan equivocada con alguien.

—No estabas equivocada. —Marianne alargó la mano, pero la dejó caer antes de que pudiera tocar el hombro de Isla—. Todo lo que dije cuando estábamos juntas era verdad. Te quiero. Te quería entonces y te quiero ahora. La única mentira fue cuando terminé lo nuestro. Cuando te dije que éramos un error.

—¿Entonces por qué lo dijiste?

—Porque estaba aterrorizada. —La confesión salió cruda, despojada de todo el barniz profesional que Marianne solía mantener —. Porque me he pasado toda la vida protegiéndome exactamente de este tipo de vulnerabilidad. Porque quererte significaba arriesgarlo todo, y cuando la presión se volvió demasiado intensa, elegí la salida del cobarde.

Isla finalmente se giró para mirarla. Tenía los ojos enrojecidos y la mandíbula apretada con emoción contenida. —¿Qué ha cambiado ahora?

—Yo. —Marianne le sostuvo la mirada—. Hoy me he plantado ante la junta y les he dicho que se equivocaban. He arriesgado mi

carrera, mi reputación, mi futuro profesional. He hecho lo que más me asustaba y he sobrevivido.

—¿Así que ahora eres valiente? ¿Así de repente?

—No. Estoy aterrorizada. Pero ya no dejo que el miedo tome mis decisiones. —Marianne tomó aire—. He venido aquí porque necesitaba que supieras la verdad. Que te quiero. Que me equivoqué. Que estoy dispuesta a luchar por nosotras si me das la oportunidad.

—¿Y si no te la doy?

—Entonces lo aceptaré. Lo entenderé. —La voz de Marianne era firme a pesar de las lágrimas que le caían por las mejillas—. Pero necesitaba intentarlo. Necesitaba hacer esta única cosa bien, aunque no cambie nada.

El silencio se prolongó entre ellas. Marianne podía oír los latidos de su propio corazón, podía sentir el peso de todo lo que dependía de este momento.

Entonces Isla se movió.

Acortó la distancia entre ellas en dos pasos, subiendo las manos para acunar el rostro de Marianne. El beso fue feroz y desesperado, con sabor a sal, a pena y a esperanza.

Las manos de Marianne buscaron la cintura de Isla, atrayéndola, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la tela humedecida por el sudor de su ropa de entrenamiento. El beso se hizo más profundo, las lenguas encontrándose en una danza que ambas recordaban, los cuerpos presionándose con la urgencia de las segundas oportunidades.

—Sigo estando furiosa —jadeó Isla contra su boca.

—Lo sé.

—Sigo herida.

—Lo sé.

—Esto no lo arregla todo.

—Lo sé. —Marianne se apartó lo justo para mirar a Isla a los ojos —. ¿Pero es un comienzo?

—No lo sé. —Las manos de Isla seguían acunando su rostro, sus pulgares trazando la línea de los pómulos de Marianne—. Rompiste

algo en mí cuando te fuiste. Me hiciste cuestionar todo lo que creía saber sobre nosotras. Sobre mí misma.

—Lo siento. —Las palabras parecían insuficientes, pero era todo lo que Marianne tenía.

—Sé que lo sientes. Puedo verlo. —Los ojos de Isla buscaron los suyos—. Pero el perdón no es lo mismo que la confianza. Y no sé si puedo volver a confiar en ti.

—Dime qué necesitas. —La voz de Marianne era estable a pesar del miedo que se le enroscaba en el estómago—. Dime cómo demostrarte que he cambiado.

—No sé si puedes demostrarlo. Creo que tienes que enseñármelo. Con el tiempo. A través de decisiones que importen. —El pulgar de Isla rozó su boca—. Pero ahora mismo, en este momento, necesito sentir algo que no sea rabia. Algo que no sea miedo.

—Puedo darte eso.

La respuesta de Isla fue otro beso, más largo y profundo que el primero. Sus manos se deslizaron por el pelo de Marianne, atrayéndola más cerca, como si pudiera fusionar sus cuerpos por pura fuerza de voluntad.

—A mi apartamento —susurró Isla—. Ahora.

Apenas lograron cruzar la puerta.

Isla empujó a Marianne contra la pared de la entrada, con la boca hambrienta y exigente. El beso no se parecía en nada a sus encuentros anteriores, no había contención cuidadosa ni técnica ensayada. Esto era crudo y caótico, lleno de dientes y lengua y la necesidad desesperada de sentir algo que no fuera dolor.

—Odio seguir deseándote. —La voz de Isla era áspera contra la garganta de Marianne—. Odio que puedas volver a mi vida y hacerme olvidar cuánto me dolió lo que hiciste.

—Lo sé. —Las manos de Marianne buscaron el dobladillo de la camiseta de Isla y se la quitó por la cabeza—. Lo siento.

—Deja de pedir perdón. —Los dedos de Isla se afanaron con los botones de la blusa de Marianne—. Demuéstramelo mejor.

La ropa cayó en una maraña de movimientos frustrados y manos impacientes. Tropezaron hacia el dormitorio, sin separar los labios por mucho tiempo, presionando sus cuerpos en cada oportunidad. Para cuando cayeron en la cama, ambas estaban desnudas y respiraban con dificultad.

Marianne inmovilizó a Isla contra el colchón, cubriendo con su cuerpo a la mujer a la que había echado de menos con un dolor que nunca se había desvanecido. —Deja que te enseñe —susurró—. Deja que te demuestre que estoy aquí. Que no me voy a ninguna parte.

—Marianne...

—Por favor. —Besó la mandíbula de Isla, bajó por su garganta, recorrió la clavícula que había memorizado semanas atrás—. Deja que te adore. Deja que te demuestre lo que significas para mí.

A Isla se le entrecortó la respiración cuando la boca de Marianne encontró su pecho y su lengua rodeó el sensible pezón. Sus manos se enredaron en el pelo de Marianne, atrayéndola, instándola a continuar.

Marianne se tomó su tiempo. Descendió por el cuerpo de Isla con una atención deliberada, reconociéndola de nuevo como un mapa que se hubiera visto obligada a guardar. Besó la curva de sus costillas, el plano de su abdomen, el ángulo marcado de su cadera. Presionó los labios contra la cara interna del muslo de Isla y sintió el músculo temblar bajo su tacto.

—Te he echado de menos. —Las palabras salieron amortiguadas contra la piel de Isla—. Cada noche. Cada momento. Te he echado de menos.

—Entonces demuéstralo.

La boca de Marianne encontró su centro e Isla arqueó las caderas separándolas de la cama.

Lamió y succionó con una concentración que rozaba la devoción; cada pasada de su lengua era una disculpa, cada presión de sus labios, una promesa. Las manos de Isla se aferraron a las sábanas, su cuerpo se retorcía bajo la atención de Marianne y los sonidos de placer escapaban de su garganta en forma de jadeos y gemidos.

—Marianne... —La voz de Isla sonaba desesperada—. Por favor...

Marianne añadió sus dedos, deslizando dos en su interior con la natural familiaridad de una amante que recordaba exactamente lo que Isla necesitaba. Isla estaba mojada y lista, sus paredes internas se contrajeron ante la intrusión, dando de nuevo la bienvenida a Marianne al espacio íntimo que ella había pensado que tal vez no volvería a tocar jamás.

—Más —jadeó Isla—. Necesito más.

Marianne añadió un tercer dedo, estirándola, llenándola. Los curvó contra el punto que hacía que Isla viera las estrellas, mientras su boca no dejaba de trabajar en su clítoris. Podía sentir cómo aumentaba el placer de Isla, cómo su cuerpo se tensaba y temblaba, podía sentir la desesperación en las manos que le agarraban el pelo.

—Eso es —murmuró Marianne contra su carne—. Déjate llevar. Te tengo.

Isla alcanzó el orgasmo con un grito que resonó por todo el apartamento, mientras su cuerpo se tensaba y se relajaba en oleadas de placer que parecían no tener fin. Sus paredes se cerraron con fuerza alrededor de los dedos de Marianne, sus caderas se elevaron de la cama y todo su cuerpo se sacudió por la fuerza de la liberación. Marianne la acompañó con dulzura, suavizando sus caricias y haciéndolas más lentas hasta que Isla quedó jadeante y exhausta bajo ella.

Entonces subió por el cuerpo de Isla y la besó profundamente, dejando que se saboreara a sí misma en los labios de Marianne.

—Tu turno. —La voz de Isla era ronca de satisfacción—. Necesito sentirte.

Se dio la vuelta, dejando a Marianne debajo de ella contra el colchón, y comenzó su propia exploración. Sus manos eran más rudas de lo que habían sido las de Marianne, su boca más exigente. Mordió y succionó, dejando marcas que serían visibles durante días, reclamando el cuerpo de Marianne con una posesividad que se sentía como una redención.

—Eres mía. —La voz de Isla era feroz contra la garganta de Marianne—. Dilo.

—Soy tuya.

—No puedes volver a marcharte. —La mano de Isla se deslizó entre los muslos de Marianne, sus dedos la encontraron mojada y lista—. No puedes volver a elegir la seguridad por encima de nosotras.

—No lo haré. —Marianne jadeó cuando los dedos de Isla entraron en ella—. Lo prometo.

Isla la penetró con un ritmo que empezó suave y aumentó hasta volverse casi brutal. Su pulgar encontró el clítoris de Marianne, presionando y trazando círculos con la precisión de alguien que sabía exactamente cómo desarmarla. Su boca se movía del pecho a la garganta y a los labios, con besos puntuados por algún que otro mordisco.

Tres dedos se convirtieron en cuatro; la dilatación y la plenitud eran exactamente lo que Marianne necesitaba. Sintió cómo se abría, sintió la mano de Isla reclamándola con una intensidad que rozaba la posesión.

—Estaba tan enfadada... —La voz de Isla sonaba en carne viva—. Quería odiarte. Intenté odiarte.

—¿Y ahora?

—Ahora solo quiero que no vuelvas a dejarme nunca más. —Los dedos de Isla se curvaron, presionando el punto que hizo que la visión de Marianne se nublara—. Prométemelo.

—Lo prometo. —Las palabras salieron entrecortadas mientras el orgasmo crecía en el centro de Marianne—. Lo prometo. Lo prometo.

La mano de Isla se movió más rápido, su pulgar presionó con más fuerza, todo su cuerpo se entregó al movimiento. Marianne sintió que subía hacia el abismo, sintió el placer crecer en oleadas que rompían, retrocedían y volvían a romper.

—Córrete para mí. —La voz de Isla era feroz contra su oído—. Demuéstrame que eres mía.

Se hizo añicos con el nombre de Isla en los labios, con el cuerpo convulsionando alrededor de los dedos que seguían trabajando en su interior. El orgasmo la atravesó como una tormenta, el placer y el dolor se enredaron hasta que no pudo distinguirlos. Isla la sostuvo mientras pasaba, acariciándole el pelo con la mano libre y presionando suaves besos en su sien.

Cuando los temblores finalmente amainaron, se quedaron entrelazadas, respirando con dificultad, con los cuerpos brillantes por el sudor y la liberación.

—Todavía tengo miedo —admitió Marianne en el silencio—. Todavía temo estropear esto. Que mi miedo vuelva a tomar el control.

—Lo sé. —Isla la atrajo más hacia sí—. Yo también tengo miedo.

—¿Ah, sí?

—Confié en ti una vez y me hiciste daño. Volver a confiar en ti me parece lo más arriesgado que he hecho nunca. —Isla apoyó su frente contra la de Marianne—. Pero quiero intentarlo. Quiero creer que podemos solucionar esto juntas.

—Podemos. —La voz de Marianne fue firme—. No dejaré que el miedo me controle más. No dejaré que nada se interponga entre nosotras.

—No hagas promesas que tal vez no puedas cumplir.

—No prometo perfección. —Marianne acunó el rostro de Isla entre sus manos—. Prometo esfuerzo. Compromiso. La voluntad de luchar por nosotras incluso cuando sea difícil. Especialmente cuando sea difícil.

Isla la estudió. Entonces, lentamente, una sonrisa iluminó su rostro. La primera sonrisa real que Marianne veía desde aquella noche en su apartamento en la que todo se desmoronó.

—Esa es una promesa en la que puedo creer.

Hicieron el amor de nuevo, esta vez más despacio. Sus cuerpos se movían juntos con una ternura que hablaba de segundas oportunidades y de una confianza ganada a pulso.

Marianne tomó la iniciativa, guiando a Isla para que se pusiera boca abajo y montándose sobre sus caderas. Besó un camino por la columna de Isla, prestando atención individual a cada vértebra, mientras sus manos amasaban la tensión de unos hombros que habían cargado con demasiado dolor.

—Voy a cuidar de ti —murmuró contra la piel de Isla—. Como debería haber estado cuidándote desde el principio.

Sus dedos encontraron el espacio entre los muslos de Isla desde atrás, deslizándose por la humedad hasta el sensible haz de nervios.

La estimuló con movimientos lentos y deliberados mientras su boca continuaba su viaje por su espalda.

Los gemidos de Isla quedaban amortiguados contra la almohada, sus caderas empujaban hacia atrás contra la mano de Marianne, buscando más contacto, más presión. Marianne le dio lo que necesitaba, deslizando los dedos en su interior mientras su pulgar continuaba su trabajo en el clítoris.

—Te quiero. —Las palabras salieron con facilidad ahora, liberadas de la jaula de miedo que las había retenido durante tanto tiempo—. Te quiero, y no voy a dejarte ir nunca más.

Isla llegó al clímax con un grito estremecedor, con el cuerpo temblando por un orgasmo que la dejó lacia y sin aliento. Marianne la sostuvo mientras se calmaba, luego la estrechó contra sí y dejó que Isla la abrazara a ella también.

Cuando finalmente se quedaron quietas, agotadas y satisfechas, el sol de la tarde entraba sesgado por las ventanas, proyectando una luz dorada sobre las sábanas revueltas.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Marianne.

—Ahora tenemos que descubrir cómo hacer esto de forma diferente. Cómo estar juntas sin escondernos. Cómo construir algo sostenible en lugar de algo desesperado. —Isla trazó dibujos en el brazo de Marianne—. No será fácil. Las dos somos intensas, decididas y pésimas a la hora de ceder.

—Lo sé.

—Pero creo que podemos hacer que funcione. —La voz de Isla era suave—. Si las dos estamos dispuestas a intentarlo.

—Yo estoy dispuesta. —Marianne la atrajo más hacia ella—. Estoy más que dispuesta. Estoy comprometida.

Se quedaron tumbadas mientras el sol se movía por el cielo, hablando del futuro por primera vez. Planes reales. Posibilidades reales. Una vida que incluía tanto su feroz independencia como su profunda conexión.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Isla—. ¿Sin Oakridge?

—Aún no lo sé. —Los dedos de Marianne recorrieron el hombro de Isla—. Tengo ahorros. Suficientes para tomarme un tiempo y descubrir qué quiero de verdad en lugar de limitarme a sobrevivir.

—¿Alguna idea?

—Unas cuantas. Consultoría, tal vez. Algo en lo que pueda ayudar de verdad a las instituciones a mejorar en lugar de simplemente documentar sus fallos. —Presionó un beso en la sien de Isla—. ¿Y tú? Ahora que la investigación está suspendida...

—No sé si quiero volver a Oakridge. —La voz de Isla era pensativa—. Aunque me lo ofrezcan. La confianza se ha roto. La institución que se suponía que debía apoyarme intentó destruirme en su lugar.

—Hay otros hospitales. Otras oportunidades.

—Los hay. —Isla se giró para mirarla—. Quizá podríamos planear nuestros siguientes pasos juntas. Empezar de cero en algún sitio. Construir algo que funcione para las dos.

—¿Querrías eso? ¿Después de todo?

—Querría intentarlo. —La sonrisa de Isla fue gentil—. No soy tan ingenua como para pensar que no tendremos problemas. Las dos somos personas difíciles que no sabemos ceder. Pero prefiero luchar contigo que conformarme con algo fácil con cualquier otra persona.

—Es lo más romántico que me han dicho nunca.

—Ve acostumbrándote. No se me dan bien las palabras dulces. Te llevas la verdad sin adornos o no te llevas nada.

Marianne se rió, y el sonido la sorprendió. No recordaba la última vez que se había reído así, sin cálculos ni reservas. —Puedo trabajar con eso.

Volvieron a quedarse en silencio, pero ahora era un silencio cómodo. De los que nacen de la comprensión y no de la evitación.

No sería fácil. Nada en su relación lo había sido nunca. Pero por primera vez desde que salió del apartamento de Isla aquella terrible noche, Marianne creyó que era posible.

Más que posible. Necesario.

Porque una vida sin Isla no era una vida que valiera la pena proteger. Era solo supervivencia. Y Marianne estaba, por fin, lista para algo más.

21

ISLA

La llamada llegó tres días después de la reconciliación.

Isla estaba en su apartamento, intentando preparar el desayuno para Marianne, que seguía durmiendo en su cama. Las últimas setenta y dos horas habían sido un borrón de reencuentro y redescubrimiento; apenas se habían separado de los brazos de la otra el tiempo suficiente para comer o ducharse.

Cuando vio el nombre de Alexandra Vale en el identificador de llamadas, su primer instinto fue dejar que saltara al buzón de voz. Fuera lo que fuese que Oakridge quisiera de ella, no estaba segura de estar lista para escucharlo.

Pero la curiosidad venció a la cautela.

—Dra. Bennett. —La voz de Alexandra era comedida, profesional —. Gracias por atender mi llamada.

—Sra. Vale. —Isla se apoyó en la encimera de la cocina, viendo cómo los huevos se cuajaban en la sartén—. Esto es inesperado.

—Imagino que lo es. Quería hablar con usted directamente en lugar de pasar por los canales oficiales. —Hizo una pausa—. La junta ha reconsiderado su postura.

La mano de Isla se apretó alrededor del teléfono. —¿Qué significa eso?

—Significa que nos gustaría ofrecerle la reincorporación. Restitución total de sus privilegios, con efecto inmediato. Con algunas modificaciones en la estructura de supervisión que creo que encontrará aceptables.

—¿Modificaciones?

—Los revisores externos han completado su evaluación. Han concluido que, aunque sus métodos son poco convencionales, sus resultados hablan por sí solos. Recomendaron implementar apoyo institucional adicional en lugar de más restricciones a su práctica.

Isla guardó silencio, procesando las palabras. Se había preparado para una pelea. Había estado considerando abogados, ruedas de prensa y la opción nuclear de hacer público todo lo que sabía sobre los fallos de Oakridge.

No se había preparado para una disculpa.

—¿A qué se debe este cambio de opinión?

—El informe de la Sra. Cole fue... convincente. —La voz de Alexandra era cautelosa—. Y la junta ha tenido tiempo de observar las consecuencias de su ausencia. Los resultados del departamento de traumatología han disminuido significativamente desde que usted se fue. Varios casos que podrían haberse beneficiado de su experiencia tuvieron malos resultados.

—Quiere decir que murió gente.

—Murió gente. —La confesión fue pesada—. Y aunque no puedo afirmar con rotundidad que usted los habría salvado, la junta ha reconocido que su presencia marca la diferencia. Una diferencia significativa.

—Qué oportuno. —Isla mantuvo la voz neutral, aunque sentía que una vieja ira empezaba a agitarse—. La junta reconoce mi valor ahora que la responsabilidad legal ha cambiado de bando.

—Me lo merezco. —La voz de Alexandra sonaba cansada—. Gestionamos esto mal desde el principio. Permití que Shaw dirigiera un proceso que debería haber priorizado los resultados de los pacientes sobre la protección institucional. Fue un fallo de liderazgo.

Fue más asunción de responsabilidades de lo que Isla esperaba. Más de lo que jamás había oído de un administrador de hospital.

—¿Qué ha cambiado?

—El informe de la Sra. Cole nos mostró lo que deberíamos haber visto desde el principio. Que los riesgos reales en este hospital no provenían de nuestros facultativos más cualificados. Provenían de fallos sistémicos que llevábamos años ignorando. —Alexandra hizo una pausa—. También dejó claro que haría públicos sus hallazgos si no los abordábamos.

—¿Marianne la amenazó?

—Marianne nos dio a elegir. Cambiar o afrontar las consecuencias. —La risa de Alexandra carecía de humor—. Es bastante formidable, su Sra. Cole.

«Su Sra. Cole». Las palabras enviaron un pulso cálido a través del pecho de Isla. —Sí. Lo es.

Isla pensó en los pacientes a los que no había podido ayudar. En las emergencias a las que no la habían llamado. En las vidas que podrían haberse salvado si la política institucional no la hubiera alejado.

La ira seguía ahí. Probablemente siempre estaría ahí. Pero debajo había algo más. El saber que podía marcar la diferencia. Que sus habilidades importaban. Que marcharse, por muy justificado que estuviera, tenía consecuencias más allá de su propia carrera.

—¿Qué hay de Shaw?

—Se ha pedido la dimisión del Sr. Shaw. —El tono de Alexandra sugería que no había sido una partida voluntaria—. La junta consideró que su enfoque de la gestión de riesgos no estaba alineado con los valores de la institución.

—¿Y cuáles serían esos valores?

—La atención al paciente primero. La rendición de cuentas en segundo lugar. —Hizo una pausa—. Lo olvidamos durante un tiempo. Su caso nos lo recordó.

Isla cerró los ojos. Quería sentirse reivindicada. Quería saborear la victoria de que se demostrara que tenía razón. Pero solo se sentía cansada. Cansada de luchar. Cansada de la política institucional. Cansada de tener que justificar su existencia ante personas que nunca habían tenido a un paciente moribundo entre sus manos.

—Necesito pensarlo.

—Por supuesto. Tómese todo el tiempo que necesite. —Alexandra vaciló—. Por lo que valga, Dra. Bennett, lo siento. Deberíamos haber manejado esto de otra manera desde el principio.

—Sí. Deberían haberlo hecho.

Isla terminó la llamada y se quedó en su cocina, mirando los huevos arruinados y preguntándose qué era lo que realmente quería.

Marianne la encontró todavía allí quince minutos después.

—¿Está todo bien? —Llevaba puesta una de las camisetas de Isla y nada más, con el pelo revuelto por el sueño y una expresión suave de esa satisfacción particular de alguien que ha pasado los últimos tres días siendo amada profundamente.

—Oakridge quiere que vuelva.

Marianne arqueó las cejas. —¿Ya?

—Han revisado tu informe. —Isla no pudo evitar una pequeña sonrisa—. Les ha parecido convincente.

—Ah, ¿sí? —Marianne se acercó, rodeando la cintura de Isla con sus brazos por detrás—. ¿Y qué les has dicho?

—Que necesitaba pensarlo.

—¿Qué estás pensando?

Isla se giró para mirarla, estudiando a la mujer que lo había cambiado todo. —Estoy pensando en lo que realmente quiero. No en lo que se supone que debo querer, o en lo que se espera de mí, sino en lo que realmente quiero para mi vida.

—¿Y?

—Y creo que quiero volver. —Isla subió las manos por los brazos de Marianne—. No porque ellos hayan ganado, o porque necesite su validación. Sino porque el trabajo importa. Porque hay pacientes que me necesitan. Porque marcharme se sentía como dejar que ellos ganaran.

—¿Pero?

—Pero no quiero volver a como eran las cosas. Escondiendo nuestra relación. Viviendo con miedo a la política institucional. Sacrificando todo lo personal por la supervivencia profesional.

Las manos de Marianne bajaron a sus caderas, atrayéndola más cerca. —Entonces no lo hagas. Vuelve bajo tus propios términos. Con condiciones.

—¿Qué tipo de condiciones?

—Transparencia. Sobre nosotras. Sobre los problemas sistémicos que crearon esta situación en primer lugar. —La voz de Marianne era firme—. Si te quieren de vuelta, tienen que aceptarte entera. Incluidas las partes que les incomodan.

—Eso es mucho pedir.

—Tú vales mucho. —Marianne la besó suavemente—. Y si no pueden aceptar eso, entonces buscaremos otro lugar que lo haga. Buscaremos juntas.

—¿Juntas?

—Juntas. —La sonrisa de Marianne era tierna—. Te lo dije, vamos a resolver esto entre las dos. Eso significa que tus decisiones profesionales ahora son nuestras decisiones. Elijas lo que elijas, estoy contigo.

Isla sintió que algo se liberaba en su pecho. Durante mucho tiempo, había tomado las decisiones sola. Había cargado con el peso de su carrera ella misma, sin confiar nunca en nadie más para ayudarla a soportar la carga.

Tener a Marianne a su lado, lista para enfrentar lo que viniera a continuación juntas, se sentía como una clase de libertad que nunca había conocido.

—Está bien. —Asintió lentamente—. Los volveré a llamar. Les diré que estoy interesada, pero que tengo condiciones.

—Esa es mi chica.

Isla hizo la llamada esa tarde. Hicieron falta tres horas de negociación, dos conferencias telefónicas con el departamento legal y un acuerdo formal que fue firmado por el presidente de la junta antes de que terminara el día.

Sus condiciones fueron aceptadas en su totalidad. La transparencia sobre los problemas sistémicos formaría parte de su papel continuo. La nueva estructura de supervisión se diseñaría con la aportación de los clínicos de primera línea. Y no habría ningún

requisito de ocultar o restar importancia a cualquier relación personal que ella decidiera mantener.

El último punto había causado cierta sorpresa, pero Isla se había mantenido firme. Si Oakridge la quería de vuelta, necesitaban aceptarla con todo. Incluidas las partes que pudieran considerar inconvenientes.

El regreso a Oakridge fue diferente de lo que Isla había esperado.

Caminó por los pasillos familiares en su primer día de vuelta y, en lugar de los susurros y especulaciones que había soportado antes, fue recibida con calidez genuina. Las enfermeras que habían trabajado con ella durante años se acercaban a tocarle el brazo, a darle la bienvenida, a decirle cuánto la habían echado de menos.

—¡Dra. B! —Elena casi la placó frente al área de traumatología—. ¿De verdad has vuelto?

—De verdad he vuelto.

—Gracias a Dios. —Los ojos de la enfermera brillaban de alivio—. Ha sido un desastre sin ti. Perdimos al Sr. Henrikson la semana pasada, el de la...

—Me he enterado. —Isla le puso una mano en el brazo—. Siento no haber estado aquí.

—No fue culpa tuya. Nunca fue culpa tuya. —La voz de Elena era fiera—. La junta lo sabe ahora. Todo el mundo lo sabe.

El área de traumatología en sí estaba exactamente como la recordaba y, sin embargo, algo se sentía distinto. El equipo era el mismo. La disposición no había cambiado. Pero había una energía en el espacio que antes estaba ausente. Una sensación de alivio y de propósito renovado.

Pequeños cambios salpicaban el departamento a medida que avanzaba por él. Equipo nuevo en la esquina, la actualización que llevaba pidiendo dos años. Estaciones de monitorización adicionales que permitirían un mejor seguimiento de los pacientes. Una pizarra con niveles de personal que, por primera vez desde que se incorporó a Oakridge, eran realmente adecuados.

La disculpa de la junta había venido acompañada de acciones, no solo de palabras.

El Dr. Hartman se reunió con ella en la estación central, con una expresión que era mezcla de dignidad profesional y una emoción apenas contenida.

—Bienvenida de nuevo, Dra. Bennett.

—Gracias, Dr. Hartman.

—El departamento no ha sido el mismo sin usted. —Se aclaró la garganta—. Me alegra que haya decidido regresar.

—Tenía buenos motivos. —Isla echó un vistazo al área, observando los monitores, las camas y al equipo que se estaba reuniendo para las rondas matutinas—. Este es mi sitio.

El primer caso del día fue un hombre de treinta y dos años con múltiples heridas de bala. Estado crítico, hemorragia interna; el tipo de caso que habría hecho entrar en pánico a los cirujanos de guardia durante su ausencia.

Isla se lavó para quirófano con la eficacia familiar de alguien que ha hecho esto miles de veces. El quirófano se sentía como su hogar. Los instrumentos en sus manos se sentían como extensiones de sí misma. El desafío que tenía por delante se sentía como exactamente lo que había estado echando de menos.

—Muy bien, equipo. —Miró a los presentes reunidos alrededor de la mesa de operaciones—. Vamos a salvar una vida.

La cirugía fue intensa y exigente, exactamente el tipo de caso que requería cada una de las habilidades que había desarrollado durante quince años de práctica. La bala había rozado la aorta, requiriendo una reparación inmediata. El hígado estaba lacerado en tres lugares. El intestino delgado presentaba múltiples perforaciones que debían abordarse una a una.

Hace un mes, este caso habría generado una docena de desviaciones documentadas. Isla habría tomado decisiones sobre medicamentos no autorizados, utilizado técnicas de reparación poco convencionales y se habría apartado del protocolo estándar en cada paso.

Hoy tomó las mismas decisiones, pero el papeleo era diferente. La nueva estructura de supervisión le permitía documentar su

razonamiento en tiempo real, con un médico consultor disponible por teléfono para casos que requirieran decisiones inmediatas. No era perfecto, pero era factible. Le permitía hacer su trabajo sin estar mirando constantemente por encima del hombro en busca de una represalia administrativa.

En un momento de la cirugía, cuando la presión arterial del paciente cayó peligrosamente y tuvo que tomar una decisión en una fracción de segundo sobre la medicación, pensó en Marianne. En lo diferentes que podrían haber sido las cosas si este sistema hubiera existido desde el principio. En cuánto conflicto innecesario se podría haber evitado si la institución se hubiera centrado en apoyar a los facultativos en lugar de controlarlos.

Pero no podía cambiar el pasado. Solo podía avanzar.

Cuatro horas después, el paciente estaba estable en reanimación. Isla se despojó de sus guantes ensangrentados y salió del quirófano con esa satisfacción particular que produce el realizar un trabajo que importa.

Tamsin la esperaba en el pasillo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bienvenida de nuevo, Dra. B. Sabía que no podrías mantenerte alejada.

—Los huevos en casa se estaban enfriando de todos modos. —Isla se quitó el gorro quirúrgico y se echó el pelo hacia atrás—. ¿Cómo está llevando el departamento los cambios?

—Mejor de lo esperado. La nueva estructura de supervisión es bastante razonable, la verdad. Consultas antes de las desviaciones importantes, pero sigues teniendo autonomía para las decisiones de último segundo. —Tamsin se puso a caminar a su lado—. Ha tenido que diseñarlo alguien que realmente entienda la cirugía de trauma. Todas las piezas encajan.

—Imagínatelo.

Caminaron juntas hacia los vestuarios, recuperando el ritmo cómodo de su amistad. Se sentía bien. Normal. Como si tal vez no todo hubiera sido destruido por las últimas semanas.

—Oye. —La voz de Tamsin bajó de volumen—. He oído un rumor.

—¿Qué tipo de rumor?

—Ese que te involucra a ti y a cierta oficial de gestión de riesgos que acaba de dimitir. —Los ojos de Tamsin brillaban de curiosidad—. ¿Hay algo de cierto?

Isla consideró sus opciones. Podía negarlo. Podía mantener el secreto que había definido su relación con Marianne desde el principio. Podía protegerse de las habladurías y especulaciones que inevitablemente surgirían.

Pero ya había terminado de esconderse. De fingir que la relación más importante de su vida era algo de lo que avergonzarse.

—Sí —dijo simplemente—. Es cierto.

La sonrisa de Tamsin se ensanchó. —Lo sabía. Sabía que algo pasaba entre vosotras.

—¿Y no estás... sorprendida? ¿Escandalizada?

—Isla. —Tamsin dejó de caminar y se giró hacia ella—. Eres la mejor cirujana con la que he trabajado. También eres la persona más aislada que conozco. Si has encontrado a alguien que te hace feliz, alguien que ve más allá de toda esa armadura profesional a la persona que hay debajo, entonces no voy a juzgarte por ello. Voy a celebrarlo contigo.

La amabilidad era casi más difícil de soportar de lo que habría sido una crítica. Isla sintió que las lágrimas le picaban en los ojos y las contuvo.

—Gracias.

—Para eso están los amigos. —Tamsin le apretó el brazo—. Ahora vete a casa con tu novia. Te lo has ganado.

Isla soltó una carcajada de pura sorpresa. —Ella no es mi... —Se detuvo. Lo pensó—. En realidad, no sé qué es. No lo hemos definido realmente.

—Pues quizá deberíais hacerlo. —Tamsin volvió a caminar—. La vida es demasiado corta para relaciones sin definir. Especialmente después de todo lo que habéis pasado las dos.

Era un buen consejo. El tipo de consejo que Isla normalmente descartaría por ser demasiado simple para su complicada vida.

Pero quizá lo simple era exactamente lo que necesitaba.

Terminó de quitarse el pijama sanitario y recogió sus cosas. El vestuario estaba tranquilo, la mayoría del turno de día ya se había

marchado. En el silencio, sintió todo el peso de lo ocurrido durante las últimas semanas.

Casi lo había perdido todo. Su carrera, su reputación, la identidad profesional que había tardado quince años en forjar. Había visto cómo la institución a la que servía intentaba destruirla por hacer exactamente lo que le habían enseñado a hacer: salvar vidas.

Y, sin embargo, aquí estaba. De vuelta en el hospital que amaba. De vuelta haciendo el trabajo que daba sentido a su vida. De vuelta con un equipo que la respetaba y un sistema que podría funcionar de verdad.

Pensó en el paciente de reanimación, el hombre de treinta y dos años cuya vida había salvado hoy. Mañana despertaría con su futuro todavía por delante. Saldría de este hospital por su propio pie y volvería a su vida, sin saber nunca lo cerca que había estado de la muerte.

De eso se trataba. No de la política ni del papeleo ni del drama institucional. El trabajo. Los segundos que separaban la supervivencia de la pérdida. La oportunidad de marcar la diferencia cada día.

Isla salió del hospital mientras el sol se ponía, pintando el horizonte de Los Ángeles con tonos naranjas y rosas. Su móvil vibró con un mensaje de Marianne.

¿Cómo ha ido tu primer día de vuelta?

Bien. Muy bien. —escribió ella—. *Voy para casa ahora mismo.*

ESTARÉ ESPERANDO

Casa. La palabra tenía un significado diferente ahora. No era solo un apartamento, un lugar donde dormir entre turnos. Era Marianne. Era la vida que estaban construyendo juntas. Era el futuro al que casi había renunciado.

Isla sonrió y empezó a caminar hacia su coche.

Se le había dado una segunda oportunidad. En su carrera. En el amor. En una vida que incluía tanto la excelencia profesional como la plenitud personal.

No pensaba desperdiciarla.

22

MARIANNE

La primera semana tras el regreso de Isla pasó entre una maraña de cirugías, reuniones y pequeñas victorias que conformaban algo parecido a la normalidad.

Marianne observaba cómo se desarrollaba todo con asombro silencioso, con el pecho henchido de orgullo. Isla volvía a estar en su salsa, haciendo el trabajo para el que había nacido, con la confianza recuperada y sus habilidades tan afiladas como siempre. El departamento de traumatología había recobrado la vida a su alrededor; el personal respondía a su presencia con una energía que se había echado en falta desde su partida.

Y al final de cada día, volvía a casa con Marianne.

Casa. La palabra todavía se sentía extraña en su boca, aún cargaba con un peso que no terminaba de encajar… todavía. Durante mucho tiempo, el hogar había sido cualquier lugar donde le tocara dormir. Un apartamento que rara vez visitaba. Una habitación de hotel durante los congresos. Un cuarto de guardia durante los turnos de noche.

Ahora, casa significaba Isla. Significaba el calor de otro cuerpo a su lado. Significaba despertarse junto a alguien que la veía, que la veía de verdad, y que la amaba a pesar de todo.

Era extraño y maravilloso, este nuevo ritmo que estaban construyendo. El trabajo de consultoría de Marianne la mantenía ocupada durante el día, pero su horario era lo bastante flexible como para adaptarse a las horas impredecibles de Isla. Comían juntas cuando podían, dormían juntas cada noche; estaban construyendo algo que se sentía sostenible en lugar de desesperado.

Esta noche era especial. Isla había completado su primera semana de vuelta y Marianne había planeado una celebración tranquila. Nada ostentoso, solo cena y vino, y el placer particular de no tener que estar en ningún sitio ni nada que demostrar.

Estaba poniendo la mesa cuando Isla entró por la puerta, todavía con el pijama quirúrgico bajo la chaqueta, con el cansancio y la satisfacción grabados en el rostro.

—¿Día largo?

—Larguísimo. —Isla soltó el bolso junto a la puerta y cruzó la habitación para rodear a Marianne con los brazos desde atrás—. Pero de los mejores. Hemos salvado a tres personas que no deberían haber salido adelante. Los nuevos protocolos han funcionado de verdad.

—Sabía que lo harían.

—Tú los diseñaste para que funcionaran. —Isla le plantó un beso en el cuello—. Mi brillante consultora.

—Ese no es mi cargo oficial.

—Debería serlo. —Las manos de Isla buscaron las caderas de Marianne, girándola para que quedaran cara a cara—. He hablado con Tamsin hoy. Sobre nosotras.

Marianne arqueó las cejas. —¿Qué le has dicho?

—La verdad. Que estamos juntas. Que ya no me escondo. —La sonrisa de Isla era suave—. Se ha alegrado por nosotras.

—¿Y tú? ¿Eres feliz?

—Más feliz de lo que he sido nunca. —Isla la besó con dulzura—. Lo cual es aterrador, la verdad. No estoy acostumbrada a que las cosas vayan bien.

—Yo tampoco. —Marianne le acunó el rostro entre las manos—. Pero quizá sea algo que podamos aprender juntas.

El beso se intensificó, la boca de Isla se abrió bajo la suya y el calor familiar creció entre ambas. Marianne sintió que respondía, su cuerpo despertándose ante la presencia que había aprendido a ansiar.

—La cena puede esperar —murmuró Isla contra sus labios.

—Esperaba que dijeras eso.

Se dirigieron al dormitorio sin romper el contacto, con las manos ya afanadas en la ropa y las bocas explorando territorio conocido. Pero había algo diferente esta noche. Menos urgencia. Más intención. La desesperación que había caracterizado sus encuentros anteriores había desaparecido, sustituida por algo más estable y profundo.

Isla la tumbó en la cama y la miró, con los ojos grises reblandecidos por la emoción.

—No dejo de pensar en todas las formas en las que esto podría haber salido mal. —Su voz era queda—. Todos los momentos en los que podríamos habernos rendido. Cuando la presión se volvió demasiado intensa y podríamos habernos marchado.

—Casi lo hicimos.

—Pero no lo hicimos. —Isla recorrió la línea de la mandíbula de Marianne con la punta de los dedos—. Estuve muy enfadada contigo durante mucho tiempo. Por irte. Por elegir tu carrera antes que a nosotras. Por tener demasiado miedo para luchar.

—Lo sé.

—Pero yo también tenía miedo. Miedo de lo que significaría comprometerme de verdad. Miedo de dejar que alguien tuviera ese tipo de poder sobre mí. —Los ojos de Isla brillaban con honestidad —. Tú luchaste por nosotras cuando yo ya me había rendido. Lo arriesgaste todo para decir la verdad. Y ahora estamos aquí, juntas, construyendo algo real.

—Algo sostenible. —Marianne la atrajo hacia abajo para besarla —. Algo que no sea simplemente sobrevivir.

—Algo por lo que vale la pena luchar.

Hicieron el amor de forma pausada y minuciosa, nada que ver con los acoplamientos frenéticos de su relación anterior. Isla se tomó su tiempo, explorando el cuerpo de Marianne con una atención que

parecía adoración. Besó cada centímetro de su piel, aprendió cada respuesta, brindó placer con una generosidad que dejó a Marianne temblando.

—Eres tan hermosa. —La voz de Isla era reverente mientras bajaba a besos por el vientre de Marianne—. Nunca te lo dije lo suficiente antes. Lo hermosa que eres. Lo mucho que significas para mí.

—Isla...

—Desperdicié tanto tiempo teniendo miedo. —La boca de Isla recorrió la línea de la cadera de Marianne—. Tanto tiempo manteniéndote a distancia porque pensaba que la distancia me protegería.

—No lo hace. —A Marianne se le entrecortó la respiración cuando los labios de Isla bajaron más—. La distancia no te protege. Solo te hace sentir sola.

—Ahora lo sé. —Isla le besó la cara interna del muslo—. Sé que la única seguridad real es esta. Ser conocida. Ser amada. Estar con alguien que ve todos tus pedazos rotos y te ama de todos modos.

—Deja que te lo demuestre. —Isla se acomodó entre sus muslos, con el aliento cálido contra el centro de Marianne—. Deja que te demuestre cuánto te quiero.

Su boca encontró su objetivo y Marianne arqueó la espalda sobre la cama. Isla lamió y succionó con atención paciente, construyendo el placer en ondas lentas en lugar de apresurarse hacia el clímax. Sus manos sujetaban las caderas de Marianne con firmeza, manteniéndola anclada mientras su lengua hacía magia.

—Me encanta tu sabor. —La voz de Isla sonaba amortiguada contra su carne—. Me encantan los sonidos que haces. Me encanta todo de ti.

Marianne sintió que las lágrimas le escocían en los ojos. No de tristeza, sino por el peso abrumador de sentirse amada de forma tan completa. Había pasado tanto tiempo protegiéndose de la vulnerabilidad, levantando muros para mantener a la gente fuera. Y ahora estaba aquí Isla, rompiendo cada barrera, amándola con una intensidad que se sentía como una salvación.

—Por favor. —La palabra salió quebrada—. Te necesito dentro de mí.

Isla accedió, deslizando dos dedos en la humedad de Marianne mientras su boca continuaba su labor. Los flexionó contra el punto que hacía que Marianne viera estrellas, con un ritmo constante e implacable.

—Te tengo. —La voz de Isla era suave—. Siempre te tengo.

El orgasmo se fue gestando lentamente, extendiéndose desde su centro como ondas en el agua. Marianne sintió que ascendía, sintió cómo el placer se enroscaba cada vez más apretado con cada caricia de los dedos de Isla, con cada presión de su lengua.

—Mírame. —La voz de Isla era imperativa—. Quiero verte a los ojos cuando te corras.

Marianne abrió los ojos y se encontró con que Isla la observaba, con sus ojos grises intensos de amor y deseo. La conexión entre ellas se sentía eléctrica, una corriente que corría más profunda que el placer físico.

Y cuando finalmente alcanzó la cima, fue con un grito ahogado que brotó de algún lugar profundo de su interior. Mantuvo la mirada de Isla mientras las olas la atravesaban, dejando que lo viera todo, sin ocultar nada.

Isla la sostuvo durante el proceso, suavizando el contacto de sus manos y su boca mientras las réplicas ondulaban por el cuerpo de Marianne. Volvió a subir a besos, dejando suaves marcas por el camino, hasta que volvieron a estar cara a cara. Cuando el temblor finalmente remitió, se incorporó y atrajo a Marianne a sus brazos.

—Te quiero. —Isla le plantó un beso en la sien—. No lo digo lo suficiente. Pasé mucho tiempo teniendo miedo de esas palabras, de lo que significaban, de la vulnerabilidad que requerían. Pero ya no tengo miedo.

—Yo también te quiero. —Marianne se acurrucó más cerca, sintiendo el latido del corazón de Isla contra su mejilla—. Creo que te quise desde el principio. Incluso cuando luchaba contra ello. Incluso cuando estaba aterrorizada.

Se quedaron en silencio un rato, con los cuerpos entrelazados y la respiración volviendo poco a poco a la normalidad. El sol de la

tarde entraba de sesgo por las ventanas, bañando la habitación con una luz dorada.

—Tu turno —dijo Marianne finalmente, moviéndose para mirar a Isla—. Ahora quiero cuidarte yo a ti.

—No tienes por qué...

—Quiero hacerlo. —Marianne empujó con suavidad hasta que Isla quedó boca arriba—. Quiero demostrarte lo que significas para mí.

Comenzó su propia exploración, tomándose su tiempo tal como lo había hecho Isla. Besó las cicatrices que había aprendido a conocer, las marcas en el cuerpo de Isla que contaban historias de una vida vivida al límite. El accidente de moto. La lesión durante la residencia. Los pequeños cortes y quemaduras acumulados a lo largo de una carrera en la medicina.

—Cada cicatriz es una lección —le había dicho Isla una vez. Ahora Marianne besaba cada una, honrando las experiencias que habían convertido a Isla en quien era.

—Eres extraordinaria. —La voz de Marianne era feroz contra la piel de Isla—. La persona más valiente y brillante que he conocido.

—Marianne...

—Deja que te lo diga. —Besó más abajo, siguiendo la curva de las costillas de Isla—. Deja que te lo demuestre.

Su boca encontró el centro de Isla y se entregó a la tarea de adorarla. Lamió y succionó con la misma atención paciente que Isla le había mostrado, construyendo el placer en ondas lentas, dilatando la experiencia.

—Dios, sí. —Las manos de Isla se enredaron en su pelo—. Así, justo así.

Marianne añadió sus dedos, deslizando dos en su interior con natural familiaridad. Ya conocía este cuerpo. Sabía lo que Isla necesitaba, cómo le gustaba que la tocaran, qué la empujaría al límite. Pero esta noche no se trataba de velocidad. Esta noche se trataba de conexión.

Flexionó los dedos, encontrando el punto que hacía jadear a Isla, mientras su lengua mantenía su ritmo constante sobre su clítoris.

Dos dedos se convirtieron en tres, estirando y llenando, y las caderas de Isla empezaron a moverse contra su rostro.

—No me voy a ninguna parte. —Marianne pronunció las palabras contra la carne de Isla, con el aliento cálido y pausado—. Pase lo que pase. Nos eche lo que nos eche el mundo encima. Me quedo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Marianne presionó más profundamente, sus dedos encontrando un ritmo que hacía que todo el cuerpo de Isla temblara—. Ahora eres mía. Y yo protejo lo que es mío.

Las palabras impulsaron a Isla hacia lo más alto; su respiración se volvió entrecortada por los jadeos y sus manos se cerraron en puños sobre el pelo de Marianne. Marianne podía sentirla ascender, podía sentir la tensión acumulándose en sus muslos, podía sentir que se acercaba el momento en que todo se liberaría.

—Córrete por mí. —La voz de Marianne era baja y autoritaria—. Déjate llevar. Yo te sostengo.

Isla se corrió con un sonido que era mitad gemido y mitad sollozo, con su cuerpo convulsionando alrededor de los dedos de Marianne y sus manos aferrando las sábanas con los nudillos blancos. El orgasmo se prolongó y se prolongó, con oleadas de placer estrellándose en su interior, y Marianne la sostuvo durante cada temblor, suavizando sus caricias a medida que las ondas remitían.

Después, permanecieron entrelazadas bajo la luz dorada, ninguna hablaba, ninguna lo necesitaba. La conexión entre ellas era más profunda que las palabras. Un vínculo forjado a través del conflicto y el miedo, y la elección, ganada a pulso, de amar a pesar de todo.

—Quiero hablar del futuro. —La voz de Isla rompió el cómodo silencio.

—¿Qué pasa con él?

—Sobre nosotras. Lo que estamos construyendo. A dónde vamos. —Isla trazaba dibujos en el brazo de Marianne—. Nunca he hecho esto antes. Planear un futuro con alguien. Siempre he estado tan centrada en mi carrera que nunca me permití pensar en cómo sería la vida con una pareja.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso en ello todo el tiempo. —Isla se giró para mirarla —. Pienso en volver a casa contigo. En envejecer contigo. En construir una vida que incluya tanto nuestro trabajo como nuestro amor.

—Eso es pensar mucho.

—Es un pensamiento aterrador. —La sonrisa de Isla era de pesar —. No se me da bien esto, Marianne. Lo de la vulnerabilidad, el compromiso y el tipo de apertura que requieren las relaciones. He pasado toda mi vida protegiéndome precisamente de este tipo de riesgo.

—Lo sé. Yo también.

—Pero quiero intentarlo. —Isla le cogió la mano—. Quiero aprender a estar en una relación de verdad. Cómo ceder y cómo comunicarme y todas esas cosas que nunca se me han dado bien. Quiero esforzarme, incluso cuando sea difícil.

—¿Incluso cuando nos peleemos?

—Especialmente cuando nos peleemos. —Isla le besó los nudillos —. Porque prefiero luchar contigo que estar cómoda con cualquier otra persona.

Marianne sintió lágrimas resbalando por sus sienes. Lágrimas de felicidad. De esas que surgen al sentirse vista, elegida y amada.

—Yo también quiero eso. —Su voz sonaba ronca por la emoción —. Quiero construir una vida contigo. Una vida de verdad. No solo sobrevivir, sino vivir de verdad.

—¿Cómo es eso para ti?

Marianne sopesó la pregunta. —Es despertarme a tu lado cada mañana. Apoyar nuestras respectivas carreras. Cenar juntas cuando podamos y comprender cuando no sea posible. Ser honestas con las cosas difíciles en lugar de escondernos tras la distancia profesional.

—¿Y vivir juntas?

Un silencio. Habían estado repartiendo el tiempo entre los dos apartamentos, sin que ninguna de las dos se comprometiera del todo a un espacio compartido. Había sido práctico, una forma de tomarse las cosas con calma mientras recomponían la confianza.

Pero lo práctico ya no era lo que necesitaban.

—Sí. —La voz de Marianne era firme—. Vivir juntas. Hacerlo oficial. Construir un hogar en lugar de limitarnos a visitar el apartamento de la otra.

—¿En tu casa o en la mía?

—En ninguna de las dos. En un lugar nuevo. —Marianne se incorporó sobre un codo—. En algún lugar que nos pertenezca a las dos. Que elijamos juntas.

La sonrisa de Isla fue lo bastante radiante para iluminar la habitación. —Me gustaría mucho.

—Pues eso es lo que haremos.

Sellaron la decisión con un beso que se sintió como una promesa. Un compromiso con el futuro que estaban construyendo, elección tras elección.

Más tarde, se levantaron y tomaron la cena que Marianne había preparado; el aroma a ajo asado y hierbas frescas llenaba el apartamento. Comieron en un silencio cómodo roto por una conversación distendida. El vino se sentía rico y con cuerpo en la lengua de Marianne, la comida era sencilla pero satisfactoria, y la compañía era todo lo que Marianne había deseado alguna vez.

—Cuéntame algo que no sepa de ti —dijo Isla, haciendo girar el vino en su copa—. Algo de antes. De antes de Riverside, de antes de tu carrera, de antes de que te convirtieras en la persona que eres ahora.

Marianne reflexionó. Había tanto que nunca había compartido, tantas piezas de su historia que había guardado bajo llave. Pero de eso se trataba al construir una vida común. De abrirse. De dejar entrar a alguien.

—A los dieciséis años, quería ser artista. —Sonrió ante el recuerdo—. Me pasé un verano entero pintando retratos. Eran terribles. Pero pensaba que me mudaría a París y me convertiría en la próxima gran expresionista.

—¿Qué pasó?

—La realidad. Mis padres me dejaron muy claro que el arte no era una profesión. Que necesitaba encontrar algo práctico, algo que me diera seguridad. —Marianne se encogió de hombros—. Así que lo

hice. Busqué la carrera más práctica que se me ocurrió y me volqué en ella.

—¿Y nunca volviste a pintar?

—En años. Aunque últimamente he estado pensando en retomarlo. Quizá ahora que mi vida no está consumida por completo por la supervivencia profesional.

Isla alargó la mano sobre la mesa y le tomó la suya. —Me encantaría verte pintar. Me encantaría verte hacer cualquier cosa que te haga feliz.

—Tú me haces feliz.

—Aparte de mí. —La sonrisa de Isla era dulce—. Quiero que tengas cosas que sean solo tuyas. Aficiones, pasiones, partes de ti misma que no tengan nada que ver conmigo ni con nuestra relación.

—Eres cirujana. Comprendes lo que es la dedicación a un único propósito.

—Lo comprendo. Y también comprendo lo vacía que se vuelve la vida cuando ese único propósito es todo lo que tienes. —La voz de Isla era queda—. Antes de ti, no tenía nada más aparte de mi trabajo. Ningún amigo fuera del hospital. Ninguna afición. Ninguna vida. Solo cirugía y más cirugía, y algún intento ocasional de recordar qué se sentía al ser una persona completa.

—¿Y ahora?

—Ahora te tengo a ti. Y estoy aprendiendo que tener a alguien a quien volver a casa hace que todo lo demás tenga más sentido. Como si el trabajo importara porque hay alguien esperándome cuando termino.

Hablaron entonces de cosas prácticas, de logística y plazos, y de qué tipo de espacio querían compartir. Hablaron de sueños, de las carreras que querían forjar y de la vida que querían vivir. Marianne le contó a Isla sus ofertas de consultoría, e Isla habló de los cambios que quería hacer en el departamento de traumatología.

Y bajo todo ello subyacía la tranquila certeza de que habían encontrado algo raro y precioso. Un amor que había sobrevivido a la traición y al miedo, y a lo peor que cualquiera de las dos hubiera podido arrojarse. Una unión construida sobre verdades difíciles y elecciones aún más duras.

—Quiero decirte algo. —La voz de Marianne era suave mientras se acomodaban de nuevo en la cama—. Algo que nunca le he dicho a nadie.

—¿Qué es?

—Antes de ti, no creía que fuera capaz de esto. De un amor real. Del tipo de vulnerabilidad que deja entrar a alguien del todo. —Se giró para mirar a Isla en la penumbra—. Pensaba que había algo roto en mí. Algo que Riverside había destruido y que nunca podría reconstruirse.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que eso no es verdad. Solo me estaba protegiendo tanto que no podía dejar que nadie se acercara lo suficiente como para demostrarme que me equivocaba. —Marianne cogió la mano de Isla—. Tú me demostraste que me equivocaba. Me enseñaste que podía amar a alguien profundamente y sobrevivir a ello. Que la vulnerabilidad no tiene por qué ser destrucción.

Los ojos de Isla brillaron con lágrimas contenidas. —Tú hiciste lo mismo por mí. Pasé mucho tiempo convenciéndome de que la conexión era debilidad. Que necesitar a alguien significaba darle poder sobre ti.

—¿Y ahora?

—Ahora comprendo que la conexión es fuerza. Que amarte me hace más valiente, no más débil. Que tener a alguien a quien volver a casa hace que todos los días difíciles merezcan la pena.

Se quedaron en silencio un rato, con el peso de lo que habían compartido asentándose a su alrededor como una manta. La luz de la luna proyectaba sombras plateadas sobre la cama, pintándolas en matices de gris y blanco.

—Nunca he sido más feliz de lo que soy ahora mismo —dijo Marianne en voz baja—. En este momento. Contigo.

—Yo tampoco.

Cuando finalmente se durmieron aquella noche, abrazadas la una a la otra en la cama de Marianne, no hubo urgencia ni desesperación. Solo dos personas que se habían elegido mutuamente y estaban listas para afrontar lo que viniera después.

Juntas.

23

ISLA

La alerta de víctimas masivas llegó a las seis y media de la mañana de un martes.

Isla estaba en el vestuario, poniéndose el pijama sanitario para su turno habitual, cuando su busca sonó con el familiar tono de urgencia. Lo cogió automáticamente, con su mente entrando ya en modo crisis incluso antes de leer el mensaje.

Múltiples víctimas en camino. Accidente de tráfico con autobús turístico implicado. Tiempo estimado de llegada: 10 minutos.

Un accidente de un autobús turístico. Eso significaba cantidad. Eso significaba caos. Eso significaba el tipo de mañana que pondría a prueba todo lo que Oakridge había aprendido durante las últimas semanas.

En tres minutos ya estaba en el área de trauma, dando órdenes a voz en grito al equipo que ya se estaba reuniendo. Los nuevos protocolos hacían que esta parte fuera más fácil; unos roles y vías de comunicación más claros sustituían a la coordinación improvisada que había caracterizado a las emergencias anteriores.

—Necesitamos todas las camas preparadas —dijo mientras escaneaba los monitores, calculando ya la capacidad; el penetrante olor antiséptico del área de trauma le resultaba tan familiar como volver a casa—. Llamad al personal que esté fuera de servicio. Que el quirófano esté listo para cirugía inmediata. Y que alguien me ponga en contacto con el jefe de incidentes.

Elena ya estaba al teléfono, coordinándose con el despacho de ambulancias. El Dr. Chen apareció al lado de Isla; su rudeza habitual había sido sustituida por la intensidad concentrada que lo caracterizaba durante las emergencias.

—¿Qué necesita de neurología?

—Estad preparados para traumatismos craneales. Tendremos múltiples TCE, probablemente algunos con afectación espinal. ¿Puede hacer que la Dra. Ramírez baje también?

—Ya viene de camino.

La coordinación era perfecta, cada departamento respondía a la crisis con una eficiencia entrenada. De esto era capaz Oakridge cuando sus sistemas funcionaban correctamente. Esto era hacia lo que habían estado construyendo durante meses.

Los siguientes veinte minutos fueron un borrón de preparativos. Teléfonos sonando. Personal llegando. Equipos siendo revisados por partida doble. El caos controlado de un centro de trauma preparándose para lo peor.

Cuando llegaron las primeras ambulancias, Isla estaba lista.

—Informadme —dijo al recibir a los paramédicos en la puerta, con las manos buscando ya la camilla.

—Mujer de treinta y dos años, traumatismo craneoencefálico y hemorragia interna. La tensión arterial está cayendo rápido.

—Al box tres. Dr. Chen, usted viene conmigo —ordenó mientras se movía, con la camilla de la paciente rodando a su lado—. Todos los demás, triaje y asignación. Vamos a superar esto.

La mañana se convirtió en un maratón de decisiones de vida o muerte.

El primer paciente crítico fue un hombre de sesenta y tres años con una herida abdominal penetrante. Isla lo evaluó rápidamente, pidió cirugía de urgencia y lo tuvo en el quirófano a los veinte

minutos de su llegada. La reparación llevó tres horas, pero se estabilizó y fue trasladado a la UCI en estado grave pero con posibilidades de sobrevivir.

El segundo fue un adolescente con múltiples fracturas y sospecha de lesión medular. Llamó al Dr. Park de ortopedia, coordinó un traslado cuidadoso a radiodiagnóstico y supervisó el caso mientras gestionaba simultáneamente a otros dos pacientes que entraban. La coordinación fue impecable; cada especialista conocía su papel, cada relevo fue limpio y eficiente.

A media mañana, ya había realizado tres cirugías, supervisado cuatro más y consultado en al menos una docena de evaluaciones de trauma. Su pijama estaba manchado de sangre y sudor. Le dolía la espalda por las horas que llevaba de pie. Pero su mente estaba despejada, concentrada, operando al nivel de excelencia que había pasado toda su carrera perfeccionando.

Isla iba de paciente en paciente, evaluando lesiones, tomando decisiones, desplegando a su equipo con la precisión de un general al mando de sus tropas. Los nuevos protocolos funcionaban exactamente como se habían diseñado. Cuando necesitaba desviarse de los procedimientos estándar, hacía una llamada rápida al médico consultor y documentaba su razonamiento. Cuando necesitaba recursos adicionales, el sistema se los proporcionaba sin los retrasos burocráticos que habían obstaculizado emergencias anteriores.

No era perfecto. Nada en la medicina de trauma lo era nunca. Pero era funcional. Brindaba apoyo. Le permitía hacer su trabajo sin tener que luchar constantemente contra la institución que se suponía que debía ayudarla.

Al mediodía, dieciocho pacientes habían sido atendidos. Catorce estaban estables. Dos requirieron cirugía de urgencia. Dos habían sido declarados muertos al llegar, ya que sus lesiones eran demasiado graves como para sobrevivir incluso con los mejores cuidados.

Las dos muertes pesaron sobre Isla, como siempre ocurría. Una mujer de cincuenta y ocho años que había estado sentada en la parte delantera del autobús. Un hombre de veintitrés años que había salido despedido de su asiento por el impacto. Sus lesiones habían

sido catastróficas, el tipo de daño que ninguna habilidad quirúrgica podría reparar. Pero saberlo intelectualmente no hacía que la pérdida fuera más fácil de llevar.

Había aprendido al principio de su carrera que el duelo formaba parte del trabajo. Que no se podía salvar a todo el mundo, por mucho que se intentara. Que lo mejor que podía hacer era luchar con todas sus fuerzas por los que sí podía salvar y honrar a los que no pudo continuando con su labor.

Hoy, había salvado a dieciséis personas que podrían haber muerto sin ella. Eso tenía que significar algo.

Pero el resto estaba vivo. Se recuperarían. Volverían a casa con familias que habían pasado la mañana aterrorizadas pensando que habían perdido a alguien a quien querían.

Isla se quedó en el centro del área de trauma, rodeada de las secuelas de un caos controlado, y sintió algo que no había sentido en mucho tiempo. No solo satisfacción, sino orgullo. No solo de sí misma, sino del equipo. Del sistema. De la institución que finalmente había aprendido a apoyar a sus médicos en lugar de combatirlos.

—Dra. Bennett —el Dr. Hartman apareció a su lado, con una expresión que mezclaba agotamiento y admiración—. Ha sido un trabajo excepcional.

—Ha sido un trabajo de equipo —Isla miró a su alrededor, a los enfermeros y residentes que todavía estaban limpiando, cuidando de los pacientes, realizando las cientos de pequeñas tareas que mantenían en funcionamiento un centro de trauma—. Todo el mundo ha dado la talla.

—Así es. Porque usted les ha enseñado cómo hacerlo —Hartman le puso una mano en el hombro—. Esta mañana podría haber sido un desastre. En cambio, ha sido una demostración de lo que Oakridge es capaz de hacer cuando nuestros sistemas funcionan como es debido.

—Los nuevos protocolos han marcado la diferencia.

—Los protocolos han ayudado. Pero la diferencia la ha marcado usted —su voz era firme—. Como siempre ha hecho.

Isla sintió un escozor de lágrimas en los ojos y las contuvo parpadeando. El elogio significaba más de lo que esperaba. Viniendo

de Hartman, que la conocía desde hacía años, que la había visto en sus mejores y peores momentos, se sintió como la validación de todo por lo que había luchado.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—Agradézcaselo a usted misma. Y a esa consultora con la que está saliendo —la sonrisa de Hartman era cómplice—. Su informe lo cambió todo. La junta por fin ha entendido lo que llevamos años intentando decirles.

—Ya no es solo una consultora.

—¿No? —Hartman enarcó las cejas—. ¿Qué es entonces?

Isla consideró la pregunta. Compañera. Amante. La persona con la que estaba construyendo una vida. La mujer que lo había cambiado todo al tener el valor de decir la verdad.

—Es mía —dijo Isla con sencillez—. Y yo soy suya.

Hartman asintió, aparentemente satisfecho. —Me alegro. Ambas os merecéis la felicidad.

La tarde trajo consigo un flujo constante de trabajo de seguimiento.

Isla revisó a los pacientes del siniestro de la mañana, supervisando las constantes vitales y ajustando los planes de tratamiento. Se reunió con las familias de los fallecidos, ofreciendo sus condolencias y respondiendo preguntas. Se reunió con el equipo para analizar la situación, documentando las lecciones aprendidas e identificando áreas de mejora.

Era el trabajo poco glamuroso de la medicina, la parte que ocurría después de que las intervenciones dramáticas terminaran. Pero importaba. Era lo que separaba un buen cuidado de un cuidado excelente.

Pasó una hora con la familia de una joven que había sido estabilizada pero que se enfrentaba a una larga recuperación. Los padres estaban en estado de shock, agradecidos y aterrorizados a partes iguales. Isla se sentó con ellos en la sala de consultas familiares y les explicó qué venía después, qué podían esperar y cómo podían ayudar a su hija a sanar.

—¿Podrá volver a caminar? —preguntó la madre en un susurro.

—Creo que sí. La cirugía fue un éxito, y el equipo de fisioterapia de aquí es excelente —Isla alargó la mano y tomó la de la mujer—. Llevará tiempo. Meses, probablemente. Pero es fuerte y tiene un buen apoyo.

El padre se aclaró la garganta. —Nos enteramos de lo que pasó. El año pasado. Con su suspensión.

Isla sintió un momento de tensión, pero luego la dejó ir. —Es cierto.

—Las enfermeras nos han dicho que es la mejor cirujana de trauma del estado. Que lucha por sus pacientes incluso cuando la administración intenta detenerla.

—Hago lo que creo que es correcto para las personas que están a mi cargo. A veces eso significa no estar de acuerdo con las personas que firman mi nómina.

—Gracias —el padre tenía los ojos empañados—. Por salvar a nuestra hija. Por ser el tipo de médico que lucha.

Eran momentos como este los que hacían que todo lo demás valiera la pena. La política, las investigaciones, los meses de incertidumbre; nada de eso importaba cuando estaba sentada con una familia que aún conservaba a su ser querido porque Isla había estado allí cuando contaba.

A las cuatro recibió un mensaje de Marianne.

Me he enterado de lo de esta mañana. ¿Estás bien?
Estoy bien. Muy bien. Ha funcionado, Marianne. Los nuevos protocolos han funcionado de verdad.
Por supuesto que sí. Fueron diseñados por alguien que entendía lo que los médicos necesitan realmente.
Con la aportación de alguien que entendía lo que los médicos hacen realmente.

Una pausa. Y luego: *Hacemos un buen equipo.*

LO HACEMOS

Más tarde, durante un momento de tranquilidad en el vestuario, Isla se quedó mirando su reflejo en el espejo. La mujer que la miraba estaba cansada, con ojeras por la larga mañana. Pero había algo más allí también. Una calma que no había visto en meses. Una confianza que iba más allá de la competencia profesional.

Había tenido tanto miedo de lo que pasaría si regresaba a Oakridge. Miedo de que la institución encontrara nuevas formas de socavarla. Miedo de que el progreso que habían hecho fuera temporal, de que todo acabara volviendo a la disfunción que había dejado atrás.

Pero hoy se había demostrado que el cambio era posible. Que las instituciones podían aprender y crecer. Que la lucha que ella y Marianne habían librado no había sido en vano.

Los protocolos estaban funcionando. El personal contaba con apoyo. Los pacientes se estaban salvando.

Y por primera vez en su carrera, Isla sentía que formaba parte de un sistema que realmente quería que ella tuviera éxito.

Encontró a Marianne esperándola cuando llegó a casa, con la cena ya en la mesa y el vino servido.

—No tenías por qué hacer esto.

—Quería hacerlo —Marianne la besó suavemente—. Hoy has salvado vidas. Eso merece una celebración.

—El equipo ha salvado vidas. Yo solo he coordinado.

—Has hecho más que coordinar. Has liderado —Marianne la guió hacia la mesa y se sentó frente a ella—. Hartman me ha llamado esta tarde. Ha dicho que nunca había visto el departamento funcionar con tanta fluidez durante un siniestro masivo.

—Exagera.

—No lo hace —los ojos de Marianne brillaban de orgullo—. Eres extraordinaria, Isla. Siempre lo has sido. La diferencia ahora es que la institución por fin lo reconoce en lugar de combatirlo.

Isla sintió que el cumplido se asentaba en su pecho, cálido y sorprendente. Todavía no estaba acostumbrada a que la elogiaran en lugar de criticarla. No estaba acostumbrada a que la institución la apoyara en lugar de vigilarla.

—No podría haberlo hecho sin ti —las palabras salieron con más emoción de la que pretendía—. Los protocolos, los cambios, todo. Tú lo hiciste posible.

—Lo hicimos posible. Juntas —Marianne alargó la mano por encima de la mesa y tomó la suya—. Eso es lo que significa ser compañeras. Construir algo que ninguna de las dos podría haber construido sola.

Cenaron en una conversación cómoda, repasando los eventos del día y hablando de los planes para la semana siguiente. Marianne tenía un nuevo proyecto de consultoría que empezaba, un sistema hospitalario en el norte de California que quería reestructurar su enfoque de gestión de riesgos. Isla tenía una cirugía compleja programada para el jueves que requeriría toda su habilidad.

Sus vidas eran ajetreadas, exigentes, llenas del tipo de desafíos que habrían abrumado a cualquiera de las dos por separado. Pero juntas podían manejarlo. Juntas eran más fuertes de lo que jamás habían sido por separado.

—Estoy orgullosa de nosotras —dijo Isla mientras recogían los platos—. Orgullosa de lo que hemos construido.

—Yo también lo estoy —Marianne rodeó a Isla con sus brazos por detrás, apoyando la barbilla en su hombro—. Hicimos lo difícil. Nos

elegimos la una a la otra incluso cuando era peligroso. Y ahora podemos recoger los frutos.

—¿Qué frutos?

—Esto —Marianne le besó el cuello—. Llegar a casa con alguien que te entiende. Compartir victorias y derrotas. Construir una vida que incluya tanto nuestras ambiciones como nuestro amor.

Isla se giró en sus brazos para quedar frente a ella. —Nunca pensé que tendría esto. Una relación que no se sintiera como un sacrificio. Una compañera que no me pidiera ser menos de lo que soy.

—No tienes que ser menos. Puedes ser más —Marianne le sostuvo la cara—. Eso es lo que se supone que es el amor. No una disminución. Un aumento.

Se quedaron en la cocina, abrazadas, e Isla sintió que algo se asentaba en su pecho. Una certeza que se había estado gestando durante semanas. Un conocimiento de que este era exactamente el lugar donde debía estar.

Con esta mujer. En esta vida. Construyendo este futuro.

Juntas.

24

MARIANNE

La reunión comunitaria estaba programada para las tres de la tarde de un viernes.

Marianne llegó temprano y buscó un asiento cerca de la parte trasera del auditorio principal del hospital. La sala se estaba llenando rápidamente; el personal de todos los departamentos entraba con esa especie de curiosidad resignada que acompañaba a las reuniones obligatorias para toda la plantilla. El tenue olor a café de la mesa de refrigerios cerca de la entrada se mezclaba con el aroma institucional a aire reciclado.

Se acomodaron en sus asientos: esas personas a las que ella había dedicado meses a estudiarlas, evaluarlas y documentarlas. Enfermeros, médicos y técnicos, los seres humanos que hacían que Oakridge funcionara. Parecían cansados, la mayoría. Esa clase de cansancio que surge de trabajar largas horas en entornos de mucho estrés.

Pero también había algo más en sus expresiones. Una alerta. Una esperanza cautelosa.

Las últimas semanas habían cambiado las cosas. La respuesta ante el incidente con múltiples víctimas había demostrado de lo que era capaz Oakridge cuando sus sistemas funcionaban correctamente.

Las mejoras en los resultados de traumatología habían sido percibidas por el personal de todo el hospital. La gente hablaba de los cambios en la gestión de riesgos, de los nuevos protocolos, del paso de una supervisión punitiva a unos sistemas de apoyo.

Y hablaban de Isla.

Marianne sonrió ante el pensamiento. Su cirujana, su pareja, se había convertido en una especie de heroína popular en las semanas transcurridas desde su regreso. La mujer que se había plantado ante la junta. Que había sido suspendida y reivindicada. Que había vuelto más fuerte que nunca y había demostrado que la excelencia y la seguridad podían coexistir.

Era una buena historia. Mejor que buena, porque era real.

Alexandra Vale subió al estrado puntualmente a las tres, con la espalda erguida y una expresión neutra. Parecía mayor que cuando Marianne la conoció, el estrés de los últimos meses se reflejaba en las líneas alrededor de sus ojos.

—Gracias a todos por venir —dijo con voz pausada y profesional —. Os he convocado hoy aquí para hablar de algunos cambios significativos en nuestro enfoque institucional. Cambios que afectan a todos los presentes en esta sala.

Un murmullo recorrió el auditorio. La gente se removió en sus asientos, intercambiando miradas.

—Como muchos de vosotros sabéis, los últimos meses han sido un desafío para Oakridge. Nos enfrentamos a una demanda por negligencia, perdimos a una valiosa cirujana y se cuestionó nuestro enfoque fundamental de la gestión de riesgos. —Alexandra hizo una pausa, dejando que las palabras calaran—. Cometimos errores. Yo cometí errores. Y le debo a esta organización un reconocimiento de ese hecho.

El murmullo se hizo más fuerte. Este no era el tipo de lenguaje que solían utilizar los administradores de hospitales. La admisión de errores era rara; las declaraciones de vulnerabilidad, aún más.

—Nuestro enfoque anterior priorizaba la protección institucional sobre la excelencia clínica. Desarrollamos protocolos que limitaban a nuestros mejores profesionales en lugar de apoyarlos. Creamos una cultura de documentación y vigilancia en lugar de una de

colaboración y mejora. —La mirada de Alexandra recorrió la sala—. Ese enfoque era erróneo. Y por poco nos cuesta perder a una de las mejores cirujanas del país.

Marianne sintió un latido cálido en el pecho. Ella había ayudado a escribir partes de este discurso, había revisado el lenguaje y sugerido revisiones. Pero escucharlo así, oír a Alexandra asumir la responsabilidad pública por los fallos que Marianne había documentado, le resultó diferente a lo que esperaba.

Se sintió como justicia.

—Hoy quiero reconocer públicamente la contribución de dos personas que nos ayudaron a ver en qué nos habíamos equivocado. —Alexandra se giró ligeramente, señalando a alguien en la primera fila—. Doctora Isla Bennett, ¿podría ponerse en pie, por favor?

Isla se levantó de su asiento, claramente desprevenida, con los hombros tensos a pesar de su rostro sereno. Sabía que el discurso la mencionaría, pero Marianne sospechaba que el reconocimiento público era más de lo que había previsto.

Los aplausos comenzaron en las primeras filas y se extendieron por el auditorio como una ola. Aplausos genuinos, del tipo que provenía de personas que habían trabajado junto a Isla y comprendían lo que su presencia significaba para el departamento.

—La dedicación de la doctora Bennett al cuidado del paciente, incluso frente a la oposición institucional, ha salvado innumerables vidas. Su disposición a abogar por mejoras sistémicas ha hecho de Oakridge un hospital mejor. Estamos agradecidos de que decidiera regresar y nos comprometemos a brindarle el apoyo que necesita para continuar con su excepcional labor.

Isla asintió, visiblemente incómoda con tanta atención, y volvió a sentarse.

—También quiero reconocer a alguien que ya no forma parte oficialmente de nuestra organización, pero cuyo trabajo transformó nuestra comprensión de la gestión de riesgos. —La mirada de Alexandra encontró a Marianne en la última fila—. Marianne Cole, nuestra anterior Directora de Cumplimiento de Riesgos, tuvo el valor de presentar hallazgos que desafiaron nuestras suposiciones y expusieron nuestros fallos. Su informe demostró que nuestros

sistemas, y no nuestros profesionales, eran la fuente principal de riesgo.

Marianne sintió que todos los ojos de la sala se volvían hacia ella. No esperaba que la nombraran. Había pensado que su papel en los cambios permanecería entre bambalinas.

Pero Alexandra seguía hablando.

—La disposición de la señora Cole a decir la verdad ante el poder, incluso a costa de su propio puesto, ejemplifica el tipo de integridad que deberíamos cultivar en todos los niveles de esta organización. Las reformas que estamos implementando hoy se basan directamente en sus recomendaciones.

Los aplausos fueron más discretos esta vez, más sorprendidos. La gente todavía estaba procesando el hecho de que la mujer que había sido traída para documentar problemas hubiera terminado exponiendo fallos institucionales en su lugar.

Marianne inclinó la cabeza a modo de reconocimiento, sintiendo que el calor le subía a las mejillas.

El resto de la reunión trató sobre las reformas específicas que se estaban implementando. Nuevas proporciones de personal que situarían a cada departamento en los mínimos recomendados. Mejoras en el equipo que se habían pospuesto durante años debido a restricciones presupuestarias. Protocolos revisados que enfatizaban el apoyo sobre la vigilancia, la colaboración sobre el control.

Alexandra explicó cada cambio metódicamente, mostrando datos sobre los resultados previstos y los plazos de ejecución. La inversión era sustancial, millones de euros durante los próximos tres años. Pero los ahorros previstos por la reducción de litigios, la mejora de los resultados y una mayor retención de personal hacían que el plan de negocio fuera convincente.

—Estos cambios no consisten solo en evitar demandas —dijo Alexandra con voz firme—. Tratan de convertirnos en el tipo de institución que deberíamos haber sido desde el principio. Una que apoye a su gente en lugar de vigilarla. Una que valore la excelencia clínica tanto como la protección institucional.

Una mano se alzó entre el público. —¿Y qué hay de la responsabilidad? ¿Cómo nos aseguramos de que apoyar a los

profesionales no signifique aceptar una atención deficiente?

—Excelente pregunta. —Alexandra asintió—. Los nuevos protocolos incluyen un sólido seguimiento de la calidad, pero el enfoque se centra en la mejora del sistema más que en el castigo individual. Cuando los resultados caen por debajo de las expectativas, nos preguntamos qué puede hacer la institución de manera diferente, no solo qué debería haber hecho el profesional.

Era un cambio de filosofía fundamental. El tipo de cambio que tendría repercusiones en la atención sanitaria durante los años venideros.

Cuando la reunión terminó por fin, la gente empezó a salir en pequeños grupos, y el murmullo de las conversaciones llenó el auditorio. Marianne se dirigió hacia la parte delantera, donde Isla estaba rodeada de colegas que le daban la enhorabuena.

Sus miradas se cruzaron entre la multitud, y la expresión de Isla se suavizó en esa sonrisa particular que reservaba solo para Marianne.

Se encontraron cerca de la salida; Isla alargó la mano para coger la suya sin dudarlo.

—Eso ha sido inesperado —susurró Isla, con un tono bajo para mantener la privacidad a pesar de la gente que las rodeaba.

—Alexandra quería reconocernos a las dos públicamente. Creo que sentía que era importante.

—¿Importante para quién?

—Para la institución. Para la moral. Para demostrar que hablar claro se valora en lugar de castigarse. —Marianne le apretó la mano —. Y quizá también importante para nosotras.

Isla miró sus manos entrelazadas, a la vista de cualquiera que quisiera fijarse. Unas cuantas personas lo hicieron, sus miradas se demoraron con curiosidad pero sin juzgar.

—Esta es la primera vez que hacemos esto público —dijo Isla en voz baja.

—Lo sé.

—¿Te parece bien?

Marianne sopesó la pregunta. Durante mucho tiempo, había ocultado cada parte vulnerable de sí misma. Había mantenido la

distancia profesional a toda costa. Había creído que la seguridad requería secretismo.

Pensó en las semanas de escondite. Las llegadas y salidas por separado. La cuidadosa distancia que habían mantenido en entornos profesionales. El miedo que había controlado cada interacción, cada elección, cada momento de conexión.

Ese miedo seguía ahí, un zumbido de fondo que quizá nunca desaparecería del todo. Pero ya no mandaba.

Miró a Isla, a la mujer que lo había cambiado todo al negarse a aceptar medidas a medias. A la pareja que le había demostrado que la vulnerabilidad podía ser fortaleza, que el amor valía el riesgo de la pérdida, que elegir a alguien plenamente era lo más valiente que cualquiera de las dos podía hacer.

—Me parece más que bien. —Levantó la mano de Isla y le dio un beso en los nudillos, allí mismo, frente a cualquiera que quisiera mirar—. Me siento orgullosa de ello.

Algunas personas cercanas notaron el gesto. Tamsin, de pie cerca de la salida, captó la mirada de Marianne y sonrió. El doctor Hartman, absorto en una conversación con un colega, echó un vistazo y asintió con lo que parecía aprobación. Elena, la enfermera de traumatología, le levantó el pulgar a Isla, lo que la hizo reír.

La respuesta fue más cálida de lo que Marianne había esperado. Más receptiva. Como si el personal lo hubiera sabido todo el tiempo y simplemente hubiera estado esperando a que ellas reconocieran lo que ya era obvio.

Salieron juntas del auditorio, con las manos aún unidas, y Marianne sintió que algo cambiaba en su pecho. El miedo que la había controlado durante tanto tiempo seguía allí, un zumbido de fondo que quizá nunca se desvanecería del todo. Pero ya no tenía el mando.

Había elegido el amor sobre la seguridad. Lo había arriesgado todo por la verdad, la integridad y la mujer que caminaba a su lado. Y en lugar de la destrucción, había encontrado algo mejor.

Una carrera que se alineaba con sus valores. Una relación construida sobre la honestidad en lugar de la ocultación. Una vida que se sentía plena de formas que nunca imaginó posibles.

El sol de la tarde calentaba su rostro mientras salían al exterior. Isla se giró para mirarla, con sus ojos grises suavizados por la emoción.

—Te quiero. —Las palabras salieron con facilidad ahora, sin el miedo que una vez las acompañó.

—Yo también te quiero.

Se detuvieron un momento, dos mujeres que se habían abierto camino hasta este lugar a través del conflicto, el miedo y las decisiones más difíciles que jamás habían tomado. A su alrededor, la vida del hospital continuaba: el ritmo incesante de curar, cuidar y trabajar para mejorar las cosas.

Pero, en este momento, solo existían la una para la otra.

—¿Lista para ir a casa? —preguntó Isla.

Casa. La palabra todavía le parecía un milagro.

—Lista. —Marianne sonrió—. Vamos a casa.

Caminaron juntas por el aparcamiento, con el paso sincronizado, con su futuro extendiéndose ante ellas lleno de posibilidades y promesas.

Marianne pensó en todo lo que había llevado hasta este momento. La auditoría que había comenzado como un encargo profesional y se había convertido en un catalizador para la transformación. La mujer a la que la habían contratado para evaluar y de la que había acabado enamorándose. La elección entre la seguridad y la verdad que finalmente la había liberado de toda una vida de miedo.

Un año atrás, no habría reconocido esta versión de sí misma. La mujer que caminaba por un aparcamiento de la mano de su pareja a la vista de todos sus colegas. Que había dejado un trabajo prestigioso para decirle la verdad al poder. Que había fundado una consultoría basada en la idea radical de que las instituciones deben apoyar a su gente en lugar de controlarla.

Había cambiado. Ambas lo habían hecho.

La pregunta ahora era qué vendría después. Qué otras transformaciones les esperaban. Qué otras decisiones tomarían mientras construían esta vida juntas.

—¿En qué piensas? —preguntó Isla, mirándola.

—En el futuro. En nosotras. En todo lo que es diferente ahora. —Marianne le apretó la mano—. Y en todo lo que está a punto de cambiar.

—¿Cambiar cómo?

—Aún no lo sé. Eso es lo que lo hace emocionante. —Marianne sonrió—. Por primera vez en mi vida, no tengo miedo a la incertidumbre. Siento curiosidad por ella.

Isla dejó de caminar y se giró hacia ella. —Esa podría ser la frase más romántica que me has dicho nunca.

—Estoy trabajando en eso de ser más romántica. Te lo mereces.

—Te merezco a ti. —Isla la atrajo para darle un beso, allí mismo, en medio del aparcamiento, con los compañeros pasando por su lado y el sol de California calentándoles la piel—. Me alegro mucho de haberte encontrado.

—Me alegro mucho de haberme dejado encontrar.

Continuaron hacia su coche, con las manos aún unidas, y la conversación fluyó fácilmente entre ellas.

No sería fácil esta vida que estaban construyendo. Nada que merezca la pena lo es. Pero la afrontarían juntas.

Y eso lo cambiaba todo.

EPÍLOGO

Un año después, el Hospital Oakridge se había convertido en un modelo de gestión de riesgos integrada y excelencia clínica.

La transformación era visible en todo, desde la arquitectura del área de traumatología hasta las sonrisas en los rostros del personal. El equipamiento nuevo brillaba bajo una iluminación renovada. Los niveles de personal cumplían los mínimos recomendados por primera vez en la historia del hospital. Los protocolos que una vez habían sido instrumentos de control habían evolucionado hasta convertirse en auténticos sistemas de apoyo.

Y en el centro de todo estaban dos mujeres que lo habían cambiado todo al negarse a aceptar que la seguridad y la excelencia fueran mutuamente excluyentes.

La doctora Isla Bennett, ahora directora de Servicios de Traumatología, estaba en su despacho con vistas al departamento que casi había perdido. Las paredes estaban cubiertas de premios y menciones, pruebas concretas de unos resultados que hablaban por sí solos. Las tasas de mortalidad habían bajado. La satisfacción de los pacientes había subido. El departamento atraía a los mejores talentos de todo el país, residentes y becarios atraídos por la reputación de una cirujana que se había enfrentado al sistema y había ganado.

Había cambiado en el año transcurrido desde la crisis. La actitud defensiva que antaño caracterizaba sus interacciones con la administración se había suavizado, sustituida por una colaboración segura que lograba resultados sin necesidad de una batalla constante. Seguía forzando los límites, seguía confiando en su instinto, seguía tomando decisiones que de vez en cuando hacían arquear alguna ceja. Pero ahora contaba con el apoyo institucional en lugar de la resistencia institucional.

Al final del pasillo, en el departamento de calidad y seguridad que había sido completamente reestructurado tras su partida, se estaba implementando un nuevo enfoque de la gestión de riesgos. El objetivo había pasado de documentar los fallos a prevenirlos, de castigar la desviación a fomentar la innovación. El cambio había sido gradual pero profundo, una transformación en la cultura organizativa que tendría repercusiones en la atención sanitaria durante años.

La mujer responsable de esa transformación ya no trabajaba en Oakridge, pero su influencia era evidente en cada documento de política y en cada revisión de protocolos.

Marianne Cole había creado una consultoría que estaba revolucionando la forma en que los hospitales concebían el riesgo. Su informe sobre Oakridge se había convertido en un estudio de caso en los programas de administración sanitaria de todo el país. Su metodología para identificar fallos sistémicos estaba siendo adoptada por sistemas hospitalarios de costa a costa. Viajaba con frecuencia, dando ponencias en conferencias y asesorando a equipos directivos, pero siempre volvía a casa.

Su hogar era un luminoso apartamento en el centro de Los Ángeles, uno que habían elegido juntas. Tenía grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural y espacio suficiente para sus dos intensas personalidades. Marianne había montado un pequeño estudio en un rincón, con los materiales de arte que por fin se había comprado dispuestos en estantes junto a sus expedientes de consultoría. Isla tenía un espacio dedicado a las revistas médicas y a los artículos de investigación que siempre estaba revisando.

Sus vidas se habían fusionado de la forma en que lo hacen las relaciones significativas, con los detalles prácticos de la convivencia

convirtiéndose en el telón de fondo de la conexión más profunda que habían construido. Ya conocían los ritmos de la otra, la necesidad de silencio de Isla tras los casos difíciles, la forma en que Marianne se refugiaba en el trabajo cuando estaba estresada. Habían aprendido a sortear los desencadenantes y los traumas de la otra, a ofrecer apoyo sin asfixiar, a dar espacio sin distanciarse.

No era perfecto. Nada lo es nunca.

Habían superado su primera gran discusión como pareja oficial a los tres meses de su nueva vida juntas. A Isla le habían ofrecido un puesto en un prestigioso hospital de Boston, una jefatura de departamento que habría sido la cima de su carrera. Durante dos semanas, habían dado vueltas a la decisión, sin que ninguna estuviera dispuesta a pedirle a la otra que se sacrificara.

Al final, Isla lo rechazó. No porque Marianne se lo pidiera, sino porque se dio cuenta de que lo que estaban construyendo juntas en Los Ángeles valía más que cualquier título o cargo. La decisión había sido dolorosa, les había obligado a ambas a reconocer cuánto habían llegado a depender la una de la otra.

Pero también las había hecho más fuertes. Había demostrado que podían afrontar juntas decisiones difíciles, que su compromiso era real.

Todavía se peleaban a veces, sus fuertes personalidades chocaban por decisiones grandes y pequeñas. Todavía luchaban con la vulnerabilidad, con el miedo persistente de que amar a alguien tan profundamente las convirtiera en blanco de una pérdida devastadora. Todavía arrastraban las cicatrices de sus historias, las heridas que nunca sanarían del todo pero que ya formaban parte de quiénes eran.

Pero también habían aprendido a reparar. A pedir perdón y a perdonar. A elegirse la una a la otra una y otra vez, incluso cuando era difícil, especialmente cuando era difícil.

En una tarde tranquila de principios de primavera, estaban sentadas juntas en el balcón de su apartamento, viendo cómo las luces de la ciudad empezaban a brillar mientras se ponía el sol. Isla acababa de terminar una cirugía complicada, el tipo de caso que le recordaba por qué se había hecho médico en primer lugar. Marianne

había regresado esa mañana de una conferencia en Seattle, donde su presentación sobre la gestión integrada de riesgos había recibido una ovación en pie.

—Un año —dijo Isla con voz suave y contemplativa.

—Mmm —Marianne se apoyó en su hombro, y su copa de vino captó la última luz del sol poniente—. Un año desde la reconciliación.

—¿Te acuerdas de aquel día? ¿En el gimnasio?

—Recuerdo que estaba aterrorizada —sonrió Marianne—. Recuerdo entrar y verte aporrear aquel saco de boxeo como si te hubiera ofendido personalmente. Recuerdo que pensé que lo había arruinado todo y que nunca me perdonarías.

—Quería odiarte —la voz de Isla era sincera—. Una parte de mí se esforzó mucho por odiarte. Habría sido más fácil.

—Pero no lo hiciste.

—No pude. Te quería demasiado —Isla le dio un beso en la sien —. Incluso cuando estaba furiosa, incluso cuando me sentía traicionada, seguía queriéndote. Creo que así supe que era de verdad.

—Parece que ha pasado más tiempo. En el buen sentido —Isla la rodeó con un brazo—. Como si lleváramos toda la vida construyendo esto.

—En cierto modo, así ha sido. Todo lo que pasamos, todo el conflicto y el miedo y el casi perdernos, todo formó parte de lo que nos trajo hasta aquí.

—Eso es muy filosófico para alguien que dice ser pragmática.

Marianne se echó a reír. —Me has corrompido. Un año viviendo con una cirujana que opera por instinto, y de repente me veo considerando el significado profundo de las cosas.

—Prefiero pensar que te he liberado. He sacado a la romántica oculta que había tras toda esa distancia profesional.

—Puede que tengas razón —Marianne alzó la cabeza para besarla —. Sueles tenerla en las cosas importantes.

Se quedaron sentadas en un silencio cómodo durante un rato, con los sonidos de la ciudad subiendo desde las calles de abajo. La vida que habían construido juntas se extendía a su alrededor, prueba de las decisiones tomadas y los compromisos mantenidos.

—He estado pensando —la voz de Isla era cautelosa, el tono que usaba cuando abordaba algo importante.

—¿Sobre qué?

—Sobre el futuro. Sobre lo que viene ahora.

Marianne se giró para mirarla, curiosa. —¿Qué tienes en mente?

—No lo sé exactamente. Ese es el tema —Isla se encontró con sus ojos—. Durante mucho tiempo, me he centrado en sobrevivir. En proteger mi carrera, en demostrar lo que valgo, en luchar en la próxima batalla. Nunca me he parado realmente a preguntar cómo quiero que sea mi vida más allá de la supervivencia profesional.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero más —Isla le cogió la mano—. Quiero construir algo contigo. Algo duradero. Algo que no trate solo de nuestras carreras o de nuestros logros individuales, sino de la vida que estamos creando juntas.

—Estamos construyendo algo.

—Lo estamos haciendo. Pero quiero ser más deliberada al respecto. Quiero hacer planes, planes de verdad, para dentro de unos años. Quiero pensar en cosas como, no sé, viajes y aventuras y quizá algún día... —Se interrumpió.

—¿Quizá algún día qué?

—Una familia —la palabra salió en voz baja, vulnerable—. Nunca pensé que querría eso. Pero contigo, pienso en ello. Pienso en cómo sería criar a un niño juntas. Formar una familia que sea nuestra.

Marianne sintió que se le cortaba la respiración. Era la primera vez que alguna de las dos pronunciaba la palabra en voz alta, que reconocía la posibilidad que existía en algún lugar de su futuro.

—Yo también pienso en eso —su voz sonaba ronca por la emoción—. Pienso en muchas cosas que nunca me permití desear antes.

—¿Como qué?

—Como envejecer contigo. Como seguir juntas dentro de veinte años, de treinta, toda una vida. Como tener historias que contar sobre todas las aventuras que compartimos.

La sonrisa de Isla brilló bajo la luz mortecina. —Quiero eso. Todo ello.

—¿Entonces lo hacemos?

—Lo hacemos. Juntas —Isla la atrajo hacia sí—. Del mismo modo que hemos hecho todo lo demás. Día a día. Decisión a decisión. Con un acto de valentía cada vez.

Las luces de la ciudad centelleaban bajo ellas mientras los últimos restos del atardecer se desvanecían en la oscuridad. Dos mujeres que se habían encontrado contra todo pronóstico, que habían luchado contra el miedo, la traición y la política institucional para construir algo real.

El futuro se extendía ante ellas, lleno de posibilidades e incertidumbre y de la alegría particular de no saber exactamente a dónde las llevaría el camino, pero sabiendo que lo recorrerían juntas.

—Te quiero —la voz de Isla estaba cargada de emoción—. Voy a decirlo más a menudo. Cada día. Hasta que te hartes de oírlo.

—Nunca me hartaré de oírlo —Marianne la besó con suavidad—. Yo también te quiero. Y estoy impaciente por ver cómo será el resto de nuestras vidas.

Se quedaron en el balcón hasta que la noche refrescó, hablando de sueños y planes y de las mil pequeñas formas en que seguirían eligiéndose la una a la otra. Luego entraron, al hogar que habían construido juntas, y cerraron la puerta al mundo.

El mañana traería nuevos retos. Nuevas cirugías que realizar. Nuevos sistemas que reformar. Nuevas batallas que librar y nuevas victorias que celebrar.

Pero esta noche, solo existía esto. Dos mujeres. Un amor. Y un futuro que les pertenecía solo a ellas.

El final feliz no era un cuento de hadas. Era algo muy trabajado, imperfecto, real.

Se enfrentarían a desafíos en los años venideros. Presiones profesionales y luchas personales. Momentos de duda y miedo. Días en los que los viejos patrones intentarían reafirmarse, en los que los muros amenazarían con reconstruirse, en los que el amor parecería un riesgo más que un refugio.

Pero también se enfrentarían a esos retos juntas. Aprenderían y crecerían y cambiarían, no solo como individuos sino como pareja.

Construirían una vida que honrara quiénes eran y en quiénes querían convertirse.

Las luces de la ciudad se extendían bajo ellas, millones de vidas desarrollándose en sus propios patrones de alegría y dolor. En algún lugar de esas luces estaba el hospital donde se habían conocido, donde habían luchado, donde se habían encontrado contra todo pronóstico.

En algún lugar de esas luces estaba el futuro que estaban construyendo.

Marianne alargó la mano y cogió la de Isla, entrelazando sus dedos como lo habían hecho mil veces antes y lo harían mil veces más.

—¿Lista para dormir? —preguntó.

—Lista para todo —la sonrisa de Isla era suave en la oscuridad—. Lista para lo que venga después.

Entraron juntas, al hogar que habían creado, a la vida que habían elegido, al amor que las había transformado a ambas.

Y era absolutamente suyo.

EPÍLOGO

Muchísimas gracias por leer *Risking Her*. Esta serie es muy especial para mí, ¡y me hace muchísima ilusión que formes parte del mundo de *Pulse*! Este libro es una lectura autoconclusiva dentro de la serie Pulse.

¿Quieres seguir leyendo? Mi NUEVA serie comienza pronto: L.A Ice Queens.

¿Te gustaría ser la primera persona en enterarte de cuándo sale un nuevo libro?

¡Sígueme en las redes sociales o suscríbete a mi boletín de noticias!

- TikTok: @graceparkesauthor
- Instagram: @graceparkesauthor
- Facebook: Grace Parkes Author
- X (Twitter): @graceparkesfic
- Boletín de noticias (Newsletter): https://mailchi.mp/2a09276da35f/graceparkeswrites

¡Gracias por compartir conmigo este mundo sáfico de pasión, afecto y amor!

Nos vemos pronto, en la próxima historia.

Con amor,

Grace